186 DÍAS



¿SE PUEDE MATAR POR AMOR?

MARÍA CUADRADO

186 DÍAS



¿SE PUEDE MATAR POR AMOR?

MARÍA CUADRADO

María Cuadrado

186 días

SUMA de letras

Para Cate. Me faltan páginas para explicar
las razones. Porque no podía ser de otra manera.
Porque te mereces esto y muchísimo más.
Porque te quiero

Y también para mi hermano, Arturo,
que se enfada si no va en la dedicatoria

1

186 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

No hablar de algo ¿lo hace más o menos real?

Si las dos únicas personas involucradas en un suceso se llevan el secreto a la tumba, ¿es como si nunca hubiera pasado?

No puedo dejar de preguntarme si mantener silencio sobre las cosas hace que estas sean más o menos reales. ¿Acaso los hechos se desvirtúan al hablar? ¿Se digieren y se regurgitan tantas veces que, como en el juego del teléfono escacharrado, las palabras distorsionan la realidad? El problema no es cuando realidad y relato no coinciden, sino cuando este sustituye a la primera, cuando la historia reemplaza a la memoria, y entonces ya nadie sabe lo que ha pasado.

Pero, por otro lado, ¿y si sólo lo mantengo en mi mente? ¿Es que de tanto pensarlo no puedo desgastar el recuerdo, como un libro que pierde el color por los bordes? ¿No se está desvaneciendo ahora mismo en mi cerebro, pudriéndose y mezclándose con el olvido? Y si el recuerdo deja de corresponderse con la realidad, pero no hay

nadie a quien se lo haya contado, ¿cómo podré saberlo? ¿Cómo comprobarlo?

Nunca he contado la verdad sobre lo que ocurrió aquel 3 de agosto, y me está matando.

Lo noto dentro de mí. Las palabras, que no logran escapar de estos labios que sellaste con mucho más que un beso, me hacen trizas un corazón que ya creía derruido. Y no puedo. He intentado guardar todos los secretos, pero lo cierto es esto: ya no aguanto más. Y lo siento.

A lo mejor todo esto no es más que una excusa, una forma de justificar lo que estoy a punto de hacer: revelarte la razón de mi traición, aunque tú nunca necesitaste motivos para la tuya. Tal vez esta sea la peor idea que he tenido desde que se me ocurrió quererte; no lo sé. A estas alturas lo único que sé es que no soltar lo que oculto me volverá loca.

Me cuesta saber por dónde empezar ahora que he tomado la decisión de dejar por escrito esta confesión. Porque eso es lo que es, supongo: una forma de buscarle una explicación a lo que hice por ti y, aunque ya sea imposible obtener tu perdón, espero que al menos te ayude a entenderme. Porque te quiero. Dios sabe que, por mucho que lo he intentado, no he sido capaz de dejar de hacerlo. Aunque a lo mejor Dios no escucha a las personas como yo, y tampoco podría culparlo.

Como decía, no sé bien qué contar primero. Antes siempre sabía exactamente cómo y cuándo iniciar mis historias, cuál sería la frase perfecta para enganchar al lector desde el primer momento. Antes las dudas no me congelaban los dedos después de meses de desuso. Antes escribir era mi forma de liberarme, mi válvula de escape.

Ahora me siento atrapada por todas las palabras que no puedo decir, por las frases que se me atascan en la garganta y me cortan la respiración mientras los ojos se me llenan de lágrimas y el corazón me palpita en las sienes. Y es por tu culpa. Por tu culpa llevo casi tres años sin escribir una sola palabra, por tu culpa hay una parte de mí que odia la única actividad que pensé que nunca podría odiar, por tu culpa ya nada es como antes.

Antes todo era diferente.

En el transcurso de un año escaso, pasé de ser Aria Mérida Montero a una reclusa más en el módulo de mujeres del Centro Penitenciario de Antequera. Es curioso cómo sólo doce meses pueden anular los doscientos setenta y seis precedentes. Me pasé veintitrés años sin cometer un solo error y, en cuestión de poco menos de un año, mi vida se redujo a una detención, unos cuantos interrogatorios, una vista preliminar y una sentencia de prisión preventiva, a la espera de un juicio por homicidio en el que un juez y un puñado de extraños decidirán qué será del resto de mi vida.

Últimamente me acuerdo mucho de nuestras conversaciones. Las he revisado en mi cabeza tantas veces que ya deben de ser como cintas de vídeo gastadas, esas que tú decías que usabais en «tu época» y que una chica nacida a finales de los noventa como yo no había sostenido en la mano en su vida, como si aquello fuera algo de lo que tuviera que avergonzarme, como si tu edad te otorgase una superioridad moral e intelectual con la que yo no podía ni soñar. En cualquier caso, hablábamos mucho, así que en los casi dos años que llevo aquí he estado entretenida revisando cada segundo de esas cintas que llevo grabadas a fuego en el cerebro.

Una de ellas se repite más que otras, como un bucle persistente que se enreda en mis pensamientos y que tengo que recorrer una y otra vez con los dedos para conseguir deshacer los nudos: «¿Las personas nacen malas o se vuelven malas a lo largo de su vida?». Te encantaba ese debate, que discutimos en varias ocasiones —tú creías que todo el mundo es malo de nacimiento y que la sociedad nos enseña a ocultarlo; yo, que todo el mundo nace bueno y la sociedad nos corrompe—, y siempre empezabas señalando que antes había que definir qué es ser mala persona.

El ejemplo del asesino que solías utilizar resulta irónicamente apropiado: piensa en un hombre que no ha hecho nada malo en su vida; ha sido una persona normal, con sus más y sus menos, pero que siempre se ha mantenido por debajo del radar, sin una sola multa de tráfico ni llamada de atención por parte de sus superiores ni en el colegio ni en el trabajo. Un buen día este hombre mata a su mujer. Cualesquiera que sean las razones que tiene para hacerlo, resulta en lo mismo: un ser humano está muerto por su culpa. Entonces todo lo que ha hecho ese hombre hasta el momento, su carrera profesional en auge, su comportamiento ejemplar, su educación intachable, su gran reputación… Todo deja de importar, todo el esfuerzo y el tiempo se convierten en un mísero puñado de polvo en medio de un mar de acusaciones y juicios, de excusas que no sirven de nada cuando todo el mundo —la misma sociedad que lo había premiado— ahora lo condena sin siquiera escucharlo.

Puede que ese hombre llevara meses planeando cómo matar a su mujer o que, en medio de una pelea, con una copa de más, la empujara por accidente y ella se diera un mal golpe en la cabeza. Puede, incluso, que su mujer fuera una inestable que se suicidó y

dejó una nota echándole la culpa. Da igual. Lo único importante es que ese hombre hipotético cometió un error, y un único fallo le costó una vida entera carente de ellos. Porque así son las cosas: un momento de placer fruto de un pecado impensable arruina toda una vida de virtud, un beso que dura apenas unos segundos rompe un matrimonio, una cena en una tarde de martes cambia el rumbo de toda una historia.

Pero me estoy adelantando. Escribir es complicado y cada vez me cuesta más. Llevo mucho tiempo bloqueada, ya lo sabes, te lo dije justo antes de todo esto, cuando te pregunté qué pasaría con el libro que estábamos escribiendo juntos y me dejaste claro que ya ni siquiera te importaba. Desde entonces apenas me salen las palabras; cuando lo hacen es de forma atropellada, y siento que no son las adecuadas o que, cuando lo son, no soy capaz de ordenarlas correctamente. Ahora me lleva horas escribir las tres páginas que hace cinco años despachaba en cuarenta minutos, me detengo entre frase y frase y me quedo preguntándome cómo decirlo mejor, aun sabiendo que la hoja en blanco no va a darme ninguna respuesta. Vivo congelada, literal y figuradamente, desde aquella noche sobre la que nunca he contado toda la verdad. A veces el latido de mi propio corazón me sorprende, me recuerda que estoy viva, aunque mi vida ya no tenga nada que ver con lo que era antes.

Antes. No paro de repetir esa palabra. En otra época (antes) habría revisado el texto para eliminarla, habría buscado sinónimos para evitar la redundancia, pero ahora la repetición atrae mi atención y, lejos de parecerme el fruto de un léxico pobre, me da la sensación de que es la forma que tienen mis dedos de decirme por dónde comenzar, que esta palabra es el resultado de mi memoria

muscular, de unas manos que no han olvidado cómo contar historias, aunque yo sí.

Así que no empezaré por el principio —a decir verdad, no tengo del todo claro cuándo exactamente se inició todo esto, en qué momento cruzamos la línea, el punto de no retorno, y nos embarcamos inexorablemente en nuestra propia tragedia—, sino que me remontaré a antes.

Antes era Aria Mérida Montero, joven promesa que a sus veintidós años no sólo se había graduado *cum laude* en la carrera de Filología Hispánica, sino que había conseguido trabajo en el departamento de correctores de MM Editores nada más terminar un par de másteres. Era la chica del pelo rizado y la ropa *vintage* que sólo caía bien a los profesores y más tarde a los jefes, a la que los compañeros miraban de reojo y esquivaban en los pasillos cuando tenían planeada alguna juerga a la que no estaba invitada. Era la chica que se había saltado un curso en el instituto y había hecho la carrera en tres años; que estaba acostumbrada a ser la más joven de la habitación y a que su curiosidad fuera tomada como una ofensa, y sus preguntas, como un reto. Y también —muy a mi pesar— estaba acostumbrada a que todos en el trabajo supiesen quién era antes incluso de presentarme: la hija del jefe del Comité Directivo de MM, Manuel Mérida, accionista mayoritario de la editorial. Todo el mundo pensaba que me había enchufado, aunque no era así, pero daba igual cuánto me esforzase por intentar explicarlo o demostrarlo. La gente se había formado una opinión de mí mucho antes de conocerme. No servía de nada desvivirme por demostrarles que no era la niña pija y mimada a la que su papá había colocado en la empresa, que había luchado por mi puesto con sangre, sudor y

lágrimas, como los demás, que nadie había pagado por mi expediente ni por los libros que había publicado en inglés de adolescente, que yo me había ganado a pulso lo que tenía, que todavía lo hacía todos los días. Era inútil.

Hacía mucho tiempo que había cesado en mis intentos de fingir ser alguien que no era para caerles bien a los demás, de tratar de ocultar mi edad e incluso de ponerme pelucas (sí, tuve una época en la que llevaba peluca; y no, no sirvió de nada, la gente me reconocía igual). En la universidad, personas cuyos nombres ni siquiera conocía se aprendieron las cifras de mi DNI y miraban las notas de mis exámenes antes que las suyas, y las chicas que habían sido mis amigas en primer año se dedicaban a hacer circular rumores sobre mí: decían que me había acostado con algún profesor para conseguir una matrícula de honor o que mi padre había sobornado al rector para que me dieran el título de *cum laude*.

Así que, después de esa experiencia, cuando llegué al trabajo no me sorprendió que la gente me evitase. Al fin y al cabo, las siglas del nombre de la editorial son las de mis apellidos. Me decía a mí misma que no me importaba cuando iba a la máquina de café y, casualmente, justo entonces no quedaba; que no me dolía que la única compañera a la que le había preguntado una vez si me podía reenviar un correo que yo había borrado por accidente me respondiera con ácido en la lengua y cuchillos en la mirada (y, por supuesto, no me pasara el correo). Me convencía todas las mañanas de que todo iba a mejorar: era cuestión de tiempo y, si me esforzaba, poco a poco entablaría una relación con alguien. Me miraba al espejo y me repetía una y otra vez que no había nada inherentemente malo en mí, que hasta ahora la razón por la que

sólo conservaba una amiga de la infancia era una suma de casualidades y mala suerte, que me ponía rímel *waterproof* por si me daba alergia y no porque a veces fuera al baño a llorar y a preguntarme cuándo dejaría de estar tan sola.

De manera que cuando el editor jefe convocó una reunión de todo el departamento de correctores y la fila de la sala de conferencias en la que yo me senté se quedó vacía, me dije que no tenía importancia y me puse a pensar en la última historia que estaba escribiendo para abstraerme de las conversaciones que flotaban a mi alrededor y en las que no estaba incluida.

Entonces llegaste tú. Noté un cambio en la sala en cuanto entraste, pese a tener la mirada perdida en mi regazo: así de fuerte era tu presencia, de seguros tus pasos, de firmes tus hombros y de férrea tu confianza. No te hizo falta mandar callar; para cuando levanté la vista, en la sala de conferencias se había hecho un silencio sepulcral.

Caín Dimas Darvanda. Un nombre imponente para un hombre imponente. Hasta entonces sólo habías sido eso para mí: un nombre largo al final de los correos, unas cuantas palabras acompañadas del título de editor jefe, una foto de carné borrosa en la web de la empresa y una presencia poco frecuente en la segunda planta. Llevaba trabajando en MM casi seis meses, pero nunca te había visto de cerca. Las líneas borrosas de la fotografía se transformaron en renglones afilados. Estos dibujaban un rostro que en tres dimensiones no tenía nada que ver con aquella imagen y al que acompañaba un cuerpo delgado, pero fuerte, enfundado en un traje elegante, sin corbata. No llevabas nada más, ni siquiera unas notas ni un iPad que consultar, aunque supe, por la forma en que tus ojos

marrones barrían la habitación como si te perteneciera, que no te hacía falta ninguna de esas cosas.

—Buenas tardes a todos. —Empezaste tu charla con una voz que te iba como anillo al dedo.

No hay otra forma de decirlo: te pegaba muchísimo. Hay personas a las que no les pasa eso. Chicas delgadas y pálidas que parece que van a tener una voz aguda, y de pronto resulta que son barítonos; o chicos adolescentes de metro ochenta que ya deberían haberla cambiado, pero que todavía hablan con tonos agudos e infantiles. Tu voz, sin embargo, era como tu aspecto: firme y segura, a la vez que suave. Precisamente esa suavidad le confería más autoridad, pues no necesitabas elevarla ni pulirla para hacerte oír. Como una persona a la que casi nunca nadie se molestaba en escuchar, no pude evitar admirar esa capacidad de hacer que una sala entera guardase silencio para ti sin siquiera tener que pedírselo.

—Antes de nada, quería agradeceros que hayáis acudido a esta reunión pese a haberla anunciado con tan poca antelación —proseguiste, tomando tu posición tras un pequeño atril con un micrófono—. Os he hecho llamar porque, como todos sabéis, la editorial no está pasando por su mejor momento. Los títulos de los gigantes se están llevando todas las ventas, y el presupuesto para marketing es el que es. Estos últimos años hemos sacado títulos importantes, libros que le gustan a la gente, obras buenas. Todos los que estáis aquí habéis trabajado duro, pero las cifras no mienten.

Te apartaste del atril justo cuando un rayo del proyector se materializó en forma de una tabla de Excel en la pantalla que tenías detrás. Pulsaste un botón y, en la siguiente diapositiva, los resultados aparecieron traducidos en un gráfico de columnas, en el

que se veía un claro descenso en las ventas desde el 2015 hasta el primer semestre de 2022. Invertiste unos quince minutos pasando diapositivas de un powerpoint que detallaba con terrorífica precisión la trayectoria de MM en los últimos años y su escalofriante semejanza con la de otras editoriales independientes que habían acabado absorbidas por Planeta o Penguin Random House.

Cuando terminaste, sobre la sala pendía, como la hoja de la guillotina, un mensaje que ni siquiera tuviste que verbalizar: si las cosas no cambiaban, quebraríamos en cuestión de diez años, quizá menos.

—Sé que todos vosotros habéis dedicado tiempo y cariño a los libros que publica la editorial, y eso debería ser suficiente, pero no lo es. No necesitamos libros buenos, sino libros que se queden con la gente días después de dejarlos; no necesitamos libros que gusten, sino libros que *obsesionen*. Necesitamos hacer frente a la competencia, demostrar que nos merecemos nuestro sitio entre las diez editoriales más prestigiosas del país. —Hiciste una pausa, y el silencio pesó más que todo lo que habías dicho hasta el momento. Cuando volviste a abrir la boca, dijiste lo que todos temíamos oír—: De lo contrario, habrá recortes. Como he dicho, el presupuesto es el que es, y el mercado es cada día más competitivo. A finales de año haremos balance de cuentas, pero ya os adelanto que las cifras no son buenas, y en enero podría haber más de un despido.

Tus ojos recorrieron la sala, y me dio la sensación de que se posaban en todos y cada uno de los presentes, de que mirabas una por una a todas las personas que después de Navidad podrían verse en la calle. Te detuviste más tiempo en los correctores de nuevo ingreso, entre los que me encontraba yo.

—Nos llegan cientos de manuscritos al semestre —continuaste—. No me puedo creer que ninguno sea bueno. Encontradme el bueno y traédmelo. —Te pasaste la mano por la frente revelando por un momento el cansancio que hasta entonces habías disfrazado de irritación, y detecté una preocupación genuina en tu sonrisa forzada —. Al que consiga un best seller lo invito a cenar.

La broma alivió algo la tensión, aunque había cierta reticencia en el murmullo de risitas que revolucionó la sala.

—Eso es todo —dijiste—. Podéis iros.

La gente se puso en pie prácticamente de inmediato. Mis compañeros no tardaron en arremolinarse en grupos que se dirigían hacia la puerta entre quejas y cavilaciones sobre quién estaría en la primera tanda de despidos. Más de una comentó por lo bajo que no le importaría hacerte algún favorcito para conservar su puesto; al fin y al cabo, era habitual ese tipo de comentarios por parte de las chicas (y de algún que otro chico) sobre lo atractivo que eras. Dudaba que la hubieras hecho con ese fin, pero tu broma de la cena seguramente surtiera un efecto de motivación para mucha gente.

Noté más de una mirada gélida que se me clavaba en el cuello mientras me acercaba a la salida, y Natalia me dio un empujón para irse primero de la sala de conferencias.

—Eh, mira por dónde vas.

Pese a que había intentado ser discreta desde mi llegada a la editorial, no había tardado en llamar la atención de Natalia. Era una chica sin nada destacable en su físico —altura media, piel pálida, pelo liso color castaño de bote— que, por algún motivo, se había propuesto hacerme la vida imposible. Quizá me veía como a una rival o a lo mejor simplemente había descubierto quién era y la

envidia le hacía tomarse mi presencia como una ofensa personal. En cualquier caso, las personas que me odiaban no solían detenerse a explicarme sus motivos, y yo ya había dejado de tener esperanza alguna de averiguarlos.

Ahora Natalia me estaba mirando como a veces lo hacía desde el otro lado de la oficina: con los labios fruncidos como si quisiera frenar a su lengua antes de soltarme toda clase de improperios. Pero, en esta ocasión, se separaron lentamente para dejar escapar el veneno que se la estaba comiendo por dentro:

—Ten cuidado, Aria. Quizá a las enchufadas no os echen, pero podrías llegar a desear que lo hagan.

Aunque odiase que me lo recordase, era verdad: a mí no iban a despedirme. Todo aquel asunto ni siquiera iba conmigo.

Y, sin embargo, se me acababa de ocurrir una idea.

Con cariño,

Aria

2

182 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Cuando tengo una idea en la cabeza, es más fácil sacarme la cabeza que la idea. Sabía que era buena, sabía que me ilusionaba y me aterraba a partes iguales, que precisamente por eso era buena, y sabía que no importaba cuánto empeño pusiera en convencerme de lo contrario: iba a hacerlo.

Era una locura. Era una idea pésima, era una idea buenísima. Cabía la posibilidad de que fuera un desastre absoluto o un éxito total, y yo no podía quedarme sin saberlo.

Así que, tras una noche en vela y muchas dudas, después de escribir más de diez bocetos para un correo que no necesitaba mucho texto que lo acompañase, el jueves por la noche envié un e-mail a la dirección de la que hasta la fecha sólo había recibido notificaciones de trabajo y políticas de empresa: cainddeditorjefe@mmeditores.es. Finalmente me decanté por prescindir de un mensaje que no iba a satisfacerme, por lo que adjunté el archivo sin título, escribí en el asunto «Best seller» y lo envié.

Al día siguiente me llegó una respuesta poco menos escueta que mi correo, pero tampoco por mucho:

Reúnete conmigo en mi despacho el lunes a las 9:00.

Ni que decir tiene que aquel fin de semana pasó en un torbellino de nervios y dudas. Normalmente me gustaba aprovechar los fines de semana para escribir mis libros en lugar de leer los de otros, pero si ya me costaba obligarme a escribir en español, durante aquellos dos días apenas fui capaz de redactar unos dos párrafos y, cuando los leí el domingo por la noche, acabé borrándolos.

Por fin llegó el lunes, y, mientras me preguntaba por enésima vez qué me había poseído para mandarte aquel correo, me vestí con una camisa entallada al estilo victoriano —con el cuello alto y unas mangas abullonadas por los hombros y estrechas por las muñecas— y unos pantalones lisos ajustados que le iban muy bien.

A las 8:57 estaba en la tercera planta del edificio, donde se encontraba tu despacho.

Amanda, tu secretaria, me recibió con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarte? —me preguntó con una voz tan amable como sus ojos azules. Sus pestañas anaranjadas suavizaban su mirada; era como si tuviera los ojos rodeados de terciopelo.

—Vengo a hablar con Caín —dije, aunque la frase acabó sonando como una pregunta.

Amanda asintió con la cabeza con un gesto tranquilizador. No me preguntó quién era para fingir que no lo sabía ya, lo cual le agradecí en silencio.

—Te espera. Su despacho está por ese pasillo. —Indicó una puerta junto a su escritorio—. El primero a la derecha.

Yo asentí y le di las gracias.

A las 8:59 me encontraba frente a una placa que rezaba: CAÍN DIMAS DARVANDA.

Me armé de valor y llamé a la puerta.

No contestó nadie. Fruncí el ceño. ¿No habrías llegado todavía? Descarté la idea tan pronto como se me ocurrió; Amanda me acababa de decir que me estabas esperando.

Miré a ambos lados del pasillo para comprobar que estaba vacío antes de pegar la oreja a la madera de la puerta. No se escuchaba nada.

Noté que me empezaban a sudar las manos. ¿Qué se suponía que debía hacer? Pese a lo que el resto de mis compañeros de la segunda planta creían, yo nunca había estado ahí. Esa era la planta de los editores, y ni siquiera de todos ellos: era la planta de los más importantes. Por encima sólo estaba la cuarta planta, ocupada en su totalidad por el despacho de mi padre. Tampoco había ido ahí nunca, aunque él me había ofrecido en numerosas ocasiones ponerme un despacho junto al suyo nada más terminar la carrera.

El señor Mérida, Manu para los amigos, no entendía por qué me había empeñado en empezar desde abajo, en enviar mi currículum como cualquier persona e ir ganándome los ascensos por mi trabajo en lugar de por mi nombre. No comprendía que, aunque le agradeciese en el alma que me hubiese puesto un piso en el centro de Málaga, que me hubiese comprado el coche de mis sueños y que todavía me pagase la cuota del seguro médico privado, yo quería algo que fuese *mío*. Quería tener algo que poder mirar y decir: «Mira, eso lo he hecho yo». No mi padre ni su dinero, sino yo. Ya había conseguido muchos logros por mi cuenta, pero se me

antojaban insuficientes. Un libro con mi nombre en la portada (y no un pseudónimo extranjero tras el que esconderme) sería la forma idónea de cumplir ese deseo al completo.

Con esa imagen de un libro aún sin título en la cabeza, volví a llamar a la puerta y, armándome de una determinación que previamente había desconocido que poseyera, la abrí sin esperar una respuesta y entré.

Una alfombra persa amortiguó el sonido de mis pasos, y tú tardaste unos segundos en darte cuenta de que había entrado. Apartaste la mirada de la ventana, que daba a una vista increíble de la calle Larios, y tus ojos se encontraron con los míos. Entonces me di cuenta de que te estabas sujetando el teléfono contra la oreja, y después de asentir dijiste:

—Sí, claro. Estoy de acuerdo.

La persona con la que estabas hablando siguió charlando al otro lado de la línea mientras yo me ponía roja y me preguntaba cómo había podido entrar de esa forma. Quizá porque en el fondo de mi ser sabía que era ahora o nunca; que, si no entraba en ese despacho en ese momento, iba a darme la vuelta y a no volver jamás.

El miedo a mi propia inseguridad me había infundido la confianza necesaria para abrir la puerta, pero ya no quedaba nada de ese impulso y no sabía qué hacer. Me sudaban las manos, que escondí detrás de la espalda mientras mis ojos recorrían toda la habitación, evitándote a toda costa.

Tu despacho traslucía que eras un hombre de gustos sencillos pero caros; no tardé demasiado en catalogar lo poco que había en aquella sala: una cantidad ingente de archivadores y una estantería

de caoba con todos los libros de la editorial junto a un escritorio de cristal dominado por un ordenador de sobremesa. Cuando terminé, me vi obligada a volver a encontrarme con tu mirada.

Tú seguías al teléfono y de vez en cuando hacías ruidos de asentimiento para que la otra persona supiese que seguías escuchando.

Señalé la puerta y te hice un gesto de disculpa antes de dirigirme a ella.

Entonces tú negaste con la cabeza y me indicaste con la palma de la mano que no me moviese.

Me detuve con mi mano flotando a escasos centímetros del pomo.

—Sí, oye, mira, Miguel, ¿por qué no seguimos con esta conversación en otro momento? —dijiste con educación, aunque estaba claro que era una pregunta retórica. Tras unos segundos añadiste—: Venga, perfecto. Nos vemos esta tarde.

Te apartaste el teléfono de la cara y lo guardaste en un cajón antes de centrar tu atención en mí.

—Disculpa, no tenía prevista esa llamada.

Tardé un poco en reaccionar.

—No, no… Yo… Lo siento, no debería haber entrado así.

—Te había citado, ¿no?

La frialdad de las palabras, junto con la seguridad con la que las articulabas, hizo que cambiase mi peso de una pierna a otra, incómoda.

—Así es.

—Por favor, siéntate.

Hiciste un gesto hacia el par de sillas de cuero que había frente a tu mesa, y yo me senté en la de la derecha con las piernas cruzadas

procurando que no se me notase mucho que estaba estudiando cada milímetro del cristal en busca de algo que me diese información sobre ti: una fotografía, un souvenir, un adorno inútil o un pósit con alguna nota. Pero sobre la superficie brillante no había nada salvo el ordenador y un taco de folios.

Me pillaste mirándolo y levantaste la comisura de los labios con una media sonrisa.

—¿Te suena de algo?

Fruncí el ceño.

—¿Es…?

Asentiste antes de que lograra terminar la pregunta, y yo tragué en seco. El manuscrito. Me quedé petrificada, contemplando las hojas como si fueran algo venido de otro planeta. En cierto modo, para mí era una imagen casi extraterrestre: el documento que había sido un word en mi escritorio durante meses ahora estaba materializado sobre tu mesa. Y eso significaba… Significaba que no sólo lo habías leído, sino que lo habías imprimido. Mi mente aturullada no lograba decidir si eso era una buena o mala señal.

—Pedí un best seller —dijiste. Clavaste un dedo sobre el taco de hojas—. Esto es poesía.

—No es incompatible —logré articular, aunque todavía no estoy segura de cómo. La editorial tenía una pequeña línea de poesía, y, aunque a mí me gustaban, sus libros no eran ni mucho menos los más vendidos.

—Cierto —concediste inclinando ligeramente la cabeza—. Pero es poco habitual. No es el tipo de libro que tiene más papeletas para ser un superventas.

Sentí que algo se hundía en mi pecho, pero proseguiste antes de que tuviese tiempo de expresar mi decepción:

—El libro tiene mucho que corregir. Se nota que es una primera obra, la de un autor inexperto y… con miedo.

Lo que quiera que se hubiera empezado a hundir entre mis costillas se sumergió aún más, como una piedra que se alojó en la boca de mi estómago.

—No tiene título —observaste pasando las puntas de los dedos por el primer folio en blanco que servía a modo de portada—. Ni tampoco pone quién lo ha escrito. Es una pena, porque hay mucho que mejorar, pero… creo que merece la pena, ¿sabes? El estilo es fresco, el verso, innovador. Podría funcionar.

Te miré, miré el taco de folios. Sabía que tenía que decir algo, pero me había quedado sin palabras.

Tras unos segundos, apartaste la mano del manuscrito y te la llevaste a la barbilla para rascarte la barba mientras te recostabas en la silla.

—Sé quién eres, Aria. Todo el mundo aquí lo sabe. Pero este libro… —Dejaste caer la palma de la mano sobre el taco de folios y respiraste hondo, como si quisieras elegir muy bien las siguientes palabras que ibas a decir—: Creo que este libro demuestra que realmente no tenemos ni idea de *quién* eres en realidad.

No me quedé de piedra porque ya me habías petrificado al tener impreso el manuscrito, pero permanecí aún más quieta si cabe, tan estática que seguramente podías ver la sangre fluyendo por debajo de mi piel, blanquecina segundos antes, tiñéndome las mejillas de un color granate intenso.

—¿Cómo…, cómo lo has sabido? —conseguí articular pese a una lengua que de pronto se me antojaba pesada y rígida.

Había pasado a tutearte de pronto, pero, por la sonrisa que estrechó tus labios, concluí que no te importaba.

—Me recuerda a otros libros que he leído antes, aunque no tengan nada que ver… y estén en otro idioma.

Con eso ya me dejaste impactada.

—¿Tú… te…? ¿Te has leído mis libros en inglés?

Nada más salir esas palabras de mis labios, me arrepentí de haberlas pronunciado. No de hacer la pregunta, sino de haber publicado esos libros en un principio. Los escribí con quince y diecisiete años respectivamente y, aunque ambos hubiesen tenido una buena acogida, me sentía… Era difícil describir cómo me sentía hacia esos dos libros. Ambos eran historias de amor, aunque situadas en marcos muy diferentes: la primera en un mundo distópico y la segunda en plena explosión de hormonas adolescentes en un grupo de amigos. Objetivamente, los libros no estaban mal. Las reseñas positivas y las cifras de ventas hablaban por sí solas; aunque no fueran muchas, sí que eran bastante aceptables para una autora que ni siquiera residía en el país en cuyo idioma escribía. Sin embargo, hacía años que era incapaz de leer esos libros y no sabía muy bien por qué. Los errores que ahora me parecían evidentes resultaban comprensibles teniendo en cuenta mi edad e inexperiencia, pero… hablando contigo aquella primera vez me di cuenta de que sentía vergüenza. De lo joven que era cuando los publiqué, de la mera osadía de pensar que podía ser escritora con quince años.

Tú asentiste sin inmutarte, como si la pregunta no te extrañase, como si la respuesta fuera algo que no necesitara mayor explicación:

—Sí. Tenía curiosidad. El segundo me gustó más, pero el primero… tenía algo *oscuro*, casi magnético. —Hiciste una pausa—. Me preguntaba cómo escribirías en español, aunque no pensaba que hubieras dado un giro hacia la poesía.

—También escribo en prosa —dije sin pensar, como si de pronto hubieras abierto una caja que llevaba cerrada bajo llave muchos años y las palabras fueran motas de polvo que se escapaban del interior, impacientes por emprender el vuelo hacia ninguna parte—. Estoy traduciendo algunos de mis libros en inglés; de los que escribí pero no llegué a publicar. También tengo algún original en español, pero sin terminar.

Me miraste con los ojos entrecerrados, sin malicia, con las manos frente a tu rostro, formando una especie de puente con los dedos, yema contra yema.

—¿Puedo preguntarte por qué?

Casi me hizo gracia la forma de formular la pregunta, como si hubiera algo que tú no *pudieras* hacer en la editorial.

—¿Por qué qué?

—Por qué en inglés. Por qué escribías en inglés y por qué, después de estudiar Filología Hispánica, no has publicado nada en español. —Tus ojos se escaparon hacia el manuscrito—. Hasta ahora —añadiste a media voz, casi en un susurro.

Me tomé un poco de tiempo para responder. Era una pregunta que me habían hecho mucho, sobre todo mi padre, que, teniendo una editorial en España, no concebía por qué su hija no era capaz de escribir en castellano. Quizá era precisamente por eso, por la presión

de tener un padre al frente de una editorial de prestigio, por lo que jamás me había atrevido a escribir en mi lengua materna. Al menos, eso era lo que me habían sugerido en terapia alguna vez, aunque a lo largo de los años he comprobado que los psicólogos suelen tener una predilección por las explicaciones enrevesadas y los diagnósticos complicados para dar cuenta de fenómenos que normalmente tienen una explicación mucho más sencilla, como era el caso de la escritura.

—Tenía miedo —dije simplemente.

Eso era todo. Mi necesidad de expresar lo que llevaba dentro era casi igual de grande que el temor a que la gente de mi alrededor leyera mis pensamientos más íntimos. Por eso era más fácil escribir en un idioma que no muchos se molestarían en leer y compartir mis historias con desconocidos a miles de kilómetros que no me juzgarían o que, si lo hacían, estarían demasiado lejos para que me importase. Pensaba seguir así, escribiendo en inglés, hasta que de pronto me enamoré y… Bueno, todo cambió cuando quise que una persona que sólo hablaba español entendiese lo que quería decir.

Ladeaste la cabeza, estudiándome con indiscreción. Estaba acostumbrada a que la gente me mirase como si fuera una especie de alienígena, un espécimen extraño en una exposición de hallazgos científicos, «la niña superdotada», y lo odiaba. Pero, por algún motivo, tu escrutinio no me resultaba violento, sino simplemente incómodo. Era como si, cuando me observabas casi sin pestañear, quisieras descubrir qué secretos se ocultaban bajo la superficie, a diferencia de todos los demás, que daban por hecho que eran indescifrables y los contemplaban como uno examina las pirámides:

sin entender cómo es posible que estén ahí y sin intención alguna de averiguarlo.

—¿Y ahora? —quisiste saber—. ¿Ya no tienes miedo?

Me recoloqué en el asiento. Sinceramente, no había esperado una respuesta a mi correo. Vi la oportunidad y me dejé llevar, me lancé sin paracaídas y sin plantearme la posibilidad de llegar viva al suelo. Ahora que había aterrizado, descubrí que no tenía ni idea de adónde ir.

—Ahora me he cansado de tenerlo.

—O te has enamorado —contraatacaste, tan inesperadamente que me quedé mirándote con los ojos como platos.

No tenía ni idea de cómo, disparando a ciegas, habías dado tan cerca del blanco. Aunque tampoco debería haberme extrañado, teniendo en cuenta que te acababas de leer el libro en el que había derramado toda la sangre de mi corazón roto.

—¿Quién fue? —preguntaste.

—Es una larga historia —dije evitando tu mirada—. Y, además, no pasó hace tanto tiempo. Todavía me cuesta hablar de ello.

Hubo un silencio.

—Entonces… —Me aclaré la garganta—. Entonces ¿el poemario te gusta de verdad?

—Creo que tiene mucho potencial, sí, aunque hace falta pulir algunas cosas —afirmaste—. Yo me encargaré personalmente de revisarlo contigo. Ahora tengo que irme a una reunión. Amanda te dará el contrato estándar al salir. Ya tiene mi firma, falta la tuya.

Te levantaste y yo hice lo propio, pero no me sentía las piernas ni los brazos ni el resto del cuerpo. Toda mi energía estaba concentrada en desempaquetar las revelaciones que habías

comprimido en tan pocas palabras: un contrato, que tú revisarías el libro personalmente… Habías cogido todos mis sueños, incluso los que nunca me había atrevido a soñar, y me los habías dado.

Amanda se acercó a mí y me dedicó una sonrisa sincera:

—Enhorabuena. Debes de estar emocionada.

No tenía ni idea de cuánto.

Con cariño,

Aria

3

174 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Mi padre te odia. Lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta las circunstancias.

De vez en cuando sale de caza, y estoy convencida de que no tendría ningún problema en utilizar uno de sus cuchillos para sumar tu cabeza a la colección de trofeos que corona la entrada de la casa familiar, bajo la que yo solía pasar corriendo de pequeña, aterrorizada por los ojos vacíos en los cráneos de animales irreconocibles que había matado en África o en Australia.

Cuando era niña, mi padre no era más que eso: los trofeos del salón, el despacho al que tenía prohibida la entrada, una llamada de vez en cuando a mi madre en la que yo sólo participaba los tres últimos minutos para decir «te quiero» a un hombre al que apenas conocía.

Al morir mi madre, la situación no cambió demasiado. Al contrario de lo que muchos (incluyéndome a mí) esperaban, mi padre no se volcó en el trabajo para evitar pensar. De hecho, empezó a pasar mucho más tiempo en casa. Sentí que él quería acercarse a mí, que

hiciéramos cosas juntos, pero, cuando los supuestos paseos demostraron ser largas caminatas en silencio y las tardes de «cine» se convirtieron en un par de horas sentados en extremos opuestos del sofá, sin prestar mucha atención a la película y contando los minutos para que se acabase y podernos marchar sin herir los sentimientos del otro, a ambos nos quedó claro que, a mis doce años, la relación padre-hija llevaba demasiado tiempo muerta para resucitarla, si es que alguna vez había existido. Era como si mi madre hubiera sido lo único que teníamos en común y sin ella no fuéramos más que un par de desconocidos que compartían apellido y vivienda. Su ausencia era una presencia más en aquella casa que siempre había sido demasiado grande, pero que ahora se nos antojaba gigantesca. El duelo, en lugar de unirnos, nos alejó todavía más.

Había abandonado toda esperanza de tener lo que la mayoría entiende como «un padre» hasta que, de pronto, al ingresar en la cárcel, me comenzó a visitar todas las semanas.

La primera vez que vino, se le descompuso el rostro nada más entrar en la «sala de cristales». Después de pasar todos los controles, cuando por fin creía que iba a poder abrazarme, se encontró con un locutorio en el que había una docena de cabinas. En un arranque de frustración, le dio un golpe al cristal blindado, como si pudiera atravesarlo, y uno de los guardias le llamó la atención. Desde entonces actúa con una naturalidad tan forzada que a veces resulta difícil de aguantar. Se pasa la hora y media hablando y me pregunta cómo estoy, qué tal está la comida, si mis «compañeras» son «simpáticas» (me costó mucho no echarme a reír —o a llorar— cuando me preguntó eso por primera vez).

Tuvo una época en la que se obsesionó con la idea de que no estaba comiendo bien (como si yo hubiera comido bien alguna vez en mi vida) e intentó traerme la clase de bollería industrial que mi madre solía comprarme para el recreo del colegio. Cuando le informaron en la entrada de la prisión de que no podían dejarle pasar con ninguna clase de alimento, me dijo, con gran decepción, que no sabía qué iba a hacer con los paquetes de Bollycaos y batidos Puleva que había comprado expresamente para ese propósito.

Poco después se le ocurrió la idea de regalarme libros. Dice que, sin ellos, aquí me voy a morir de aburrimiento; de manera que cada semana trae un auténtico cargamento de novelas: muchas son de la editorial, muchas otras no. En la cárcel hay una biblioteca, pero mi padre lleva a sus espaldas toda una vida de señalar las carencias de todo aquello que viene de los servicios públicos, de manera que se empeña en facilitarme ediciones especiales, con tapa dura y cantos decorados, como si así pudiera compensar la falta de lujo de este lugar.

Hoy ha aparecido con una bolsa llena y, como de costumbre, se la ha entregado al funcionario de la entrada. Este se la ha llevado a una sala donde inspeccionan todo lo que traen los familiares. No tardan mucho si se trata de documentos que no requieren un examen muy exhaustivo. Sin embargo, con los libros de mi padre pasan más tiempo, puesto que deben asegurarse de que no haya nada escondido entre las páginas antes de entregármelos.

Mi padre me obliga a decirle cuál me voy a leer cada semana para leerlo él también y así tener algo que comentar la semana siguiente. Por primera vez, a mis veinticinco años, en prisión preventiva por

estar involucrada en un homicidio, mi padre se comporta como… Bueno, como un padre. Es casi como si quisiera compensarme por todo el tiempo que no ha ejercido su papel; como si estuviera tratando de mantener los restos de nuestra familia unidos por pura fuerza de voluntad, con la desesperación de un náufrago aferrándose a los últimos tablones de madera de un barco que hace ya tiempo que se hundió.

Ya sabes que perdí a mi madre muy joven, así que conozco bien el duelo. Mi padre está en la fase de negación, por eso me trata como si no pasara nada, como si fuera un padre normal visitando a su hija en un internado en lugar de en una cárcel, y por eso también se niega a hablar de *aquello*, pese a que estuvo allí desde que me arrestaron.

Cuando ha llegado esta mañana, Manuel Mérida se ha desplomado sobre la silla con una mezcla de gruñido y suspiro, como si de pronto hasta su nombre le pesase y fuese más de lo que su espalda podía soportar. Mi padre le sacaba diez años a mi madre, pero nunca había parecido un hombre mayor. Hasta ahora. Desde *aquello*, todo el pelo se le ha puesto blanco, y las arrugas de su cara, que antes eran meras caricias del tiempo, se han convertido en grietas profundas.

Cuando ha cogido el teléfono de la cabina, le temblaba el pulso.

—¿Qué tal va la editorial? —le pregunté.

—Por favor, Aria, no hablemos de eso —me pidió con voz cansada, como cada vez que venía.

Siempre me dice que deje de preguntarle, y yo sigo haciéndolo. El negocio familiar se está hundiendo por mi culpa, pero él se esfuerza por evitar el tema, como si fuera un secreto. En la cárcel también

leemos *El País* y el *ABC*, donde justo ayer sacaron un reportaje —un copia y pega reciclado de los cientos que proliferaron durante los primeros meses en los que el caso se volvió viral— donde informaban de que nuestras acciones habían caído nada menos que un sesenta por ciento.

—Dice la abogada que va a venir en unos días para que repaséis la estrategia.

—Qué angustias —comenté, entre dientes y sin mirarlo, pese a saber lo mucho que le costaba renunciar a su visita semanal para que mi abogada viniera en su lugar.

—Aria…

Sólo un padre puede imbuir tu nombre con una amenaza tan clara.

—¿Qué pasa? —solté, algo molesta—. Todavía quedan seis meses para el juicio. No entiendo por qué tenemos que ponernos con eso ahora.

—Quedan cinco meses y medio, Aria —replicó, frustrado—. ¿Acaso no te apetece salir de aquí?

Me crucé de brazos.

—No sabemos si voy a salir.

—Pues ¡claro que sí! —exclamó, con tanta vehemencia que quedó claro que se estaba intentando convencer a sí mismo también—. Estás aquí injustamente. Lo llaman prisión preventiva; yo lo llamo abuso. ¿Cómo puede ser tan lento el sistema judicial? ¿Se puede saber lo que están haciendo con nuestros impuestos?

Puse los ojos en blanco. No iba a entrar con él en otra discusión sobre la gestión de los recursos del Estado.

—Lo que quiero decir es que te tienes que esforzar un poco, ¿vale? —Agarró el teléfono con una fuerza que traicionaba su nerviosismo—. Sé que debes de estar harta de contar lo mismo, pero sólo tienes que hacerlo una vez más, y ya se encargará la abogada de que todos vean lo que nosotros sabemos: que fuiste cómplice, no asesina. Él te llamó para esconder el cadáver. Tú lo ayudaste. Es lo que habría hecho cualquiera. Eres demasiado buena.

No pude evitar soltar una carcajada amarga.

—Esas no son las palabras que yo escogería, pero en fin… —dije con una falsa despreocupación. En realidad, últimamente siento pocas cosas. El psicólogo de la prisión lo llama «disociación»; yo lo llamo «estar muerta por dentro».

—Por favor, hija, no lo defiendas.

Me encogí de hombros. Ver a mi padre así casi me hace sentirme mal por lo que hice. (Énfasis en el *casi*).

—No lo hago.

—Sí que lo haces. Después de todo lo que ha pasado, todavía lo justificas. —Al hablar, le tembló la voz como a un anciano, y entonces caí, como si nunca lo hubiera sabido, en que mi padre ya tenía sesenta años—. Mira lo que te ha hecho. —Cerró el puño y lo apoyó contra el cristal en un gesto de impotencia, contrayendo la cara en una mueca de dolor—. Estás aquí por su culpa.

Justo entonces, una polilla se posó junto a su mano. Mis ojos se quedaron fijos en los dibujos marrones de sus alas y se me quedó la boca seca. Este lugar está repleto de polillas; están por todas partes: aleteando contra las luces de los baños, descansando sobre paredes y ventanas, revoloteando por encima de nuestras cabezas en el comedor… Siempre he sentido un odio irracional hacia esos

insectos, de manera que me esforcé por no mirarla para evitar que mi padre se percatara de su presencia y tratara de convencerme de poner una reclamación por las condiciones insalubres de la prisión.

—Eso no es así —contesté levantando la voz. Uno de los guardias de turno se giró hacia mí, y tuve que reprimir las ganas de ponerme en pie para que no viniera a «tranquilizarme». Con voz más baja, miré a mi padre a los ojos y le dije—: Papá, esto me lo he hecho yo sola.

Los labios agrietados del director de MM Editores se separaron ligeramente para luego volver a cerrarse, sellando en su interior la única pregunta que quiere hacer cada vez que viene, la única que nunca me formula: «¿Por qué?». No lo entiende, y soy consciente de que eso le genera sufrimiento, pero yo no puedo darle las explicaciones que necesita para aliviarlo. No puedo. Y eso sí es culpa tuya.

Después de eso no hubo mucha más conversación. Cuando sonó la sirena que indicaba que se estaban agotando los tres cuartos de hora asignados para las visitas, mi padre me informó de que entre los libros que me había traído había una copia de *La metamorfosis*. Me dijo que la tuviera leída para la semana que viene, como si fuera un profesor mandando deberes.

A veces me sorprende la facilidad con la que mi padre elude su parte de responsabilidad en toda esta historia. Obvia el hecho de que él fue quien te pidió que aceptaras publicar mi libro, para «tenerme contenta», en lugar de pensar que aquello me destrozaría cuando lo averiguase meses más tarde. Sé que no es justo guardarle rencor por eso, pero a veces no puedo evitar pensar que, sin su intercesión, quizá tú y yo nunca habríamos desarrollado la relación

que tuvimos. Ahora, pensándolo bien, creo que puede que sea ese el motivo por el que viene tanto a verme, que, aunque jamás lo reconocería en voz alta, lo que lo mueve no es el cariño, sino la culpa.

Pero lo cierto es que su papel en toda esta historia fue secundario. Él nunca te pidió que te encargaras del poemario personalmente; eso fue cosa tuya, igual que el hecho de que te hubieras leído mis novelas en inglés. A lo mejor la publicación del libro no había sido más que una excusa para profundizar en ese interés que sentías por mí más allá de los negocios. Sólo de esa forma puedo explicarme la dedicación con la que te volcaste en él desde el principio.

Pese a que faltaba más de un año para la fecha del lanzamiento, empezamos a revisar el poemario el jueves de la misma semana que firmé el contrato. Estaba en mi mesa de la segunda planta cuando me llegó un mensaje de un número que no tenía en la agenda.

Desconocido
Me han cancelado una reunión. Vente en diez minutos y empezamos a corregir los poemas.

Supuse que habrías consultado mi número en los datos del contrato, así que te grabé en la memoria del móvil y contesté que allí estaría.

Maté el tiempo contestando un par de correos y yendo al baño. Cuando llegué a tu despacho era un manojo de nervios. Nunca había revisado uno de mis libros con nadie, mucho menos con un editor de tu calibre, y ni siquiera sabía cómo me hacía sentir que fuéramos a profundizar en todos esos poemas que hasta hacía unos días habían formado parte de mi intimidad. Sabía que era una cuestión de

trabajo, que tú eras un profesional y yo también, pero… la poesía siempre es algo personal.

Como la primera vez, no obtuve más que un silencio cuando llamé a tu puerta.

Miré hacia la mesa de Amanda, pero no estaba.

Fruncí el ceño, extrañada.

Estaba tratando de decidir qué hacer cuando salió de tu despacho en un torbellino de rizos ígneos y papeles, lanzándote recordatorios de última hora.

—Hombre, Aria, hola, ¿cómo tú por aquí? —me preguntó con una amplia sonrisa, y me di cuenta de que tenía los dientes de abajo algo torcidos.

—Viene a revisar su libro conmigo —dijiste desde tu sitio detrás de la mesa haciéndome un gesto para que pasase—. Aria vendrá con frecuencia de aquí en adelante, así que te pido que la dejes pasar siempre.

Tu secretaria asintió, soplando para apartar los mechones de pelo que le caían sobre la cara salpicada de pecas.

—Por supuesto. —Me miró de arriba abajo y frunció los labios, como si quisiera decir algo, pero finalmente asintió para sí misma y musitó—: Que os cunda.

Después salió y cerró la puerta tras de sí.

Me quedé unos segundos ahí de pie, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Estás bien? —preguntaste mirándome con la cabeza ladeada.

—Sí, es que… —Tragué saliva—. A lo mejor es imprudente que te pregunte esto, pero… ¿oyes bien?

Parpadeaste y tu boca dibujó una media sonrisa.

—¿Oyes del verbo «oír»?

Asentí.

—Es que… las dos veces que he venido y he llamado a la puerta no me has contestado.

—Ay, claro —exclamaste de pronto riéndote por lo bajo—. Perdona, no te lo dije la otra vez. El despacho está insonorizado.

Asentí, recordando la obra que se hizo hace unos años en el edificio de la editorial y que tuvo a mi padre más ocupado y estresado que de costumbre. Yo todavía estaba estudiando, pero tú ya debías de tener un puesto importante para entonces. Más tarde averigüé que habías aprovechado que tu ascenso a editor jefe coincidió con las reformas para pedir que insonorizasen tu despacho. Eso explicaba por qué yo tampoco había oído nada, aunque habías estado hablando con Amanda.

No le di más importancia al asunto, no me preocupé. Debería haberlo hecho.

—Cuando yo te avise, tú vente sin problema y pasa sin llamar —añadiste—. Estás en tu casa.

Técnicamente, el edificio, igual que las otras sedes de la editorial, era mi herencia, así que sí, era mi casa, pero aun así el comentario hizo que se me levantaran ligeramente las comisuras de los labios.

Me acerqué a la mesa y tomé asiento en la silla de la derecha, igual que la otra vez.

—¿Estás preparada? —inquiriste sonriendo de oreja a oreja y frotándote las manos—. He pensado que, si te parece bien, te iré avisando cuando tenga huecos libres para que subas y vayamos avanzando con el poemario poco a poco. Como has visto, ya lo sabe Amanda, así que nadie te va a poner pegas, y si alguien de abajo se

queja por tu ausencia, no tienes más que decírmelo y yo me encargo.

Aparté la mirada. Tu ofrecimiento me halagaba, pero a la vez hacía que me entrasen ganas de echarme a temblar.

—Caín, yo… Ninguno de mis compañeros sabe que voy a publicar un libro, mucho menos con la editorial.

Me contemplaste durante unos segundos antes de asentir.

—De acuerdo, seré discreto entonces. Yo también lo prefiero. Pero se enterarán tarde o temprano. —Hiciste una pausa, como si quisieras ponderar si decir o no lo que vino a continuación, y finalmente te decidiste a favor—: No te llevas muy bien con ellos, ¿verdad?

No sabía si era una pregunta disfrazada de afirmación o una afirmación disfrazada de pregunta, pero asentí de todas maneras.

—Siempre ha sido así.

—Es normal —dijiste.

—No es por lo de mi padre —aclaré—. Bueno, con mis compañeros de aquí sí, pero me ha pasado siempre lo mismo. Nunca he tenido muchos amigos. —Con una sonrisa un poco forzada, continué—: Eso ha sonado bastante mal.

—Qué va. Como te he dicho, es normal.

Ladeé la cabeza.

—¿Normal?

Asentiste como si fuera lo más obvio del mundo.

—Claro. Eres diferente. Lo diferente resulta fascinante, pero también asusta. —Tras un silencio añadiste—: Aunque debe de ser duro. Puedo imaginármelo, pero realmente no sé lo que es. Yo nunca he tenido esos problemas. Era popular en el instituto y en la

universidad salía todas las semanas. Supongo que he tenido suerte con la gente.

Lo decías como si el único factor que nos diferenciase fuera algo tan trivial como el azar.

Me recoloqué en mi asiento, algo incómoda.

—Bueno, yo… Yo es que soy rara. De pequeña me decían que estaba loca, y… Te digo esto porque es importante que lo entiendas por el poemario. —Respiré hondo y en el silencio que siguió dejé que calara la justificación, el motivo con el que racionalmente explicaba esa necesidad irracional de ser sincera contigo, a pesar de haber llegado hacía mucho tiempo a la conclusión de que todas las personas en las que confío acaban haciéndome daño—. A veces me daba miedo que tuvieran razón y otras quería que la tuvieran. Pensar que nadie quería estar con una loca era mejor que pensar que nadie quería estar conmigo. Y luego llegó Víctor…

—¿Quién es Víctor? —quisiste saber.

—El hombre sobre el que escribí estos poemas —dije haciendo un gesto hacia el manuscrito que descansaba entre nosotros—. Fue la primera persona que creí que me entendía de verdad, y… Bueno, supongo que ya te imaginas cómo acabó aquello.

Pasaste los dedos por el borde de las páginas, como si pudieras leer los versos con la piel.

—Yo no creo que estés loca —pronunciaste al fin, y algo dentro de mí, que no era consciente de que había estado sujetando, cayó en picado y sentí que se me relajaban los músculos de la espalda—. Creo que has tenido mala suerte hasta ahora. Pero eso está a punto de cambiar.

Levanté una ceja.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque yo tengo muy buena, y esas cosas se pegan. —Me guiñaste un ojo—. Y, además, tener un best seller ayuda.

—Ya ves si ayuda —me reí.

Tú te reíste conmigo y apartaste la primera página: el folio en blanco que daba inicio al poemario.

Con cariño,

Aria

4

170 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Me cuesta mucho escribir.

Esta mañana mi compañera de celda me ha preguntado cómo es posible que el taco de folios haya crecido tanto en los últimos días.

Se llama Celia y el otro día me dijo que no sabe cómo puedo tener tanta facilidad para escribir. Tuve que contenerme para no estallar en una risotada amarga. ¿A esto lo llama facilidad? Debería haberme visto en mis años de instituto, escribiendo una novela por trimestre. Debería haberme visto cuando conocí a Víctor: mis dedos no podían moverse lo bastante rápido para anotar todo lo que sangraban en colecciones y colecciones de poemas que guardaba bajo llave. Debería haberme visto cuando estaba contigo; cuando, después de tantos libros, me devolviste la emoción que sólo producen las primeras veces, cuando la ilusión y la felicidad hicieron que escribiera cientos de páginas que ahora ni siquiera sería capaz de leer.

—¿Escribes sobre él? —me preguntó.

No hacía falta que fuera más específica. Todo el mundo sabe que ayudé a un hombre a esconder el cadáver de su mujer, y, aunque cada vez sale menos el tema, cuando ingresé en la cárcel no pasaba un día sin que las internas se alternasen entre preguntarme si de verdad era tan idiota o directamente proclamarme «gilipollas» y ahorrarse el trámite. Y no las culpo; la verdad es que sólo una persona idiota habría podido hacer lo que yo hice. Idiota o enamorada. A veces pienso que son sinónimos.

—Es complicado —contesté, enigmática, porque era verdad.

Realmente no sé cómo responder a esa pregunta. ¿Estoy escribiendo sobre ti? ¿Sobre mí? ¿Te estoy escribiendo a ti? ¿O realmente es a mí misma? Siempre he tenido una memoria excepcional, especialmente en todo lo referente a ti, pero, al relatar lo que ocurrió, no puedo evitar preguntarme si ciertos detalles que estoy incluyendo reflejan lo que pasó realmente o si, al narrar los acontecimientos, estoy alterándolos.

No hablar de algo ¿lo hace más o menos real? No estoy segura. Es posible que estas supuestas cartas no sean del todo fieles a la realidad, puede que no sean más que una especie de diario. A lo mejor algunos de los hechos que relato sólo ocurrieron en mi cabeza, pero, en el fondo, da igual: las cosas que pasan en nuestra cabeza son las que más nos hacen sufrir y, al final, se acaban convirtiendo en nuestra realidad. Las personas no actuamos según lo que realmente ha ocurrido, sino con base en lo que recordamos que ha pasado. No creo que te envíe ninguna de estas cartas, al menos por ahora, pero siento la necesidad de seguir escribiendo, de no dejar que los recuerdos se desvanezcan, que se me escapen como arena entre los dedos. Porque, sin ellos, no me quedará nada.

Escribir siempre ha sido para mí algo terapéutico, una manera de entender mi vida, y creo que la única forma de comprender lo ocurrido es narrándolo como si fuera una historia, nuestra historia. Quién sabe, quizá algún día alguien la lea.

Me parece curioso que, si Celia realmente quiere información, no coja las cartas del escritorio y se las lea. Nadie se lo impediría, ni siquiera yo. Pero Celia es ladrona, por eso está aquí, por un atraco a mano armada que sólo es el último delito en una larga lista de antecedentes, la mayoría de ellos hurtos. Su forma de conseguir las cosas (o de intentarlo) siempre ha sido robando, y un hombre me dijo una vez una frase que no se me olvidará en la vida:

«La gente que lee no roba, y la gente que roba no lee».

Qué cierto es.

Pero ¿por dónde iba? Estoy divagando, perdiéndome en mis propios pensamientos. Como digo, me cuesta mucho escribir. Diga lo que diga Celia, ahora no soy ni una sombra de lo que fui en el pasado, antes de ti. Cuando hace unos días me senté a escribir por primera vez después de tanto tiempo, pensé que lo que me frenaba era la culpa que me producía contar esta historia con todos sus secretos. Pero después me he dado cuenta de que no es eso; lo que me tiene atascada desde hace tanto tiempo eres tú. Si hace cuatro años me hubieran dicho que iba a pasarme casi tres sin escribir una sola palabra, no me lo habría creído.

Te encantaba decir eso de: «Si hace tanto tiempo te hubieran dicho tal cosa o tal otra, no te lo habrías creído». Era casi una coletilla, un principio con el que abrías todos tus capítulos, mirándome con una sonrisa pícara mientras pronunciabas las palabras.

Y tenías razón: si me hubieran dicho cómo iba a acabar nuestra historia durante aquellos primeros meses, no me lo habría creído.

Continuamos revisando el poemario a lo largo de las semanas que siguieron. Nos veíamos en tu despacho en los huecos libres en los que coincidíamos, intentando no llamar demasiado la atención. Aunque las sesiones de revisión eran inevitablemente intensas debido a la naturaleza del libro, apenas hablábamos fuera del trabajo, hasta que un domingo tu nombre iluminó la pantalla de mi móvil y encontré lo que menos me podría haber esperado: un poema.

Caín
¿Sabías…?

Que las montañas son estatuas de gente dormida
y las nubes escriben sus sueños en el cielo.
Que los pensamientos son velas hechas de cera,
se consumen y nos consumen por dentro.
Que la vida es como una brisa marina:
nos va erosionando con el tiempo.
Que en cada instante se esconde un deseo,
la magia de cada momento.
Y todo ello
porque creo que te quiero.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos con el corazón en la boca, sobrecogida por la sorpresa y el sentimiento que me habían producido tus palabras. Las leí tantas veces que las recuerdo perfectamente, así como la breve conversación que vino después:

Aria

No sabía que escribías.

Caín
Sorpresa.

Aria
Es precioso.

Y, tras unos segundos de duda:

Aria
¿Te puedo preguntar sobre quién es?

Caín
Mejor te lo cuento en persona.

En línea…
Escribiendo…
En línea…

Por cierto, creo que te debo una cena.

Miré la pantalla con los ojos muy abiertos.
«Se acuerda», pensé, incrédula.

Aria
No te sientas en ningún compromiso. Era una broma.

Caín
No lo era.

En línea…
Escribiendo…

En línea…

Soy un hombre de palabra.
¿Qué tal el martes a las 9:00?

En línea…

Si no te apetece, nada. No te sientas tú tampoco en el compromiso.

Aria
El martes a esa hora está bien.

Apagué el móvil y me quedé unos segundos mirando al techo sin saber muy bien cómo interpretar la conversación. Podría haberte dicho que no, y no habría pasado nada, sobre todo teniendo en cuenta que era la hija del director, pero… Algo en mi interior me había impulsado a acceder, quizá una curiosidad inevitable por saber más del hombre que se sentaba al otro lado de la mesa del editor. Me di cuenta de que incluso me apetecía que llegara el martes. Lo cierto era que me hacía ilusión. Cómo echo de menos esa sensación.

Te echo mucho de menos.

Aria

5

163 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Tú nunca me pediste que mantuviera en secreto aquella… ¿Cómo llamarla? ¿Cita, encuentro? Vamos a dejarlo en cena. Tú nunca me pediste explícitamente que guardase en secreto aquella cena ni, al principio, ninguno de nuestros encuentros posteriores. Sin embargo, llegamos a una especie de acuerdo tácito de no decir nada sobre nuestro trabajo juntos, como si fuera alguna clase de crimen. No era nada malo, pero supuse que tú no querías enfrentarte a las preguntas que te harían si supieran que pasabas tantas horas en el despacho con la hija del dueño, aunque todo ese tiempo estuviéramos trabajando, y yo no quería responder a las preguntas de mis compañeros, así que actuábamos con la máxima discreción.

Aquí en la cárcel nos obligan a volver a las celdas después de cenar y las cierran hasta la mañana siguiente, lo cual supone estar unas doce horas sin salir. Como me cuesta dormir, me paso las horas tumbada en la cama mirando las barras horizontales del somier de la litera de arriba y, muchas veces, revivo las sensaciones de aquel día: el frío húmedo del principio del otoño en Málaga azotándome las

mejillas, el cosquilleo nervioso en mi vientre y la energía que hacía que las puntas de mis pies bailaran claqué contra la acera mientras te esperaba.

Desde hace casi dos años lo único que hago es esperar, así que he tenido tiempo para pensar en muchas cosas. Igual que he reflexionado una y otra vez sobre la pregunta de si nacemos malos o la sociedad nos corrompe, también he tenido otros pensamientos recurrentes. Uno de ellos es cómo los eventos que cambian nuestra vida nunca parece que vayan a ser los momentos más importantes, al menos no al principio. El día que te casas o el día que tienes un hijo son eventos clave en la historia de cualquier persona, fechas señaladas, pero no son los más importantes. ¿Qué hay del día que conoces al amor de tu vida? ¿Y el día de la boda de este con otra mujer? ¿Y cuando concibes un hijo? ¿Y el día que lo abortas? Ni siquiera nos acordamos de la fecha exacta de esos acontecimientos, mucho más relevantes en nuestra vida que la Revolución francesa. Nunca sabes cuándo algo cambiará tu vida totalmente, sólo vemos los giros en la carretera al echar la vista atrás, y a veces ni siquiera son bruscos; la mayoría de las ocasiones, de hecho, son progresivos. No suelen ser fechas marcadas, sino más bien procesos: conversaciones y reflexiones que se suman unas a otras y hacen que, un buen día, te despiertes y te des cuenta de que te has enamorado o de que estás en la cárcel acusada de homicidio. Lo mejor a lo que podemos aspirar en la mayoría de los casos es a una aproximación de esa fecha, un mero sustituto para los dígitos del día y del mes. En mi caso es aquel martes.

Había llegado diez minutos antes, pese a vivir cerca y no tener ninguna razón plausible para mi puntualidad excesiva. Simplemente

había sido incapaz de seguir en el piso un minuto más. Siempre he odiado el rato previo a haber quedado con alguien, esa media hora o veinte minutos cuando te has terminado de arreglar y ya no te da tiempo a hacer nada de provecho. Así que me había dirigido hasta nuestro punto de encuentro. Para mi sorpresa, cinco minutos después un Range Rover Velar gris se detuvo frente a mí.

La ventanilla descendió para revelar un rostro sorprendido al otro lado: el tuyo. Te habías arreglado, aunque de una forma distinta a como lo hacías para ir a la oficina. En la editorial siempre llevabas trajes de tela pulcra y líneas rectas que se adherían a tu cuerpo como sólo lo hace la ropa hecha a medida; te vestías con estilo y con clase, lo que terminaba de darte el aire autoritario de quien ostenta un poder que no solamente reside en el cargo que ocupa, sino que impregna toda su persona. Pero esa noche habías optado por una camisa celeste con los primeros botones desabrochados y unos pantalones con raya. Si bien era un atuendo informal en comparación con tu estilo habitual, ibas mucho más arreglado que yo, que había elegido una camisa y una falda con volantes en lugar de un vestido que había descartado porque me parecía demasiado elegante para la ocasión.

—Qué puntual —comentaste.

—Puntualidad inglesa —respondí con una sonrisa bastante estúpida.

Todavía me avergüenza pensar en la cara de idiota que puse, pero tampoco debería ser muy dura conmigo misma. En ese momento no sabía qué hacer con mi cara ni con mi cuerpo ni con el manojo de nervios que se había apoderado de mi ser. Me invitaste a subirme al coche, y mientras lo hacía me pregunté por qué estaba tan nerviosa.

Seguramente era la situación, tu puesto. Estaba a punto de cenar con el editor jefe, esa figura tan misteriosa como inaccesible que ahora, además de ser mi jefe, era *mi* editor, para el libro que iba a publicar *yo*, en español. El poema que me habías enviado dos días antes no hacía sino aumentar el suspense.

—Veo que la vena inglesa no es sólo cosa del idioma —dijiste mientras ponías el coche en marcha y empezábamos a rodar carretera abajo—. Aunque he de confesar que lo último que me esperaba era que los Mérida tuvierais sangre anglosajona.

Las luces de la calle te iluminaban el rostro a intervalos, recortando un perfil de líneas severas en rojo, amarillo, naranja y verde. Intenté no mirar demasiado la forma en que la oscuridad se acumulaba en la curvatura de tu cuello, o cómo se te tensaban los músculos bajo la camisa cuando agarrabas con fuerza el volante. Fue difícil; a día de hoy todavía a veces sueño con ese juego de luces y sombras.

—No la tenemos —aclaré—. Yo aprendí inglés sola. Viendo series y leyendo.

Apartaste la vista de la carretera para mirarme con las cejas arqueadas.

—¿Hasta el punto de escribir, no uno, sino dos libros en ese idioma?

«No son dos, son seis», pensé, pero no dije nada. A lo largo de los años había aprendido que ciertos comentarios, que para mí eran normales, no eran demasiado oportunos.

En lugar de eso me revolví un poco en el asiento y dejé que se me perdiese la vista en las fachadas de los edificios que íbamos pasando mientras navegabas por las callejuelas del centro.

—Sí —contesté.

No tardamos en llegar a un pequeño restaurante llamado La Toscana. Nada más aparcar, te bajaste del coche y acudiste a mi puerta, que abriste por mí. Traté de no ruborizarme ante ese gesto tan anticuado e intenté que no se me notase que me gustaba.

—Estás algo callada hoy —comentaste de camino a la entrada.

Yo mantuve la vista clavada en el suelo.

«Es que estoy muerta de vergüenza», pensé.

—Es que a veces hablo demasiado —te dije.

Habíamos tenido ya varias reuniones para revisar el poemario, y naturalmente la conversación se había desviado, en más de una ocasión, del verso blanco y la rima. Nuestras charlas eran agradables, pero no trascendentales, y jamás habíamos tratado temas personales más allá de lo estrictamente necesario. Hasta ahora.

—Qué tontería —exclamaste mientras abrías la puerta y me hacías un gesto para que pasase—. A mí no me lo parece. Además, hemos venido a hablar, ¿no?

«¿A hablar de qué exactamente?», me moría por preguntar, pero en lugar de eso asentí y dejé que un camarero nos guiara hacia el interior.

No recuerdo muy bien cómo era el restaurante, tan sólo que se trataba de un lugar amplio y elegante cuyo olor a hierbas aromáticas hizo que se me revolviera la tripa al caer en la gravedad de lo que había hecho al aceptar tu invitación; me había apuntado voluntariamente a una ingesta de carbohidratos por la noche, el peor momento para tomarlos porque es cuando más engordan.

Era un martes, así que no había mucha gente, por lo que pudimos escoger mesa.

—Elige tú —me invitaste.

Yo escondí las manos en las mangas de la camisa.

—Me da igual, la que tú quieras.

—A mí también me da igual —dijiste, pero ambos nos dirigimos al mismo tiempo hacia una pequeña mesa encajada en la esquina de la sala, junto a la ventana, lo más alejada posible de todas las demás.

Nos sentamos y el camarero nos dejó la carta. Creo que me hiciste alguna recomendación sobre los mejores platos, pero no recuerdo lo que comentaste; estaba demasiado ocupada apretando la mandíbula mientras paseaba la mirada por los nombres de los platos con un horror creciente: me espantaba el numerito verde que había debajo de cada uno e indicaba las calorías que tenía.

—¿Estás bien?

Noté que una gota de sudor frío se me escurría por la espalda pese a que hacía algo de calor dentro del restaurante.

—Sí, es que… —Me ardía la cara de la vergüenza. No era apropiado compartir esta clase de información con mi jefe, pero, si no, ¿cómo iba a explicarte que lo máximo que estaba dispuesta a pedir era un *carpaccio*?—. Tengo problemas con la comida.

Me preparé para una risotada o una mirada de ojos grandes acompañada de los típicos comentarios: «Pero si tú estás bien», «si haces ejercicio, no tienes de qué preocuparte» o, mi favorito, «si no comes lo suficiente, el cuerpo retiene más lo poco que comes y, en realidad, engordas». Muchas gracias por la ayuda.

Pero tú no dijiste ninguna de esas cosas. En lugar de eso, cuando el camarero se acercó, intentaste darme un poco de tiempo para

que estudiase con más detenimiento el menú mientras le preguntabas por la carta de vinos.

—A mí me apetece tinto o rosado, ¿y a ti?

Levanté la vista de la carta.

—Lo que tú quieras, yo no creo que tome.

Mientras que lo de la comida te había dejado impertérrito, al menos en apariencia, no conseguiste mantenerte impasible ante esa afirmación; no pudiste evitar fruncir el ceño.

—¿No bebes?

El camarero se excusó y dijo que volvería en cinco minutos, cuando nos hubiéramos decidido. Yo estuve a punto de rogarle que no se fuera. No quería quedarme sola con tu pregunta ni con la única explicación que le podía dar.

—No me… sienta muy bien con… una medicación que estoy tomando.

Menuda manera de empezar. Lo pienso y todavía me da vergüenza ajena, aunque no es vergüenza ajena si la que se pone en ridículo eres tú misma, ¿no? *Medicación*. ¿Habría sido mejor decir *pastillas*? Así habrías pensado que era un poco drogadicta en lugar de una loca.

—Es para dormir —añadí para que no pensases que tenía esquizofrenia además de un trastorno de la alimentación—. Tengo insomnio.

En lugar de fingir que esa conversación no había existido, como habría hecho cualquiera para evitar la situación incómoda, te apoyaste con los codos en la mesa y te echaste hacia delante:

—¿Desde cuándo?

Me aparté de la cara unos cuantos rizos que se habían escapado de la pinza en la que los había recogido.

—Pues casi desde siempre. A veces está más controlado; otras, se pone peor. Ha ido por rachas a lo largo de toda mi vida. Hace un tiempo se hizo crónico. Llevo con este tratamiento unos meses, pero antes ha habido otros.

—Entonces ¿no duermes por las noches? ¿Ese es el secreto de tus éxitos?

Me lo preguntabas como si el insomnio no se tratase de un trastorno, sino de un don que hacía que mis días tuvieran más horas que los del resto de los mortales.

«Éxito» se me antojaba una palabra entre graciosa e irónica para describir mis logros en la vida. Daba por hecho que habías leído mi currículum, donde estaba recogido lo que era seguramente el mejor expediente académico de toda España, pero yo… Resulta extraño, pero la mayor parte del tiempo me sentía como si no fuera esa persona, como si el nombre de mis títulos fuera el de otra chica, una a la que estaba intentando suplantar. Muchas veces me paralizaba el miedo. Cuando me encontraba con un nuevo trabajo, con un nuevo reto, siempre tenía la sensación de que esa vez no iba a ser capaz de estar a la altura de las expectativas de todos (o de las mías propias) y por fin descubrirían que yo no era la chica del *cum laude*, sino simplemente la que tenía tanto miedo que no podía ni publicar un libro en español.

—No, no es ese tipo de insomnio —aclaré. Pasé a hacerte un breve resumen de mi extraña condición, que ningún médico había conseguido curar hasta la fecha: dormía una cantidad normal de horas, pero tenía unas pesadillas tan intensas que la mayoría de las

noches me despertaba llorando y cubierta en sudores, más cansada de lo que estaba cuando me fui a la cama. Ahora me sigue pasando algo parecido, pero desde que ingresé en la cárcel solamente sueño contigo, y lo que me asalta por las noches no son pesadillas, sino recuerdos.

Me callé de pronto sin saber por qué te acababa de explicar todo aquello.

—No estoy tarada, lo juro —dije, como si así fuera a arreglarlo.

Me miraste muy serio antes de hablar de nuevo.

—Eso es lo último que estaba pensando.

Me debería haber aliviado oír unas palabras que parecían sinceras, pero no podía dejar de pensar en que te acababa de soltar casi toda mi historia clínica.

—Ya… —susurré mientras pasaba las hojas de la carta sin ningún propósito.

—Aria —me llamaste y detuviste con tu mano, suave y cálida, el movimiento nervioso de la mía, fría y huesuda—, te he invitado a cenar porque quiero conocerte mejor. Creo que es importante para el proceso que nos sintamos cómodos el uno con el otro, que podamos hablar de todo. Necesito saber quién eres para poder entender tu poesía en todas sus dimensiones.

—Conocerme… —repetí despacio. Aparté la mano de la tuya con la excusa de domar a otro de mis rizos rebeldes antes de ladear la cabeza—. Eso no es muy justo, ¿no?

Levantaste las cejas.

—Quiero decir —me expliqué— que entiendo que para ayudarme mejor con mis poemas tengas que conocerme, pero ¿no tendría que conocerte yo a ti también?

Una sonrisa divertida bailó sobre tus labios.

—No veo por qué —respondiste simplemente.

Entonces llegó el camarero y nos preguntó por las bebidas. Tú pediste una sola copa de vino, y yo, una botella de agua con gas. Después tú te decidiste por un plato de pasta carbonara y, cuando el camarero se giró hacia mí, se me hizo un nudo en el estómago que me quitó las pocas ganas de comer que tenía.

—¿Por qué no pides el *risotto*? Está espectacular —me invitaste—. Si no puedes con todo, yo me lo termino, que hoy no me ha dado tiempo a comer. Venga, confía en mí.

Te miré, agradeciendo en silencio que hubieras dicho «si no puedes» en lugar de «si no quieres». No era una cuestión de no querer, nunca lo había sido; eso era lo que la gente no entendía.

—Cómo voy a confiar en ti si no te conozco —me burlé. Justo entonces mi estómago aprovechó para proferir un ruido nada femenino que me arrebató toda posibilidad de alegar que no tenía tanta hambre. Derrotada, me dirigí al camarero—: Vale, póngame el *risotto*.

Mientras se alejaba, esbozaste una sonrisa, disfrutando de tu pequeña victoria. Para cuando terminó la noche, una mitad del *risotto* acabó en el retrete del baño del restaurante y la otra mitad en tu estómago. Pero tenías razón: estaba buenísimo.

—¿Qué quieres saber exactamente? —preguntaste, como si mi curiosidad despertase aún más la tuya.

Aparté la mirada. Desde que me había subido en el coche, había querido hacerte cientos de preguntas, pero, ahora que tenía la oportunidad, me había quedado en blanco.

—No lo sé —dije—. Quién eres, supongo. Tú has leído mi currículum y conoces a mi padre, no estamos en igualdad de condiciones.

—Bueno, pues pregunta —soltaste recostándote un poco en el asiento y abriendo los brazos, como para decir: «Soy todo tuyo»—. Pero después me vas a contar la historia, la del poemario. No te vas a librar. Y me tienes que decir un título.

Me vino fenomenal que el camarero escogiera ese momento para traernos las bebidas y asegurarnos que la comida estaría lista en breve; fue la excusa perfecta para hacerme la loca y no tener que responsabilizarme de una tarea tan imponente como bautizar mi propia obra.

—¿Cuál es tu libro favorito? —indagué en cuanto el camarero se hubo marchado.

Era una pregunta algo simple, pero también del gremio.

Te tomaste tu tiempo para pensarlo bien mientras tomabas un sorbo de vino.

—¿De poesía o de prosa? —preguntaste, pero sacudiste la cabeza antes de que pudiera contestar—. En el fondo da igual… Estaba intentando ganar tiempo —confesaste—. ¿Puedo confiar en ti?

—Yo me he pedido el *risotto* —dije a modo de respuesta—. Estaría bien que fuera mutuo.

Esbozaste una sonrisa que dejó ver tu dentadura de anuncio mientras te rascabas la piel bajo una barba algo picuda que hacía que las líneas severas de tu mandíbula se acentuasen bajo las luces ambarinas del restaurante.

—De acuerdo —pronunciaste despacio—. Si cualquiera me lo pregunta, lo negaré hasta la muerte, pero lo cierto es que no tengo

ningún libro favorito.

Levanté las cejas y abrí mucho los ojos. Comprendí por qué querrías ocultar algo así: que el editor jefe de una de las editoriales más potentes del país no tuviera libro favorito no daba muy buena imagen.

—Normalmente suelo decir algún clásico. Con eso no se falla. Y no me malinterpretes, me gustan los clásicos. Me he leído *Ulises*, *La montaña mágica*, *Frankenstein*, *La Ilíada* y *La Odisea*… Algunos, varias veces. Aunque… —Acercaste la silla un poco a la mesa y te inclinaste sobre los platos vacíos con una expresión conspiradora, traviesa—: ¿Quieres oír algo que te va a hacer sentir mejor sobre haberme hablado de tus problemas?

Traté de no mostrarme incómoda ante el recordatorio.

—Claro —respondí, sorprendida por tu ofrecimiento. Lo cierto era que, aunque no fuera uno muy importante, guardar un secreto tuyo me hacía sentir mejor por haberte confiado uno mío. Si entonces hubiera sabido que no sería un secreto, sino docenas, y lo que iba a costarme guardármelos, seguramente me lo habría pensado mejor. Si hubiera sabido que, en unos meses, el secreto sería yo, quiero pensar que ni siquiera habría aceptado la invitación a aquella cena.

—No me gusta *El Quijote* —dijiste en un susurro de confesionario, aunque no parecías muy arrepentido—. Lo he empezado varias veces, pero nunca he sido capaz de terminarlo, ni siquiera la versión para niños.

La tensión y los nervios abandonaron mi cuerpo lo bastante para que la mandíbula se me relajase y dejara escapar una carcajada.

—Oye, no te rías de mí.

Intentaste sonar ofendido, pero tú también te estabas riendo.

—No me río de ti —comenté—. Es por cómo lo has dicho. No creo que *El Quijote* le guste a tanta gente ni que la mayoría de los que aseguran que se lo han leído hayan pasado de la primera frase. A mí tampoco me gusta.

Me miraste con expresión burlona.

—¿Te lo has terminado?

—Siguiente pregunta.

El camarero nos trajo los platos, y el olor a parmesano hizo que me entraran ganas de vomitar mientras pensaba en cómo iba a quemar semejante bomba calórica. Empezamos a comer y a charlar, y tú ignoraste educadamente cómo yo me dedicaba a apartar los trozos de setas y a repartir el arroz por el plato para simular que estaba comiendo algo.

Me sorprendió la facilidad con la que fluía la conversación. Nunca me he considerado una persona con grandes habilidades sociales —está más que demostrado que se me dan mejor los libros que la gente—, pero tú eras todo lo contrario: eras simpático en el sentido pleno de la palabra. En el sentido de que hasta acabaste sabiendo el nombre del camarero y del primer pez que tuve de mascota sin que me diera cuenta. Ese equilibrio entre preguntas y respuestas, entre hablar y escuchar, era algo que yo me había pasado media vida tratando de calcular con fórmulas y algoritmos, pero tú lo alcanzabas con la misma naturalidad con la que un niño juega con una pelota, y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí relajada con alguien que no fuera Dana, mi mejor amiga.

Hablamos de muchas cosas, ojalá pudiera escribirlas todas, pero lo siguiente que recuerdo fue una pausa en la conversación en la que aprovechaste para pedirme:

—Bueno, cuéntame esa historia.

No me molesté en fingir que no sabía a qué te referías. Llevábamos en el restaurante más de media hora y todavía no habíamos tratado el tema que nos había llevado allí: el poemario.

Arrugué la servilleta por debajo de la mesa; si no hubiera sido de tela, habría terminado la noche hecha jirones.

—Lo haré —cedí, porque quien algo quiere algo le cuesta, y yo deseaba publicar ese libro más que nada en el mundo, aunque la idea me aterrorizase—. Pero antes me tienes que responder a algo.

—¿Esto se va a convertir en costumbre? —preguntaste, divertido.

—¿El qué?

—Esto de una pregunta por una pregunta.

—Exactamente —contesté fingiendo una confianza que no sentía —. *Quid pro quo.*

Levantaste las manos, enseñándome ambas palmas como quien ondea una bandera blanca en señal de paz.

—*Quid pro quo* —concediste. Y, tras unos segundos de pausa, soltaste—: Adelante, pregunta.

Esta vez no me hizo falta pensar; después de haber roto el hielo, por fin sentía que podía hacerte la pregunta que llevaba ocupando mi mente toda la noche (o que, más bien, la ocupaba desde el día que firmé el contrato).

—¿Por qué te ocupas personalmente de esto? Del poemario, digo —aclaré—. Dudo que te involucres así con todos los escritores de la editorial.

En lugar de negar lo evidente o tratar de dar una explicación, respondiste a mi pregunta con otra, pero esta vez muy serio:

—¿Quieres sinceridad?

—Sí.

Guardaste silencio durante unos segundos, mirándome fijamente. Después suspiraste, como si acabases de perder una batalla que se había librado sólo en tu mente. A continuación, dijiste algo que me gustaría pensar que era verdad, pero, a la luz de todo lo que ocurrió después, me resulta difícil creerlo:

—Porque soy un hombre curioso, y me gusta descubrir a nuevos autores. Pero, con el tiempo, en un trabajo como el mío te acabas acostumbrando. Sí, cada estilo es único, y no hay dos obras iguales, pero… todo es comercial, prefabricado. Siempre son los mismos temas, lo cual es normal, pero los enfoques varían tan mínimamente unos de otros que hoy en día cuesta encontrar algo verdadera y genuinamente original, *diferente*. —Hiciste énfasis en esa palabra, llenándola de una energía que me sobrecogió, como si no pudieras darle la suficiente importancia, como si unas cuantas letras no bastaran para trasmitir lo que más que un anhelo parecía una necesidad, algo que llevabas mucho tiempo buscando y que nunca encontrabas. O a lo mejor simplemente dedujiste lo que significaba ese término para alguien como yo, que lo había escuchado hasta la saciedad—. Además, la gente no te trae precisamente *El Quijote*.

Sonreíste y yo te devolví el gesto. Compartimos una mirada de complicidad precoz.

—Entonces, cuando leí tus poemas… vi algo, un destello de algo distinto, de algo de verdad. Por primera vez en mucho tiempo quise saber más sobre la persona que los había escrito y por qué; quería información más allá de la biografía que pondríamos en la solapa interior, quería saber *quién* era la persona que comparaba el amor

con palacios en ruinas y el dolor con las agujas de un reloj tiradas en un camino.

La referencia a mis metáforas hizo que apartara la mirada. En el transcurso de aquella cena, sentí muchas emociones y creo que todas alcanzaron su máxima intensidad en ese momento: los nervios, la emoción, un toque de vergüenza y de algo más que no lograba identificar.

—Pero tengo la sensación de que, aunque me cuentes toda la historia que te empujó a escribir ese libro, Aria, después de hoy mi curiosidad va a estar de todo menos saciada.

—Si te lo cuento, no saldrá de aquí, ¿verdad? —pregunté con timidez.

Hasta ese momento había pensado contarte algo que no quería considerar una mentira, sino que era más bien una versión atenuada de la verdad, pero después de ese discurso sentí que debía contártelo todo.

—Tienes mi palabra. Secreto editor-escritor.

Te miré de soslayo.

—Eso no existe.

—Para mí sí. —Y, cuando tardé unos segundos en hablar, exclamaste—: Madre mía, sí que se te da bien crear suspense. ¿Qué pasó con ese tal Víctor?

—No es para tanto… —musité—. Es sólo que es… raro.

—No me vas a asustar —me aseguraste leyéndome los pensamientos que yo apenas me atrevía a admitir que tenía.

¿Por qué me importaba lo que tú opinases? No lo sabía, pero la razón por la que había sentido que debía decirte la verdad era la misma por la que hacerlo me aterrorizaba.

«Esto me pasa por escribir en español», pensé apesadumbrada.

Pero tú habías respondido a mi pregunta con total sinceridad, y yo te debía al menos eso. *Quid pro quo*.

Lo nuestro nunca fue del todo mutuo, nunca estuvo totalmente equilibrado: siempre se te dio bien generar en mí esa necesidad de ser honesta —incluso cuando tú no lo eras—, como si lo contrario fuera una traición. Me dabas mil vueltas en edad, experiencia y astucia, pero entonces yo no lo sabía, así que me lancé a contar la historia de mi primer amor. Incluso hoy me cuesta mucho resumirla, a pesar de que no hay mucho que contar. Eso es precisamente lo más triste, lo que más me dolió y lo que hizo que el sufrimiento se prolongara tanto tiempo: la ausencia de una pérdida real que llorar. Fue una historia que ni siquiera llegó a empezar, la negociación con una idea, una posibilidad que siempre estuvo presente, pero nunca se materializó.

En muy pocas palabras, entre Víctor y yo jamás ocurrió nada. La historia se desarrolló en mi cabeza casi por completo; tampoco pasamos demasiado tiempo juntos, pero yo multipliqué las horas tantas veces que llenaron todas las demás. Me obsesioné un poco (quizá bastante), no lo negaré, aunque me avergüenza.

Víctor era un hombre que me sacaba once años con el que sentí una conexión casi instantánea, y la atracción no tardó mucho en aparecer. Apenas lo conocía, pero no me hacía falta: me gustaba su sonrisa, su forma de hablar, las camisas que escogía, el color cobrizo de sus ojos, las ondas de su pelo castaño. Pero, sobre todo, me gustaba su risa, era preciosa, y él se reía mucho conmigo. Pensaba que era suficiente. No sólo eso: pensaba que lo que yo sentía, al ser tan intenso, sería correspondido.

Pero, cuando por fin reuní el coraje para declararme (con carta romántica y todo), Víctor me explicó una serie de cosas que tardé mucho tiempo en entender. Quizá porque me distrajo esa forma fría e indiferente —rozando la crueldad— de rechazarme, o a lo mejor simplemente no entendí lo que me decía porque no quise comprenderlo: yo no me había enamorado de él, sino de una idea que había construido a partir de quien yo creía que era. Ahí se agudizaron los problemas con la comida: intenté ser menos para una idea irreal que siempre exigía más. Llegué a creer que, si no era suficiente para merecerme su amor, no merecía el de nadie, así que mi recuperación fue un proceso largo y enfermizo, del que nacieron muchas heridas y muchos poemas.

—Te voy a decir algo más —confesé hacia el final contemplando tus manos, porque no podía terminar esa historia mirándote a los ojos ni mucho menos viéndome reflejada en ellos—. Te lo voy a decir porque creo que es importante para que entiendas el libro. Yo… nunca toqué a Víctor. Ni siquiera le rocé la mano. Ni a él ni a nadie. Nunca he tocado a ningún hombre.

—¿Eres virgen? —preguntaste, sin juicio ni morbo, simplemente como quien quiere asegurarse de algo.

Hice un gesto afirmativo.

La historia había terminado, de esa forma tan patética, y yo me preparé para lo peor, para cualquier comentario del tipo: «¿Te enamoraste de un tío sin siquiera conocerlo bien y luego escribiste un libro sobre él? Oye, me tengo que pensar mejor eso de publicarlo».

Pero entonces dijiste:

—A mí tampoco me hizo falta tocar a mi primer amor para saber que la quería.

Te miré con los ojos como platos; había esperado incredulidad, burla o incluso indiferencia, pero en tu rostro sólo había comprensión.

—La chica del poema…

Tú asentiste.

—Se llamaba Lola. La conocí estudiando la carrera de Traducción. Apenas la conocía, pero un día… supe que no quería estar con nadie que no fuera ella.

—¿Qué pasó entonces? ¿Se lo dijiste? ¿Estuviste con ella? —interrogué con voz queda, como si temiera que tu historia fuera un pájaro que se asustaría y echaría a volar si hablaba demasiado alto.

Por primera vez en toda la noche apartaste la mirada.

—Sí, pero no salió bien —respondiste. Te tuviste que aclarar la garganta antes de seguir; de pronto, tu voz sonaba áspera, como si tuviera que atravesar un desierto para salir de tu boca—. Yo no fui tan valiente como tú; no me declaré. Un día en una fiesta… surgió, y después de aquello salimos un tiempo, pero… Yo me había enamorado, y ella no. De hecho, ni siquiera entendía lo que yo sentía, hasta qué punto era intenso, lo difícil que me resultaba controlarlo. Ese es el resumen. —Hiciste una pausa. Cuando volviste a hablar, lo hiciste con un susurro que dejaba claro que aquella revelación era un secreto, otra información que guardar bajo la confidencialidad de nuestro código inventado—: Desde entonces no me he vuelto a enamorar.

No pude disimular la sorpresa.

—¿No has estado con nadie desde aquello?

Te recolocaste en el asiento y te bebiste las últimas gotas de vino que te quedaban en la copa.

—Ha habido chicas, claro que sí, pero… nunca ha sido igual. Nunca he vuelto a tener un amor de esos de locura, de los que te nublan los sentidos y te borran la razón, que te dan tanto placer como sufrimiento, que se convierten casi en una obsesión. Nunca ha sido como aquella vez. Nunca como con Lola.

Te miré, a medio camino entre la tristeza que había inspirado en mí tu historia y el agradecimiento y el alivio de que me la hubieras confiado. No solamente comprendías el sufrimiento que yo había plasmado en aquel poemario, sino que además lo compartías.

Aquella experiencia común hizo que, de pronto, me sintiera más cerca de ti.

Justo entonces el camarero llegó con la cuenta, y, tras varios intentos fallidos de quitártela para pagar a medias, me excusé para ir al servicio, donde vomité lo poco que había comido. Fue una cena maravillosa, Caín, no pienses que por eso fue menos.

—¿De qué lo conocías? Me has dicho que no os conocíais mucho, pero en algún sitio os teníais que ver, ¿no? —preguntaste mientras caminábamos hacia el coche.

Eran casi las doce y un viento suave silbaba entre los edificios de una Málaga dormida. Algunos rizos sueltos me azotaban la cara, y me aferré a mi abrigo en lugar de abrochármelo, abrazándome a mí misma por el abdomen.

A cualquier otra persona le habría mentido, pero, después de aquella cena y de la historia que me habías contado, algo me hizo no querer engañarte.

—Víctor era mi psicólogo.

«Ahora entenderá mejor lo de la historia clínica», pensé y me centré en la punta de mis botines para no echarme a llorar de la vergüenza.

—Eso es duro, pero lo entiendo. Le pasa a mucha gente y, además, tiene sentido. Compartiste muchas cosas con él, te haría sentir comprendida. En ese momento, él te conocía mejor que nadie.

Te miré perpleja, estupefacta y todos los sinónimos que signifiquen que no podía creerme que todavía no te hubiera espantado, como a tantas de las personas que llegaban a conocerme un poco. Lejos de asustarte, lo entendías. *Me entendías.*

Debí de fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntaste.

Hubo un chasquido cuando pulsaste un botón en la llave y se encendieron las luces del coche, pero ninguno de los dos hizo ademán de entrar.

—Nada. Es sólo que… Es una tontería, pero… él nunca me dio la oportunidad de conocerlo, ¿sabes? Sé que no es justo, que no tenía por qué hacerlo, pero me dolió. Me rechazó y ni siquiera me dijo por qué. No tuve ni oportunidad ni explicación. ¿Acaso no me merecía ninguna de las dos cosas?

Me miraste a los ojos y tus pupilas reflejaron idénticas réplicas de la luna llena.

—Te mereces la oportunidad de conocer a alguien. Conocer y que te conozcan. Te mereces una historia de amor que no tengas que escribir, con alguien que no te haga creer que los finales felices no son lo tuyo.

Sospeché que ya no estábamos hablando de Víctor, pero no sabía qué decir, así que me subí al coche en silencio y tú hiciste lo mismo.

—¿Dónde vives? —indagaste mientras salíamos del aparcamiento.

—Déjame donde me has recogido. Está cerca, puedo ir andando.

—No seas tonta. No me quedo tranquilo dejando a una chica joven sola por la calle a estas horas. —Me lanzaste una mirada—. No me tomes por machista; no lo soy, lo que soy es consciente de la cantidad de locos que hay por ahí sueltos.

Yo asentí.

En un susurro, casi para ti mismo, añadiste:

—Locos como tu psicólogo.

No supe bien a qué te referías, si era una broma o una insinuación, y no me atrevía a preguntar, así que lo dejé pasar. Te di mi dirección y pasamos unos minutos en silencio mientras conducías.

Recuerdo sentirme pequeña y joven en el asiento de tu coche en el trayecto de vuelta, mirando los cristales, la consola, la tapicería, estudiando cada milímetro de aquella estructura en la que, unos días antes, jamás habría imaginado estar. *Tu coche.* Se me antojó algo casi íntimo, aunque no le quise dar demasiadas vueltas. En su momento supuse que habías dicho que me recogerías tú en la editorial porque yo no me sabía el camino y así no habría que aparcar dos coches. La lógica de esos argumentos era tan aplastante como indiscutible. Pensar que lo que buscabas era una excusa para estar más tiempo conmigo era elucubrar demasiado.

Si en ese momento me hubieran dicho que estaría sentada en el mismo asiento de aquel vehículo cuando me dijeras que tenías el cadáver de tu mujer en el maletero, no me lo habría creído.

—¿De verdad crees que el libro va a ser un best seller? —pregunté con timidez.

—Creo que tiene muchas posibilidades, aun siendo poesía. Tienes una voz nueva, una voz rota. Dices lo que a la gente le da miedo decir, pero todo el mundo quiere leer. Leer tus poemas es experimentar esa sensación que pocos admiten en voz alta: «Creía que era el único que sentía esto o pensaba así, que estaba loco, pero resulta que hay alguien más, que no soy el único, que no estoy solo».

Pusiste las dobles intermitencias y paraste el coche frente al portal de mi edificio, a unas manzanas de la editorial.

Yo me giré para mirarte. No sabía muy bien qué decir, pero sabía que quería decir algo, que no quería bajarme del coche todavía.

—No me has dicho tu libro favorito —señalé recordando el principio de nuestra conversación.

—Es que no tengo, de verdad —te defendiste—. Es que… ¿cómo puedo elegir un libro si ni siquiera están todos escritos? A lo mejor mi libro favorito todavía no está escrito. —Hiciste una pausa—. A lo mejor lo escribes tú.

Con cariño,

Aria

6

152 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Mi padre tiene una casa con vistas. Cuando sales a la terraza del salón, toda la sierra de Mijas te da la bienvenida. A veces el sol la ilumina con tanta claridad que se aprecia la forma de cada árbol que salpica la ladera; otras veces, la luz del atardecer tiñe las montañas de diferentes tonos de morado y las convierte en una paleta de lavandas. En los días nublados, las nubes proyectan su sombra sobre las casas blancas y los bosques, dibujando un paisaje completamente nuevo.

Cuando vivía con él, solía pasar mucho tiempo allí en la terraza, simplemente contemplando el paisaje. No me cansaba; mis ojos siempre encontraban una nueva forma en la que fijarse, una combinación de colores diferente. Aunque la vista fuera la misma que el día anterior, o aunque hubiera visto el atardecer cientos de veces, siempre observaba las montañas como si fuera la primera vez, porque, aunque no se captara nada diferente, nunca eran iguales.

Es lo que pasa con los paisajes: las montañas, el mar, el cielo. La belleza de la contemplación está en que no cansa, en que tus ojos siempre encuentran algo nuevo a lo que aferrarse, y da igual cuánto observes la misma escena, jamás es suficiente.

Eso era lo que nos pasaba a nosotros.

Esa curiosidad que te había impulsado a invitarme a cenar aquel día no había hecho sino crecer desde entonces, tal y como predijiste. Las ganas de saber más del otro se retroalimentaban; cada vez nos desviábamos más de la poesía en nuestras conversaciones porque era mayor nuestra necesidad de compartir, de compartirnos. Había nacido entre nosotros una complicidad que crecía: los poemas, tus historias sobre Lola, las mías sobre Víctor, nuestras charlas sobre la vida y las bromas sobre los clásicos que a ninguno nos gustaban tanto como deberían… Como si fuéramos un paisaje del que nunca nos cansábamos.

Parece mentira que, pese a todos estos comportamientos que estoy enumerando como síntomas de una enfermedad llamada «enamoramiento», en el momento no me diera cuenta. Siempre había una explicación lógica para mis actos: hoy tenía que ponerme estos zapatos estilo años veinte porque de no usarlos se iban a estropear; por supuesto que me hacía ilusión que me escribieras, me lo pasaba bien contigo, ¿qué había de malo en eso?; ¿y qué si me pasaba mucho tiempo pensando en ti? Era normal, teniendo en cuenta que te habías convertido en una parte importante de mi vida.

Debí sospechar que algo me pasaba y lo habría hecho si no hubiera estado tan ocupada negándolo: no me gustabas, era imposible; yo todavía no había superado lo de Víctor. ¿Cómo iba a querer estar contigo con la diferencia de edad que existía entre

nosotros? Además, técnicamente eras mi jefe. Éramos amigos, eso era todo. Sólo amigos. Muy buenos amigos. Nada más.

Puede parecer contradictorio considerando que todo el mundo en la editorial me conocía por nombre y apellidos, pero lo cierto es que hasta ese momento siempre me había sentido invisible en el trabajo. Todos me miraban, pero nadie me veía. Excepto tú. A ti todo eso te daba igual; apenas mencionabas mi edad (estaba a un par de meses de cumplir los veintitrés), mis logros o a mi familia, y cuando lo hacías era con la misma naturalidad con la que comentabas la predicción del tiempo, como si no tuviera importancia. Cuando tú me mirabas, yo sentía que era alguien. No «la hija de» ni «la chica del *cum laude*», ni siquiera «la de los libros en inglés». Para ti yo era simplemente Aria y, por primera vez, empezó a gustarme mi nombre si tú lo decías.

Vale, estaba hasta las trancas. Lo sé, lo sé. Pero lo sé ahora. Entonces resultaba demasiado fácil dejarme llevar, distraerme con la ilusión y la felicidad sin preguntarme la causa ni las posibles consecuencias que podrían tener. Estaba contenta por primera vez en mi vida, y eso en sí me resultaba tan increíble que ni siquiera me planteaba mucho más.

Tú debías de sentirte igual, porque me escribías todos los días, a veces simplemente para decir: «Hola». No tenías nada que contarme, pero te apetecía hablar conmigo.

El hecho de que alguien como tú me dedicase tanto tiempo, y se riese tanto conmigo, me hizo sentir, como nunca antes lo había sentido, que ser yo —que ser Aria— era suficiente. No, era más que suficiente.

Lo que no me parecía suficiente eran las horas sueltas en el despacho, que apenas bastaban para cubrir parte de nuestras conversaciones, las cuales continuábamos por WhatsApp la mayoría de las noches; así que empezamos a quedar después de las cinco.

Nos reuníamos en una cafetería del centro, La Bella Julieta, donde pronto los camareros se aprendieron nuestros nombres y nos guardaban la mesa de la esquina, que se había convertido en nuestro sitio. *Nuestro*. Cada vez eran más las cosas que compartíamos a espaldas de todos, la segunda vida que vivíamos más allá de sus miradas, aquel vínculo distinto y único que nadie habría entendido, pero no hacía falta porque era *nuestro*. El hecho de que fuera un secreto hacía que creciera esa sensación de que lo que teníamos era algo especial.

Cada vez necesitábamos más tiempo, cada vez «trabajábamos» más en el poemario, y este cada vez progresaba con más lentitud, pero nos daba igual. A mí, la chica obsesionada con las calorías y la productividad, me daba igual.

No te equivoques, publicar ese libro y ser autora en España seguía siendo lo que más deseaba. Tú no fuiste como Víctor, que sustituyó mis objetivos con esperanzas de llegar a conocerlo de verdad; tú no me apartaste de mis sueños, pero precisamente el hecho de conocerte hizo que cambiaran: seguían siendo los mismos, pero pasé a querer vivirlos contigo.

Quizá, igual que mi entusiasmo excesivo, debería haberme extrañado tu dedicación tan devota al poemario, pero los dos sabíamos que no estabas empleando tanto tiempo en un libro: lo estabas empleando en mí. Y yo no lo quise ver, igual que tú no quisiste ver que, cuando compartíamos poemas, los míos, que

supuestamente hablaban sobre Víctor, en realidad hacían referencias veladas a nuestras conversaciones.

Siempre he tenido muy buena memoria —lo cual es una bendición en la vida académica y una maldición en la personal—, pero, por algún motivo, nunca he sido capaz de acordarme de mis propios versos. Quizá porque me daban algo de vergüenza. Sólo me acuerdo de uno de los poemas que te mandé, y ni siquiera entero; únicamente sé que hablaba sobre estrellas y noches en vela, preguntas y miedo al olvido.

¿Me estás olvidando, Caín? A veces me lo pregunto. Tengo la sensación inexplicable de que, a medida que voy escribiendo esto para acercarme a ti, tú te estás alejando cada vez más, de que el tiempo está apolillando los recuerdos y, mientras yo me desvivo por evitar que el viento me arranque el polvo de las manos, tú estás esforzándote por dejar atrás todo lo que ocurrió.

Pero me estoy adelantando. Las historias de amor, antes de ser tragedias, son románticas. Y eso era lo que nosotros teníamos: amor. El de las películas, el sentimiento del que escuchas hablar en las canciones con cierto escepticismo porque realmente no crees que sea real hasta que lo vives e, incluso entonces, te das cuenta de lo que ocurre demasiado tarde. Porque el amor es ciego, o al menos lo fue en mi caso.

Había pasado algo más de un mes desde que empezamos a trabajar en el poemario cuando me llegó un mensaje después de comer:

Caín

¿A las 6:00 donde siempre?

Te contesté que sí con una carita sonriente y debí de haber estado sonriendo como una idiota, distraída por el calor que me subía por las mejillas, porque ni siquiera vi que Natalia se paró frente a mi mesa.

—Estás muy contenta últimamente, ¿no?

La miré, sorprendida, y me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí observándome. Guardé el móvil con la máxima discreción de la que fui capaz, rezando para que no hubiera visto tu nombre en mi pantalla.

—¿Necesitas algo, Natalia? —pregunté.

—No, pero pasaba para recordarte que la lista de manuscritos para la junta debe estar lista para finales de esta semana —dijo con un tono autosuficiente que antes me habría hecho amedrentarme, pero que ahora ni siquiera me afectaba—. Te lo comento porque pareces algo ausente.

—Muchas gracias, Natalia, lo tendré en cuenta.

Se quedó ahí unos segundos, de pie, escudriñándome, esperando o bien que le diera más información, o bien sacármela con rayos X, hasta que finalmente se rindió y volvió a su mesa a cotillear con sus amigos.

Pensé que debía tener cuidado con ella de ahí en adelante; aunque ya no me importara lo que opinara de mí, no quería que supiera lo nuestro. Si no hubiera estado tan ciega, me habría percatado de que no se esconde quien no tiene nada que ocultar, y, aunque entre tú y yo no había pasado «nada», yo quería ocultar lo que sentía por ti no sólo a los demás, sino a mí misma: aun mientras me arreglaba para verte aquella misma tarde, me escondía del

espejo por miedo a encontrarme con el reflejo de una chica enamorada.

Un par de horas más tarde estábamos en nuestra mesa de La Bella Julieta, *donde siempre*, y tú removías un café mientras yo partía un gofre para compartir. Desde que visitábamos aquel local —ridículamente caro, por cierto—, me estaba empezando a aficionar a las meriendas, aunque, al final de nuestros encuentros, siempre tenía que excusarme e ir al servicio para meterme los dedos y expulsar la cantidad ingente de grasas y calorías que constituían la fuente de ingresos de ese negocio. Pero no me malinterpretes: me encantaba comer dulces contigo, simplemente no podía soportar la idea de conservarlos dentro.

—¿Ha habido alguien después de Víctor? —soltaste de pronto, sin advertencia ni anestesia.

La pregunta me sorprendió, pero no tu falta de preámbulos. Igual que íbamos a aquella cafetería para «trabajar» en el libro, también las preguntas indiscretas eran una parte necesaria del proceso de «conocerse». Con propósitos literarios, por supuesto. Normalmente no me incomodaban esas preguntas y a ti tampoco; ya habíamos hablado de todo: desde la muerte de mi madre hasta la relación turbulenta con tu padre, siempre amparados por el prefacio de aquella confidencialidad editor-escritor que, pese a ser un pacto inventado, nos daba la seguridad suficiente para poder decir cualquier cosa a continuación.

Pero en ese momento aparté la vista y removí el té varias veces mientras ponderaba qué decir.

—No —dije finalmente, porque no había otra respuesta que pudiera haber dado.

—¿Por qué? —quisiste saber, y la forma en que te inclinaste hacia delante traicionó la curiosidad que intentabas ocultar.

Me estabas estudiando con la mirada, pero yo mantuve la mía concentrada en los remolinos de leche que se mezclaban con el agua caliente de mi taza.

—Antes de él no hubo nadie —empecé—. Para mí nunca ha sido fácil confiar en la gente. Siempre me ha dado miedo que… me conozcan, que se acerquen demasiado y… Y que se vayan. Él me conoció mucho en muy poco tiempo, y sé que era una situación especial, pero desde entonces suelo guardar las distancias. Guardarlas más todavía, quiero decir. A veces el miedo a que la gente se vaya hace que yo me marche antes. Prefiero abandonar en lugar de que me abandonen.

—¿Por qué se va a ir la gente? —preguntaste con el ceño fruncido.

—Todas las personas que me han importado se han ido. —Mi madre, mis amigas del colegio, más tarde las del instituto y las de la universidad, y después Víctor. Las únicas personas que me quedaban realmente eran mi padre y Dana. Bueno, y tú. Así que añadí—: Menos algunas.

—No te he preguntado quién, sino por qué —puntualizaste.

Clavé la vista en el gofre. Se me estaba quitando el hambre.

—Ya te lo he dicho, me da miedo que vean demasiado —musité—. Me da miedo que vean demasiado y… Y se asusten. Tú mismo lo dijiste. Lo diferente asusta.

—También dije que fascina.

—Ya.

Había conocido más gente. Personas, seguramente buenas, con las que había empezado a entablar una relación, pero entonces

habían hecho un comentario que me había chirriado, me habían mirado con la cabeza ladeada de una manera determinada y… Y yo había entrado en pánico y había desaparecido en una bomba de humo. Eran relaciones que arrastraba en mi interior, principios sin finales que flotaban en lo profundo de mis pensamientos como los cadáveres de bebés nonatos, esos hijos de lo que podría haber sido y nunca fue. Yo me convencía de que esas relaciones estaban condenadas al desastre, aunque siempre me quedaba la duda.

Te espié a través de mis pestañas rizadas.

—Me imagino lo que estás pensando. No te preocupes. A ti no te voy a hacer lo mismo. Es verdad que ya me conoces mucho y que ha sido en muy poco tiempo, pero… Pero no me voy a ir —añadí.

—No me preocupa eso. —Me dedicaste una sonrisa pícara—. Sé dónde vives.

Lejos de sonarme como el comentario de un psicópata, me pareció lo más bonito que me habían dicho en la vida. Se me llenaron los ojos de lágrimas antes de que pudiera evitarlo y aparté la mirada para que no vieras el brillo salino que me empapaba las pupilas.

—¿Y si eres tú el que se quiere ir? —susurré.

Se hizo un silencio y sentí que algo dentro de mí temblaba, como un músculo después de haber realizado un sobreesfuerzo, tras haber articulado el miedo que me había estado comiendo por dentro desde hacía unas semanas: que me pasara eso contigo, que, aunque mi historia clínica y mi enamoramiento de mi psicólogo no te hubieran espantado, alguna otra cosa lo hiciera. Entonces, echarías a correr en dirección contraria sin volver la vista atrás, y yo me quedaría sola otra vez. Supe en aquel momento que la palabra «soledad» había

adquirido una nueva dimensión, casi otro significado, en cuanto me la había planteado como «ausencia de ti» y también supe que haría lo que fuera por evitar encontrarme en esa situación.

En ese momento, me cogiste la mano por debajo de la mesa, y yo te miré a los ojos.

—Eso nunca va a pasar, Aria. Te lo prometo.

Yo asentí varias veces, colocándome el pelo con esa mano que ya echaba de menos el calor de la tuya. Quería darte las gracias, decirte lo que aquella promesa significaba para mí, pero las palabras no pasaban del nudo que me bloqueaba la garganta, y si intentaba forzarlas, sabía que iba a echarme a llorar.

—Además, conmigo no te pasa eso —comentaste con un deje de orgullo y una sonrisa de medio lado—. Lo de ser tan reservada.

—Lo sé, es aterrador.

Podía repetirme a mí misma que era por el poemario, pero había algo más, y eso me asustaba. No sabía cuándo ni cómo habías desmontado mis defensas de esa manera, si la sinceridad medio suicida que te brindaba era el resultado de tus habilidades de persuasión —que no eran pocas— o de mi necesidad de confiar en alguien, de sacar fuera todo lo que llevaba dentro y no volcarlo en una página en blanco, sino en otra persona.

En su día, Víctor me decía que yo tenía «carencias afectivas» y «problemas con el abandono» debido a la muerte prematura de mi madre, la ausencia de mi padre, las cuidadoras que cambiaban constantemente y la mala vida social que me había granjeado mi condición de «niña superdotada»; todo ello había desembocado en una «fobia social», una «personalidad obsesiva» y un «cuadro de anorexia» con «episodios de bulimia». Yo no sé de traumas ni de

diagnósticos; yo sólo sé que llevaba toda la vida buscando algo sin saberlo y que cuando te conocí descubrí que lo había encontrado y que no era algo, sino alguien: eras tú.

Tenía la sensación de haber llegado al final de un camino que ni siquiera sabía que había emprendido, pero que terminaba ahí, en aquel local del centro de Málaga, contigo, comiendo gofres y hablando de todo y de nada. Se había acabado ese vagar sin rumbo. El norte había aparecido, el norte eras tú.

Compartíamos una conexión sin precedentes, algo difícil de explicar, pero muy fácil de vivir, la clase de configuración de estrellas que sólo se ve una vez cada varios siglos. Sentía que habernos encontrado por azar era imposible: nuestra unión tenía que haber estado escrita. Como si, desde el principio, hubiéramos estado enlazados por el hilo rojo. Aún recuerdo cuando hablamos de aquella leyenda oriental: según cuentan, hay un hilo —invisible, pero rojo también— que conecta a las personas que están destinadas a conocerse a través del tiempo y la distancia. Independientemente de los años que pasen separadas o de cuánto se alejen la una de la otra, el hilo se estirará, pero nunca se romperá.

«No vamos a separarnos nunca».

¿Quién lo dijo? ¿Fuiste tú o fui yo? Ya no lo recuerdo, igual que soy incapaz de distinguir quién fue el que habló primero de aquel mito y de ese hilo que se coló entre las costuras de nuestra historia. Tan sólo sé que yo te pregunté:

—¿De verdad crees que es así? ¿Que siempre estaremos… conectados?

Y tú respondiste sin dudar un segundo:

—Sí.

Era una idea romántica, pero lo podrías haber dicho con otra intención, en el sentido de que éramos amigos de esos que duran para toda la vida o, como dicen otras leyendas, almas gemelas.

Lo único que sabía con certeza es que nunca había estado tan feliz y tan aterrorizada. Tenía miedo de hacer algo mal, algo que pudiera romper nuestra relación, cortar el hilo rojo que nos unía. Me daba igual si era de forma romántica o platónica.

Me había quedado callada un rato, y, al notar que la conversación había decaído, te inclinaste para sacar de tu cartera el manuscrito y empezaste a pasar las páginas.

—Esto está empezando a coger forma —comentaste—. Al final va a ser un best seller de verdad. Le tienes que poner título, por cierto.

Ignoré aquella última parte y te cogí el taco de folios encuadernados. Pasé los dedos por páginas cubiertas de anotaciones y correcciones, donde tu letra se mezclaba con la mía de una forma que se me antojaba preciosa y que trascendía el papel e incluso la propia poesía. En algunos lugares tu caligrafía temblaba o mis letras se deshacían porque me habías hecho reír. En aquellas páginas, en esas palabras sobre otra persona y otro amor, nuestra historia estaba escrita entre las líneas: cada espacio, cada tilde, cada coma. Las cosas que eran invisibles para todos los demás se convirtieron en lo único que yo podía ver cuando leía ese poemario, que era sobre Víctor, pero que ahora me hacía pensar solamente en ti.

—Parece mentira —suspiré—. No creía que fuéramos a conseguir hacerlo así.

Me lanzaste una mirada inquisitiva.

—¿Así cómo?

Contuve una sonrisa.

—Te va a parecer una tontería, pero… no me gusta trabajar en cafeterías.

Levantaste las cejas.

—Qué poco poético por tu parte —dijiste tomando un sorbo de capuchino—. Es la típica imagen del escritor, en una cafetería con sus libros y una taza de té.

—¡Ya lo sé! —exclamé—. Y por eso lo intenté. Cuando tenía quince años, un día intenté ser J. K. Rowling y decidí que iba a escribir en una cafetería. Me compré una libreta nueva de camino y me fui a mi heladería favorita con ella. Bueno, pues la mesa estaba pegajosa y no paraba de pensar que se me iba a manchar la libreta, no podía comer y escribir al mismo tiempo y, por si fuera poco, pusieron reguetón del duro por unos altavoces que tenía justo detrás.

Te echaste a reír.

—Reguetón del duro —repetiste con una voz aguda, incapaz de contener la risa.

Disfruté de aquel sonido como siempre que lograba hacerte reír.

—Bueno, este sitio está bien —decretaste haciendo un gesto a tu alrededor—. Hay gente, pero no molesta, y la música es normal. Además, es un buen sitio para escribir poesía: La Bella Julieta.

Apreté los dientes.

—Supongo que sí es un buen nombre.

Percibiste la tensión de mi tono al instante.

—No te gusta.

—A ver, gustarme gustarme…

—La de Romeo y Julieta es una gran historia de amor —señalaste mirándome con unos ojos que me retaban a contradecirte.

No lo hice.

—La gran historia de amor —apostillé.

—Pero a ti no te gusta…

Yo me dejé caer en el respaldo de la silla.

—No. Lo verdad es que no mucho.

En ese momento, formulaste una pregunta que resultó ser profética.

—¿No crees que se pueda morir por amor? ¿O matar por él?

—Creo que se pueden hacer muchas cosas por amor —contesté.

Y ese era precisamente el problema. La historia de Romeo y Julieta era preciosa, siempre me lo había parecido, igual que todas las historias de amor que me había pasado la vida leyendo y que distaban tanto de mis propias experiencias. Julieta fingió su muerte por Romeo, y él, al creerla muerta, se suicidó, lo que provocó que Julieta también se quitara la vida, esta vez de verdad.

En mis peores momentos con Víctor, empecé a cortarme. Me dibujaba líneas en rojo con la punta de las tijeras en la piel suave de los antebrazos y en los muslos; dejaba que me goteara la sangre, como quien derrama tinta para escribir una carta de amor. Pensaba que las heridas, esas manifestaciones físicas de todo el dolor que él me causaba, por fin harían que se diera cuenta de lo que sentía por él. Pero, cuando me rechazó, una nueva pregunta se abrió paso entre mis pensamientos.

«¿Qué harías si me muriera?», susurraba una voz. Parecía salir de los espacios huecos de mi cuerpo, que, durante aquellos meses, se había convertido en una carcasa desgastada y hambrienta que se quejaba mientras se consumía a sí misma. «¿Te importaría?».

Nunca se lo pregunté; me daba demasiado miedo la respuesta. Cuando tú te enamoras y la otra persona no, la historia pasa de ser romántica a ser algo patética. ¿Quién es Julieta sin Romeo? Una chica con «carencias afectivas», supongo.

—Simplemente no querría ser como ella —pronuncié al fin.

—¿Como Julieta? —preguntaste mirándome tan fijamente que arrugué la servilleta por debajo de la mesa, nerviosa.

—Sí. En la obra, los dos mueren y se supone que están juntos en la otra vida, pero en la vida real… Muchas veces haces una locura por alguien y a la otra persona le da igual.

—A mí no me daría igual —afirmaste muy serio.

Entonces pensé que, si yo muriese, a ti sí que te importaría. Y puede que sea una idea algo tóxica, pero a mí imaginarlo me colmó de un sentimiento cálido. Después de aquello, la tristeza por Romeo y Julieta se fue disipando, o más bien transformando, hasta que pasó a ser algo que simplemente me recordaba a ti, y eso no podía ser malo.

—El amor duele —seguiste—. Si no, no sería de verdad.

Nos quedamos unos segundos en silencio y yo me dediqué a pasar las páginas del poemario para evitar tus ojos. Estaba claro que en el complicado asunto del amor nosotros nos comprendíamos: los dos nos habíamos enamorado una sola vez, yo de Víctor y tú de Lola, y nos había roto por dentro hasta niveles insospechados.

Creí —o más bien me hiciste creer— que los dos éramos iguales en ese sentido, dos románticos sin remedio, víctimas de nuestros anhelos. Pero tú y yo nunca fuimos iguales: tú eras mi jefe, ibas por delante en años y experiencia y, precisamente por eso, hiciste que pensara que ambos estábamos dañados por este mundo, que

éramos presas de depredadores imaginarios, cuando en realidad la presa era yo, y tú me estabas cazando.

Pero entonces yo estaba demasiado enamorada para verlo, así que seguí los pasos de tu plan pensando que lo hacía voluntariamente, temiendo la incertidumbre del horizonte mientras tú sabías lo que había al otro lado.

—Tus poemas —murmuré pensando en esos versos que habían salido de las grietas de tu alma rota, que nunca habías compartido con nadie y que yo ahora guardaba en una colección en forma de capturas de pantalla en una carpeta de mi galería—. Los poemas que me mandas son… Son preciosos, son de lo mejor que he leído. ¿Por qué…? ¿Por qué no los publicas? —Hice una pausa y me planteé una pregunta mucho más importante—. ¿Por qué nunca has publicado ningún libro?

Apartaste tus ojos de los míos, y percibí que te tensabas ligeramente. Apreté los labios; preguntar sin tapujos era nuestra costumbre, pero este, por algún motivo, parecía ser un tema sensible para ti.

—Yo nunca… he terminado nada.

Te estudié con la mirada. Caín Dimas Darvanda, el hombre que tenía la última palabra a la hora de decidir qué libros verían la luz y cuáles no en una editorial de gran prestigio, no era capaz de terminar de escribir algo propio.

—Siempre he querido ser escritor. No ser rico ni famoso, ni siquiera editor jefe, aunque esté muy bien. Yo siempre he querido escribir, pero cuando me siento es… —Te callaste, y yo no interrumpí aquel silencio que se instaló entre nosotros—. La poesía está bien, y me gusta escribirla casi tanto como leerla, pero es algo íntimo; no

siento la necesidad de compartirlo. Además, mi sueño siempre ha sido ser novelista, como tú. Pero es muy difícil. Se me ocurren ideas, pero, a la hora de estructurarlas, de crear una historia de principio a fin… Tengo trozos, fragmentos, escenas que veo claras en mi mente, finales sin principios y principios sin finales. Sé perfectamente cómo se hace, pero no soy capaz de hacer que todo encaje. Creo que soy demasiado perfeccionista. —Te detuviste y añadiste, casi como si no tuviera importancia, como si fuera algo secundario que se te acababa de ocurrir—: El otro día me enteré del lanzamiento de un libro nuevo. Se llama *La desconocida*, de Rosa Montero y Olivier Truc. Se va a publicar en unos meses. Lo han escrito a cuatro manos. Eso sí que es una locura. Si ya es complicado escribir algo en solitario, imagínate hacerlo con otra persona.

Interpreté aquella revelación como una muestra de vulnerabilidad. Lo que no sabía entonces era que tus supuestos secretos no eran más que historias ensayadas, meros pretextos para ganarte mi confianza y conseguir crear un vínculo. Debería haber sospechado entonces que fingir la herida es la mejor manera de atraer a quien realmente la padece, que es la estrategia perfecta para conseguir que se acerque y clavarle el puñal. O hacer que se lo clave ella sola.

La ilusión de equilibrio entre nosotros hizo que nunca sospechara que solamente te mostrabas vulnerable para hacer creíble el personaje, para convertirte en aquello que yo necesitaba y hacerme creer que paseábamos juntos mientras, en realidad, me guiabas hasta tu trampa.

Y yo caí, caí de lleno. Tu plan funcionó a la perfección: no rellené los huecos de lo que no sabía de ti como hice con Víctor, pero sí que

magnifiqué la importancia de todo lo que me contaste hasta que, como una ilusa, llegué a pensar que te conocía.

Tenías esa capacidad: la de dar pinceladas abstractas y sugerentes y dejar que los demás compusieran la imagen en su mente. Pero, a la hora de rendir cuentas, jamás te responsabilizabas del resultado porque, al fin y al cabo, «no habías hecho nada malo», todo eran «cosas mías». Eras una persona manipuladora. Prueba de ello es que realmente lo habías propuesto tú, pero hiciste que lo que dije a continuación pareciera idea mía.

—¿Por qué no escribimos un libro juntos tú y yo? —sugerí.

Me miraste, y tus ojos me preguntaron si de verdad estaba diciendo lo que creías que estaba diciendo.

—Sí —dijiste, y la palabra iluminó tu rostro con una especie de luz interior que hizo que pensara que nunca te había visto tan guapo—. Claro que sí.

La trampa se cerró entonces, y yo estaba demasiado feliz para darme cuenta. Todavía quedaba mucho para que se fueran cayendo las capas de prosa y poesía y los huesos de nuestra verdadera historia salieran a la superficie.

El compromiso de escribir juntos fue un punto de inflexión para nosotros. Sentí que esa novela que íbamos a redactar nos estaba uniendo incluso antes de existir: el mero propósito de crearla era suficiente. Sin embargo, nuestra historia ficticia, igual que la real, se quedó a medias, truncada por las circunstancias. Sé que tú no estás escribiendo sobre mí, Caín, pero espero que no me estés olvidando tampoco. Ojalá estuvieras aquí para decirme lo que ponía en ese poema sobre estrellas y miedos. Ojalá no lo hayas olvidado.

Ojalá no me olvides.

Aria

7

139 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Me cuesta mucho escribir. Siempre he tenido rachas, mis más y mis menos: épocas dolorosas en las que hasta mis pensamientos rimaban y era más fácil el verso, y épocas en las que me sentía estimulada y las historias brotaban de mis dedos como si fueran vidas pasadas. Siempre era lo uno o lo otro, pero nunca nada, nunca como ahora. Cuando empezamos a escribir juntos, jamás había sido tan fácil hacerlo para mí.

Recordando esos primeros meses repletos de conversaciones sobre literatura, me he acordado de un clásico que siempre me ha gustado: *El jardín secreto*. Siempre he visto ese jardín como una metáfora del lugar interior en el que todos podemos refugiarnos. Para mí, ese lugar siempre ha sido aquel en el que viven las historias, donde iba cuando escribía, y nunca lo he visto como un jardín, sino como una ciudad en una tierra lejana donde no existe el tiempo y las calles están repletas de edificios antiguos con balcones cubiertos por enredaderas, fuentes en las que se cumplen los deseos y avenidas que conducen a lugares que nadie ha pisado antes.

Cuando decidimos escribir juntos, comenzamos a recorrer de la mano las calles de aquella ciudad, como debieron de hacer Romeo y Julieta en su Verona: lejos de los ojos de todos, en un mundo que era solamente nuestro.

Los caminos de la literatura eran casi más conocidos para ti que para mí. Los tenías en la memoria, grabados con la nitidez de las líneas de la palma de tu mano: te sabías cada recoveco y pasadizo secreto, los atajos y las vías más largas. Esto se veía claro en el trabajo que estabas haciendo con mis poemas o en los cursos de escritura creativa que impartía la editorial, en los que siempre se comentaba que eras uno de los mejores profesores. Dominabas las letras como pocas personas; eso, combinado con tu visión comercial, hacía que las obras que editabas personalmente fueran las que más éxito solían tener. Los escritores creaban los libros, sí, pero tú hacías que fueran buenos. Sin embargo, si bien lo sabías todo sobre cómo escribir, nunca te habías puesto realmente a hacerlo.

Era como si hubieras estudiado esos recorridos desde la distancia, como si hubieras pasado años memorizando un mapa, pero nunca te hubieras atrevido a recorrerlo solo, a ponerte ante una hoja en blanco y arriesgarte a caer en todas esas equivocaciones que te pasabas la vida solucionando. Porque eso era lo que te frenaba: un perfeccionismo excesivo, el miedo al fracaso.

Hasta que juntos nos sumergimos en aquella ciudad secreta, perdida y encontrada, tan real e irreal, que es la escritura. No te enseñé nada —de hecho, yo aprendí mucho más de ti—, pero te ayudé a enfrentarte a todas las grietas y pasar por encima de ellas. Ya habría tiempo para arreglar los errores, para corregir el rumbo. O al menos eso pensaba.

Yo te di la confianza que necesitabas, y tú, en cierto modo, hiciste lo mismo conmigo, pero no con la historia, sino con el idioma. El español siempre había sido el gran escollo en mi carrera, una lengua que sólo había conseguido utilizar en unos poemas dirigidos a una persona que no sabía inglés y que todavía me provocan cierta vergüenza. Contigo fui capaz de escribir por primera vez una historia en mi idioma. Y solamente quienes han abusado de una lengua extranjera pueden apreciar realmente la intimidad que se forma entre dos personas que se expresan en su lengua materna, especialmente si, al hacerlo, crean algo juntos.

Porque eso fue lo que hicimos: crear, deshacer y hacer, mezclar la realidad con la ficción y la ficción con la realidad hasta que se volvieron casi indistinguibles. Muchos dirían que en un proyecto así, y con unas personalidades como las nuestras (yo, tan acostumbrada a hacerlo todo sola; tú, tan acostumbrado a que tus órdenes se cumpliesen), habría luchas de egos, y las había, pero no eran destructivas, sino todo lo contrario: nos retábamos mutuamente, nos desafiábamos. Y de esos desafíos surgían nuevas avenidas e incluso castillos que descubríamos de la mano. Encontramos en el otro a un rival, a un igual con el que competir, a alguien que nos obligaba a sacar la mejor versión de nosotros mismos en la ficción, aunque quizá la peor en la realidad. Pero de eso yo no me daba cuenta: jamás me había sentido tan estimulada intelectualmente, tan conectada con nada ni con nadie, y parecía que tú también estabas disfrutando. El hecho de que alguien como yo pudiera llegar a ponerse al nivel de alguien como tú me generaba una sensación difícil de describir, me hacía sentir como alguien especial, como si, por una vez, fuera importante.

Con la facilidad de lo que no requiere reflexión ni planificación, de lo que simplemente *sucede*, adquirimos costumbres y hábitos a una velocidad pasmosa: casi todos los días pasaba por tu despacho para revisar poemas o escribir un poco, y por lo menos un par de tardes a la semana quedábamos para tomar algo en La Bella Julieta o simplemente para pasear por el centro de Málaga. Yo había vivido aquí toda la vida, pero no conocía mi ciudad: siempre usaba los mismos caminos, por miedo o por costumbre, e iba a los mismos sitios. El resultado fue que, cuando empecé a salir contigo, me di cuenta de que era una extranjera en mi propia ciudad. Era algo parecido a lo que me sucedía con la escritura después de tantos años haciéndolo en inglés, pero tú no tuviste problema en mostrarme Málaga: anduvimos por el centro, hablamos en susurros entre las tumbas del Cementerio Inglés, merendamos capuchino en El último mono, vimos el sol ponerse en el monte de San Antón, tomamos el brunch en un sitio que se llamaba Desal e incluso sentimos escalofríos paseando por delante del Cortijo Jurado.

Amparados por el *quid pro quo*, por ese secreto profesional de confidencialidad editor-escritor que nos habíamos inventado y con la excusa del libro nuevo que teníamos entre manos, nos terminamos de conocer. Recorrimos juntos los caminos de los sueños y de la realidad, los de Málaga y los de esa Verona imaginaria.

Lo más bonito en la escritura, en el amor y en la vida siempre son los principios: la potencialidad de una hoja en blanco, las posibilidades infinitas cuando no nos hemos puesto límites.

Todavía recuerdo el día en que, por fin, tras dos semanas de charlas teóricas y de intercambiar ideas y descartarlas, decidimos cuál era la historia que íbamos a escribir, ¿te acuerdas?

Desde que habíamos empezado a trabajar en el poemario, acordamos que nos veríamos los lunes a las 8:30, media hora antes de que entraran los demás, para asegurarnos de que avanzaríamos un poco ese rato y comenzaríamos bien la semana.

Era martes, pero la tarde anterior había tenido una idea y, como sabía que solías llegar pronto, a las 8:35 entré en tu despacho sin llamar, como de costumbre.

Levantaste la vista de tu escritorio, sobresaltado, y algo dentro de mí se hundió al notar la palidez de tu rostro.

Tenías el teléfono pegado a la cara y te llevaste un dedo a los labios para pedirme que guardase silencio.

Yo asentí, roja de vergüenza, mientras me reprendía a mí misma por no haberte avisado con un mensaje de que iría a visitarte en lugar de irrumpir así en tu lugar de trabajo.

Me dirigí hacia la puerta, dispuesta a esperar fuera, pero tú negaste con la cabeza. Me quedé ahí clavada sobre la alfombra persa mientras tus hombros se echaban hacia delante, como si de pronto te hubieran colocado un gran peso sobre la espalda.

—Daniel… Ya hemos hablado de esto.

La voz al otro lado del teléfono era lo bastante alta como para que yo la oyera desde el extremo opuesto de la habitación, aunque no entendía nada.

—Siempre dices lo mismo… ¿Por qué va a ser diferente esta vez?

Pese a no poder distinguir las palabras, por el tono habría jurado que el tal Daniel no estaba de muy buen humor.

Soltaste un suspiro profundo y te pasaste una mano por la cara. De pronto, parecías más mayor y también agotado. Me pregunté quién sería capaz de hacerte sentir así y tuve que reprimir un

instinto primario que me impulsaba a arrancarte el teléfono y decirle cuatro cosas a quienquiera que fuese esa persona.

—No estás siendo justo conmigo y lo sabes —dijiste con un tono que pretendía ser cortante, pero la voz se te deshacía por los bordes —. Te quiero ayudar. Siempre he querido.

Más ruido al otro lado.

—Pues claro que es verdad, Dani. Me duele que me digas eso. Oye, ahora no es buen momento. Tengo trabajo. Te llamo después, ¿vale?

Daniel te dijo algo más, algo que hizo que apretaras la mano que tenías sobre la mesa en un puño y que tus nudillos resaltasen bajo tu piel morena como una cordillera de huesos.

—No lo sé todavía, Daniel. No lo sé.

Y colgaste sin darle ocasión de responder.

Durante unos segundos, el despacho estuvo en silencio, hasta que no fui capaz de soportarlo más y me aclaré la garganta.

—Yo… Emmm… Lo siento mucho. Debería haber avisado. — Escondí detrás de las piernas la bolsa que había traído de Govez, nuestra papelería favorita—. Está claro que no he sido muy oportuna presentándome aquí, mejor vuelvo más tarde.

—No, no, no —exclamaste, y algo en tu voz detuvo mi mano sobre el pomo de la puerta.

Te miré a los ojos.

—Quédate —me pediste, y esa palabra salida de tus labios y dirigida a mí se me antojó la más bonita de la lengua española.

Yo asentí y me senté en mi sitio habitual en silencio, sin saber muy bien qué decir.

—Era mi hermano —me revelaste al fin—. Se llama Daniel. Tiene problemas con las drogas.

—Dios mío —musité—. No tenía ni idea.

Sacudiste la cabeza.

—No suelo hablar de ello. Mi relación con mi familia es complicada. Me ha llamado para pedirme dinero. —Cerraste los ojos un momento, y unas arrugas de preocupación que nunca había visto te surcaron la frente—. No es que no quiera dárselo, pero… no es la primera vez, ¿sabes? Dice que está metido en un buen lío, que si no lo ayudo le van a partir la cara, que de verdad que es la última vez, que ya se lo ha aprendido, que después de esto lo dejará, pero… sólo este año ya es su tercera «última vez». Pero yo no puedo… Me cuesta mucho decir que no.

—Eso es un problema.

—Lo sé —admitiste—. Es uno de mis grandes problemas.

—¿Cuánto dinero es? —pregunté, incapaz de contener la curiosidad.

—Ochocientos euros —contestaste—. Pero eso no es lo importante. Los ochocientos de ahora no son el problema, pero los trescientos del mes pasado y los quinientos de junio sí que lo son.

Por un momento me quedé sin aire.

—No es capaz de parar, Aria, y siento que, si le sigo dando dinero, no le estoy haciendo ningún favor, pero luego me llama y me dice que si no se lo doy le van a pegar una paliza… Yo soy como un padre para él, ¿sabes? Nuestro padre nos abandonó cuando yo tenía quince años, y Daniel, diez. Y menos mal. Pegaba a mi madre y a nosotros también de vez en cuando. Pensaba que cuando se marchara todo mejoraría, pero mi madre se convirtió en una

alcohólica, así que Débora, mi otra hermana, que tenía catorce años entonces, y yo nos ocupamos de la casa. Los dos empezamos a trabajar a los dieciséis, cuando Daniel estaba entrando en la adolescencia. Trabajábamos en la hostelería, turnos de diez horas, a veces incluso más, y, cuando nos quisimos dar cuenta, Daniel estaba enganchado. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Te miré sin saber muy bien cómo reaccionar ante una historia como aquella, así que te di la única respuesta que se me ocurrió.

—No lo sé. —Tras unos segundos, añadí—: No te voy a decir que le digas que no le vas a dar el dinero, porque yo no sé si sería capaz de negárselo. Pero no te puedes echar la culpa de que esté en esta situación. Tú no lo metiste en las drogas.

Los ojos se te empañaron, y la voz te salió rota del pecho.

—Ya lo sé, pero podría haberme dado cuenta antes, debería…

—No fue culpa tuya —repetí, muy seria—. Hiciste lo que pudiste, más de lo que habría hecho cualquiera.

—Pero no fue suficiente —contestaste—. Él me echa en cara que me pusiera a estudiar. No fue idea mía, sino de Débora, que sabía que siempre había querido ir a la universidad, así que me convenció para sacarme el bachillerato en el nocturno y matricularme en la carrera. Ella hacía turnos dobles para que yo pudiera ir cogiéndome unas cuantas asignaturas por curso. Me saqué el grado de Traducción en seis años en vez de en cuatro, y poco después surgió la oportunidad de trabajar en la editorial. Fui ascendiendo rápido y… El resto de la historia ya te la sabes. Creo que Daniel nunca me ha perdonado que estudiara, ni mucho menos que ahora lleve una vida… —Hiciste un gesto para englobar una habitación en la que,

pese a su austeridad, el lujo se hacía notar en cada superficie—. Una vida como esta.

—¿Y tu hermana?

—Débora es una santa —dijiste, y tu voz se llenó de una ternura al pronunciar su nombre que me ablandó el corazón—. Cuidó de nuestra madre hasta que se murió de cirrosis y ahora vive con su marido y tiene dos hijos. Está mal que yo diga esto, y no me malinterpretes, quería a mi madre, tanto como la podía querer sin apenas haberla conocido sobria, pero… cuando se murió me alegré. La pobre mujer no tenía la culpa de nada, seguramente bebía para no pensar en lo que mi padre le había hecho, pero… Débora se merece tener su vida, no estar siempre cuidando de los demás.

—¿Y tú no? —pregunté.

Me miraste muy serio.

—Ella no pudo estudiar —respondiste a secas.

—Se sacrificó para que tú lo hicieras —repliqué—. ¿Crees que ella querría que te sintieras culpable por ello?

—No, pero… me paso los días aquí, entre libros, mientras ella está en un bar poniendo copas y Daniel está Dios sabe dónde…

Comprendí cómo, después de aquello, tener un trabajo como este, llevar una vida desahogada e incluso permitirte el lujo de soñar con ser escritor podía parecerte casi una traición, pero no lo era, y, aunque pudieras percibirlo así, lo que hicieran tus hermanos no era tu responsabilidad.

—Caín. —Te cogí la mano—. No es culpa tuya.

Me apretaste la mano con tanta fuerza que por un momento se me detuvo el corazón.

Nos pasamos así unos minutos, en silencio, aferrados el uno al otro, hasta que finalmente apartaste la mano y te reclinaste en tu silla.

—Gracias —murmuraste.

—¿Por qué? —pregunté, extrañada.

—Por escucharme, por entenderme. Siento que… Siento que contigo puedo hablar de cualquier cosa.

Una pequeña sonrisa se coló entre el calor de mis mejillas.

—Yo también me siento así —contesté con un hilo de voz.

Llegados a este punto es importante que aclare que, pese a que mi irrupción en tu oficina ese día fue accidental, aquel discurso sobre tu hermano fue algo que tú elegiste deliberadamente compartir conmigo. A pesar de la supuesta naturalidad con la que te presentabas al mundo, era raro que te dejases llevar por tus emociones, sobre todo conmigo. Esa confesión que compartiste, el consejo que te di sin que me lo pidieras y tu agradecimiento no fueron más que la oportunidad perfecta para dar un paso más en tu plan. Por supuesto, lo de tu hermano era un problema real. Siempre hay que meter algo de verdad en todas las mentiras para que sean creíbles; eso me lo dice mucho mi abogada, y es una técnica que tú dominabas: en nuestras conversaciones, colabas información que te hacía parecer vulnerable, pero siempre seleccionabas cuánta y cómo y la utilizabas como pretexto para que yo, sin medir tanto mis palabras, me abriera en canal contigo. Inmersa en esa ilusión de que ambos estábamos en igualdad de condiciones, te lo di todo: mis poemas, mis historias, mi tiempo, mi confianza, las llaves de mi ciudad y las de mi corazón. Pensaba que nos conocíamos a la perfección, cuando lo cierto era que tú me conocías a mí tal y como

era y yo sólo conocía lo que tú querías mostrarme de ti mismo. «Secreto editor-escritor», me decías. Pero yo te confié todos mis secretos, y tú… Tú me convertiste a mí en un secreto.

Pero todo eso aún no había pasado. Todavía estábamos caminando por la frontera, haciendo equilibrios al borde del abismo, a punto de entrar en un territorio que ambos sabíamos que era peligroso, aunque yo ignoraba hasta qué punto.

—Bueno, ¿y qué traes ahí?

Hiciste un gesto hacia la bolsa amarilla de Govez, que descansaba junto a mis pies y de la que yo ya me había olvidado.

—Ah, esto. —La recuperé del suelo y noté que de pronto la misma parte de mí que me había impulsado a comprar lo que había en su interior se retorcía de nervios. ¿Y si era demasiado? ¿Y si no te gustaba? Supuse que ya era muy tarde para echarse atrás—. A ver, lo he comprado para celebrar algo.

Arqueaste las cejas.

—¿El qué?

Sonreí de oreja a oreja.

—Que ya sé lo que vamos a escribir.

Aquella frase fue suficiente para que se te iluminara la cara, y todas las líneas de preocupación desaparecieron hasta que pareciste un niño recién despierto el día de Navidad.

—Estuve buscando entre mis viejas notas —continué—. Y he encontrado la historia perfecta. Está a medio camino entre tu estilo y el mío, y creo que te va a gustar.

Pasé a explicarte a grandes rasgos una idea que hacía mucho tiempo que había descartado, el relato de una chica llamada Lucy con un poder sobrenatural para atraer a la suerte y poner el azar de

su parte cuando quería (aunque después tenía que pagar un precio) y un joven ludópata llamado Dylan que se cruzaba en su camino. Se trataba de una historia de aventuras en la que ambos acababan en Las Vegas tratando de pagar sus deudas y enfrentándose a los mafiosos de un casino que andaban detrás de Lucy. Sin embargo, a medida que avanzaba la trama, se iba convirtiendo en una historia de amor.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunté con cierta timidez cuando hube terminado—. Es sólo una idea, le queda mucho trabajo, pero… tengo los dos primeros capítulos escritos en inglés y creo que, si lo escribimos juntos, podría quedar un buen libro.

—¿Que qué me parece? —repetiste, y en tus ojos bailaba una luz que sólo tenía un nombre: ilusión—. Es una idea buenísima. Me encanta. Tiene de todo: acción, misterio, un poco de fantasía, amor, aventuras… ¡Hasta la mafia! Podríamos incluso meter un cadáver de por medio y que Lucy y Dylan lo tengan que enterrar.

No pude evitar reírme.

—Sí, supongo que podríamos.

—Buah… Es que lo veo clarísimo. Los dos intentando meterlo en el maletero para transportarlo a algún sitio, y entonces la policía los para y casi los pillan…

Sonreí al ver el brillo en tu mirada.

—Lo único que no entiendo es por qué habías descartado la idea —dijiste mirándome con un interés que no había hecho más que crecer desde que nos conocimos.

Porque, lejos de aburrirnos una vez que lo supimos «todo», aquella curiosidad, que había sido la chispa que inició el fuego de nuestra relación, no hacía sino avivarla. Como las vistas de mi casa

de la infancia, nunca dejábamos de fascinarnos: cada día descubríamos nuevos detalles, o la luz del atardecer los bañaba de un color distinto a los que ya conocíamos y los volvía nuevos. Tú eras el motivo de mis sonrisas, la primera persona que me había hecho sentir realmente importante; y yo llegué a creer que era tu mejor historia, el libro que llevabas esperando toda la vida.

—Pues fue por el asunto del juego —confesé—. Es un elemento importante en la historia, pero yo no tengo ni idea del tema y no me apetecía ponerme a investigar.

—Yo jugaba —soltaste de pronto, y yo te miré con los ojos muy abiertos—. Fui guardaespaldas por las noches en un local para sacarme algo de dinero extra cuando empecé a trabajar aquí y, a fuerza de analizar a los jugadores, acabé aprendiendo. No se me daba nada mal, aunque tampoco era algo que me entusiasmase. Con esa clase de cosas es mejor guardar las distancias. Pero, vamos, que yo puedo decirte todo lo que necesites saber.

—¿En serio? —pregunté, incrédula, interpretando la coincidencia como una señal del destino. Quizá lo era, pero una de esas rojas con letras blancas que dicen: «NO PASAR. PELIGRO».

—Sí, así que creo que la idea es perfecta.

—Ya sabía que te iba a gustar. —Sonreí—. Por eso he comprado esto.

Introduje la mano en la bolsa y saqué dos libretas Paperblanks iguales: una en rojo y la otra en azul, con detalles grises que brillaban bajo la luz que entraba por la ventana.

Ya te había comentado que tenía una colección de libretas donde recogía todas mis ideas, perfiles de personajes, mapas y otras anotaciones, y estas las habíamos visto en la tienda unas diez veces.

—Elige una —te animé intentando no botar sobre la silla al ver cómo los ojos se te abrían como platos. Era consciente de que el regalo era quizá algo excesivo, pero no había podido contenerme. Las había visto ahí y… tuve que hacerlo.

—Aria, yo… —Apenas te salía la voz del pecho; te habías emocionado—. Muchas gracias, de verdad. Me encanta.

Cogiste la roja, como había sabido que harías, y yo me quedé con la azul.

Jamás podría haberme imaginado lo rápido que empezamos a llenarlas. Durante el puente de diciembre, nuestra relación alcanzó un punto álgido: nos pasamos todas las tardes juntos sumidos en una espiral de escritura frenética. La inspiración nunca se me había antojado algo tan sencillo. A tu lado las palabras me salían con tal facilidad que ni siquiera nos dimos cuenta de la cantidad de trabajo que estábamos avanzando hasta que llegó el domingo y vimos que teníamos los primeros capítulos traducidos y varias escenas escritas.

Fueron días de quedarnos en cafeterías hasta que habíamos probado todas las bebidas de la carta y nos tenían que echar para cerrar, de reírnos tanto que acababa con agujetas en el abdomen. Durante ese paréntesis en el que nos escondimos del mundo tras el escudo de la ficción, no sólo hubo letras y creatividad, ni siquiera la risa fue lo mejor de todo: había algo más. La conexión que ya teníamos se intensificó, y sentí que ya compartíamos algo que sobrepasaba los límites de la complicidad e incluso de la intimidad, algo que jamás había experimentado con nadie.

—Es increíble —dijiste el siguiente lunes en tu despacho, pasando las páginas que habíamos llenado con anotaciones, pósits e incluso

algún que otro mapa de Las Vegas que habíamos imprimido y pegado en las páginas—. ¿Tú siempre haces esto así?

Yo te miré sin comprender.

—¿El qué exactamente?

—¿Haces una libreta como esta para cada libro que escribes?

—Sí. —Por algún motivo, me sonrojé cuando vi la expresión de admiración en tu rostro—. Ya te dije que tengo una colección.

—Pues me encantaría verla.

—Cuando quieras.

—¿Este viernes? —propusiste—. ¿Para cenar, por ejemplo?

Había dicho «cuando quieras» como quien no quiere la cosa, pero tú ya tenías todo un plan y, teniendo en cuenta que la colección no podía moverse, prácticamente estabas invitándote a mi piso. *Para cenar*.

—Genial —alcancé a decir. Me aclaré la garganta—. ¿Sobre las nueve está bien?

—Perfecto. Puedo intentar llegar un poco antes para que revisemos algún poema.

Lo dijiste por cumplir, y yo asentí por lo mismo. Los dos sabíamos que revisar los poemas era sólo una parte de lo que hacíamos, una pequeña, y que seguramente cualquier cosa nos distrajese de la tarea estando en mi casa. Se me hizo un nudo en el estómago, que no era del todo desagradable, cuando me pregunté si esas distracciones serían solamente literarias o habría algo más. Iba a ser la primera vez que estuviéramos solos de verdad, sin gente en las mesas de al lado o sin la posibilidad de que cualquiera entrase en el despacho. Yo no pensaba que estar en mi piso fuera tan distinto de lo que veníamos haciendo hasta ahora, pero estaba claro que mi

corazón no estaba de acuerdo, porque se aceleró con tu propuesta y no volvió a latir con normalidad hasta un buen rato después.

Con cariño,

Aria

8

135 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

No me gusta nada el psicólogo de la cárcel.

Se llama Santiago. Creo que piensa que estoy loca, lo cual es comprensible, pero ¿de verdad se le tiene que notar tanto?

Lo cierto es que nunca me ha gustado hablar de mí misma. Me obligaba a hacerlo en terapia, pero, después de lo que ocurrió con Víctor, nunca fui capaz de volver a confiar en alguien de quien no supiera nada. Hasta ahora. Mi abogada me ha dejado claro que esto no es opcional, puesto que necesita que, de aquí al juicio, el terapeuta de la prisión corrobore mis diagnósticos anteriores (lo cual implica decir, con palabras técnicas y desagradables, que, efectivamente, no estoy bien de la cabeza).

Santiago no posee ninguna característica que me desagrade en exceso; es más bien el conjunto de las circunstancias en las que lo veo una vez al mes lo que hace que nuestras sesiones sean irritantes: la habitación lúgubre y mal iluminada, la silla que cruje cada vez que me siento, las polillas sempiternas que se posan en las manchas de humedad de la pared, la mesa de patas desgastadas

que está coja y tiembla cada vez que él consulta uno de sus muchos papeles.

Y escribe. Eso es lo peor de todo. Bolígrafo en mano, se pasa una hora y media apuntando a tal velocidad que me da la impresión de que se le va a caer el brazo. Después de pasarme tantos años escribiendo sobre las personas que me han hecho daño, nunca me había planteado lo que se sentiría al estar al otro lado de la página. Cada vez que hablamos, tengo que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no arrancarle el bolígrafo de un manotazo y gritarle: «¿Qué estás escribiendo? ¿Qué piensas sobre mí? ¿Estás diciendo la verdad en esas notas?».

El otro día me preguntó si me siento culpable por todo lo que ha ocurrido. La verdad («no, ni un poquito; siguiente pregunta») no era la respuesta correcta, de manera que le dije lo que quería oír y nos pasamos media hora hablando de unos remordimientos que no siento. Al fin y al cabo, el arrepentimiento es el primer paso para la rehabilitación.

—¿Tienes ganas de hablar con él? —inquirió. Faltaban menos de cinco minutos para que se terminase la sesión, pero estaba claro que quería hacerme sufrir hasta el último momento.

—¿Con quién? —respondí distraídamente fingiendo que no sabía que estaba hablando de ti.

—Con Caín.

—No.

Otra mentirijilla, pero el hombre es demasiado entrometido y tampoco necesita saber de la existencia de estas cartas para escribir en su maldito informe que soy una desequilibrada.

Por suerte, parece que ningún guardia le ha hablado de las horas que me paso escribiendo en la biblioteca, o que a él no le importa lo que yo haga o deje de hacer. Espero que siga así. En estas páginas estoy siendo realmente sincera y no estoy preparada para que nadie vea mi verdad. Nadie excepto tú.

Como ya sabes, nunca he tenido muchos amigos, y, cuando nos conocimos, tú te convertiste en la única persona con la que hablaba además de con Dana. Llevaba casi dos meses sin quedar con ella cuando por fin nos vimos para tomar un café el mismo día que tú me propusiste quedar en mi piso el viernes de esa misma semana. Me había pasado el último mes diciéndole a mi amiga que estaba muy ocupada con las correcciones del libro que iba a publicar, pero lo cierto era que el poemario no era más que una excusa: la había estado evitando, y con razón.

Dana, una vez despachadas las preguntas de cortesía obligatorias, expresó su opinión sobre lo que estaba ocurriendo entre nosotros haciendo gala de la sensibilidad que caracteriza a su gremio:

—Si sigue mareándola de esa manera antes de meterla, a lo mejor cuando llegue la hora no se la encuentra.

Dana era médica forense.

—Dana, por Dios.

Quise levantar la voz, pero apenas fui capaz de articular un susurro que se perdió a medio camino entre mis labios y la taza.

Por favor, Caín, no pienses que yo había revelado nuestras intimidades: tan sólo le había dicho que nos estábamos conociendo más y que habíamos empezado a escribir un libro juntos. A Dana no le hacía falta mucho para pensar lo peor. Aun así, era una conclusión precipitada y, haciendo acopio de valor, se lo hice saber.

—No lo conoces. Él no quiere acostarse conmigo.

Por algún motivo, las palabras parecieron amargarme un café que ya de por sí estaba bastante fuerte, pero no tuve tiempo para detenerme en esa sensación porque Dana soltó la clase de risa ruidosa que te raspa la parte de atrás de la garganta.

—Sí, claro —dijo sin mostrarse preocupada por el hecho de que las personas de las mesas circundantes la estuvieran mirando—. Mira, Aria, me sorprende que un hombre respetable como tu padre no te lo haya dicho, pero normalmente los tíos siempre quieren eso.

Me mordí la lengua, irritada por el tono autosuficiente con el que me estaba hablando, como si no fuera más que una niña. Dana era como la hermana mayor que nunca tuve, la hija de unos amigos de la familia que, cuando habían pasado los años y la diferencia de edad había dejado de notarse demasiado, se había convertido en mi mejor amiga. También era la única, por lo que supongo que lo de «mejor» era solamente una consecuencia de esta circunstancia. Pero eso no hacía que ella fuera menos importante para mí, y yo también le importaba a ella. No había mucha más gente de la que pudiera decir lo mismo.

Bajé la mirada.

—Él no —musité—. Él es diferente.

—Diferente, ¿cómo?

Me quedé callada. ¿Cómo iba a empezar siquiera a explicárselo? ¿Cómo habrías descrito tú lo que teníamos? Me pedías que no le hablase de ti a nadie, decías que era mejor que no se supiera lo nuestro porque era tan extraordinario y extraño que nadie sería capaz de entenderlo. Pero, en ese momento, me di cuenta de que no me habría venido mal saber qué nombre ponerle. Porque, de

hecho, ni siquiera estaba segura de comprenderlo del todo. Sólo sabía que me gustaba y, hasta que Dana se había puesto a expresar opiniones que nadie le había pedido, eso había sido más que suficiente.

—Da igual —respondí al fin—. Olvídalo, no tendría que habértelo contado.

Dana se echó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos.

—No, por favor. Explícate. Puedo estar tremendamente equivocada —pronunció con un tono que sugería que no pensaba que estuviera equivocada en absoluto—. Cuéntame todo lo que hay que saber sobre ese tal Caín.

Eso sí que no pensaba hacerlo.

Fingí tener calor para soltarme el pelo de la coleta y que los rizos me cubrieran un poco la cara, como si así pudiera esconderme de ella.

—Ya te lo he contado —dije manteniendo la vista fija en la espuma del café—. Es mi editor y estamos escribiendo un libro juntos.

—Entonces no es sólo tu editor —insistió ella.

Yo titubeé, valorando mi respuesta.

—No. Somos amigos.

—Por los cojones.

Dana era de Ucrania y, aunque había vivido en España desde que tenía nueve años, hablábamos en inglés, ya que no le gustaba el español y, según ella, utilizarlo todo el día «era agotador». Sin embargo, esto último sí que lo dijo en castellano, porque hasta Dana, políglota desde la infancia —hablaba perfectamente ucraniano, ruso, inglés, español, alemán y polaco—, tenía que

admitir que hay ciertos aspectos en los que el español es inigualable, como puede ser la amplia gama de acepciones de palabras como «cojones».

—¡Dana! —me quejé comprobando que había vuelto a atraer las miradas del resto de los clientes de la cafetería.

Ella ignoró mi incomodidad.

—¿Cómo habéis pasado de que sea tu editor a escribir juntos?

Pensé en marcharme, en decir que tenía que ir al baño y escaparme por la ventana o en fingir una llamada de mi padre.

«Dana me quiere —me dije a mí misma—. Sólo busca lo mejor para mí». Esa idea me hizo permanecer en la silla, aunque tenía la espalda rígida y las piernas en tensión. Con cierta frecuencia necesitaba recordarme que ella solamente velaba por mis intereses; sobre todo, cuando le daba por preguntarme por mi vida, que era casi siempre. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría dejado de quedar con ella. Pero sin Dana, no habría tenido a nadie que me obligara a salir de mi cabeza y a hablar de lo que me ocurría. Por poco que me gustase admitirlo, sabía que lo necesitaba.

Siempre me ha ocurrido que, si no le hablo a alguien de mi vida y me paso demasiado tiempo encerrada en mis pensamientos, las cosas tienden a enredarse y, a veces, me cuesta un poco distinguir qué es lo que realmente ha ocurrido y qué ha pasado solamente en mi cabeza. No te asustes, Caín. Tampoco es algo tan raro; es como cuando no sabes si has pensado algo o lo has dicho en voz alta, pero con los recuerdos: los bordes de las siluetas se difuminan, los diálogos se alteran, lo que dijiste se mezcla con lo que me habría gustado que dijeses, los sentimientos presentes se superponen a los pasados, la imaginación se fusiona con la memoria, y, cuando trato

de dibujar por encima de las líneas para devolverles la nitidez, muchas veces la imagen acaba siendo más confusa que antes. Hablar con Dana solía ayudarme a aclarar las cosas, aunque me las tuviera que sacar con sacacorchos.

No me di cuenta de que llevaba un rato sin hablar hasta que ella dijo:

—Joder, Aria, tengo pacientes a los que es más fácil sacarles información que a ti.

—Tus pacientes están muertos.

Solté ese comentario porque no sabía qué otra cosa decir, y ella me miró como si fuera idiota (lo cual, según Dana, era un hecho empírico en todo lo que concernía a las relaciones sociales). Sin embargo, me siguió el rollo un poco:

—Pues salvo vidas, que lo sepas. Hay mucho loco suelto por la Costa del Sol. Los civiles no tenéis ni idea de lo que hay por ahí.

La conversación se estancó, como siempre que salía el tema de su trabajo, que a mí me provocaba bastante aprensión, pero Dana no hizo ningún esfuerzo por sacar ningún otro tema. En lugar de eso, se me quedó mirando con sus ojos enormes prácticamente sin pestañear, torturándome con un silencio tan incómodo que empezó a picarme la piel.

—Vale, te lo contaré —cedí cuando ya no fui capaz de soportarlo más.

Y lo siento, lo siento de verdad. Mientras le explicaba someramente la evolución de nuestra relación, sentí como si estuviera violando no sólo mi intimidad, sino la tuya. Ella me miró con una mezcla de escepticismo y preocupación cuando le hablé de

mis visitas a tu despacho y nuestros paseos, y yo no sabía qué hacer para que me entendiera.

Me sentía fatal. Odiaba que Dana me estuviera haciendo contar toda aquella historia, que me obligara a saltarme nuestro secretismo y que te juzgara de esa forma, y a mí también. No entendía por qué me estaba haciendo esto. Sabía lo que me costaba hablar de mí misma. Hablar en general, de hecho, si implicaba hacerlo con personas de verdad y no con personajes. Contigo… Contigo era distinto. Era más fácil; quizá porque siempre llevábamos la ficción por delante, como bandera y como escudo, y… simplemente te las apañaste para que me abriera contigo como nunca lo había hecho con nadie antes.

La literatura siempre ha sido para mí un puente entre mi interior y el resto del mundo, la única forma segura de comunicarme, protegida por la premisa de que «todo parecido con la realidad es pura coincidencia». Pero entonces tú llegaste, caminaste por ese puente y, con la excusa del poemario y la novela, fuiste el primero en llegar hasta el otro lado.

Yo pensaba que esto era algo bueno y creía que Dana no lo veía porque yo no lo había sabido expresar o porque ella no quería. Lo que no entendía en aquel momento era que tú habías detectado mi necesidad de confiar en alguien, igual que el resto de mis carencias, y creaste una ilusión de vulnerabilidad para que yo me abriera contigo de una forma que resultaba difícil de comprender incluso para mí: te convertiste en mi confidente, en un lugar donde poner todo ese afecto que no podía darle a nadie y también donde guardar mis secretos. Porque, una vez llegaste al otro lado de ese puente, te dedicaste a romper los muros de la presa que contenía lo que

ocultaba en lo más profundo de mí. El problema fue que, en cuanto desmontaste todas mis defensas, todo aquello que llevaba tanto tiempo encerrado se liberó de golpe, mis verdades salieron a presión y nos arrastraron a los dos con fuerza. Al intentar detener el agua, ya era demasiado tarde; cuando me quise dar cuenta, a ti no te ocultaba nada.

Y no pretendo justificar esta traición, Caín, pero había una cosa de la que no podía hablar contigo: de ti. Dana era la única con la que podía tratar de darle sentido al torbellino interior de pensamientos y emociones que hacía que la cabeza me diera vueltas cada vez que me acordaba de ti. Por poco que me gustara la situación, sabía que tenía que obligarme a ser sincera con ella, así que, al final, acabé contándole mucho más de lo que pretendía.

—A mí me da que ese tío es un liante —sentenció—. No quiere nada bueno.

Yo la miré, ofendida. No le había dado ningún motivo en mi relato para sacar esa conclusión.

—A ver, no puedes…

Empecé, pero lo hice en español, y ella me cortó.

—Español no…

Antes de que pudiera terminar, solté (alto, claro y en español):

—No me jodas, Dana, que hiciste Medicina en la Complutense, la residencia en Guadalajara, y trabajas en la costa de Andalucía. Eres casi más española que yo, coño.

Por algún motivo, aquello hizo que la tensión se liberase y las dos nos echamos a reír.

Cuando nos hubimos calmado, ella volvió a la carga, pero esta vez con algo más de tacto.

—Mira, Aria, yo sólo te digo que estoy preocupada. Cuando me hablaste de él, lo busqué en Google y…

—Decías que no sabías nada de él —la interrumpí notando cómo los nervios volvían a tensarme los músculos de la espalda.

—Sí, bueno, pero llevas meses sin contarme una mierda, así que he tenido que buscarme la vida.

Ella me miró con reprobación, pero yo estaba demasiado ocupada tratando de disimular mi irritación como para dejar que me hiciera sentir culpable. No me había esperado el rechazo con el que Dana veía nuestra relación. Achaqué su aversión a ti a los celos: al fin y al cabo, desde que empezamos a quedar, había tardado en llamarla y no había ido a verla a Marbella aunque me tocase. Ahora sé que, como siempre, a Dana sólo le importaba que yo estuviese bien, y el hecho de que hubiera vivido más (tanto en años como en experiencias) hacía que viera cosas en ti y en tu comportamiento que yo no podía llegar a imaginar. ¿Cómo iba a pensar que todo lo que hacías, por romántico que fuera, no era más que un pretexto para acostarte conmigo? La idea me parecía descabellada.

—El tío es guapo, puedo entender que te guste —continuó—. Todos sus perfiles en redes son privados, así que no he podido averiguar mucho, pero da igual. —Se puso muy seria—. Lo único que importa es que ese hombre es tu jefe y te saca muchos años.

—Técnicamente, como heredera de la mayoría de las acciones de la empresa, yo seré su jefa llegado el momento —me defendí, aunque me comenzaron a sudar las manos, que había colocado debajo de las piernas porque ya no sabía qué hacer con ellas.

—No me vengas con la cantinela de la niña rica, que conmigo no cuela.

Estuve a punto de preguntarle cuántos años me sacabas exactamente, ya que nunca me lo habías dicho, pero no quise arriesgarme a que me reprendiera por no haberlo sabido. Si hubiera querido, yo también podría haberme metido en internet para averiguarlo.

Eché un vistazo por encima de mi taza de café.

Odiaba la cara con la que Dana me estaba escudriñando. Era una expresión maternal, casi de lástima, como si yo fuera una ingenua que no sabía dónde se estaba metiendo.

—Tú no lo entiendes —musité.

Tampoco era tan importante. ¿Y qué si no me habías dicho tu edad? No había surgido. ¿Y qué si había alguna cosa más que no me hubieras contado sobre tu vida? Me daba igual. Te conocía mejor que nadie, conocía tu alma, y con eso me valía; los detalles superficiales no eran relevantes. O eso fue lo que tú me hiciste creer.

—Oh, claro que lo entiendo. La que no se está enterando aquí eres tú. —Dana me acusó apuntándome con un dedo—. No sé si es porque no quieres o porque ya estás tan encoñada que no puedes. —«Encoñada», de nuevo, en español perfecto—. Yo sólo te digo que vais muy rápido y me da miedo que puedas salir escaldada de esta situación.

—No vamos tan rápido; llevamos más de dos meses quedando —traté de defenderme—. Y no estoy *encoñada*. Sólo somos amigos.

Era la verdad, Caín. Éramos sólo amigos. ¿O no lo éramos? ¿Se había producido un cambio en nuestra relación y yo no me había dado cuenta? ¿Te habías dado cuenta tú? Ya ni siquiera estaba segura.

Las dudas de esta clase eran la razón por la que necesitaba hablar con Dana. Pero, esta vez, en lugar de ayudarme, solamente estaba consiguiendo confundirme más, y me estaba poniendo nerviosa. En el fondo, sabía que tenía parte de razón, y eso era lo que peor me sentaba: estaba tan encantada con lo que teníamos que no me atrevía a cuestionarlo. Elegí cerrar los ojos ante las partes que quizá no eran tan buenas con el fin de preservar el ideal: la ilusión de que todo era perfecto. Al final, creo que puse tantos trazos nuevos en nuestros recuerdos *a posteriori* que ahora ni siquiera sería capaz de saber cómo eran los originales. Puede que, incluso entonces, mi mente ya estuviera distorsionando nuestra historia, reescribiendo sobre las líneas de la realidad para convertirla en el cuento que yo anhelaba vivir.

—Sí, claro, y yo soy miss Europa del Este —ironizó Dana con una carcajada de esas vacías y condescendientes—. No me jodas, Aria. Os veis casi todos los días, os escribís constantemente… ¿Qué es lo siguiente? ¿Quedar en tu piso «a ver una peli»?

No pude evitarlo: me puse roja. Estaba claro que, por muy inteligente que fuese, me faltaba experiencia, y en este asunto no sabía ni por dónde me venía el aire.

Dana abrió tanto los ojos que parecía que el azul de sus iris me iba a ahogar.

—No me digas que habéis quedado en tu piso a ver una peli —dijo muy despacio.

—A escribir —confesé en voz baja encogiéndome en la silla. No entendía por qué me sentía así, como alguien culpable en un interrogatorio. No estábamos haciendo nada malo.

—¡El pretexto no importa! —exclamó ella haciendo un gesto amplio con las manos.

—Pero es que vamos a escribir de verdad —protesté, aunque no me lo creía ni yo. Ahora sé que tú tampoco habías tenido nunca esa intención, pero yo estaba demasiado inmersa en mi ingenuidad y mis inseguridades como para darme cuenta.

Dana hizo un ruido gutural a medio camino entre un suspiro y un gruñido y procedió a tratar de iluminarme.

—Pero ¡cómo sois los artistas! —bufó—. No podéis admitir que tenéis vicios como todo el mundo. Vosotros no bebéis, os «inspiráis»; no descansáis, sino que «dejáis que vuelva a fluir»; no quedáis para follar, sino para «escribir». Dime, Aria, ¿los personajes de esa historia vuestra se acuestan en algún momento?

—No me parece una pregunta relevante.

—A mí sí.

—¿Vas de poli conmigo? —pregunté, algo molesta, medio en broma medio en serio.

Dana guardó silencio. ¿Tú le habrías mentido a tu mejor amigo, Caín? Porque yo no me vi capaz. Al final suspiré y terminé por ceder.

—Sí.

—¿Y quién va a escribirlo? —quiso saber.

—Pues no lo hemos pensado todavía.

Esperaba que esa respuesta la tranquilizase, pero, por desgracia, no fue así.

—Pues ten cuidado, porque a lo mejor al tío, a fin de conservar el rigor histórico o cualquier excusa de mierda, le da por querer «basarlo en hechos reales». Tú me entiendes.

—Mira que eres ordinaria —repliqué tratando de sonar despreocupada, pero al final acabó pareciendo un insulto.

Dana siempre era bastante bruta hablando; creo que enfatizaba esto más cuando estaba conmigo por si así conseguía, con el shock, bajarme las defensas y que le dijese la verdad. En aquel momento me estaba observando como si su siguiente opción fuera ponerse a agujerear los muros tras los que ocultaba la verdad con una taladradora o con su sierra de huesos, así que traté de apartar tanto su atención como la mía de lo plausible que era todo lo que estaba diciendo.

—El hecho de que tú te acostaras con media plantilla de enfermeros cuando eras residente no significa que yo sea igual.

—Punto número uno: los enfermeros están buenísimos —contestó con toda seriedad—. Punto número dos: tú no eres igual que yo, gracias a Dios, y tienes el chocho más seco que el desierto del Sáhara. Lo cual me lleva al punto número tres: no creo que este tío sea el adecuado para regar las plantas.

Ojalá pudiera decirte que esa última parte no era cierta, pero durante aquella tarde Dana no pronunció más que verdades como templos, por mucho que a mí me desagradase oírlas.

Me tapé la cara con las manos: no sé si para que ella no me viese o para no verla yo a ella.

—Dana, de verdad…

—Anda, anda, no te pongas mojigata, que aquí santas no somos ninguna. Lo único que te estoy diciendo es que tú siempre has sido un poco estrecha.

Dejé la taza en la mesa con más fuerza de la que había pretendido, molesta por el comentario. Odiaba que me recordasen

que, a mis casi veintitrés años, nunca había tenido relaciones sexuales.

—¿Se puede saber qué te ha hecho Caín? —protesté alzando un poco el tono—. ¿Qué te pasa con él? ¿Por qué le tienes tanta manía? Ni siquiera lo conoces.

—Tú tampoco —dictó, también visiblemente exasperada.

Me crucé de brazos y me erguí en la silla. No era así como había imaginado que iría nuestro reencuentro.

—¿Cómo que no? Lo conozco mejor que nadie.

Cuando Dana sonrió, lo hizo con lástima. Aparté la vista; no podía soportar ver esa expresión en su cara.

—Aria, por favor… Abre los ojos. —Trató de cogerme la mano por debajo de la mesa, pero yo me aparté. Dana inspiró hondo y siguió —: Sé que te ha contado mucho, o al menos bastante, de su pasado, pero de su presente sabes muy poco. Por ejemplo, ¿tiene novia?

—Serás pesada… —resoplé—. Sólo somos amigos.

Quería que esa conversación se acabase, irme a mi casa, meterme en la cama y poder ceder a unas ganas incomprensibles de llorar que se habían apoderado de mí.

—¿Tiene novia? —repitió ella, inalterable.

Me retorcí en mi asiento; ya no sabía en qué postura ponerme.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Dana arqueó las cejas.

—Una que estás evitando responder.

Silencio.

—Me lo habría dicho.

—¡Aha! —Dana asintió, satisfecha—. Así que no te lo ha dicho.

Tomé un sorbo de café a modo de respuesta y arrugué la cara cuando me lo tragué. Ya estaba frío.

—Y deseas que no tenga novia —infirió.

—Yo no deseo nada —solté, borde—. No me lo he planteado.

Pero, realmente, sí que lo había hecho. Podía decirme a mí misma que mi atracción por ti no iba más allá de lo intelectual, pero… entonces ¿por qué me acordaba de lo bien que te quedaba tu camisa celeste? ¿Por qué sonreía cuando decías cualquier tontería, aunque supiera que realmente lo que estabas diciendo no era tan gracioso? ¿Por qué había empezado a arreglarme más para ir al trabajo por si quedábamos? ¿Por qué se me aceleraba el corazón cada vez que me llegaba un mensaje tuyo? ¿Por qué tenía el deseo secreto de que, a medida que avanzara el libro y Dylan se enamorase de Lucy, tú también te enamorases de mí? ¿Por qué la idea de que tuvieras una novia hacía que se me revolviera el estómago?

No quería enfrentarme a esas preguntas.

—Eres una zorra mentirosa —sentenció Dana.

Yo la miré con los ojos entrecerrados; la mueca era la excusa perfecta para aguantar el llanto.

—Oye, que no te digo que no te lo folles —añadió con todo el cariño con el que se pueden decir esas palabras—. Sólo que no te enamores, ¿vale?

Yo asentí, pero ya era tarde.

Con cariño,

Aria

9

131 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Hoy mi padre me ha preguntado si echo de menos a Dana, y yo no he sabido qué contestar. Era mi mejor amiga y lo fue hasta el final, incluso cuando yo dejé de merecérmelo. Fue mi culpa que se acabara marchando a Alemania y es mi culpa que nunca me coja el teléfono. A veces gasto mis cinco llamadas semanales tratando de contactar con ella. No sé si ha cambiado de número, pero yo lo sigo intentando, aunque no estoy segura de para qué lo hago. Tampoco es que tenga a nadie más a quien llamar aparte de a mi padre y a la abogada.

Después de quedar con ella, procuré ignorar nuestra conversación. Logré perpetuar mi estado de negación con una facilidad pasmosa y seguí viéndote en la oficina sin pararme a pensar en si realmente lo que sentía por ti era amistad o era algo más. Pero, a medida que pasaban los días, las palabras de Dana volvían cada vez con más fuerza. El miércoles cogí el coche y me planté en Marbella. No supe por qué había ido allí hasta que aparqué enfrente de la consulta de Víctor. Realmente no había pasado tanto tiempo desde la última vez

que entré en aquel edificio, tan sólo unos cuantos meses, pero, por algún motivo, parecía más. Entonces comprendí que mis pasos me habían llevado hasta allí para confirmar lo que sospechaba: ya no sentía nada por él.

Lo que había era un recuerdo, un vacío en la piel de mi corazón con la forma de su nombre; una cicatriz que brillaba al pensar en él, pero ya no escocía. Rememorar la época en la que contenía la respiración por él se me antojaba casi cómodo, como ponerme una rebeca vieja que se había amoldado a la forma de mis hombros. La forma de su ausencia me resultaba familiar, encajaba perfectamente alrededor de mis huesos, y el recuerdo del dolor no era más que eso: un recuerdo con su forma.

Me pregunté cómo sería la tuya, cómo recordaría estos días entre poemas e historias; si algún día, cuando ya no estuvieras, mi cuerpo encajaría en el molde de tu rechazo; a qué me sabría el eco de tus palabras, de qué tono de gris sería mi mundo si desaparecieras de él.

No podía soportar pensarlo. Aquel miedo que llevaba varias semanas gestándose, ese pavor a que lo nuestro se terminase, a perderte por algún motivo, se intensificó hasta que me consumió por dentro. Después de mi visita a la consulta de Víctor, durante un día entero no pude comer ni dormir, apenas iba al baño y me pasaba minutos enteros sin pestañear, incapaz de cerrar los ojos ahora que por fin los había abierto.

«Estoy enamorada de Caín».

Una vez la voz de mi mente articuló esas palabras por primera vez, la realidad se volvió innegable, y me pregunté cuándo me había vuelto tan buena jugando al escondite conmigo misma, haciendo

trampas al solitario, ocultándome algo de tal magnitud durante tanto tiempo. Ahora que lo había visto, no podía dejar de hacerlo, y encontraba recordatorios por todas partes: tu nombre repetido una y otra vez en mi registro de llamadas, los libros que me habías prestado, la libreta azul, cada tilde y cada coma del poemario, los versos de mis nuevos poemas que ya llevaban una temporada hablando sobre ti.

Te evité en la oficina el resto de la semana mientras me preguntaba qué hacer sin llegar a ninguna conclusión. ¿Debía confesarte lo que sentía? No estaba segura de que yo misma lo comprendiera del todo y no quería arriesgarme a que me rechazaras. Por algún motivo, pensaba que aquel era el único desenlace posible: que yo te confesara mi amor y tú me dijeras que no sentías lo mismo. Tenía razones para sospechar que era mutuo, pero, cuando las ponderaba, me daba cuenta de que estaban hechas de humo y no pesaban nada: un comentario ambiguo, una insinuación que podría no serlo, tus dedos acariciando la palma de mi mano por debajo de la mesa, esa forma de decirme que era «increíble». Todas esas cosas podían significar que tú también sentías algo o podían no significar nada. Y si te lo decía, temía que nada volviera a ser igual y perdería la relación sin nombre que habíamos establecido.

Llegó el viernes por la tarde, y yo era un manojo de nervios. Ya había sudado tres camisas, y eso que no tenía la calefacción puesta. Metí una pizza en el horno y me puse a sudar de nuevo. Era para ti; yo tenía una ensalada en la nevera. No era precisamente alta cocina, pero no sabía preparar ningún otro plato caliente, y yo no pensaba darle ni un bocado; no estaba dispuesta a volver a pasar por el

bochorno de nuestra primera cena juntos, cuando fingiste no ver cómo le daba vueltas al *risotto* como si fuera una niña pequeña. Nunca me había gustado que me vieran comer y, además, tenía en la cabeza la idea —seguramente errónea, pero no por ello menos arraigada— de que a los hombres no les gustan las mujeres que comen mucho y que mostrarse con hambre en una cita es muy poco atractivo. Como si aquello fuera una cita. ¿Lo era?

El sonido del timbre me arrancó de mis pensamientos y casi me separó el alma del cuerpo.

Me detuve un segundo delante de la puerta, imaginándote al otro lado. Cerré los ojos y me prometí que iba a contarte lo que ocurría, que iba a ser sincera porque no hacerlo significaría romper la confianza que había caracterizado nuestra relación desde el principio.

Inspiré hondo y abrí la puerta.

Y ahí estabas, con *esa* camisa, la celeste, y dos bolsas: una de Lepanto y otra de Govez.

Antes de que fuera capaz de articular una palabra, pusiste un pie en el quicio de la puerta, como si temieras que te la fuese a cerrar en la cara.

—Sé por qué me has estado evitando estos últimos días.

Te miré, aterrorizada, y sentí que los intestinos se me llenaban de escarcha. Recordé tus mensajes sin contestar, las invitaciones a ir a tu despacho que había visto «demasiado tarde». No me había parado a pensar en cómo interpretarías mi ausencia; había estado muy ocupada preocupándome por lo peligroso que sería que me vieras y que me leyeras la verdad en los ojos. Al parecer, ni siquiera había hecho falta.

Lo sabías.

Lo sabías y yo quería que me tragase la tierra.

—¿Y… qué te parece? —susurré.

—Bueno, no te voy a decir que me guste que me lo hayas ocultado —dijiste—. Pero creo que lo entiendo.

—¿De verdad? —pregunté, incrédula. No te habías sacado del bolsillo un poema en el que decías que sentías lo mismo, pero al menos no parecía incomodarte mucho que yo me hubiera enamorado.

Te encogiste de hombros, y las bolsas hicieron un ruido sordo al rozar contra tus pantalones.

—Mira, Aria, sé que has estado sola mucho tiempo y que esto es difícil para ti. Entiendo que no te guste decirlo porque te trae malos recuerdos, pero… Pero me gustaría que me dieras la oportunidad de celebrarlo contigo.

Fruncí el ceño.

—¿Celebrarlo? —Tu reacción me estaba resultando muy peculiar.

—Claro —afirmaste, y en tu rostro se dibujó una sonrisa—. No se cumplen veintitrés años todos los días.

Entonces caí. Era 16 de diciembre, el día de mi cumpleaños. Aquella mañana me había llegado un mensaje de mi padre y otro de Dana, pero ni siquiera los había contestado y, desde entonces, había estado tan inmersa en mi espiral de dudas y ansiedad que ni siquiera me había acordado. Olvidar mi cumpleaños es un hábito que desarrollé a lo largo de mi adolescencia, cuando aprendí a aborrecer la fecha que se había convertido en un recordatorio anual de que no tenía amigos con los que salir de fiesta para celebrarlo.

En mi cara se debió de reflejar la mezcla de sorpresa, decepción, alivio y los resquicios de terror que sentía por dentro, y tú interpretaste mi expresión como una muestra de enfado.

—Venga, no te pongas así. Me llegó una notificación al correo del portal del empleado hace una semana. —Me dedicaste una de esas sonrisas que sabías que podían resolver cualquier disputa—. Además, te he traído tarta. Y un regalo.

Recordé tu propuesta tan directa de quedar en mi piso y lo extraña que me había parecido, no sólo por lo directo que habías sido, sino porque habías insistido en vernos precisamente el viernes en vez de cualquier otro día de la semana, como si ya tuvieras el plan pensado de antemano. Ahora estaba claro el motivo por el que me lo habías propuesto.

—No… No sé… No sé qué decir —confesé—. No tenías que traer nada.

—¿Después del regalo que me hiciste tú el otro día? Casi se me cae la cara de vergüenza de pensar que tú me hubieras hecho un regalo a mí unos días antes de tu cumple y yo no tuviera nada para ti.

—Lo hice porque quise —dije rascándome el brazo lo bastante fuerte como para provocarme una erupción.

—Y yo también. —Me enseñaste tus dientes de catálogo de ortodoncista—. ¿Puedo pasar?

Me aparté y te guie hasta el salón para que dejaras las bolsas mientras te enseñaba el resto de la casa. Mi piso no era lo bastante grande para hacer un tour, pero tú me lo pediste, así que te hice una visita guiada por el apartamento. Lejos de la mansión en la que me había criado, era un lugar acogedor. Lo prefería así; en un sitio

pequeño era más fácil ahuyentar el frío y sentirme menos sola. Además, lo había llenado de distracciones: la colección de libretas de la que te había hablado ocupaba casi una librería entera, docenas de notas con mi caligrafía ininteligible plagaban cada superficie disponible y todo estaba repleto de muebles antiguos restaurados. Pasaste los dedos por la superficie pulida de un aparador de la Francia de Napoleón que había conseguido en una subasta y miraste con detenimiento los grabados de la madera de una mesa que había pertenecido a Astrid de Suecia (puede que sí tirase a veces del dinero de mi padre, pero una tiene sus caprichos).

El corazón se me aceleró cuando terminamos con las estancias principales y recorriste el pasillo. Tus pasos eran seguros y rítmicos, como un metrónomo que marcaba el tempo de una canción que no me atrevía a frenar. Te movías con confianza y casi autoridad, como si todo aquello te perteneciera, y yo no me atrevía a contradecirte, de manera que te seguí, impotente, mientras te adentrabas en mi habitación. Creo que dejé de respirar cuando tus ojos pasaron por mi cama, que estaba cubierta en la sombra que proyectaban las cortinas bordadas (a mano) del dosel. En ese momento me sentí algo incómoda. No te equivoques: era una incomodidad agradable, si eso existe. Como los nervios buenos que me contraían las tripas cada vez que te veía. Mi casa era un reflejo exterior de cómo yo era por dentro, de manera que sentía como si te estuvieras paseando por los pasillos de mi alma. Tu mirada sobre los objetos que había ido acumulando a lo largo de los años me pesaba, pero al mismo tiempo me volvía más ligera, como si cada superficie que tocaban tus pupilas fuera una parte de mi piel que acariciabas con una pluma.

Y ahora estábamos ahí, en mi habitación, y yo no sabía qué decir, y el silencio se estaba volviendo cada vez más intenso, y…

Llegó un punto en que no pude soportarlo.

—¿Quieres beber algo? —Tenía la boca seca.

—Claro.

Ese silencio denso y cargado nos acompañó en el camino hacia la cocina, donde cogí unos refrescos y unos vasos y los llevé al salón.

—¿Te gusta? —pregunté al fin haciendo un gesto amplio alrededor. Era una pregunta extraña, pero no pude contenerme.

—Me encanta —dijiste mirándome a los ojos de una forma que me hizo sospechar que no estabas hablando sólo del piso.

Pero, de nuevo, podía estar imaginándomelo. Contigo era imposible saberlo; habitabas ese espacio indefinido entre la verdad y la mentira, llevabas la ambigüedad como una segunda piel y las insinuaciones teñían tus palabras.

—Bueno, ábrelo —me ordenaste recuperando la bolsa de Govez del sofá y tendiéndomela.

—¿Ahora?

Nunca me había sentido tan consciente de mi cuerpo —del sudor que me recorría la espalda, los latidos acelerados de mi corazón en el cuello, el temblor de mis manos— y, a la vez, tan lejos de él. Me preguntaba qué debía hacer, si era el momento de decírtelo, de confesarme y arriesgarme a perderlo todo, si realmente merecía la pena perder a un amigo como tú en nombre del amor: el primer amigo que había insistido en celebrar mi cumpleaños desde hacía años.

En aquel momento decidí que no iba a hacerlo, no aquella noche. Al día siguiente (o al otro), me declararía y asumiría la posibilidad de

perderte, pero hoy era mi cumpleaños, me habías traído un regalo, y si esta era la última tarde que pasábamos juntos, quería aprovecharla al máximo.

Así que nos sentamos en el sofá y disfruté del brillo que te cubría los ojos mientras yo abría la bolsa.

Con una mano saqué la caja de su interior y con la otra me cubrí la boca abierta. No me hacía falta abrirla para saber lo que había dentro y, aun así, cuando lo hice, me maravillé como si no lo hubiera visto antes docenas de veces: ahí estaba, descansando sobre una cama de algodón, la pluma con la que te había dicho que quería firmar mi primer best seller. Era pequeña, pero no le faltaba un detalle: estaba cubierta de volutas en morado y azul, y, en el capuchón, inscrito en una caligrafía curva y elegante, estaba mi nombre, sin apellidos y sin títulos, simplemente *Aria*.

No sé cuánto tiempo me quedé ensimismada admirando tu regalo, releyendo mi nombre una y otra vez como si fuera la primera vez que veía esas cuatro letras escritas juntas, pero fue suficiente para que mis ojos estuvieran empañados cuando por fin levanté la vista.

—Gracias —logré decir sin que se me rompiera la voz. Quería decir más, expresarte mi gratitud, describirte cómo me sentía en aquel momento, decirte lo importante que eras para mí y lo afortunada que me sentía de haberte conocido, pero una palabra más y me habría echado a llorar.

Lentamente, acercaste la mano a mi cara y me acariciaste la mejilla con el dorso de los dedos de camino a agarrarme suavemente la barbilla. Firme pero delicadamente, me levantaste la cabeza y me obligaste a mirarte a los ojos: en tus pupilas se reflejaba el brillo de las mías, y creí atisbar un destello de algo en las

tuyas. Esa mirada, que pudo durar diez segundos o diez minutos, condensaba la intimidad que habíamos compartido durante todos aquellos meses, la conexión indescriptible, y en ese momento supe que no tenía que decir nada, que el hilo rojo que latía entre nosotros ya lo expresaba todo.

Entonces, como si fuera un hechizo, la magia se rompió cuando el pitido del temporizador de la cocina quebró el silencio tenso en el que nos habíamos sumido.

No recordaba haber estado sentada tan cerca de ti, con la mano sobre tu rodilla y la tuya en mi cuello, y me levanté de un brinco, como si de pronto nos hubieran pillado haciendo algo malo.

—Mierda, la cena —dije mientras corría hacia la cocina.

Abrí el horno y, en un primer momento, agradecí el calor que me abofeteó en la cara y que podía llegar a confundirse con el ardor que me palpitaba bajo las mejillas, pero entonces comenzó a salir un humo negro que se me metió por la garganta y me hizo toser.

Antes de que aparecieras por el umbral de la puerta, te oí preguntarme qué pasaba. Segundos después, la nube gris te envolvió a ti también.

Traté de aclarar el aire con un trapo. Vi la pizza chamuscada en el interior del horno y solté unos cuantos improperios mientras comprobaba la temperatura y la potencia. No entendía cómo podía haberse quemado tan rápido. Era la primera vez que utilizaba el horno desde que me mudé al piso, así que supuse que algo habría hecho mal, aunque en aquel momento no se me ocurría el qué.

Abrí la ventana para que se fuera el humo y me puse unos guantes para sacar las bandejas del horno.

Las dejé sobre la encimera con un gesto de frustración y después me tapé la cara con las manos, tres veces más grandes en el interior de los guantes de cocina.

—Qué vergüenza…

Escuché que tosías y te movías detrás de mí para hacer algo. Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo apagabas el horno. Se me había olvidado.

—Soy un desastre, no tengo ni idea de cocina.

Tú te reíste.

—No pasa nada —me calmaste.

Yo sacudí la cabeza, tan incómoda que me habría arrancado la piel a pellizcos para quitarle el olor a quemado y a ridículo.

«Dios mío, ¿quién no es capaz de hacer ni una pizza congelada?».

—Sí que pasa, me he cargado la cena, y ahora la casa va a oler a quemado, y estoy haciendo el ridículo, y…

Me agarraste los brazos justo antes de que pudiera volver a taparme la cara y esconderla de ti.

—Está bien, Aria —pronunciaste muy despacio—. Tenemos tarta y, si nos queda hambre, pediremos algo. Todo está bien. Tú estás bien. Estás mejor que bien.

Nuestros ojos se encontraron en un baile de cenizas y verdades no dichas, de implicaciones y de incertidumbre, y nuestras miradas retomaron el intercambio silencioso que se había iniciado en mi habitación y había continuado poco después en el salón, como si este fuera el tercer movimiento de una sonata silente y estridente, confusa y clara al mismo tiempo, una más de las muchas contradicciones que te rodeaban. Nos acercamos a través del humo, con la excusa de que el aire gris difuminaba nuestros movimientos,

los volvía irreales, como si ambos estuviéramos hechos de aire y, por tanto, no estuviera mal que nos tocásemos. No lograba entender de dónde provenía esa sensación de que estaba mal, cómo podía estarlo si en aquel momento el piso entero habría podido estar ardiendo en llamas y a mí sólo me importaban las volutas doradas que brillaban como estrellas en la noche de tus pupilas.

Como si no estuviera ocurriendo, como si no fuera real, nos acercamos aún más. Tu mano recuperó su lugar en mi cuello, justo sobre el punto donde me debiste de notar el pulso acelerado, y tus dedos se atrevieron a acariciar las raíces de mi pelo. Yo pasé las manos por tu pecho, alisé esa camisa celeste que tan bien te quedaba y por fin osé dibujar el perfil afilado de tu barbilla bajo la barba con las yemas de los dedos.

En esa nube de humo, amparados por la penumbra y la sensación de irrealidad, tuve la certeza de que mis labios sabrían decirte todo lo que yo no me atrevía a articular con palabras, pero, cuando estaban a escasos centímetros de los tuyos, otro ruido nos interrumpió.

Esta vez era tu móvil, que te sacaste con torpeza del bolsillo de los pantalones.

—Joder, tengo que cogerlo —susurraste. Levantaste la vista y me miraste apurado—. Lo siento, lo siento de verdad. Será un momento.

Yo asentí.

—No te preocupes.

Tú descolgaste y te alejaste, desapareciendo a través del humo como un espectro, como si nunca hubieras estado ahí. Escuché que una puerta se cerraba en el pasillo y, cuando me asomé, vi una línea de luz que se colaba bajo la puerta del baño.

Fruncí el ceño. Me resultaba extraño que eligieras ese lugar para hablar y que sintieras la necesidad de marcharte a otra habitación para que yo no escuchase lo que tenías que decir, después de haber insistido el lunes en que me quedara mientras hablabas con tu hermano. ¿Quién te había llamado? No había alcanzado a leer el nombre en la pantalla, pero a ti se te había cambiado el color de la cara, como si hubieras visto un fantasma.

Sacudí la cabeza. No era asunto mío. Me metí en la cocina y traté de hacer oídos sordos y no escuchar la forma en la que tu voz viajaba por el pasillo, con una intensidad que no me atrevía a interpretar y que intenté ahogar haciendo mucho más ruido del necesario con las bandejas del horno.

Una parte de mí ya sospechaba lo que estaba ocurriendo. De alguna forma intuía que me estabas ocultando algo y que por esa razón aquel beso se me había antojado algo prohibido, que sólo podía ocurrir en el contexto de una cortina de humo, donde no hubiera testigos.

Apareciste al cabo de unos minutos con una expresión indescifrable en el rostro.

—Tengo que irme —declaraste.

Yo te contemplé, perpleja.

—¿Ya? —Traté de ocultar mi decepción, así como mis sospechas. Un bochorno inexplicable hacía que me ardieran las mejillas—. Si es por la cena, hay un sitio aquí abajo que podría servirnos algo en diez minutos…

Sacudiste la cabeza y apretaste los labios, como si las palabras que vinieron a continuación te doliesen tanto a ti como a mí:

—No es por eso, Aria. Lo siento mucho, pero yo… me tengo que ir.

—Pero… ¿ha pasado algo? —pregunté sin comprender—. ¿Era tu hermano? ¿Está todo bien? ¿Ha sido algo que he hecho yo?

Negaste con pesar.

—No, Aria, tú… Tú no has hecho nada malo. Pero tengo que irme. —Te palpaste los bolsillos para comprobar que no te dejabas nada y, mirándome de soslayo, susurraste casi como si hablaras para ti mismo—: Tú no has hecho nada malo.

Sin una palabra más, te diste media vuelta y saliste de la cocina. El ruido de la puerta de la entrada cerrándose de un portazo fue la confirmación de que no me había imaginado todo aquello.

Terminé de limpiar la cocina como en un sueño, sumida en una incomprensión que sólo creció cuando fui al salón y vi las dos bolsas sobre el sofá: la prueba innegable de que habías estado ahí.

Me senté y cogí la pluma. Una lágrima se me escapó del ojo derecho.

Entonces la otra bolsa me llamó la atención. Dejé la pluma en la mesa y saqué lo que había dentro: una cajita y dos velas de brillantes azules, un 2 y un 3.

Llevaba años sin soplar las velas, pero, aquella noche, las clavé en la pequeña tarta de galleta que habías traído, las encendí y pedí un deseo que en el fondo sabía que nunca se iba a cumplir antes de tirar la tarta a la basura sin probarla.

Con todo mi amor,

Aria

10

122 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

¿Cómo llevas esto de estar en prisión?

Me lo pregunto mucho, sobre todo desde que he empezado a escribirte. En la cárcel hay un único módulo de mujeres, y no sé cuál de los de hombres te habrán asignado. Da igual: el edificio está hecho para que sea imposible que los distintos módulos se mezclen, aunque a veces me descubro con el libro que estoy leyendo olvidado en el regazo, tratando de espiar una silueta en la lejanía, a través de la alambrada del patio, por si fueras tú.

Yo no lo estoy llevando tan mal como cabría esperar. Mi estrategia consiste en convencerme de que esto no me está pasando a mí, sino al personaje de una de mis novelas. En la medida de lo posible, me mantengo aislada del resto de las reclusas, normalmente en la biblioteca o en un rincón del patio cuando no me queda más remedio que salir «a tomar el aire». No hablar con nadie provoca que en mi mente surja una especie de narración en la que me veo a mí misma desde fuera, como si fuera la protagonista de la historia que cuenta una voz en mi cabeza. Desde que te escribo, esto se ha

vuelto todavía más fácil, ya que tengo que poner la mayor parte de mi atención en los recuerdos, lo cual no me deja mucho tiempo disponible para reflexionar sobre mi desafortunada situación actual.

El psicólogo (mi apreciado Santiago) dice que lo que hago no es bueno para la disociación, algo de lo que ya te he hablado. Se trata de una especie de enajenación, de vivir mi vida casi como si no fuera yo, como si la narrativa pasara de la primera a la tercera persona sin previo aviso. Santiago dice que tratar de desvincularme de mis circunstancias de esta manera no me va a ayudar a procesar lo que necesito sentir y que sólo va a favorecer que me aleje más de mí misma. Lo que él no entiende es que no tengo ninguna gana de procesar los sentimientos que me provoca estar encerrada, y, para ser honesta, alejarme de mí misma no me parece una idea demasiado mala. El problema de la disociación viene cuando se produce sin que te des cuenta (lo cual me pasa), pero ahora no podría venirme mejor.

El único defecto que tiene mi plan es que, de vez en cuando, hay algo que me saca de la ilusión, que me arranca de los recuerdos y me devuelve a mí misma y a este presente tan asfixiante: a veces es un comentario de alguna de las otras presas; otras, una mirada de un guardia; o simplemente una tarde de lluvia.

Hoy me ha sacado de este mundo paralelo mi propio reflejo. Dado que pueden romperse y utilizarse como armas, no tenemos acceso a ningún espejo (supongo que tú tampoco lo tendrás). Sin embargo, sí que hay superficies reflectantes: ventanas, cucharas, incluso los suelos de algunos pasillos. Me he vuelto muy hábil a la hora de evitar mirarme en cualquiera de ellas, pero esta mañana me he tropezado de camino a la biblioteca y, cuando he levantado la vista,

me he visto reflejada en la superficie de una de las mamparas de plexiglás.

Lo cierto es que he tardado unos segundos en reconocerme. Mi padre tiene razón; estoy aún más delgada que de costumbre, tan pálida que se me transparentan algunas venas, y el pelo me cae en una maraña descuidada por encima del uniforme color caqui.

Son curiosas las cosas que uno echa en falta cuando se lo quitan todo; yo echo mucho de menos mi ropa.

Desde pequeña he odiado los uniformes y todo lo que representan: la *uniformidad* es lo contrario de la *individualidad*, que es precisamente aquello que yo trataba de conseguir con la colección de ropa que me pasé años acumulando en el vestidor de mi piso.

Pasaba grandes cantidades de tiempo buscando las prendas más exclusivas, extravagantes, anacrónicas y únicas que pudiera encontrar. Iba a tiendas de antigüedades, a subastas, compraba por internet e incluso llegué a contactar con algún coleccionista privado. Además de la ropa que vestía a diario —las camisas ceñidas, los pantalones ajustados, los abrigos largos y algún que otro par de guantes de encaje—, contaba con un arsenal de faldas, vestidos con tules pesados y corsés que me compré para recibir premios que nunca llegué a ganar y para asistir a cenas de gala a las que jamás me invitaron.

Recuerdo que, cada vez que quedaba contigo, me esmeraba eligiendo la ropa para la ocasión, cuidándome de no repetir ninguna prenda. Cuando aparecía en tu despacho o en una cafetería, me mirabas de arriba abajo y sentía un cosquilleo que me recorría todo el cuerpo. Porque, cuando me contemplabas así, notaba que me

veías de verdad. Ahora, tras casi dos años sin mi ropa, me he dado cuenta de que ese era precisamente el propósito del estilo tan particular que me pasé tanto tiempo configurando y también, quizá, la razón por la que empecé a escribir: que alguien me viese.

Los miedos con los que me enfrentaba a la lengua española no eran más que una contradicción chirriando en mi interior, igual que la ropa. Pese a odiar ser el centro de atención, parecía como si quisiera atraer todas las miradas. En realidad, me mostraba como una incomprendida porque lo único a lo que aspiraba era a la comprensión de los demás.

Y tú me viste. Entonces llegué a pensar que sólo podría entenderme a mí misma si estaba contigo, como si sólo pudiera verme a través de tu mirada.

Por eso estaba tan nerviosa el lunes después de mi cumpleaños, cuando me planté frente a la puerta de tu despacho a las 8:30. Aquello no tenía nada de raro, era lo que hacíamos todas las semanas, y, sin embargo, estaba sudando bajo los volantes de mi camisa de principios del siglo XX. Ni siquiera sabía si debía o podía estar allí.

No había pasado nada, pero tenía la sensación de que todo había cambiado. El mismo viernes por la noche, pasadas las doce, me habías escrito.

Caín
Lo siento muchísimo, Aria.

Aria
No pasa nada.

No nos habíamos comunicado de nuevo en todo el fin de semana, aunque te mandé un par de mensajes más. Me di cuenta, con una mezcla de asombro y de miedo, de que desde que empezó nuestra relación nunca habíamos pasado tanto tiempo sin hablarnos.

Las luces de Navidad, que alguien se había entretenido en colocar durante el fin de semana, parpadeaban en la penumbra del pasillo, burlándose de mí al anunciar una fiesta cuando mi humor era de todo menos festivo.

Finalmente, incapaz de soportar durante más tiempo la incertidumbre y esas luces prematuras, abrí la puerta y entré.

—Aria —exclamaste al verme.

Me molestó verte sorprendido: al fin y al cabo, esa seguía siendo nuestra hora. ¿O había cambiado eso también?

No podía aguantarlo más.

—¿Estamos bien? —pregunté. Se produjo un largo silencio entre nosotros—. Tú y yo, quiero decir. ¿Todo normal? ¿Estamos bien?

—Claro que sí —dijiste con tono tranquilizador, invitándome a sentarme con un gesto mientras yo cerraba la puerta y me acercaba a tu mesa.

Me acomodé en mi sitio habitual y me mordí el labio, estirando el silencio.

—Entonces… —empecé con una timidez que no me caracterizaba cuando estaba contigo—. Entonces ¿por qué…? ¿Por qué no respondiste a mis mensajes?

Me odiaba a mí misma por preguntarlo y aún más por no haber sido capaz de aguantar los dos días y haberte mandado una noticia de la firma de libros de un autor, que ni siquiera te gustaba mucho, para tener una excusa para escribirte.

Dios mío, estaba pilladísima.

Dana tenía razón, como siempre; si seguía por ese camino, iba a acabar haciéndome daño.

Pude irme. En aquel momento y en muchos otros: era tan fácil como levantarme y marcharme, dejarte atrás, cerrar la puerta y el capítulo y seguir mi propio camino. El problema era que… ese camino ya no existía. En cuestión de unos meses, te habías convertido en una parte tan grande de mi vida que, incluso cuando no estabas, te veía por todos lados: en los tíquets arrugados en el fondo de mi bolso, en la pluma en el cajón de mi mesita de noche, incluso en el olor a quemado que todavía no había conseguido eliminar de la cocina y que flotaba en el aire como lo que pudo ser un beso. No sólo no quería vivir sin ti, sino que no sabía si iba a ser capaz de hacerlo.

—Ay, perdona, no he visto ningún mensaje desde el sábado —te justificaste—. Perdí el cargador del móvil. Lo he encontrado esta mañana. Ha sido una locura de fin de semana.

Me dedicaste una sonrisa que pretendía apoyar tu explicación, pero cuando te la devolví sentí que el gesto era tan ajeno a mi boca como una pieza que no encajaba bien.

Te di unos segundos para que continuaras, para que me contaras en qué había consistido esa locura, igual que me habías contado todos tus planes desde que nos conocimos, pero no dijiste nada.

El silencio creció. Pese a que eras una de las personas con las que más a gusto me había sentido en mi vida, no estaba acostumbrada a estar contigo así: en silencio, sin hablar. Nuestros encuentros siempre estaban llenos de palabras, tanto habladas como escritas, e,

incluso cuando trabajábamos en el libro, no éramos capaces de aguantar mucho tiempo sin decir algo.

Finalmente, por costumbre o por impaciencia, no pude contenerme y solté la pregunta a la que yo misma llevaba buscando respuesta todo el fin de semana:

—¿Qué pasó el viernes?

—Dios mío, Aria, cuánto lo siento —susurraste, y me sorprendió que reaccionaras con disculpas en lugar de con excusas—. Era el día de tu cumpleaños, y yo quería conseguir que dejases de odiarlo. Ahora seguro que… Dios, lo siento mucho. ¿Soplaste las velas?

Me negué a admitir que las había soplado sola y que mi deseo fue que tú estuvieras a mi lado ese año y todos los demás, así que no te respondí.

—Sólo quiero saber por qué —insistí.

—Un imprevisto —contestaste sin dudar un segundo—. Lo siento de verdad. Te lo compensaré, lo prometo. Esta semana invito yo en La Bella Julieta.

Tu promesa de que esa semana iríamos a la cafetería como todas las demás, lo que implicaba que nada había cambiado, me tranquilizó, pero no logró acabar con la sensación de ansiedad que me comía las entrañas. Traté de enfocarme en la calidez de tus palabras y en la amabilidad de tu sonrisa, pero una parte de mí no dejaba de pensar que nunca antes habías sido tan vago conmigo, que esa promesa no era más que una forma de distraerme, de ocultar el hecho de que *imprevisto* podía significar cualquier cosa. Igual que la forma en la que a veces me cogías la mano por debajo de la mesa en la cafetería o aquel momento indescriptible después de abrir el regalo o el detalle de la tarta de cumpleaños y ese casi

beso entre el humo. Todo podía significar mucho, pero también podía no significar nada. La única forma de saberlo era hablarlo, pero nunca lo hacíamos, como si tuviéramos un acuerdo tácito de no cuestionar lo que teníamos, de no ponerle nombre para así no contaminarlo, como si ambos tuviéramos demasiado miedo a perderlo para atrevernos a definirlo.

Y eso era lo que yo sentía: miedo. Un miedo cerval y visceral, miedo en el sentido más primario y antiguo de la palabra: miedo a perderte y a quedarme toda la vida preguntándome si yo había significado algo para ti o simplemente me lo había imaginado todo.

Como tú no decías nada y no quería obligarte a decirme la verdad si no querías, decidí decirte yo la mía, mi verdad:

—No quiero que te vayas.

Apretaste los labios en una mueca y empezaste a decir mi nombre, pero yo negué con la cabeza para que pararas.

—No me refiero a lo del otro día —expliqué—. Tú tienes tu vida, y lo entiendo. No espero que dejes nada de lado por mí, pero yo… Yo tengo mucho miedo de que te vayas.

Mis palabras flotaron en el aire con el peso que sólo pueden tener las confesiones más simples: el de la verdad. Ninguna metáfora ni verso habría expresado lo que sentía mejor que aquella frase, tan simple que, en otras circunstancias, no sería ni digna de mención. «Tengo mucho miedo de que te vayas». Unas palabras tan sencillas englobaban en unas pocas sílabas la magnitud del dolor que me retorcía los intestinos y hacía que me ardieran las paredes del estómago; resumían los pensamientos obsesivos que se enganchaban en mi cabeza y que no me dejaban pensar en otra

cosa que no fuera ese terror, ese pavor, ese miedo a que desaparecieras de mi vida.

—No me voy a ir, Aria —pronunciaste muy lentamente.

—Eso lo dices ahora —contesté—. Y sé que ahora no te vas a ir, pero ¿qué hay de después? Cuando el poemario esté terminado, cuando hayamos escrito nuestro libro, cuando yo ya no sea una novedad. ¿Qué pasa entonces? ¿Qué haré si te vas?

Me sorprendí a mí misma esperando con ansia tu respuesta, puesto que, por mucho que lo pensase, yo misma no podía darme una.

—Aria —me llamaste inclinándote sobre la mesa y clavándome la mirada—. Te prometo que no me voy a marchar. Aunque terminemos el poemario, aunque nunca escribiéramos el libro. Eso no me importa. Me importas tú. Y estaré contigo siempre, Aria. *Siempre* —repetiste—. Sé que hay muchas personas que te han hecho daño, que te han abandonado, que se han aprovechado de ti. Pero yo no soy así. Yo voy a estar contigo en lo bueno y en lo malo. Yo no me pienso ir. Así que no quiero que te preocupes más por eso, ¿vale?

Querido Caín: eres el mayor mentiroso que he tenido la desgracia de encontrarme en toda mi vida. Porque yo me lo creí. Vaya si lo hice. Hice un gesto afirmativo con la cabeza porque ni siquiera me veía capaz de hablar; si abría la boca, a lo mejor lo que se me escapaba era un sollozo de emoción contenida.

—¿Me lo prometes? —insististe buscando mi mirada huidiza.

—Te lo prometo —conseguí decir sin que se me rompiera la voz. Después me limpié las lágrimas de la mejilla con un dedo.

Tú comprendiste el significado del gesto, la intimidad de esas lágrimas, y asentiste lentamente, aceptando mi ofrenda y dando por cerrado el intercambio.

—Bueno, ya que estás aquí, a lo mejor sería un buen momento para hablar de Lucy y de Dylan —dijiste frotándote las manos.

—¿Has tenido tiempo de pensar en la historia? ¿Se te ha ocurrido algo? —quise saber recolocándome en mi asiento, ilusionada porque habías pensado en nuestro libro.

—¿Que si he tenido tiempo? Prácticamente no he pensado en otra cosa —confesaste, y, aunque estabas hablando del libro y no de mí, estábamos escribiendo esa historia juntos, lo cual significaba que también habrías pensado en mí, aunque fuera un poquito. Ahora, cuando rememoro la alegría que me produjo esa idea, la percibo como infantil y patética.

Nos pasamos casi una hora hablando de la novela, ultimando detalles sobre la trama y decidiendo cómo íbamos a dividirnos los capítulos que nos tocaba escribir a cada uno. Hasta ese momento, lo habíamos hecho todo juntos, pero seguir así no era realista ni práctico, por lo que finalmente acordamos que yo escribiría los capítulos de Lucy; tú, los de Dylan; y juntos los revisaríamos.

—Bueno, cuéntame cómo es Dylan.

Te lo propuse como un ejercicio de creación de personajes. Tu respuesta, tan sincera y tan en bruto, me pilló por sorpresa.

—Pues es un chico con buen corazón al que a veces le cuesta controlar el mal genio. Su carácter fuerte y la incapacidad para decir «no» lo han metido en toda clase de problemas, y, aunque es muy positivo, piensa que en el fondo no se merece lo que tiene. A lo

mejor por eso se lo juega todo, o quizá es para evitar pensar en el pasado.

Te miré con una intensidad que delataba que sabía tan bien como tú en qué te habías basado para hacer esa descripción.

—¿Y cómo es Lucy? —preguntaste rompiendo el silencio.

—Lucy es una chica a la que le da miedo la vida. No tiene muchos amigos, siempre se enamora de quien no toca, en el fondo cree que la felicidad no está hecha para ella y piensa que nunca va a tener suerte de verdad.

—A lo mejor Dylan es su golpe de suerte —dijiste guiñándome un ojo.

—A lo mejor lo es —respondí con voz suave.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, comprendiendo sin necesidad de decirlo que ya no estábamos hablando de Lucy y de Dylan.

—Pues yo creo que en el fondo Dylan es un chico que vale mucho más de lo que se cree y que él también lo vería si se dejara de echar la culpa de ciertas cosas —añadí, sorprendida de lo fácil que resultaba hablar de temas sensibles bajo la protección del *alter ego* de unos personajes ficticios.

—Y yo creo que Lucy se equivoca al pensar que siempre va a estar sola —replicaste—. Creo que la gente que ha encontrado en su vida no ha sabido ver lo que tenía delante y que la mayor suerte que podría tener cualquiera es que ella decidiera enamorarse de él.

Esa novela fue lo que nos llevó a ser lo que fuimos, pero también lo que nos destruyó. O al menos me destruyó a mí. Como una ilusa, pensaba que yo tenía el control de la situación e incluso me sentía culpable por intentar manipularte, por albergar el deseo oscuro y

enrevesado de que nos hiciéramos eco de aquella historia, de que fuéramos como Lucy y Dylan y termináramos enamorándonos. Todo ello como si tú no te estuvieras dando cuenta. Pero tú sabías perfectamente lo que estabas haciendo. Si hubieras podido, estoy segura de que habrías culminado tu plan en mi piso, pero, cuando nos interrumpieron, te ocupaste de cubrir tus pasos con una capa de niebla y confusión para dejarme con las dudas.

Ahí estaba yo, llena de inseguridades y totalmente desconcertada por tu comportamiento, pensando que el futuro de nuestra relación dependía, de alguna forma, de mí; y mientras tanto tú fuiste como un maestro de orquesta en las sombras, un narrador invisible que me guiaba de un capítulo a otro como a un personaje que tiene la ilusión de ser libre. Desde el momento en que firmé el contrato, o quizá desde nuestra primera cena, te di mucho más que los derechos de mi libro: te vendí mi alma. Y todavía no la he recuperado.

Cuando el silencio se hizo demasiado largo, concluiste:

—Lucy es la chica a la que llamaría para esconder un cadáver.

—Y dale con el cadáver. —Solté una carcajada sintiendo cómo la tensión que había cargado el aire unos segundos atrás se iba deshaciendo.

—Venga, en una historia de mafias en Las Vegas tiene que haber un fiambre de por medio —insististe—. Además, hablo en serio.

Me miraste a los ojos, y yo fruncí el ceño.

—¿Me estás diciendo que yo sería la persona a la que llamarías si tuvieras que esconder un cadáver de verdad? —pregunté. En aquel momento, solamente lo hice para confirmar algo que ya sabía: que

habías estado hablando de mí todo este tiempo. En retrospectiva, ni siquiera Nostradamus habría dado más en el clavo.

—Sin ninguna duda.

Durante aquellos meses me había ido dando cuenta poco a poco de que, a pesar de que tenías muchos amigos, la mayoría de ellos no te conocían realmente. Eras experto en mantener relaciones superficiales. Aunque estabas casi siempre rodeado de gente, eras un hombre bastante solitario. Eran muy pocas las personas en las que confiabas de verdad, a las que les hablabas de aquel niño que leía los clásicos en un rincón de su casa, tratando de ignorar los gritos de sus padres, de ese adolescente que se pasaba los días trabajando y soñando con poder crear historias algún día. Y eran muchos menos los que veían los miedos del adulto que todavía llevaba a cuestas un pasado que le pesaba demasiado.

Quizá me habías contado demasiado en tus intentos por ganarte mi confianza, pero lo cierto era que, para bien o para mal, yo era una de esas pocas personas con las que habías superado tu habitual trivialidad. Por eso supe que lo que decías era verdad.

—Y yo te ayudaría —dije sin pensar, porque, en aquel momento, me parecía lo más romántico del mundo y habría hecho cualquier cosa que me hubieras pedido.

Como he dicho, la Real Academia debería admitir «enamorada» como sinónimo de «idiota».

De pronto, la puerta de tu despacho se abrió de par en par y entró lo que más tarde descubriría que había sido tu *imprevisto* del viernes por la tarde: una mujer rubia de piernas delgadas, con unos tacones de aguja con los que yo no podría haber dado ni dos pasos sin caerme. Llevaba una falda de tubo a juego con su chaqueta de

cuero y tenía unas pestañas gruesas que rodeaban sus penetrantes ojos azules. Nunca había visto a aquella mujer por la editorial; la habría recordado.

Detrás de ella apareció Amanda con la respiración acelerada, el pelo hecho un desastre y los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—No puede pasar —estaba diciendo, pero la mujer rubia ni siquiera se dignó a mirarla.

Amanda te lanzó una mirada desesperada, y tú la miraste con una expresión que no logré descifrar, aunque habría jurado que toda la sangre había abandonado tu rostro.

Giré la cabeza para estudiar a la desconocida, que te estaba fulminando con la mirada.

—¿Y tú quién eres? —pregunté, molesta por la interrupción.

—Te iba a preguntar lo mismo —soltó ella, y un veneno casi palpable empapó sus palabras—. Soy Anabel, la mujer de Caín, ¿y tú?

No supe qué contestar.

Con cariño,

Aria

11

117 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Decir que estaba sorprendida por lo de tu mujer sería un eufemismo.

La observé a ella y después a ti, de nuevo a ella, después a ti. A ella, una mujer perfecta en el sentido canónico de la palabra, con unas piernas de revista y un pecho por el que muchas chicas pagan miles en cirugía plástica; y a ti, frotándote la mano derecha, donde había aparecido una banda dorada en el anular que habría jurado que no había estado ahí antes.

«Ni siquiera lo conoces», le dije a Dana cuando cuestionó tus intenciones.

En aquel momento, escuché su respuesta en mi cabeza, alta y clara como si la tuviera al lado con su mirada condescendiente:

«Tú tampoco».

Y mi argumento, que ahora me causaba vergüenza: «Lo conozco mejor que nadie».

«¿Tiene novia?».

Al parecer, estabas casado.

En aquel momento se me cayó el mundo encima en el sentido más literal de la expresión, y sentí cómo todos los fragmentos de nuestra historia a los que hasta ahora no había prestado demasiada atención caían en su sitio, creando la imagen completa de un puzle que a mí me había gustado tal y como estaba, aunque estuviera incompleto: aquellas veces que te ibas porque *alguien* te estaba esperando; cómo cubrías con la mano la pantalla del teléfono cuando te sonaba para que no viera el nombre de quien te llamaba; incluso la mirada indescifrable de Amanda aquel primer día que fui a tu despacho para revisar el poemario, cuando le pediste que me dejase entrar siempre y procurara que nadie te molestase mientras estabas conmigo.

Podía pensar que todos esos sucesos tenían una explicación lógica, que Amanda tendría otras cosas en la cabeza aquel día o que eras una persona celosa de tu privacidad. Todas las señales que ahora me estaba lamentando por no haber visto podían no ser más que casualidades que sólo parecían sospechosas en retrospectiva. Podían no significar nada.

Contigo todo era así. No es que tuvieras dos caras: eras un puñetero octaedro. Eras como un funambulista, siempre haciendo equilibrios al límite, caminando sobre la fina línea que separaba la verdad de la mentira. Y creo que te gustaba: la emoción, el vértigo, la ambigüedad de la niebla, la adrenalina de la confusión.

Pero había algo que no podía negar: el anillo. Recordaría haberlo visto todas las veces que te había mirado mientras escribías o rebuscabas en tu cartera para invitarme a comer o haber sentido el metal contra mi piel cuando me cogías la mano. Te lo habías quitado a propósito cuando estabas conmigo, lo cual quería decir que me

habías ocultado lo de tu mujer a conciencia. Y, a juzgar por la expresión en la cara de Anabel, a ella tampoco le habías hablado de mí.

Por mi mente pasaron los recuerdos de nuestros encuentros como si fueran escenas de una película: todas aquellas veces que habías insistido en vernos sin que nadie lo supiera. Lo había interpretado como un secretismo casi romántico, fruto del miedo a que la gente supiera que te estabas viendo con una subordinada que, además, resultaba ser la heredera de la editorial. Ahora me preguntaba si no habías querido ocultarme por otra razón, si no me habías escondido no como un secreto, sino como una vergüenza, so pena de que alguien se enterase y le dijera a tu mujer que te había visto con una chica de veintipocos.

Sentí que mi cuerpo se levantaba de la silla como quien tiene un miembro adormecido. Murmuré algo parecido a «creo que es mejor que me vaya» y salí del despacho. Corrí por el pasillo y me encerré en el baño de la tercera planta, donde lloré con tanta fuerza que temí romperme las costillas. Acabé vomitando.

No tenía derecho a sentirme traicionada; ella era tu mujer. En todo caso, ella era a la que habías estado engañando conmigo, si es que se puede catalogar como infidelidad una relación como la nuestra, que nunca había entrado en el plano físico, aunque había estado a punto.

Dios mío, ¿cómo podía haberme metido en semejante lío?

Llamé a Dana entre sollozos.

No quería contarle lo que había pasado, pero tenía que hablar con alguien, y al final ella me lo sacó como si me estuviera extirpando trizas de algo roto del miocardio con sus pinzas de cirugía.

—Él te ha hecho sentirte así —me dijo una vez me hube tranquilizado lo suficiente para entender lo que me decía—. No estás loca por pensar que te ha traicionado porque lo ha hecho. Nunca te ha dicho nada explícitamente, pero te lo ha dado a entender: con los roces, los secretitos, los poemas y las confesiones. Hasta se quitaba el anillo para estar contigo. Ese tío no quiere nada bueno. Es un capullo de manual. Joder, Aria, odio decirte esto, pero es que te lo advertí.

Dana a veces podía resultar algo cargante, pero también era paciente: me pasé cuarenta minutos murmurando incoherencias entre susurros hasta que, con infinito cariño y algún que otro insulto en varios idiomas, consiguió que me tomase el ansiolítico de emergencia que llevaba en el bolso. Cuando la pastilla hizo efecto, logré llenar los pulmones otra vez y me dejé convencer para levantarme del váter y arreglarme un poco en el lavabo.

—¿Qué hago ahora? —le pregunté sujetándome el teléfono contra la oreja con el hombro mientras me lavaba las manos.

Escuché el ruido metálico del instrumental de fondo y traté de no pensar demasiado en el hecho de que en ese momento Dana estaba realizando una autopsia. Encima que me estaba ayudando no podía pedirle dedicación exclusiva. Además, ya había vomitado lo poco que tenía en el estómago.

—Menudo cabrón… —Escuché que murmuraba al otro lado de la línea.

Incluso en esas circunstancias, me dolía que te insultase. Si hubiera podido hablar del tema contigo, habría sido mucho más fácil.

—Ni se te ocurra volver al despacho —me ordenó como si me estuviera leyendo el pensamiento—. Seguro que esos dos están teniendo la bronca del siglo.

—¿Crees que llevan mucho tiempo juntos?

Un largo suspiro.

—No lo sé, pero lo que sí que sé es que esa pobre chica se merece algo mejor. Ella está casada con él, pero tú no tienes ese problema. Sal corriendo mientras todavía puedas.

—¿Y si no quiero correr? —susurré.

—Madre mía, Aria, mira que eres… *artista*. —No supe si lo decía como un insulto o como un cumplido—. Esto no es una de tus novelas. ¿Qué crees que va a pasar si vuelves ahí? ¿Que se va a arrodillar ante ti, a tirar la alianza por la ventana y que después te lo va a hacer encima de las *Rimas* de Bécquer?

—Dicho así…

Me cuesta admitirlo aquí, Caín, pero estaba roja de vergüenza por la exactitud con la que Dana se había aproximado a mi idea de cómo iban a ir las cosas y por lo ridícula que resultaba dicha en voz alta.

—Es una mierda, pero ahora te toca pasarlo mal. Vas a sufrir. Sobre todo porque no te permites tomar helado, aunque te vendría muy bien comprarte un poco. Sí, eso es lo que tienes que hacer. Vete al supermercado, compra tres kilos de helado, descárgate dos temporadas de *Anatomía de Grey* y bloquéalo. De WhatsApp, Instagram, hasta del correo electrónico. Fuera. Tiene que desaparecer de todas partes. La única excepción que podemos hacer es una foto que utilizaremos como centro de una diana que te voy a regalar este fin de semana cuando vaya a tirarle dardos a la cara a

ese gilipollas y a asegurarme de que estás cumpliendo mis instrucciones. Son órdenes del médico, Aria.

—Tú no eres médica de verdad —repliqué, pero las dos escuchamos lo que quería decir en realidad: «Sé que tienes razón, pero no pienso hacer nada de lo que has dicho».

—No vayas a hablar con él —insistió tras una larga pausa, con tono de derrota—. Por favor, hoy no. Ni mañana. Cógete unos días libres, aléjate, piensa en lo que quieres decirle y sobre todo piensa en lo que más miedo te da que él haga, porque seguramente así sea como reaccione. Pero ahora no estás en condiciones de tener esa conversación ni ninguna otra.

Como no abrí la boca en casi un minuto, Dana añadió:

—Prométeme que vas a hacerme caso. Tres días de tiempo muerto. Reposo y muchos líquidos, y nada de Caín. ¿Prometido?

—Prometido —concedí.

Nos despedimos y salí del baño. Me gustaría decir que no miré la puerta de tu despacho, pero no aparté la vista ni un segundo hasta que enfilé las escaleras; todo el tiempo estuve esperando que se abriera y salieras con una disculpa y una explicación perfectamente razonable para todo y, ya de paso, también una declaración. Dana tenía razón: aquello era la vida real, no una novela, y, por mucho que quizá me debieras una disculpa y alguna explicación, una declaración era algo que ni podía ni debía esperar.

Noté que los ojos me ardían de nuevo y miré al techo para mantener dentro unas lágrimas que sabía que no iban a rendirse tan fácilmente: se batieron en retirada, pero aquella era solamente una batalla, y ellas pensaban ganar la guerra. Me concedieron una breve tregua durante la que pude volver a mi puesto de trabajo como si no

hubiera pasado nada. Me pasé el resto del día en una especie de trance. Esa tarde fui al gimnasio y apenas sentí el ardor de los ejercicios hasta que me abrí las palmas de las manos haciendo dominadas. Después me fui a casa y me duché con un agua ardiente que no me quemaba. Luego puse de fondo una película que no escuché e intenté leer un libro que no entendí.

Y entonces mi móvil vibró, y no tuve ni tiempo de pensar que seguramente sería Dana preguntándome si estaba haciendo los deberes porque te había asignado un tono diferente: una pequeña escala precedió a tu nombre iluminando mi pantalla.

Releí la conversación que tuvimos a continuación tantas veces que puedo afirmar con total seguridad que lo que vas a leer aquí es una reproducción bastante fiel, si no exacta:

Caín
Hola. Siento lo de hoy. No era así como me hubiera gustado que conocieras a Anabel.

Me quedé mirando el mensaje hasta que se me secaron los ojos. ¿Qué pretendías decirme con eso? Dudaba que hubieras planeado un encuentro entre las dos. Antes de que se me ocurriera una respuesta, apareció otro mensaje:

Caín
Oye, mira, ¿por qué no vienes a cenar mañana a nuestra casa? Así Anabel verá que entre nosotros no hay nada y se le pasarán esos celos tontos que le han entrado.

En línea…
Escribiendo…

Le he comentado la idea y he conseguido convencerla. ¿Qué te parece?

Celos tontos. Las palabras se me quedaron atascadas en la cabeza como una pieza rota que bloquea un mecanismo, y supe sin lugar a dudas que no iban a salir de ahí. No entendía por qué se me había hecho un nudo en el estómago. Al fin y al cabo, era verdad. Tú y yo nunca habíamos sido nada más que amigos, ¿verdad?

Seguías en línea, y yo no sabía qué contestar.

No quería ir. Iba a ser incómodo y raro, y no sentía ningún entusiasmo por compartir una cena con una mujer a la que le había faltado apuntarme con una pistola para sacarme de la habitación.

Escribí que no podía, que ya tenía planes, pese a que los dos sabíamos que no era así, pero fui incapaz de enviar el mensaje. Lo redacté de nuevo y lo volví a borrar varias veces, hasta que me di cuenta de que iba a decir que sí. No hacerlo sería darle la razón a Anabel, confirmarle que tenía algo de lo que sospechar, declararme culpable de un crimen que no había cometido. Porque, por poco que me gustase admitirlo, nunca había pasado nada entre nosotros. Había estado a punto de ocurrir, pero nunca habíamos cruzado la línea, así que, en teoría, ella no tenía nada que temer. No me gustaba la situación, pero si Anabel era tu mujer, yo tendría que aceptar esa parte de tu vida si pretendía seguir siendo tu amiga. Aunque yo quisiera algo más, estaba dispuesta a renunciar a ello, pero no a renunciar a ti.

Hacía apenas doce horas de todo lo ocurrido, y habían sido las peores de mi vida. Después de hablar con Dana, había pensado que ibas a salir para siempre de mi vida, que se había terminado todo,

que te iba a perder. Ahora tú (y Anabel) me estabais ofreciendo una oportunidad de que no fuera así. Y lo cierto era que ser tu amiga queriendo ser algo más no iba a dolerme ni la mitad de lo que me habría dolido perderte del todo. Me alegré de no haberme declarado, de haber tenido demasiado miedo para decirte cómo me sentía; si lo hubiera hecho, no habría habido vuelta atrás. Pero ahora podía hacer como si nada hubiera ocurrido, olvidar esa noche en mi piso y la carta a medio escribir con la que pensaba confesarte mis sentimientos y seguir como hasta ahora. Al fin y al cabo, no merecía la pena perder todo lo que teníamos.

Aria
Vale. ¿Sitio y hora?

Respondiste inmediatamente con una ubicación: calle de Colón, 3, Distrito Centro.

Caín
¿A las 9:30?

Aria
Vale.

Seguías en línea, pero no dije nada más, y tú tampoco. No había sido consciente de lo incómoda que podía resultar una conversación por WhatsApp hasta aquel momento. Me pregunté cómo era posible que unos días antes no nos hubieran dado los dedos para escribir todo lo que queríamos decirnos y ahora no fuéramos capaces de teclear una sola palabra; cómo una conversación como esa, que

habría sido tan fácil hacía unas pocas horas, ahora era tan difícil; cómo todo había cambiado tanto en tan poco tiempo.

De pronto me llegó otro mensaje.

Caín
Anabel dice que, si tienes novio, lo puedes traer.

Noté que los bordes del móvil se me clavaban en los dedos y que la bilis me subía por la garganta. ¿Estaba ahí Anabel? ¿Era parte de la conversación al otro lado de la pantalla? Sentí que algo se resquebrajaba en mi interior, esa confianza inquebrantable que había tenido en ti y que ahora estaba oscurecida por la sombra de una duda.

Pasé tanto tiempo sin contestar que apareció otro mensaje tuyo.

Caín
Dice que necesita saberlo para comprar las cosas y saber si hacer cena para tres o para cuatro.

Noté que los ojos se me humedecían. Aquello se me antojaba una broma cruel. Tú sabías que no había nadie; me lo habías preguntado.

«¿Ha habido alguien después de Víctor?».

«No».

Y, evidentemente, tú eras la persona con la que había estado durante los últimos meses. Y era cierto que no habíamos tenido una relación de pareja, pero tampoco había sido de amistad.

Me estaba empezando a doler la cabeza, y un enfado incipiente me palpitaba en las sienes. Sabías perfectamente cuál era la

respuesta a tu pregunta y, aun así, me estabas obligando a verbalizarla. Me estabas humillando, y yo no iba a permitirlo.

Aria
Sí. Se llama Luis. Dice que estará encantado de ir.

Escribí sin pensar y me percaté del poco recorrido de mi mentira cuando ya era demasiado tarde. Tú contestaste de inmediato.

Caín
Vale.

Ambos seguimos en línea un rato, pero no escribimos nada.

Finalmente me cansé de mirar tu foto esperando que dijeras algo más, algo que sacara a relucir un atisbo de la conexión que por la mañana había parecido tan inalterable y que ahora temía que estuviera a punto de romperse. Pero no dijiste nada. Quise pensar que era porque Anabel estaba ahí, vigilándote, pero no podía saberlo. Creía que te conocía mejor que nadie, pero estaba claro que había muchas cosas de ti que no sabía.

Harta de esperar, escribí a Dana.

Aria
Me ha invitado a cenar mañana. Con ella.

Dana
Eeeh, di que no.

Me mordí el labio y no contesté.

Casi pude oír el suspiro de frustración que acompañaba al siguiente mensaje.

Dana
Has dicho que sí, ¿no?

Aria
No quiero contestar a eso sin la presencia de un abogado.

Dana
Uf, de verdad, es que no tienes arreglo. Yo no soy psicóloga, pero creo que estás desarrollando tendencias autodestructivas.

Tenía razón. Pese a saber que eran buenas para mí, había dejado de hacer muchas de las cosas que normalmente me ayudaban a mantenerme más o menos equilibrada: casi no quedaba con Dana —que, dijera lo que dijera, era lo más parecido que tenía a una psicóloga—, apenas escribía si no lo hacía contigo, estaba leyendo menos, ya nunca charlaba con las compañeras de *crossfit*, porque siempre iba con prisa, y ni siquiera había respondido a los mensajes de mi padre. Pensaba que no lo necesitaba. O, más bien, tú me habías hecho creer que no me hacía falta, que estar contigo haría que desaparecieran todos mis problemas.

Me habías asegurado que estarías conmigo siempre, pero ahora que se presentaba la posibilidad muy real de que dejaras de estarlo, supe que había dado de lado muchas cosas en mi vida a raíz de esa creencia de que no necesitaba nada ni a nadie que no fueras tú. Porque eso era lo que ocurría: te necesitaba. Parecía mentira, pero, tan sólo unos pocos meses después de haberte conocido, ya no podía imaginarme mi vida sin ti.

Debí darme cuenta de que aquellos ataques de ansiedad cada vez que pensaba en perderte no eran fruto de mis problemas con el

abandono, sino de algo más, de algo que no era bueno. Tendría que haberme preguntado si no estaba confundiendo el amor con la dependencia, o si ambas cosas no se habían mezclado en una y se habían convertido en un miedo indivisible que ahora me atenazaba el corazón. Me gusta creer que, si en aquel momento lo hubiera sabido, habría huido de toda esa situación. Pero lo cierto era que Dana llevaba razón: debía de tener alguna tendencia autodestructiva que me impulsaba directamente hacia lo que me hacía daño. Incluso ahora, después de todo, sé que, si volvieras, te abriría la puerta. Y es que lo único que me mantiene con vida y me obliga a respirar es la tarea de escribir estas cartas que ni siquiera sé si vas a leer.

Dana
Bueno, por lo menos manda fotos. Ahora tengo curiosidad. Quiero ver a la tía esa.

El mensaje de Dana me sacó de mis pensamientos, y deseché mi reflexión rápidamente, demasiado asustada para enfrentarme a lo que podía significar.

Aria
Mira que eres cotilla.

Dana
Y tú, suicida.

Escribiendo…

Aria, ten cuidado. Te estás metiendo en un sitio muy chungo. El matrimonio es terreno pantanoso.

Aria

¿Tú crees que me quiere?

Era la pregunta que me había estado rondando por la cabeza desde que me había dado cuenta de que yo a ti sí que te quería y, pese a lo que había ocurrido por la mañana, me parecía imposible que no fuera mutuo. Después de todos esos meses de risas, libros y cafeterías en los que habíamos compartido historias, miedos, sueños, secretos e intimidad, seguía albergando la esperanza de que tú me quisieras.

Dana

No lo sé, Aria.

Puede que te quiera, pero sea un cobarde o que simplemente sea un cabrón y para él no seas más que un tonteo. Puede que tenga a una como tú en cada departamento o puede que lo vuestro realmente sea especial. Pienso que es igual de probable que te quiera que que no, y no tenemos forma de saberlo. Eso es lo que me da miedo.

Pero sí que había una forma de saberlo.

Me fui a tu chat de WhatsApp y escribí la pregunta: «¿Tú sientes algo por mí?».

No me atreví a enviar el mensaje, no cuando sabía que estabas con Anabel. Además, esa no era una conversación que quisiera mantener por mensajes.

Lo borré.

Tú estabas en línea. Quizá me habías visto escribiendo, pero cuando no te mandé nada no me preguntaste qué ocurría.

No dijiste nada.

Y, aun así, te sigo queriendo. ¿Qué te dice eso de mí? Seguramente nada bueno.

Aria

12

115 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

La cárcel me recuerda bastante al colegio. Al fin y al cabo, ambos son lugares en los que las personas se ven forzadas a convivir en contra de su voluntad y, al menos para mí, comparten ciertas características: el aislamiento, las miradas hostiles, los insultos, la imposibilidad de marcharse, la ausencia de un lugar donde esconderse. De hecho, igual que me ocurría en mis años de estudiante, he terminado refugiándome en la biblioteca, donde me paso todo el tiempo que puedo cuando nos obligan a estar fuera de las celdas. Lo malo de la cárcel es que no te vas a casa cuando se acaba el día.

Seguro que no te sorprenderá descubrir que mi padre me llevó a un colegio privado, católico y segregado. Por ello sé lo que pasa cuando hay muchas mujeres en un espacio reducido con demasiado tiempo libre: nada bueno.

Durante mi infancia, aprendí que lo mejor era mantenerme al margen, utilizar el aislamiento con el que me castigaban como refugio, esconderme en el silencio y en los libros durante el recreo y

evitar todas las interacciones posibles, ya que cualquier cosa que hiciera podía tomarse como provocación para un conflicto o motivo de burla. Sin embargo, mis compañeras de clase siempre encontraban alguna razón para ensañarse conmigo; era como si fuera precisamente mi soledad lo que las desquiciaba, como si no pudieran soportar el hecho de que no estuviera llorando por mi miseria (al menos no delante de ellas), de que tuviera una vida más allá de sus miradas.

Aquí me ocurre lo mismo. Me paso todo el tiempo posible sola, escribiendo, y, cuando me obligan a salir a la sala de día o al patio, me quedo en una esquina con un libro o con mis pensamientos hasta que suena la sirena y puedo volver dentro. Por lo general, más allá del insulto o la burla ocasional, mi estancia en la cárcel está siendo más o menos soportable. Sin embargo, cada cierto tiempo hay alguien que, por algún motivo desconocido, se toma mi independencia como una ofensa personal, y eso es lo que ha pasado esta mañana.

Una chica con la que nunca había hablado se me ha acercado en el comedor, me ha escupido en la sopa y me ha soltado: «Te mereces lo que tienes». Así, tal cual, sin provocación ni explicación. Por suerte, el conflicto no ha ido más allá, y tampoco es que lo de la sopa haya sido una gran pérdida; segundos después del altercado, una polilla se ha posado en el borde de mi plato y le ha dado un trago al caldo. Como te podrás imaginar, se me han quitado las ganas de comer. De todas maneras, Celia se suele tomar la mayoría de mis raciones. Ir al gimnasio aquí supone un riesgo considerable de que la opinión de mis compañeras adopte una forma nueva y, en vez de un escupitajo, se manifieste como una pesa que

«accidentalmente» me caiga sobre el pie. De manera que he tenido que volver a mi método más antiguo para evitar que mi cuerpo se salga de los límites de lo admisible: el hambre.

Aquí, mi falta (voluntaria) de apetito es una ventaja más que un inconveniente, pero no lo era tanto fuera. Uno de los problemas de la anorexia es que la mayoría de las reuniones sociales se celebran en torno a la comida: las personas quedan para desayunar, comer, tomar un café, merendar o, como fue el caso aquel día con tu mujer, para cenar.

Como podrás imaginarte, estaba tan nerviosa que, si hubiera tenido algo de hambre, se me habría quitado; aunque la comida, en esa ocasión, era el menor de mis problemas.

Antes de salir, me pasé horas meditando un modelito que me favoreciese, pero que no hiciera que tu mujer me viese como a una amenaza. Finalmente me decanté por una blusa de Jeanne Lanvin con las mangas anchas y fluidas y unos pantalones que no eran ni de lejos los que mejor me quedaban.

No tendría que haberme molestado. Anabel me recibió con un vestido de noche rojo con una raja que dejaba ver gran parte de sus piernas perfectas y su pelo rubio suelto en una melena que le caía en una línea recta afilada entre los omóplatos. Sus labios color granate sonreían, pero aquellos ojos azules me atravesaban con la frialdad de una ráfaga de viento que te corta la respiración.

Traté de no pensar en que, al lado de esa mujer, yo parecía una niña, pero no pude evitarlo. Seguramente se había arreglado de esa manera para hacerme sentir precisamente así.

Reconsideré que venir a tu casa había sido un terrible error, pero aun así me quedé, convencida de que, pese a lo incómodo y

humillante de la situación, esta era una especie de prueba que debía superar. Por ti.

—Hola —saludé, nerviosa, y le ofrecí una botella. Era un Vega Sicilia. Aunque yo no solía beber, había optado por un vino caro para impresionar.

—Aria, bienvenida, pasa —dijo Anabel con una sonrisa radiante. Abrió la puerta de par en par—. Caín llegará de un momento a otro. Ha ido a comprar unas cosas de última hora. ¿Tu novio también llega más tarde?

Cuando cerró la puerta, se me hundió el estómago. Me palpitaba la sangre en los oídos, y tuve que esforzarme por no mirar hacia atrás para asegurarme de que no había echado la llave. La idea de estar encerrada con una mujer que claramente me odiaba me resultaba casi tan apetecible como tener que inventarme una excusa para mi novio ficticio.

—No ha podido venir —balbuceé.

Lo cierto era que sólo me había inventado esa mentira estúpida para ver si te ponías celoso (lo cual no tenía ningún sentido). Si hubiera sido capaz de llevarla adelante, habría sido una buena estrategia para que Anabel no se sintiera amenazada, pero vi en los ojos de tu mujer que la ausencia de mi supuesto novio no la sorprendía; seguramente ella había sospechado que no existía desde el principio.

—Ya —soltó.

Era 20 de diciembre, el último día laboral en la editorial antes de las vacaciones de Navidad, y la casa brillaba con lucecitas doradas y velas aromáticas. En esas fechas refresca en Málaga, pero Anabel

había puesto la calefacción como si estuviéramos en Madrid, y empecé a sudar inmediatamente.

—¿Dónde puedo dejar el abrigo? —pregunté mientras me lo quitaba.

—Aquí mismo —respondió señalando un perchero junto a la entrada—. Estás en tu casa.

Esas palabras nunca se habían dicho con un sentido menos literal. Me enseñó vuestro ático no como quien intenta que un invitado se sienta cómodo, sino como quien marca su territorio. Se paró estratégicamente delante de cada fotografía de vosotros dos y se ocupó de contarme todas las historietas que estaban detrás de los muebles y las decoraciones. Me narró la historia de vuestra mudanza de locura mientras me enseñaba la casa y se detenía en cada uno de los souvenirs de los distintos viajes que habíais hecho por el mundo: Francia, Escocia, Portugal, Alemania e incluso China. Por algún motivo inexplicable, las anécdotas de aquellos viajes hicieron que me subiera la bilis por la garganta. Recordé la promesa que habíamos hecho de ir juntos a Las Vegas cuando publicásemos nuestro libro a cuatro manos. De pronto, empecé a cuestionarme esa fantasía que me había parecido tan real, como tantas otras cosas. Las dudas competían con el miedo por el espacio en mi cabeza.

En todo el tiempo que duró la exposición de Anabel, tan sólo hice un comentario, que no pudo ser más desafortunado:

—Qué bonito el reloj —exclamé cuando ella estiró el brazo para recolocar una miniatura de la torre Eiffel.

Se trataba de un Cartier Tank con correa de piel de cocodrilo que le rodeaba la muñeca. Como hija de mi padre, sé algo de relojes y

no creía que ese hubiera costado menos de diez mil euros.

—Mira —dijo quitándoselo y mostrándome la parte de atrás, donde una inscripción rezaba: «Caín y Anabel, 16 de diciembre de 2017. Este segundo, este minuto, este día y todos los demás».

—Me lo regaló Caín después de comprometernos —explicó mientras se lo volvía a poner—. ¿No es precioso?

Yo asentí y ella continuó con su tour de la casa que, pese a no ser demasiado grande, le debió de llevar por lo menos quince minutos.

Mientras Anabel se detenía a cada oportunidad para exponerme detalles de su vida contigo y me enseñaba todo lo que hablaba de «vosotros», mis ojos no hacían más que buscar algo que hablara de ti, solamente de ti, y de quién eras sin ella. Busqué trozos del hombre con el que había compartido los últimos meses, pero, aunque la casa estaba decorada con estilo, no había mucho que dejara traslucir la personalidad de los dueños. Las fotos eran lo único que la distinguiría de la vivienda de cualquier otra pareja.

Entonces llegamos al despacho que compartíais, y Anabel me enseñó la joya de la corona: la librería. Me habías comentado que coleccionabas libros, primeras ediciones firmadas y ejemplares raros y antiguos; incluso me habías enseñado fotos de los autógrafos más preciados que tenías, entre los que contabas con Pérez-Reverte, Ruiz Zafón e incluso uno de Pérez Galdós. Anabel no desaprovechó la oportunidad de ilustrarme con algunos ejemplares, y parecía que hubiera elegido cada uno de los que me mostró a cosa hecha, pues todos estaban firmados y dedicados: «Para Caín y Anabel».

Fue en aquel momento cuando me percaté de la gravedad de la situación, del compromiso que os unía. No había bastado con los anillos, ni siquiera con la casa que compartíais y los recuerdos de

vuestra historia juntos, o el reloj de lujo; para mí, lo que lo hizo real fueron aquellos libros dedicados a ambos, la colección de toda una vida que habías elegido compartir con ella, como todo lo demás. Me di cuenta de que yo no entraba en esa ecuación, en esa vida común; era una interferencia externa que Anabel estaba evaluando para luego erradicarla.

Comprendí entonces que, pese a lo que te pudiera haber dicho, para tu mujer aquella cena no pretendía ser ningún intento de reconciliación, sino una forma de acercarse a mí para saber a lo que se enfrentaba. Me observaba con aquellos ojos azules como quien estudia a un enemigo, mientras yo fingía interesarme por los demás títulos de vuestra amplísima colección, recopilando información sobre mi aspecto y mis gestos. Después de ese día, cuando tuviera todos los datos que necesitaba, podría diseñar mejor su ataque para sacarme de su vida para siempre y, por tanto, también de la tuya.

Y no podía culparla. No tenía derecho a meterme entre vosotros, ni siquiera sentía que tuviera derecho a estar en vuestra casa después de la demostración de Anabel.

Debería haber echado a correr entonces, haber huido mientras todavía podía como me había aconsejado sabiamente Dana. Pero no lo hice. Porque te necesitaba. Y, aunque tu mujer quisiera echarme de tu vida, yo iba a convencerla de que no era necesario, de que no era más que una amiga. Iba a esforzarme por caerle bien y apaciguar los miedos que pudiera tener con tal de que me permitiese pasar tiempo contigo. Fui tan tonta que me creí que sería capaz.

—Estas Navidades iremos a Egipto, vamos a hacer un crucero por el Nilo —comentó Anabel como cierre de su visita guiada mientras

me llevaba de vuelta a la cocina—. Salimos mañana y pasaremos allí el Año Nuevo —explicó mientras abría una botella de tinto y servía dos copas—. ¿Tú tienes planes para estas vacaciones?

Yo me encogí de hombros y acepté la copa, aunque no bebí nada.

—No. Supongo que iré a ver a mi padre.

Anabel me miró con extrañeza. Estaba claro que sabía quién era mi padre, seguramente esa era una razón de peso para que hubiera accedido a recibirme en su casa, y caí en lo extraño que debía de sonar un comentario como el mío para alguien que supiera que vivíamos cerca, pero que desconociera nuestra relación.

No quería dar detalles sobre ese tema, así que me aclaré la garganta y traté de desviar la conversación:

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy abogada penalista —contestó mientras me indicaba el camino hacia el salón, donde nos sentamos en extremos opuestos del sofá, frente a la chimenea.

«Perfecto —pensé—. Ahora me va a interrogar».

Traté de convencerme de que las preguntas que me hiciera serían una oportunidad para demostrar mi inocencia, pero aquello no había por dónde cogerlo. ¿A quién quería engañar? En lo referente a mí, Anabel era abogada, jueza, jurado y verdugo, y ya había emitido el veredicto: me había declarado culpable en cuanto me vio en tu despacho aquella mañana.

—Anda, mira, yo tengo una amiga forense.

No sé por qué lo dije. No era el mismo trabajo, ni siquiera se parecía. Pero es que me había quedado en blanco. Contigo siempre sabía qué decir, nunca nos faltaba conversación, pero ahora me volvía a sentir como cuando estaba en la carrera y nadie se quería

sentar conmigo en clase. ¿De qué iba a hablarle yo a una mujer así? ¿Del último libro que había leído o de mis poemas lacrimógenos sobre mi psicólogo? Dios mío, ¿y si Dana tenía razón? ¿Y si para ti yo había sido un entretenimiento y nada más? De pronto, lo que me había parecido impensable se me antojaba perfectamente plausible, porque ¿quién renunciaría a una chica así por alguien como yo?

Por suerte, el sonido de la puerta de la entrada abriéndose me salvó de tener que construir alguna frase coherente para llenar el silencio a partir de la maraña de mis pensamientos.

—¡Holaaa!

Tu voz te precedió, y pocos segundos después apareciste en el salón con esa sonrisa tuya capaz de deshacer la tensión incluso en un momento como aquel.

—Hola —dijo Anabel y se apresuró a ir a tu encuentro—. ¿Qué tal te ha ido? —te preguntó, pero, antes de que pudieras contestar, te silenció con un beso.

Y digo «beso» por no decir un morreo como los que se daban mis compañeros del instituto entre clase y clase. Le faltó meterte mano, y tuviste que apartarla con suavidad para que te dejase en paz.

Mensaje recibido. Eras suyo. Suyo y solamente suyo. La casa, los anillos, el reloj, los recuerdos, el viaje a Egipto, la librería y ahora esto. Lo había dejado perfectamente claro. Si ese había sido su objetivo al invitarme, Anabel lo había cumplido con creces. No sabía cómo iba a cenar con lo revuelto que tenía el estómago por los celos y por la culpabilidad que me producía sentirlos y saberlos infundados.

Cuando por fin os separasteis, tus ojos se encontraron con los míos, pero por primera vez no pude descifrar lo que se ocultaba en

tus pupilas, como si nuestras miradas ya no hablaran el mismo idioma.

Deseé tener un momento para charlar a solas contigo, pero, como si me hubiera leído el pensamiento, Anabel se adelantó:

—¿Por qué no venís los dos a ayudarme en la cocina? Quedan un par de cosas que hacer.

—Claro —dijiste tú.

Yo asentí.

En la cocina, agilizaste la conversación con tu encanto y soltura habituales. Terminamos de preparar la cena —pollo asado— y nos la tomamos en el comedor, donde un arbolito de Navidad parpadeaba con luces y adornos de colores.

Fue una velada agradable, dentro de lo que cabe. El diálogo fluyó con la naturalidad con la que surge el parloteo inconsecuente entre personas que realmente tienen asuntos mucho más importantes de los que hablar. Sin embargo, por debajo del civismo y las buenas formas, de la conversación anodina y las preguntas de cortesía, palpitaba una corriente de cosas no dichas, de tensiones ocultas y de hechos innegables que nos negábamos a nombrar.

Fuisteis bastante educados al no señalar que apenas probé nada. No quería quedar mal, pero tenía el estómago hecho un nudo y, si forzaba demasiado las cosas, no me iba a hacer falta meterme los dedos para vomitar. No me pasó desapercibido cómo Anabel seguía el movimiento de mis cubiertos por el plato, fijándose en cómo iba cortando la carne más y más pequeña para que pareciera que había comido algo. Mi sensación de bochorno no hizo más que crecer hasta que acabé bebiéndome media copa de vino solamente para evitar tener una crisis nerviosa ahí mismo.

Conté los minutos para tener un momento a solas contigo y, aunque Anabel no me quitó ojo en toda la noche, ni siquiera ella es de piedra y, finalmente, tras tres copas de vino, tuvo que excusarse para ir al servicio.

Se me aceleró el corazón mientras sus pasos se alejaban por el pasillo. Era mi oportunidad, pero tenía un nudo en la garganta y otro en la lengua. Tenía miles de preguntas que hacerte, pero era incapaz de articular una sola palabra.

—Me ha dicho Anabel que tu novio no ha podido venir —comentaste.

Me pregunté en qué momento te había dicho aquello, si te habría mandado un WhatsApp o te lo habría susurrado mientras te comía la boca, pero no dije nada. Simplemente me encogí de hombros.

—No sabía que tuvieras novio —añadiste.

La irritación que se te coló en la voz era tan evidente como injusta, pero no por ello me gustó menos.

—Ni yo que tuvieras mujer —contraataqué con una rapidez que evidenciaba que había estado esperando el momento para echártelo en cara. Los dos sabíamos que lo de mi novio era mentira, incluso Anabel lo sabía; era inútil seguir discutiéndolo.

—No es mi mujer —te defendiste muy serio.

Yo te miré, incrédula.

—A Anabel le gusta decirlo, y llevamos tanto tiempo así que yo también lo hago —explicaste mientras te frotabas la banda dorada que te rodeaba el anular en un gesto que podría haber sido posesivo o de incomodidad, como si quisieras hacerme notar que estaba ahí o quizá que deseabas quitártela—. Nos hemos acostumbrado a hablar así, y es más rápido que tener que explicar que no hemos

encontrado el momento, pero nunca hemos pasado por la iglesia ni por el ayuntamiento ni nada por el estilo.

Me quedé en silencio, procesando aquella nueva información con casi tanto celo como el mero hecho de que la hubieras compartido conmigo. Traté de descifrar el mensaje que se ocultaba entre líneas, en los silencios entre tus palabras y en la oscuridad de tus pupilas. ¿Estabas tratando de decirme algo sin decirlo? ¿De darme a entender que lo que os unía no era más que un compromiso cuya única manifestación eran esos anillos y el Cartier que ella me había mostrado tan orgullosa? ¿Que no había ningún contrato, ninguna unión real? ¿Estabas intentando decirme que vuestro compromiso era más fácil de romper que un matrimonio? ¿Estabas insinuando que querías que lo rompiera?

Como siempre, podría haber sido un comentario sin importancia o quizá una explicación que por algún motivo considerabas que merecía; y mis pensamientos podrían no ser más que las elucubraciones de una loca, que era como me estaba empezando a sentir últimamente cuando intentaba descifrar tu comportamiento.

—Ah —contesté, demasiado tarde y porque no se me ocurría otra cosa.

No tenía motivos para sentirme traicionada por el hecho de que me hubieras ocultado tu compromiso. No era un matrimonio, lo cual cambiaba algo las cosas, pero no modificaba el hecho de que tú ya tenías a alguien y me habías hecho sentir importante y única cuando ni siquiera querías nada conmigo. No tenía sentido. O al menos no obedecía a ninguna lógica que yo entendiera.

Esperé a que me dieras tus razones, pero no lo hiciste, y me quedé ahí dudando, mirándote y contemplando cómo un silencio

incómodo se asentaba entre nosotros.

—Oye, lo siento, de verdad. Debería habértelo dicho, pero… estos meses tú has sido una parte de mi vida independiente de todas las demás. Y lo digo en el buen sentido. Contigo he sentido que podía ser *yo*. Ha sido de verdad, Aria. Hacía mucho tiempo que no sentía que pudiera ser yo mismo con nadie.

—Y, sin embargo, me mentiste —puntualicé.

—Mira —empezaste con tono conciliador, haciendo gestos apaciguadores con las manos, aunque el movimiento denotaba cierto nerviosismo; no querías que Anabel saliera del baño y nos oyera hablando de aquello—, vamos a estar bien, ¿vale? Tú y yo. Borrón y cuenta nueva. Ya hablaremos de esto, ¿de acuerdo?

¿Cómo que borrón y cuenta nueva? Me dieron ganas de reírme. ¿Acaso pensabas que eso era suficiente para que ignorase lo que me habías ocultado? Quería decirte que te metieras tu borrón y cuenta nueva por donde te cupiera, pero ¿habría reaccionado así una amiga? Una amiga seguramente no le habría dado tanta importancia a lo que para mí era un secreto imperdonable y no se sentiría así ahora que sabía la verdad. Y yo era tu amiga, ¿no? Sólo eso.

—Vale —concedí al fin.

Tenía cientos de preguntas. ¿Qué pasaba ahora? ¿Iba a ser como antes? ¿O todo había cambiado demasiado? ¿Qué iba a pasar con el poemario, con nuestra novela? ¿Qué iba a pasar con nosotros? Pero Anabel llegó antes de que pudiera añadir nada más.

—¿De qué hablabais, chicos?

—Cosas de la editorial —mentiste con la facilidad de quien tiene costumbre: sin perder un segundo, sin dudar y con naturalidad.

Me quedé pasmada. No se te notaba nada. Me pregunté cuántas veces me habías mentido cuando me decías que no podías quedar por algún motivo y, en realidad, te ibas con Anabel. ¿Cuántas veces le habrías hecho a ella lo mismo?

Hablamos un poco más los tres y tuvimos la discusión obligada en la que yo me ofrecía a ayudar a recoger y vosotros os negabais. Finalmente, me dejasteis llevar las copas a la cocina y, cuando Anabel me preguntó si quería algo de postre, le dije que no, que tenía que irme y que de todas formas vosotros teníais que madrugar al día siguiente para el viaje. Era consciente de que marcharme sin tomar postre rayaba en la mala educación, pero estaba claro que allí sobraba, y era incapaz de soportarlo ni un minuto más. Además, tu prometida tampoco se había preocupado demasiado de sus modales cuando te comía la boca, así que os agradecí vuestra hospitalidad, mentí y le dije a Anabel que había sido un placer conocerla mejor y me fui.

De camino al coche, no podía dejar de preguntarme si realmente quedaba algo que salvar o si nuestra relación —de amistad, de algo más o de lo que fuera— era una causa perdida.

Me imaginé a Anabel cerrando la puerta con una sonrisa y girándose hacia ti con una mirada asesina nada más me hube marchado de la casa.

«No vuelvas a verla», te decía.

Tú le prometías que no lo harías, porque ella era la mujer con la que te habías comprometido, con la que compartías piso y todos esos ejemplares firmados, con la que te ibas a ir a Egipto mientras yo me quedaba sola en Navidad.

No pude aguantar. Llamé a Dana en cuanto llegué a casa y me eché a llorar sin saber muy bien por qué.

¿Había malinterpretado yo las señales? Los segundos entre nubes de humo que ni siquiera lograba evocar con claridad, el anillo de compromiso que la lógica decía que te tenías que haber quitado para estar conmigo…, pero yo me negaba a pensar que me habías estado engañando y me decía a mí misma que era yo la que no lo había visto. De pronto todo lo referente a ti estaba envuelto en una neblina de duda y confusión, y yo ya no sabía qué había pasado en realidad, no tenía forma de comprobar qué era real y qué ocurría únicamente en mi cabeza.

Empecé a pensar que me había imaginado cosas, que mi sufrimiento era producto de mi mente trastornada y no de tu comportamiento ambiguo.

En adelante aquella sensación sólo creció: esa duda constante, esa falta de confianza en mí misma, la facilidad para creer en tus palabras aun cuando las contradecían los hechos, porque nunca estaba segura realmente de lo que ocurría, y jamás dejaste que hubiera testigos que lo pudieran corroborar. «Estás histérica —me decías—. Son cosas tuyas, Aria. Te lo estás imaginando».

Ojalá solamente me hubiera imaginado lo que pasó después.

Con cariño,

Aria

13

111 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Aguanté cinco días.

Me dije a mí misma que podía hacerlo, que era capaz. Ignoré la hora y media que Dana se había pasado rogándome, más que pidiéndome, que me alejase de ti antes de que me hicieras más daño.

Pero tú me habías dicho que querías que estuviéramos bien, ¿y qué sabía Dana? Ella no te conocía, no entendía cómo era nuestra relación, no nos había visto juntos y últimamente me daba la sensación de que ni siquiera me conocía a mí. No, tú eras el único que sabía quién era yo de verdad, el que mejor me comprendía, la persona que más feliz me había hecho en toda mi vida. No iba a tirar todo aquello por la borda por un sentimiento que podía superar.

¿Que te quería? Pues utilizaría ese amor para dejar de quererte, para ser lo bastante fuerte y lograr estar cerca de ti sin tenerte. Alejarme de ti era mucho peor que lo que sería quererte, aunque no fuera correspondido.

Dana pensaba que así iba a sufrir más, pero yo me sentía incapaz de seguir sus consejos y marcharme, porque hacerlo me mataría.

Ella no lo entendía. Yo era fuerte, podía conseguirlo.

Aguanté cinco días.

No me habías escrito desde la cena, pero me convencí de que era lo normal. Estabas de vacaciones —de vacaciones con Anabel, tu prometida— y no estarías consultando mucho tu móvil. La gente en vacaciones se distancia, tiene planes, no tiene tiempo para quedar con la gente del trabajo (traté de no detenerme en la idea de que yo no fuera para ti más que «alguien del trabajo» porque me dolía demasiado). Estábamos bien, éramos *amigos*, no teníamos por qué hablar todos los días. Pero antes lo hacíamos.

Racionalicé las cosas, me mentalicé de cuál era mi sitio en tu vida, me recordé que tenía suerte de conservar tu amistad. Pero ¿y si cuando volvieras ya no contaba con eso? ¿Y si Anabel aprovechaba ese viaje para ponerte en mi contra? ¿Y si ya lo había hecho y por eso no me habías escrito ni llamado? Era cierto que estabas de vacaciones, pero era día 25, y lo normal en esa fecha es felicitar la Navidad a los seres queridos, ¿no?

No podía más. Hablar con alguien era lo que menos me apetecía, pero también lo que más necesitaba. Además, Dana ya me había sonsacado casi toda nuestra historia, tirando de cada hilo suelto como si ignorase que, a medida que hablaba, me iba deshaciendo, que el alma se me deshilachaba por los bordes como una tela raída en la que tu hilo rojo trazaba el recorrido de una gota de sangre cuesta abajo.

Yo sí que iba cuesta abajo, y además sin frenos, así que la llamé.

—Le voy a escribir —anuncié a modo de saludo.

Mi amiga me respondió con un suspiro cansado que ya me era más que familiar.

—Si es que te lo advertí. No ibas a aguantar. Eres una adicta, Aria. Debes superar el mono. Es duro, pero tienes que aprender a estar sin él.

—¡No quiero estar sin él! —exclamé, frustrada.

—Eso no depende de ti, ¿no lo ves? —contestó Dana, que también sonaba un poco exasperada—. Aunque Caín tuviera las mejores y más puras intenciones del mundo, que lo dudo, ¿de verdad consideras que Anabel permitirá que sigas en su vida? Como mucho, podrá verte en la oficina un par de veces a escondidas, y eso ya será jugársela mucho después de lo del otro día. ¿Y crees que se arriesgaría así sólo por una amiga?

Abrí el cajón para coger la caja de ansiolíticos y deglutí la pastilla con una copa de vino blanco. Sé que te dije que no bebía, y mezclar medicamentos y alcohol no era buena idea, pero Dana acababa de verbalizar mis peores miedos y no podía soportar estar sobria ni un minuto más. Además, mi día de Navidad ya estaba siendo lo suficientemente malo.

—¿Y si para él no soy sólo una amiga? —susurré—. ¿Y si él siente lo mismo?

Se produjo un silencio después de que pronunciara la pregunta que llevaba ya varias noches sin dejarme dormir. Al fin, le di voz a la esperanza que alimentaba la energía de mis pensamientos y de todos los escenarios en los que me imaginaba diciéndote lo que sentía y tú me decías que a ti te pasaba lo mismo. No me enorgullecía de mis fantasías, pero tampoco podía negarlas. ¿Y eran tan infundadas?

Ese era el problema contigo: ¿qué era real y qué estaba en mi cabeza? Nunca confirmabas y nunca desmentías; tú insinuabas, dabas a entender, suponías y dejabas suponer. Fue lo que pasó con tu comentario sobre mi psicólogo el día de la cena o aquel casi beso que nunca se produjo y que, como todos tus «casi», me dejó preguntándome si no me lo había imaginado.

Tú tirabas la piedra y, para cuando yo veía las ondas en el lago y me giraba para mirarte, ya habías escondido la mano; al darme la vuelta, el lago volvía a estar en calma, y yo me quedaba cuestionándome si realmente habías lanzado esa piedra o nada había ocurrido.

Tú estabas siempre igual, con esa actitud deferente, cercana pero distante, clara y confusa al mismo tiempo, pero yo cambiaba: del miedo a la esperanza, de la duda a la pasión. Me volvías loca, en el buen y en el mal sentido de la palabra, y ambos se retroalimentaban. Decías que estabas preocupado mientras me veías sufrir, me llenabas la cabeza de mentiras y promesas que no podías cumplir, enredabas mi vida y tensabas los nudos, pero cuando estábamos juntos todos los problemas desaparecían y me hacías sentir tan plena que todo atisbo de sufrimiento me parecía un producto de mi imaginación.

Dana pensó mucho antes de exponerme su parecer.

—Mira, seguramente a cualquier otra persona se lo desaconsejaría, pero te conozco, y cuando se te mete algo en la cabeza no paras hasta que lo haces. El tío no ha sido claro, y a lo mejor eso es lo que necesitas: un «no» rotundo, ir corriendo y darte la leche. Te va a doler, pero no te va a doler tanto como lo que te estás haciendo ahora mismo mientras dejas que la duda te

consuma. Así que escríbele, queda con él después de las vacaciones y confiésale todo. No sé si siente algo por ti o no, pero preguntar es la única forma de salir de dudas.

—¿Me estás diciendo que me declare? —pregunté, incrédula, porque jamás habría creído a Dana capaz de hacerme tal sugerencia.

—Si quieres hacer esto así, sí —contestó—. No quieres alejarte, pero no puedes soportar la cercanía que él te ofrece. Dices que puedes ser su amiga, pero yo lo dudo, al menos mientras no sepas si lo que sientes es mutuo. Y si realmente quieres que funcione, si de verdad crees que podéis ser amigos, tendrías que decirle la verdad, porque otra cosa sería traicionar su confianza y rompería la relación de todas formas. Así que sí, te estoy diciendo que te declares, que le preguntes lo que él siente y que juntos decidáis qué hacer y adónde ir desde ahí. —Hizo una breve pausa—. Además, a lo mejor es la única manera.

Parecía una buena idea. No sólo por cómo Dana lo decía con su voz de médica y su serenidad característica, sino porque era exactamente lo que yo quería oír.

Decidí que lo haría, que me declararía, y me atreví a imaginar que podría salir bien. Entonces ni siquiera me planteé la posibilidad de que yo me abriera en canal, de que me desnudase delante de ti, y tú hicieras lo único que podía ser peor que rechazarme: no hacer lo mismo y refugiarte en tus dudas y ambigüedades, en tus dobles sentidos y en tus cortinas de humo; dejarme dudando, haciendo equilibrios entre el deseo y el rechazo, sin saber a qué atenerme, más perdida que nunca.

Cancelé la comida con mi padre y me pasé el día escribiendo y borrando mensajes hasta que, por fin, a media tarde, conseguí redactar uno que me parecía aceptable.

Aria
Feliz Navidad. ¿Qué tal el viaje?

Había escrito capítulos enteros en lo que me llevó escribir ese mensaje de mierda.

Contestaste sorprendentemente rápido, pero la emoción se vio mermada cuando leí tu respuesta.

Caín
Bien. Hace calor aquí. Se agradece.

Joder, parecía una conversación de ascensor.

Te vi en línea, y la ansiedad se apoderó de mí. Nunca me habían faltado las palabras contigo, pero ahora era como si los dos fuéramos páginas en blanco, libros en idiomas distintos, dos lenguas muertas intentando comunicarse sin éxito.

Al final, el miedo a que te desconectaras y perder la oportunidad me hizo seguir escribiéndote.

Aria
Oye, mira, sé que ahora no es el mejor momento para decirte esto, pero tenemos que vernos. Cuando vuelvas. Es importante. Tenemos que hablar.

Caín
¿Qué pasa?

Aria

No quiero hablarlo por mensaje. Tampoco por teléfono. Tenemos que hablar en persona. Tú avísame cuando vuelvas.

Escribiendo…
En línea…
Escribiendo…

Es importante. No estoy bien, Caín.

Caín
Vale, yo te aviso.

No dijiste nada más, y me quedé mirando el teléfono, esperando, hasta que las palabras «en línea» desaparecieron de debajo de tu nombre.

Me aferré a aquel mensaje durante los días que siguieron y continué esperando.

Me imaginé que el crucero duraría una semana, pero pasaron siete días desde que te habías marchado y no me escribiste, y yo no paraba de esperar.

Esperé aquel día de Navidad a que dijeras algo más, pero nunca lo hiciste.

Esperé el día de Año Nuevo, con doce uvas y doce deseos que nadie escuchó.

Las vacaciones se pasaron a paso de tortuga, en una especie de trance en el que apenas distinguía la noche del día, porque la luz me molestaba y había cerrado las persianas. Estaba siempre pendiente del teléfono, esperando a que publicaras algo de tu viaje en Instagram (pero no pasó; tenías la cuenta meramente para enterarte de las novedades, pero jamás subías nada personal); incluso busqué

la cuenta de Anabel para ver si ella subía alguna foto, pero tampoco lo hizo.

También me pasé horas aprendiéndome de memoria nuestras conversaciones y buscando en ellas señales que explicasen tu ausencia prolongada o los motivos que pudiera haberte dado para que no quisieras hablar conmigo. Miraba tu foto y, cuando aparecían las palabras «en línea», el corazón se me aceleraba, pero no me atrevía a hacer nada, y tan súbitamente como habías aparecido te ibas, seguramente para estar con Anabel.

Pensar en ti con ella me daba náuseas. Perdí peso. No quería comer, no quería dormir, no quería hacer nada. Los días pasaban y estaba segura de que tenías que haber vuelto, pero no me habías avisado, y eso me estaba matando.

Estaba claro que eso de ser tu amiga, aun si tuviera el beneplácito de Anabel, no iba a funcionar. Al fin y al cabo, ya había pensado en declararme antes de que me distrajesen el incidente de mi cumpleaños y la aparición de tu prometida. Cada día que pasaba, mi certeza se fue calcificando, y terminé de redactar la carta en la que te decía todo lo que sentía. Habría sido más valiente decírtelo a la cara, mirarte a los ojos mientras te ponía mi corazón en las manos y te daba la posibilidad de romperlo. Pero yo no soy valiente; soy escritora. Las letras son mi idioma y, durante unos meses, también fueron el nuestro.

Estaba lista para darte la carta y que pasara lo que tuviera que pasar. Sería todo o nada, porque yo no podía vivir así. Estaba aterrorizada, pero lo único que me daba más miedo que no hacerlo era la posibilidad de que te alejaras de mi vida sin saber la verdad, sin haberte dado la oportunidad de que me dijeras que me

necesitabas como yo te necesitaba a ti. Porque ese era el verbo: no querer, ni siquiera amar. Te *necesitaba*.

Llegó el 2 de enero y nos incorporamos al trabajo. No fui a tu despacho, pero subí a la tercera planta y escuché a Amanda anunciándole a alguien: «Caín estará con usted en un momento».

Así que habías vuelto. Ahí estabas y no me habías dicho nada.

Decidí esperar un poco más; te di el resto del día para que me escribieras en el improbable caso de que hubieras vuelto de viaje el día anterior por la noche y no hubieras tenido tiempo antes. Pero no me llegó ningún mensaje, y yo no podía dejar de preguntarme por qué. ¿Por qué me habías dicho en tu casa que todo estaba bien si evidentemente no era así? ¿Por qué me estabas haciendo esto? ¿Por qué me tenías esperando? Te había dicho que estaba mal, que era importante lo que me pasaba. Tú me habías dicho en más de una ocasión que no tuviera miedo; que las personas me habían abandonado, pero tú no lo harías; que estarías ahí siempre; que, cuando te necesitase, tú me ayudarías.

Pues bien, ahora te necesitaba, te había dicho que no estaba bien, y tú no estabas.

Era la única vez que te había pedido algo en lugar de dártelo —darte regalos, darte tiempo, darte cariño— desde que nos conocimos, y tú me lo estabas negando. Para alguien que entiende tanto de lengua, queda claro que no estabas muy familiarizado con el significado de *siempre*.

No fui capaz de contenerme más, esa noche te escribí.

Aria

Hola. ¿Estás de vuelta?

Caín
Sí.

No esperé a que elaborases la respuesta; ya había esperado suficiente.

Aria
Necesito que hablemos.
Sé que estás ocupado, pero es urgente.

Tú
Escribiendo…
Escribiendo…
Escribiendo…

Yo
Esperando…
Esperando…
Esperando…

Caín
Mañana por la tarde tengo un rato. ¿A las 6:00?

Aria
Vale.

Te habría dicho que sí aunque me hubieras citado a las dos de la mañana.

Aria
Pero quiero que sea en privado, así que ni cafeterías ni nada.

Te mandé la ubicación de un parque por la zona de Teatinos en el que sabía que mis compañeras de la facultad solían organizar pícnics a los que nunca me invitaban durante los años de carrera. En estas fechas no estaría muy concurrido; podríamos hablar tranquilos.

Caín
Perfecto. Te veo allí.

Ese mensaje me dio cierta esperanza. Todavía pensaba que todo se podía arreglar. Ese fue mi problema, o al menos uno de los muchos, junto con esa forma de autoengañarme durante tanto tiempo y de creer que el pasado era algo recuperable. Pensaba que, si me esforzaba lo suficiente, conseguiría revertir el tiempo, recuperar lo que habíamos tenido y que todo volviera a ser como antes. Creía que a base de trabajo y fuerza de voluntad podía lograr todo lo que quisiera. Siempre había sido así en mi vida: la cantidad de esfuerzo que le ponía a algo era directamente proporcional a los resultados (más estudio, más nota; más hambre, más delgadez; más páginas escritas, más libros). Todavía no entendía que el amor no es como un examen o un trabajo, que da igual cuánto lo intentes; no es algo que se merezca ni se gane, sino algo que otra persona decide otorgarte.

Y tú nunca tuviste intención alguna de darme el tuyo.

De todas las cosas que me enseñaste, esta fue la más importante, la lección que nunca fui capaz de aprender: a veces da igual cuánto te esfuerces, a veces querer no basta.

Te quiero, Caín. Ojalá eso hubiera sido suficiente.

Aria

14

102 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Me cuesta mucho escribir. Ya sé que te lo he dicho muchas veces, pero aquella Navidad empezó este bloqueo, durante aquellos días supuestamente festivos que yo me pasé encerrada con mis pensamientos.

Como siempre, busqué consuelo en los libros, pero entonces me di cuenta de que la novela que me estaba leyendo nos la estábamos leyendo juntos y el libro que estaba escribiendo lo estábamos escribiendo juntos. Cuando intenté leer algo nuevo, no conseguí entender las palabras; y cuando traté de escribir y vi la libreta azul, melliza de la tuya roja, descubrí que me habías quitado hasta ese alivio.

Estabas por todas partes: te habías infiltrado en mi colección de libretas, en las pegatinas de mi teclado e incluso en mi manera de escribir. Me dolías en todos los tiempos verbales, en los «amara» que cambiaste por «amase» por cuestiones de estilo, en los puntos y las comas sobre los que me hablaste durante horas, en las tildes que les pusiste a todos mis «solo».

Aún recuerdo el día en que la Real Academia le devolvió la tilde a «solo» cuando existiera riesgo de ambigüedad y tú me pasaste el artículo un par de horas después de que hubiera salido. En tu opinión, la tilde tendría que utilizarse siempre; por algún motivo, en ese aspecto, a diferencia de en todos los demás, no tolerabas dejar lugar alguno a la duda. Recuerdo discutir contigo, decirte que yo no había utilizado esa tilde en mi vida, y cómo tú me dijiste que era demasiado joven, pero que el español se llevaba hablando mucho tiempo antes de que yo lo hablase. Siempre con esa condescendencia, con esa arrogancia, esgrimiendo tu edad como sustento de todos tus argumentos.

Por eso me cuesta escribir: por tus tildes, por tus comas, por tus verbos y por tu voz, que todavía susurra en mi cabeza cuando me descuido y me atrevo a soñar contigo. Sería más fácil escribir si no hubieras dejado tu rastro en mi prosa, además de en el resto de mi vida; si no hubieras echado tus raíces para luego arrancarlas y dejarme los escombros de una ciudad en ruinas, de una Verona llena de tu ausencia, en la que tu sombra se burla de mí al final de cada calle y desaparece a la vuelta de la esquina. Y mientras tanto yo me arrastro por las aceras resquebrajadas como una vagabunda, una expatriada de mi propia tierra, trato de esquivar las grietas y no clavarme las ramas puntiagudas de los árboles que se han quedado congelados desde aquel invierno. Ojalá pudiera decirme a mí misma que escribir no es fingir que estoy hablando contigo, pero lo único que hace que me broten las palabras de los dedos es la posibilidad de que algún día las leas. ¿Me echas un poco de menos como yo te echo a ti? Ojalá lograra mentirme y decir que todo lo que he escrito desde aquel día no es una mera continuación de la carta que te

entregué aquel día en el parque. Pero no puedo, Caín, porque esa es la verdad.

Aparcaste unos segundos después de que yo llegara, justo delante de mi coche.

El corazón se me aceleró y me invadió el miedo a no tener tiempo para repasar lo que te iba a decir. Al final dio igual; todo se me olvidó cuando me bajé del coche y nuestros ojos se encontraron, de alguna forma más viejos después de este tiempo.

—Tengo unos cuarenta minutos —me advertiste a modo de saludo.

Yo parpadeé. Nunca habías tenido horarios conmigo, y me sorprendió el cronómetro que habías impuesto sobre nuestra conversación antes incluso de que la iniciáramos. No sabía qué decir y estaba demasiado nerviosa para enfadarme, así que simplemente me propuse aprovechar el poco tiempo que me dabas. Cuando me dedicabas unos minutos, no me paraba a pensar si eran suficientes, sólo estaba agradecida de poder estar contigo por fin, de que estuvieras a mi lado y de sentir que, al menos durante ese tiempo, todo estaría bien.

—¿Qué tal estás? —preguntaste cuando permanecí en silencio.

—Bueno. —Me encogí de hombros, sorprendida de lo fácil que era ocultarle la herida a quien me la había hecho—. ¿Y tú?

—Preocupado. Por ti.

Te miré sin saber si sentirme agradecida y esperanzada por ese comentario o traicionada: si tan preocupado estabas, ¿por qué habías esperado a que yo te escribiera?

—¿Qué es eso que tienes que decirme?

Nos sentamos en un banco junto al lago, en el que se reflejaban los últimos rayos del sol poniente. Yo me quité las gafas de sol para mirarte a los ojos, pero tú te las dejaste puestas todo el tiempo, incluso cuando empezó a oscurecer.

—Te he escrito una carta.

Una sensación de *déjà vu* acompañó a las palabras, que odié tan pronto como salieron de mi boca. Con Víctor también redacté una carta, otra declaración patética, y tenía miedo de que contigo acabase de la misma manera: conmigo llorando en el coche, preguntándome cómo podía ser tan idiota y escribiendo poemas con la sangre de mi corazón roto.

Me recordé a mí misma que la situación no era igual. A Víctor no lo conocía realmente: me había enamorado de una idea, pero contigo había sido distinto. A ti sí que te conocía y me había enamorado de ti: de tu sonrisa despreocupada, de tu conversación fácil, de la contradicción que existía en tu confianza a la hora de enfrentarte al mundo y el miedo que te inspiraba una página en blanco, de tus opiniones controvertidas y tus confesiones susurradas. Aunque hubiera partes de tu vida que me habías ocultado, me había enamorado de las que me habías enseñado y tenía razones para pensar que tú también te habías enamorado de mí. Estaba convencida de que el nuestro era un amor de cuento, de que éramos como nuestros personajes, Lucy y Dylan, una versión moderna de Romeo y Julieta.

Me aferré a eso, a tu promesa de «para siempre», que ya habías empezado a romper, y saqué del bolso la carta que era la prueba de que todo había ocurrido realmente, de que no era como la última vez y que en esta ocasión podía salir bien.

Me miraste con una pregunta en la mirada, y yo negué con la cabeza: no podía leértela sin echarme a llorar, así que ibas a tener que hacerlo tú.

Te entregué aquella carta —no tan diferente de estas— cuyas palabras me he esforzado por olvidar. Podría decir aquí que seguramente no la recuerdo porque el cerebro borra los eventos traumáticos, pero a quién quiero engañar: el mío siempre los inmortaliza. No la recuerdo porque no quiero; porque, incluso a día de hoy, me produce vergüenza aquella epístola larga y desesperada en la que me pasaba párrafos y párrafos dando vueltas a las mismas ideas como lo hacían mis pensamientos, incapaz de borrar nada. Por algún motivo, todo me parecía importante, como si mi afecto se midiera al peso, y pensaba que, si combinaba de mil y una maneras diferentes las letras, quizá diera con la que haría que te quedaras. Pero en aquellos folios lo que había era la desesperación de alguien a quien aún le quedan cosas por decir, y en tus ojos, la indiferencia de quien lee la esquela de alguien a quien no conoce.

Permaneciste hermético mientras la leías, como si mis lágrimas fueran lluvia y tú un paraguas para el que la tormenta no era más que una inconveniencia, un estorbo, un problema. Tu mirada pasó por encima de mi caligrafía, tus manos arrugaron el papel, distorsionaron las letras. Esas con las que me ofrecía a marcharme, aunque sólo quería que te quedases; con las que decía odiar quererte al tiempo que admitía que nunca había sentido nada más bonito en mi vida.

Esas con las que te lo dije todo, hasta lo más vulnerable, lo más humillante.

—Joder. —Esa fue tu única respuesta.

Yo te había abierto mi alma en canal, y eso fue lo que dijiste.

—Joder. Aria, yo… no sé cómo responder a esto.

«Es muy fácil —quería decir yo—. Di que tú sientes lo mismo, dime que todo este tiempo te ha dado miedo decírmelo y por eso lo has disfrazado de insinuaciones, dime que encontraremos una manera». Era una carta muy larga que necesitaba una respuesta muy corta: «Yo también te quiero».

Pero me quedé callada. Si tan solo te hubieras quitado esas gafas, si me hubieras mirado a los ojos, habrías visto lo que necesitaba… Pero no lo hiciste. En vez de eso, soltaste:

—Pero tú tienes novio.

Ay, y lo que vino después, ojalá pudiera olvidarme de eso, pero recordaré la conversación del parque el resto de mis días.

Estaba claro que utilizabas aquella mentira para ganar tiempo, pero yo ya te había dado tiempo y estaba harta de esperar.

—Y tú tienes unas ganas locas de casarte, ¿no? —contesté.

Entre nosotros se hizo un silencio tan grande que ni siquiera las palabras de todos los libros que hubiéramos escrito juntos en una vida entera habrían podido llenarlo.

—Caín —dije, y casi se me quebró la voz—, ¿yo te gusto?

Se me llenaron los ojos de lágrimas, y tú alargaste una mano para consolarme, pero yo me alejé tan rápido que casi me caí del banco.

—Contéstame, por favor —pedí, a medio camino entre la orden y la súplica.

Tú te pasaste una mano por el pelo y exhalaste con gesto cansado.

—Anabel…

La mención de su nombre me rompió por dentro.

—No te he preguntado por ella —repliqué con una mueca. Ya sabía que estabas con ella; no podía olvidarlo. Que quisieras estar conmigo debería haber sido incompatible con esa realidad, pero ambos sabíamos que no lo era.

—No podemos estar juntos —concluiste evitando mi pregunta inicial. Me miraste a los ojos. No echarme a llorar en ese momento es de lo más difícil que he hecho en mi vida—. Aria, tengo pareja, soy tu jefe y además te saco quince años.

«A mí eso me da igual», quise decir, pero las palabras no atravesaron el nudo que me bloqueaba la garganta. La edad y tu puesto podían ser un impedimento al principio, pero nada que un sentimiento tan fuerte como lo que yo sentía por ti no pudiera solucionar. El único problema real era Anabel.

—No te he contestado —dijiste al cabo de un rato levantando la comisura izquierda de los labios.

Mi sonrisa se mezcló con una lágrima. Cómo me conocías; eras capaz de leerme los pensamientos.

—Aria, tú no me gustas.

Se me cayó el alma a los pies, y de pronto me sentí ridícula con mis pantalones ajustados y mi blusa escotada, estúpida por haber creído que en algún momento te había parecido bonita.

—Me encantas —declaraste.

Te miré y suspiraste.

—Eres inteligente, reflexiva, sensible, excepcional, única. Eres… Eres preciosa. Lo tienes todo, Aria. —Hiciste una pausa y, cuando te pasaste la mano por la barba, noté por primera vez la diferencia de edad entre nosotros; en ese gesto descansaba una experiencia de la que yo carecía. Se te enturbió la mirada porque ya sabías cómo

suelen acabar estas historias—. Si tú y yo nos hubiéramos conocido en otro momento, en un universo paralelo, claro que habría querido estar contigo. Joder, quiero estar contigo. En otro universo…

—No me hagas eso. —Te corté casi en un susurro, porque, si hablaba más alto, se me iba a salir el llanto con la voz.

—¿El qué? —interrogaste.

—Eso. Lo que estás haciendo. No me digas lo mucho que te gusto y que quieres estar conmigo, no me hables de universos paralelos. Esas no son cosas que se le digan a alguien a quien estás rechazando.

—¿Rechazando? —repetiste, con cara de incredulidad—. No, Aria, a ver… Es que… Tener una amante es muy complicado.

Estaba claro que lo habías dicho con la intención de hacer una broma, pero vamos a reconocerlo: no tuvo ni puta gracia.

Yo jamás te había hablado de serle infiel a tu mujer, ni siquiera de acostarnos. Te había dicho que te quería, y tú…

—¿Estás enamorado de Anabel? —pregunté.

No sé ni por qué lo hice; la respuesta estaba clara después de que te hubieras pasado meses viéndome a sus espaldas y no parases hasta que ella te sorprendió conmigo, pero, por algún motivo, necesitaba oírlo de ti.

Suspiraste con un cansancio que rayaba en el hastío.

—Aria, eres demasiado joven para entenderlo. El amor… no es lo que tú crees. No es esa locura, ese sentimiento… El amor es cariño, es tiempo, es costumbre…

Cerré los puños, cegada por las lágrimas y la ira. El mismo hombre que había alabado mis poemas de amor me decía que no lo entendía.

«¿Acaso el amor para ti es quedar con otra chica mientras tu novia —tu *prometida*— te espera en casa?», quería gritar, pero me callé.

—En otra vida, en otro universo… —seguiste con tu debacle sin sentido y tus hipótesis que no hacían más que daño—, claro que querría estar contigo, Aria. Pero no en esta. Estoy comprometido.

Tus labios decían eso, pero tus ojos me miraban con deseo, y tus versos bailaban en mi cabeza en forma de susurros que recreaban tus sueños y tus miedos.

Porque decías que estabas con ella, pero todavía no os habíais casado, y vuestro piso era alquilado, no comprado. No había nada físico que te atase a ella, nada tangible salvo ese anillo que había aprendido a odiar en tu dedo. Era tonta, pero pensaba que tenía alguna posibilidad; el hecho de que hubieras escondido aquel anillo tanto tiempo me daba esperanzas, igual que tus comentarios sobre hilos rojos y universos paralelos.

Era cierto, tenías un compromiso con ella, pero nada más. Y las palabras se las lleva el viento, a no ser que las dejes por escrito. Y con ella no escribías libros. Con ella no te pasabas las horas hablando, no recorrías el centro de Málaga andando hasta que te dolían los pies, no explorabas por las librerías descubriendo ejemplares de libros raros. Con ella no tenías lo que tenías conmigo.

Y sí, Anabel era una mujer inteligente, abogada penalista y con cuerpo de modelo. Yo no podía compararme con ella y, sin embargo, no podía quitarme de la cabeza la idea de que era mejor, o al menos mejor para ti. Aunque tú no pudieras verlo o te diera demasiado miedo. Porque eso era lo que te pasaba. Te daba miedo el amor. Lo comprendí mucho tiempo más tarde e incluso descubrí que existe una palabra para lo que te pasaba: filofobia.

Te enamoraste de aquella chica en tu adolescencia y, cuando Lola te rompió el corazón, decidiste que nunca volverías a darle a nadie la posibilidad de hacerte tanto daño. En tu juventud hubo chicas que entraron y salieron de tu vida hasta que Anabel apareció en el momento indicado, cuando estabas buscando la estabilidad y la rutina, la comodidad que ella te daba. Porque eso era lo que ella era para ti: era cómoda. Por eso no habías respondido a mi pregunta sobre si estabas enamorado de ella: porque no lo estabas. Porque no te habías vuelto a enamorar desde los veinte años, pero yo pensaba que podía enseñarte a hacerlo, quitarte ese miedo, prometerte que jamás te haría daño y ayudarte a quererme.

Tenías razón en una cosa: era muy joven, y también muy ingenua.

Me había dicho a mí misma que estaba preparada para el rechazo, pero no era así.

—Aria, no quiero perderte —confesaste después de un tiempo indefinido que pasé concentrada en mis pensamientos y en lo difícil que me estaba resultando no derrumbarme ahí mismo.

Yo negué con la cabeza.

—Déjalo, por favor. Para ya de hacer esto. Si no me quieres, ¿por qué me hablas de universos paralelos? Si nunca me has querido, ¿por qué me decías esas cosas cuando estábamos juntos?

—¿Qué cosas? —preguntaste, casi a la defensiva.

Por un segundo, mientras me mirabas como si no supieras de lo que estaba hablando, me quedé en blanco. En aquel momento dudé. ¿A qué me estaba aferrando?

Sacudí la cabeza. Me negaba a quedarme callada y darte la razón, a no enseñarte las heridas que me habías hecho. Quería que,

aunque no pudieras (o no quisieras) arreglarlas, al menos supieras que llevaban tu nombre y te sintieras culpable por ello.

—Que nunca habías sentido una conexión así con nadie, por ejemplo. O que estábamos conectados por el hilo rojo. —Hice una pausa—. Eso es romántico, Caín.

Me miraste muy serio.

—No tenía ni idea.

Caín Dimas Darvanda, editor jefe de una de las editoriales más importantes del país, no sabía el significado del mito asiático que conoce hasta un adolescente que lo único que lee son los enunciados de los exámenes que deja en blanco.

No me lo creí ni por un segundo, pero no iba a discutir contigo. No tenía sentido.

—Caín, para. —Ya estaba suplicando—. Si vas a rechazarme, hazlo bien.

Quería que esto se terminase ya, que dejases de mirarme a través de aquellos cristales oscuros mientras yo llevaba debajo de la ropa el único conjunto de lencería que tenía. Me lo había puesto porque había sido tan tonta como para pensar que quizá perdería la virginidad esa tarde. Ahora me sentía ridícula y humillada.

—Simplemente… dime que no.

Las palabras me rompieron por dentro.

—No, a ver, Aria, yo… —Negaste con la cabeza—. A mí me gustas y me atraes, y yo claro que quiero estar contigo, pero… Pero no ahora. En otro universo o si no funciona con Anabel…

Fruncí el ceño.

—¿No estás comprometido?

Cambiaste de postura, visiblemente incómodo, y te quise arrancar las gafas de sol de un manotazo.

—Bueno, sí —contestaste—. Yo quiero estar con ella siempre. Pero con estas cosas nunca se sabe.

Arqueé las cejas.

—¿Me estás pidiendo que espere? —pregunté, porque ya no iba a dejar nada a la interpretación.

—Te estoy pidiendo que seas mi amiga —pronunciaste despacio y muy serio—. Que vuelva a ser como antes.

Yo te miré sin saber qué decir.

—Yo nunca… Cuando te decía esas cosas, no pensaba que fueras a enamorarte de mí —mentiste, y sé que lo hiciste porque sabías perfectamente lo que sentía, porque lo habías sabido todo el tiempo, incluso antes que yo—. Que me pase esto a mi edad…

Ni siquiera habías cumplido cuarenta y ya hablabas como un viejo, como un hombre que ha asumido la monotonía y la costumbre como una parte de su vida, que se refugia en lo seguro, que pone su edad como excusa para no atreverse a vivir. Y conmigo habrías vivido. Habrías cumplido el sueño que llevabas persiguiendo toda la vida, el de ser escritor, ese que jamás te había parecido tan posible como cuando estuviste a mi lado. Podía verlo como si se hubiera abierto una ventana a uno de esos universos de los que no parabas de hablar: tú y yo publicando nuestros libros con la editorial que yo iba a heredar. Juntos habríamos sido imparables. Y a lo mejor la vida que hubieras tenido conmigo no habría sido cómoda, pero habría valido la pena contarla.

En cambio, la elegías a ella, a Anabel, a la mujer que estaba dispuesta a pedirte que renunciases a tus sueños si eso significaba

conseguirlos conmigo. Era una egoísta que prefería cortarte las alas para que siguieras a su lado antes que arriesgarse a verte volar. Yo, lejos de cortártelas, te habría dado las mías si hubiera hecho falta para que volaras más alto y te habría animado desde el suelo hasta que se me gastase la voz.

Hablabas como si te sorprendiera que yo me sintiera atraída por ti a pesar de la diferencia de edad. Pero a mí me gustaban las canas que se asomaban como manchas de sal entre la pimienta de tu pelo, en la cabeza y en la barba; las finas líneas que te rodeaban los ojos me parecían una preciosa evocación de cuánto te habías reído, y cada vez que las veía me recordaban lo mucho que me habías hecho reír a mí. Yo quería pasar más años contigo para ver si a mí me salían unas líneas gemelas. Las llaman patas de gallo; yo las veía como marcas de felicidad. Eso era lo que tú eras para mí: felicidad. No podía dejarte ir. Por eso supe que aceptaría ser tu amiga.

—Aria, no quiero perderte, eso lo digo en serio —continuaste—. Podríamos poner distancia y si es lo que necesitas, lo haremos, pero lo veo ridículo. A mí me encanta ser tu amigo y creo que a ti también te gusta ser mi amiga.

—Claro que me gusta —afirmé con una sonrisa salada.

—Pues sigamos así. Podemos volver a como era antes —dijiste recobrando ese entusiasmo que hacía que mi corazón bombeara luz en vez de sangre—. Podemos seguir con nuestro libro, continuaremos corrigiendo tu poemario, lo publicaremos y será un éxito. Recuperaremos la normalidad. Te acompañaré a tus firmas, y de vez en cuando quedaremos para tomar un gofre y criticar los clásicos.

«De vez en cuando», no «todas las semanas». Ya estaba cambiando. Nunca iba a volver a ser como antes, nada iba a ser «normal», no después de que Anabel nos hubiera descubierto en tu despacho, no después de tu silencio de dos semanas y de mi declaración. Todo había cambiado irremediablemente, pero yo me negaba a verlo.

—No quiero perderte —repetiste.

—Yo a ti tampoco —respondí con voz queda.

Pero te perdí. Te he perdido.

Ahora lo entiendo. Te he perdido para siempre. No te perdí aquel día en el parque; tampoco la segunda vez que nos vimos en ese mismo lugar, bajo el abrigo de una noche en la que mi vida cambió; ni siquiera fue el 3 de agosto, cuando me llamaste para que te ayudase a esconder el cadáver de Anabel. No te perdí cuando me negaste un beso, no fue cuando me echaste de tu vida, ni siquiera fue en la vista oral. No te perdí en ninguna de esas ocasiones, pero te fui perdiendo en todas, poco a poco, hasta que hoy por fin entiendo que no te voy a recuperar, que estás demasiado lejos, que siempre lo estuviste, y aquel día en el parque no fue más que el principio de una comprensión que me llevaría meses alcanzar y que me rompería por dentro cuando lo hiciera: yo nunca te tuve. No realmente.

Pero todavía estaba en la fase de negación, aún sin poder siquiera hacerme las preguntas que me llevarían a unas conclusiones demasiado dolorosas.

—Entonces ¿qué me dices? —preguntaste—. ¿Lo intentamos? ¿Podemos ser amigos?

Incluso mientras asentía con la cabeza, ya estaba pensando en cómo hacer para que te dieras cuenta de que en el fondo estabas enamorado de mí. Nunca pudo salir bien, pero tú eras capaz de venderle hielo a un esquimal y a mí me vendiste la moto, como tantas otras veces, porque sabías que haría cualquier cosa que me pidieras.

Juntos cavamos la tumba de Anabel, pero yo empecé a cavar la mía cuando te dije «sí».

Con cariño,

Aria

15

94 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Hoy te he visto.

Por la tele, obviamente.

Hacía un tiempo que no ponían noticias del caso. Cuando todo ocurrió, se hizo viral en cuestión de horas y todos los periódicos principales del país se inundaron con titulares del tipo: «Asesinos en MM Editores: heredera y editor jefe de la editorial en prisión por la muerte de Ana Belén Blanco». Ahora, que apenas quedan tres meses para el juicio, han vuelto a sacar el caso a relucir. De vez en cuando algún periodista hace un repaso de los acontecimientos y va preparando al público para el gran evento, para el juicio en el que se decidirá todo y que, sin ninguna duda, será el tema de conversación de los programas de cotilleos durante semanas.

Normalmente evito ver esa clase de noticias. Mi abogada me tiene prohibido conceder ninguna entrevista, pero eso no evita que ocasionalmente salgan artículos sobre la hija del millonario capaz de hacer lo que sea por amor. Después de años siendo «la niña superdotada», que me representen como «la pobre niña rica» es

más de lo que puedo soportar en el infierno particular que estoy viviendo.

Pero esta vez la noticia iba sobre ti. Quizá por eso me he detenido cuando la he visto en la televisión de la sala de día. Te estaban haciendo un reportaje, la clase de entrevista que iría en el típico documental de *true crime* sobre el asesino americano a la española: *Caín: el primer asesino*.

La estrategia de tu abogado parece ser diametralmente opuesta a la de la mía: te llaman mucho menos que a mí, pero nunca rechazas salir en los medios. Ahí de pie, me pregunté si lo haces para ganarte la simpatía del público o si es porque necesitas dinero para pasarle a Daniel. Algo se me encogió en el pecho al pensar en tu situación familiar, pero la tristeza ha pasado de ser un peso que me oprimía los pulmones a un dolor sordo que me palpita debajo de la piel al ritmo de los latidos de un corazón que ya funciona por pura inercia. Como tantas otras cosas, lo percibo como si alguien me hubiera anestesiado los nervios sensoriales, como si el sentimiento no fuera del todo mío. A veces me pregunto si me hiciste tanto daño que ya he perdido la capacidad de sentir dolor plenamente.

En la comida, he escuchado que algunas internas comentaban que, efectivamente, eres un hombre que llama la atención, y que ellas también te habrían hecho un favorcito. Claro que no esconder el cadáver de tu mujer. Según ellas, ese es el comportamiento de una absoluta demente, lo cual dice mucho de mí, teniendo en cuenta que el comentario viene de asesinas, narcotraficantes, ladronas y estafadoras a las que, por cierto, nadie les ha pedido su opinión. Aunque yo tampoco soy mejor que ellas, ¿no? Al fin y al cabo, ayudé a encubrir un homicidio.

En cualquier caso, tu fantasma me ha perseguido el resto del día. Horas después de haber visto el reportaje, sigo sintiéndote al lado cada vez que cierro los ojos. Fue lo que me ocurrió los días posteriores a nuestra conversación en el parque: continué con mi vida, pero una parte de mí se quedó en ese banco, junto a aquel lago, y, cada vez que me distraía, volvía a estar ahí, viendo mi reflejo en el cristal de tus gafas de sol. Fueron días en los que mis emociones todavía eran tan intensas que resultaban casi insoportables, pero en los que me desviví por interpretar el papel de amiga con la que nunca tenías tiempo para quedar y que te sonreía por los pasillos, aunque al verte se me revolviera todo por dentro.

Lo pasé mal. Fueron jornadas de muchas lágrimas, poco sueño, mucho gimnasio y poca comida, lo cual nunca es buena combinación.

Dana me decía que llevaba mal el rechazo y un día incluso me envió una foto de un cadáver que, según ella, se parecía a ti. Era su forma de invitarme a odiarte (algo que, al parecer, según su criterio médico, implicaba pensar en un fiambre cada vez que te viese). Cuando recibí la foto, apenas conseguí llegar al baño antes de que lo poco que tenía en el estómago me subiera por la garganta y me dejase toda la tarde con sabor a bilis y a frustración.

Porque no era rechazo. Ese era el problema: tú no me habías rechazado, no me habías dicho que no quisieras estar conmigo, sino todo lo contrario. Habías admitido que querías estar conmigo, y yo quería estar contigo. No entendía por qué, siendo así, no estábamos juntos. A mí me sobraba amor, pero este no bastaba para sustituir el que tú te negabas a reconocer que sentías.

Analicé nuestra conversación tantas veces que desgasté las frases como si estuviera pasando los dedos por encima de las líneas de un diálogo en una obra de teatro que había comenzado como una historia romántica y se había convertido en una parodia cruel.

Las palabras «amante», «preciosa» y «universo paralelo» me daban vueltas en la cabeza, y me preguntaba por qué. Por qué no podíamos vivir en uno de esos universos paralelos, por qué los habías nombrado si no querías estar conmigo, por qué parecía que realmente deseabas que viviéramos en uno de ellos.

Porque no me habías rechazado, no del todo.

Ese era el problema.

Con cariño,

Aria

16

85 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Hubo un punto en el que ya no pude soportarlo. Llevábamos unas tres semanas actuando con «normalidad», aunque de pronto lo que antes habían sido tus huecos libres estaban llenos de «reuniones», siempre tenías el móvil apagado por las noches, y nunca te venía bien hablar más de unos pocos minutos. De forma repentina, la palabra «normal» adquirió toda una nueva gama de acepciones que hasta la fecha yo no había conocido.

Y lo intenté, te juro que lo intenté. Hice todo lo que decían que tenía que hacer: traté de no pensarlo, de no darle importancia, de comprar tus explicaciones baratas y obligarme a tragármelas. Me centré en mí, en hacer un ejercicio que no necesitaba y en ponerme cremas que ni siquiera me gustaban; incluso fui a un spa, aunque salí de allí con más ansiedad de la que había tenido cuando entré.

Lo intenté todo. Por las mañanas, antes de ir a la oficina, me ponía delante del espejo y me prometía que no iba a maquillarme, que ese día no iba a arreglarme; si quería que fuéramos amigos, tenía que demostrarte que no me importaban esas cosas. Pero

durante todo el fin de semana planeaba el modelito del lunes, así que me plantaba uno de mis mejores vestidos y me pasaba treinta minutos maquillándome, jurándome que era la última vez y sabiendo que al día siguiente volvería a ocurrir lo mismo.

Quería escribirte, pero no me salía, así que esperaba a que lo hicieras tú. Te veía en línea y a veces lloraba sobre nuestras conversaciones antiguas mientras me preguntaba con quién estarías hablando; sentía que nadie tenía derecho a tu atención salvo yo, porque nadie —ni siquiera Anabel— te había querido jamás como te quería yo.

Esperaba un mensaje, una llamada. Nunca me dabas nada. Te pregunté un par de veces, en persona y por teléfono: «¿Te pasa algo?». Me juraste que no, que estabas en una situación complicada, pero que creías de verdad que podíamos ser amigos.

El problema era que ya no éramos amigos.

Decíamos que lo éramos, pero antes hablábamos a diario y en los últimos veinte días sólo nos habíamos comunicado cuatro veces. Tres de ellas para hablar de todo este asunto y de cómo resolverlo (o más bien de que yo hablase y tú te anduvieses con evasivas y ambigüedades que me torturaban por las noches y hacían que mi cabeza se llenara de universos paralelos imposibles y de bucles obsesivos). La cuarta había sido para hablar del poemario, que tú me habías asegurado que retomaríamos «en cuanto tuvieras más tiempo».

Porque, dijéramos lo que dijéramos, el camarero de La Bella Julieta ya se había olvidado de nuestros nombres, y nuestro libro se había quedado congelado para siempre en medio del capítulo en el que (irónicamente) nuestros personajes tenían que esconder un

cadáver. Ese capítulo con el que habíamos llorado de la risa mientras escribíamos, pero ya no había risa ni prosa ni poesía. Ya no había nada. No éramos amigos. No éramos nada.

Y yo no podía aceptarlo: me negaba a ser nada cuando lo habíamos sido todo.

Entonces me llegó la noticia de que habías pospuesto indefinidamente el lanzamiento de mi poemario y, en un arranque de indignación, llamé a mi padre.

No es algo de lo que esté orgullosa, pero no podía soportar la manera en la que tú me estabas borrando de tu vida. No recuerdo los detalles de la conversación, pero cuando le pregunté por qué había permitido que pospusieses de esa forma la publicación del libro, que supuestamente iba a salvar al negocio de la quiebra, escuché un suspiro pesado al otro lado de la línea.

—Aria, cariño, fui yo quien le dijo que lo aceptara.

Y esas palabras fueron como una bola de demolición que acabó con lo que quedaba de nuestra Verona: echó abajo todos los edificios, los sueños, los planes, los castillos en el aire. Y yo me quedé ahí, sepultada bajo las capas de polvo y las mentiras, sin poder respirar mientras mi padre me explicaba que mi libro sería una gran adición a la línea de poesía, pero que, todo este tiempo, la editorial había seguido buscando su ansiado best seller. De hecho, tú estabas ocupado trabajando con un autor nuevo en un thriller bastante prometedor y no tenías tiempo para seguir con los poemas en este momento. O eso le habías dicho a mi padre.

—Hija, por favor, no te enfades —me rogó—. Necesitamos una novela en español, y tú no tienes ninguna, ¿verdad?

No lo dijo de forma condescendiente, pero me dejó herido un orgullo que yo ya creía tocado y hundido. ¿Podía ser más humillante la situación?

—Aria, yo sé que tú quieres ganarte las cosas por méritos propios —siguió diciendo—, pero no puedes hacer como si no fueras mi hija. No es malo que lo seas…

—Por favor, para.

No sé si no me escuchó o simplemente le dio igual.

—Es la verdad, hija mía. Un día heredarás la editorial y publicarás lo que quieras.

Él siguió hablando, pero ahora era yo la que no estaba escuchando.

No me conocía. Yo nunca haría algo así. No quería publicar por el mero hecho de ver mi nombre en el canto de un libro, sino porque el contenido fuera bueno y lo mereciera. Quería ser una autora de prestigio, no simplemente la hija del jefe. Tú lo sabías perfectamente, lo cual sólo hacía que toda aquella situación fuera todavía más hiriente.

—Tengo que irme —zanjé al cabo de un rato.

Colgué cuando estaba a medio camino entre la ira y el llanto, entre la destrucción externa y la interna. Opté por algo intermedio: me fui al gimnasio y me quedé ahí hasta que me temblaron incluso las vísceras. Entre sudores y dolor, me di cuenta de algo que, en un primer momento, había pasado por alto en la conversación: mi padre te había dicho que aceptases el poemario, sí, pero nunca te había pedido que trabajases en él personalmente. De hecho, mientras yo estaba ocupada sintiéndome ofendida, él me había

comentado que la decisión le había sorprendido, sobre todo viniendo de alguien con tanto trabajo como tú.

De manera que habías elegido trabajar en mi libro, cuando sabías que no iba a ser un superventas, y ¿por qué motivo? El bochorno dejó paso a la única respuesta posible: por mí. No había otra explicación. Lo habías hecho para estar conmigo. ¿Por qué otra razón te habrías leído mis libros en inglés? Estaba claro que, por algún motivo, yo te había interesado desde el principio. Yo te gustaba, te *encantaba*. Por eso me estabas evitando: porque no se evita lo que no es peligroso, y yo me había convertido en una tentación. Y llegó un punto en el que decidí que me conformaba con ser eso, la tentación, si ese era el único lugar que podía tener en tu vida. Escogí el dolor de tenerte a medias por miedo al dolor de no tenerte.

Quizá fue una mala interpretación de la situación, resultado de mi desafortunado hábito de darle demasiadas vueltas a todo hasta que acabo enredándolo tanto que no distingo el principio del final. En cualquier caso, esa interpretación —correcta o no— fue solamente uno más de los motivos que me empujaron a la tercera planta al día siguiente.

Ni siquiera llamé a la puerta de tu despacho y la cerré de un portazo sin importarme nada ni nadie.

—¿Se puede saber a ti qué te pasa? —dije sin miedo a levantar la voz; al fin y al cabo, el despacho estaba insonorizado.

Me temblaba todo. Llevaba un vestido de encaje sin mangas que había conseguido en una tienda de segunda mano de Puerto Banús y, aunque estaba puesta la calefacción, tenía la piel de gallina.

Levantaste la vista de tus papeles y me miraste con esa cara tuya de inocencia. La ausencia de enfado por mi falta de respeto me molestó, igual que lo había hecho la falta de peleas hasta ahora. Era consciente de que, por tu situación familiar, tenías tendencia a evitar el conflicto, pero yo quería que te peleases conmigo, que me demostrases que te importaba, porque el único que no lucha en esta vida es el que no tiene nada por lo que sangrar.

—¿Qué me pasa? —repetiste.

—Te escribí anoche, ¿por qué no me contestas?

—No he mirado el móvil. He estado liado —respondiste vagamente.

—Y una mierda.

Sonaba como una loca, parecía una loca. Estaba ridículamente arreglada para hablar con un supuesto «amigo» y encima, por segunda vez, me había puesto mi único conjunto de lencería debajo del vestido. Por un momento sentí vergüenza, miedo, un instinto atroz de darme la vuelta y salir corriendo. Pero tomé aire y planté los pies en el suelo. Los dos sabíamos que esto no era por los mensajes ni por las llamadas perdidas, que no era por las conversaciones anodinas y brutalmente incómodas en el ascensor.

—Mira, Aria, no sé lo que te pasa —empezaste, conciliador; siempre tan conciliador, pero tu calma, lejos de tranquilizarme, hacía que me ardiera la sangre—. Pero por mi parte está todo bien, como siempre. Yo estoy como siempre…

—Déjalo ya, por favor —te interrumpí.

Me miraste con los ojos muy abiertos, sin pestañear, y yo evité el reflejo de mi rostro contorsionado en tus pupilas mientras me tragaba el llanto para seguir, aunque me temblaban las cuerdas

vocales y mi voz parecía la canción de un piano con las cuerdas rasgadas y medio rotas.

—No digas «como siempre», porque ya nada es como siempre. Si fuera como siempre, me habrías contestado o incluso me habrías escrito tú antes porque llevábamos mucho tiempo sin hablar. Si fuera como siempre, no habría tenido que enterarme por Amanda de que has pospuesto el lanzamiento del poemario. Si fuera como siempre, el miércoles pasado habríamos ido a La Bella Julieta, *como siempre*.

—Aria, esta es una situación complicada. Yo quiero que sigas en mi vida, pero no puedes esperar que después de una declaración como esa todo siga exactamente igual. Yo no puedo hacer como si no hubiera pasado tan fácilmente…

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes hacerlo? Porque yo lo estoy intentando: yo te escribo, yo te cuento cosas, te sonrío, aunque me mata por dentro, y saco ganas de donde no las hay para levantarme todos los días fingiendo estar convencida de que esto puede funcionar. Y me cuesta. Dios, me cuesta la vida. Pero ¿a ti? ¿Qué problema tienes tú? Si no me correspondes, ¿por qué parece que es más difícil para ti de lo que es para mí? Estoy empezando a pensar que todas esas menciones a universos paralelos no son fruto de tu incapacidad para decir que no, sino de un deseo que ni siquiera te reconoces a ti mismo de que viviéramos en uno de ellos. A la mierda con la editorial y con la diferencia de edad. Nada de eso es importante, y lo sabes. Lo único que importa es que tú quieres algo y no lo estás admitiendo.

Se me escapó una de las mil lágrimas que estaba conteniendo, y tú te aproximaste a mí. Lejos de estar enfadado, tenías los labios

fruncidos y los ojos te brillaban con una tristeza que era hermana de la mía.

—Aria… —susurraste. Pero, antes de colocarme una mano en el brazo para consolarme, te frenaste, y tu mano se quedó ahí, flotando entre nosotros.

La miré, te miré a ti.

Te cogí la mano. No la apartaste.

—Caín —te dije, sin añadir nada más. Era un nombre, un deseo, una promesa.

Me acerqué a ti. No te apartaste.

Nos miramos a los ojos.

—Con lo fácil que era antes —te lamentaste, pero seguías sin apartar la mano.

Inspiré hondo e hice uso del último ápice de fuerza de voluntad que me quedaba, de mi última intención de terminar con esto como adultos y dejarlo zanjado de forma madura.

—Dime que me vaya —te ofrecí—. Dime que me vaya, y me iré. Te echaré de menos toda la vida, pero me iré.

Tus labios se separaron, pero de ellos no salió ningún sonido.

Entonces nos sincronizamos: el tiempo que tú tardaste en dudar fue el tiempo que yo tardé en ponerme de puntillas, despacio, sin prisa, como una bailarina en el último paso de una danza que culminó cuando nos acercamos, igual que dos estrellas fugaces que se cruzan sin darse cuenta, y nuestros labios se encontraron al mismo tiempo.

Mi lengua pasó a ocupar el espacio que antes habían ocupado tus dudas, tú me enterraste las manos en el pelo y con ellas me

rodeaste los huesos de la cabeza, en la que habían vivido tantas otras preguntas.

Nuestras respiraciones se aceleraron, acompasadas en su descontrol, compartiendo el mismo caos, nuestro caos, en un baile frenético. No hablamos, pero nuestras bocas se dijeron todo lo que nuestros dedos no podían transmitir ni siquiera en mil libros, y, en ese silencio agitado, tú me enseñaste una nueva dimensión de las palabras.

Hasta ese momento, había desconocido el verdadero significado de la palabra «entrega», la acepción en la que se convierte en casi sinónima de «rendición». Porque, cuando me tocaste, me entregué a ti como quien se rinde a algo más fuerte, con una falta de voluntad voluntaria, dejando que mi cuerpo se apoyara sobre el tuyo y que me moldearas con tus dedos como si fuera una estatua de arcilla o una historia que ibas escribiendo. Pasaste las manos por mis curvas y mis huesos, dibujando cada línea mientras me desvestías y le dabas a mi cuerpo una nueva forma, un nuevo sentido.

Cuando te quitaste la camisa y me besaste, le diste también un nuevo significado a la palabra «abandono», algo que era más que un alivio, que era más bien una resolución, una conclusión lógica a la que mi vida me había estado llevando, pero a la que me había resistido por miedo. Comprendí entonces todo el placer que me había estado perdiendo durante tanto tiempo.

Así que intenté aprovechar el momento. Tocarte, besarte, quererte con todo el sentido de la palabra, de una forma en la que nunca había querido antes y sabía que nunca lo iba a volver a hacer. Pero mis movimientos eran torpes, inexpertos, y, como siempre, mi cabeza era más fuerte que mi cuerpo, así que las dudas me

asaltaron, saliendo a la superficie como burbujas de un lago que se mantenía congelado bajo la piel ardiente de tus manos.

—Espera —balbuceé sintiéndome como una cobarde. Como una niña.

Tú te apartaste, y yo me encogí. Estaba en ropa interior y de pronto sentí una vergüenza tremenda. Mis ojos se escaparon de mi control y recorrieron tu torso desnudo, las líneas de los músculos perfectamente dibujadas, esos brazos que hacía unos segundos me habían sujetado como si fuera lo único que los atase a este mundo.

Esos brazos que habían agarrado, seguramente, a muchas antes que a mí.

De pronto, sentí los años que nos separaban como una brecha entre nosotros. De ella salía un aire frío que erizaba mi piel, terriblemente expuesta.

Tenía veintitrés años y era virgen. Siempre había sabido que esa era una situación a la que le habría podido poner remedio en cualquier momento; porque si una mujer quiere sexo, no le cuesta demasiado conseguirlo. Sin embargo, no lo había hecho y ahora me sentía pequeña a tu lado, infantil, inmadura. Me arrepentí de haber esperado a la persona indicada para aquel momento; me gustaría haber tenido más experiencia, haber sabido más para tener la seguridad de que lo haría bien.

Ya me habías visto desnuda en el sentido más profundo de la palabra y quizá en el único que importaba: habías leído mis poemas, en tus manos había colocado mi confianza y con ella mi alma, llena de manchas de tinta que no conseguían disimular del todo las cicatrices. Te había desvelado, por algún motivo que entonces ni

siquiera lograba comprender del todo, secretos que jamás había confesado, ni siquiera en terapia.

Todo eso era mucho más importante, la vulnerabilidad emocional en la que me encontraba frente a ti era mucho mayor que la diferencia de nuestra experiencia sexual. Y, sin embargo, cuando tu mano había rozado el encaje de mi ropa interior, algo en mí se había frenado.

—Aria, ¿estás bien?

Creo que me puse roja cuando me volviste a tocar.

No fui capaz de mirarte; tenía los ojos llorosos, pero esta vez de rabia. Me había equivocado al pensar que, por el hecho de que tú me conocieras tan bien, quitarme la ropa no sería más que un mero trámite. La diferencia entre la desnudez física y la desnudez psicológica es que la desnudez psicológica no es física, pero la desnudez física sí que es psicológica.

Está claro que las personas no somos sólo alma o mente, que también tenemos un cuerpo. Y Dios sabe que el mío siempre me ha dado muchos dolores de cabeza.

Bajé la vista y alcancé a verme los huesos, sobresaliendo bajo las capas de piel pálida. Por algún motivo, sentí asco por este cuerpo que nadie había tocado antes y, no por primera vez, me pregunté si realmente era porque yo no había querido o porque en el fondo sabía que nadie desearía tocar a alguien así. Si me miraba al espejo, podía trazar sin problemas el recorrido de cada una de mis costillas desde el esternón hasta las vértebras que me sobresalían por la espalda como espinas de un rosal, pero, en ese momento, me vi gorda.

«No es suficiente —pensé con cierta repulsión—. Nunca será suficiente».

Negué con la cabeza.

—Perdona, es que yo… Esto es nuevo y… me asusta un poco.

Tú me miraste sin una pizca de todo lo que yo sentía por dentro: en tus ojos no había desprecio, vergüenza ni enfado, sino simplemente un brillo que interpreté como comprensión.

—No te preocupes. —Te acercaste más a mí y apoyaste la frente contra la mía—. No hay prisa, no tiene por qué ser ahora.

Tuve miedo de perderte en ese momento, de que decidieras tomar en serio esa propuesta descabellada que te había hecho sin saber si sería capaz de cumplirla:

«Dime que me vaya, y me iré. Te echaré de menos toda la vida, pero me iré».

Pero entonces me diste un beso que me quitó todas las dudas y con el que terminé de comprender lo que significa entregarse a alguien: yo era tuya.

Siempre seré tuya.

Aria

17

83 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Celia, mi compañera de celda, me ha propuesto que nos acostemos.

No quiero entrar en tópicos, pero aquí estas cosas pasan.

Celia es algo más joven que yo. Tiene una melena rubia, casi blanca, que flota como un halo alrededor de su cabeza y parece que está hecha de humo y va a desaparecer en cualquier momento, igual que el resto de ella. Es muy pálida, menuda, y da la sensación de que un soplido hará que el pelo se le desprenda de la cabeza como si toda ella fuera un diente de león, y entonces permanecerá sólo ese cuerpo casi infantil, con las mismas curvas que el tallo de una flor, tan pequeño y delgado como un deseo o un fantasma, como algo que realmente no está ahí. Es guapa de una forma algo rara; tiene la belleza de las cosas frágiles, rotas. Aunque supongo que es normal: ninguna de las que estamos aquí está entera.

No creo que pudiera decirse que somos amigas, porque yo no tengo de eso, pero es la única persona con la que comparto tiempo en la cárcel. Que sea de forma forzada no cambia la realidad de que

solamente he mantenido una conversación que vaya más allá de unas pocas frases con ella. Al principio, cuando era la novedad, el resto de las internas me abordaban con sus motes, insultos y curiosidad morbosa, pero, a medida que ha ido pasando el tiempo, el interés ha ido disminuyendo, y ya no me prestan demasiada atención. Cuando lo hacen, nunca es para nada bueno (salvo que aliñar la sopa con saliva se considere un favor), así que prefiero que mantengan las distancias.

Normalmente, Celia tiene una actitud bastante ausente: la mayor parte del tiempo es como si, igual que su cuerpo, su mente estuviera a medio camino entre este mundo y algún otro lugar en el que reina lo etéreo y el suelo está hecho de niebla. Pero últimamente se interesa mucho por la escritura, aunque no se haya leído una sola novela en su vida, por mis rizos («¿Cómo se llamaba el producto que te echas para que se te quede el pelo así?», «¿Esas mechas son de peluquería o te salen naturales con el sol?»), por el sabor de la gelatina que me he tomado de postre… Y, aunque la celda es pequeña, tanto roce no puede ser accidental.

Cuando ayer por fin se animó a hacer explícita su propuesta, no me sorprendió demasiado, y mentiría si dijera que no me planteé aceptarla. Al fin y al cabo, ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Le dije que no, pero, por la noche, tras horas de dar vueltas en la cama, acabé metiendo la mano entre las sábanas.

«Sólo para quedarme dormida», me dije, pero sabía perfectamente que era mentira. Buscaba algo. No sé el qué. ¿Alivio? ¿Consuelo? ¿Más sufrimiento?

Enseguida me puse a pensar en la primera vez que tuvimos relaciones. No ese primer intento en tu despacho, sino unos días después, cuando el deseo retenido había tenido tiempo de crecer lo suficiente para superar en tamaño y peso a mis miedos. Y fue increíble.

Lo único real éramos tú, yo y nuestras respiraciones, como si el mundo al otro lado de la ventana se hubiera terminado; pero, en lugar de ser algo trágico, era perfecto, incluso catártico, como si fuéramos los únicos supervivientes de una catástrofe y ese momento congelado al filo del fin del mundo fuera eterno.

Y me quedé ahí, en ese momento. Toda la vida. Cada día desde entonces he sentido la ausencia de la parte de mí que se quedó en tu despacho, sobre esa mesa encima de la que me colocaste como si fuera algo precioso y delicado, donde me apartaste las manos del pecho y me hiciste sentir como una mujer guapa por primera vez en mi vida. Nunca había estado al mismo tiempo tan enajenada y tan consciente de mi cuerpo como aquella mañana en la que me borraste los miedos y me arrancaste gemidos y sonidos que apenas reconocía.

Me susurraste al oído cosas que no recuerdo, aunque todavía puedo evocar el calor de tu respiración sobre mi cuello, cada vez más acelerada, mientras yo temblaba debajo de ti. Me besaste hasta que se me tensaron los músculos y te apreté, y juro que nunca me he sentido tan cerca de nadie, tan unida a nada, ni creo que lo vuelva a sentir.

Cuando te relajaste dentro de mí, un segundo después de que yo dejara escapar entre dientes apretados un grito de placer apenas contenido, me deshice de alivio y cansancio en tus brazos. Te

alejaste, y enseguida sentí el frío en mi interior donde segundos antes había estado tu calor.

Durante las siguientes semanas repetimos la experiencia y, a medida que fui cogiendo confianza, probamos cosas nuevas. Fuiste paciente, pero también exigente. Al fin y al cabo, un editor es una especie de profesor, y no tardaste en adoptar ese rol. Y yo estaba encantada de aprender contigo, de dejarme guiar por ti como lo había hecho con mis poemas, pero esta vez con mi cuerpo. Las jerarquías estaban mal; las balanzas, desequilibradas. En el fondo, siempre estuviste por encima de mí. Pero a mí me daba igual. Es más, me gustaba. Que alguien como tú hubiera elegido a alguien como yo me hacía sentir especial, y yo me esforzaba, como una alumna aplicada, en estar a la altura de lo que esperabas de mí. Me trataste igual que a mis versos: con respeto, pero con firmeza.

Recuerdo una vez que me empotraste contra la estantería y varios libros de la editorial se cayeron a mis pies, justo al lado de mi tanga. Es una escena que revivo de vez en cuando, que reviví anoche, con Celia dormida en la cama de arriba y los dedos entre las piernas, intentando llenar ese espacio que dejaste hueco.

Pero nunca lo consigo.

Desde que nos separamos, no he vuelto a sentir verdadero placer y, para serte sincera, no creo que sea capaz de hacerlo con nadie que no seas tú. A veces pienso que tú eres la única persona con la que me puedo entender tan bien con las palabras como sin ellas, y, desde que no estás, no son los orgasmos lo único que he perdido: es el ritmo de mis frases, el brillo de la tinta de mi pluma, el brío de mis pasos, el sonido de mi propia risa —que nunca había escuchado

tanto como durante los meses que compartimos—, el revoloteo de mi corazón cuando me mirabas a los ojos.

Anoche acabé llorando. Con los dedos húmedos, el corazón seco y ese vacío inmenso comiéndome por dentro.

Es probable que escribir esto no ayude. De hecho, no sé si nada de lo que estoy escribiendo me ayuda realmente o si sólo me hace más daño, pero no puedo parar de hacerlo.

Como nos pasó a los dos durante esos primeros meses: simplemente no podíamos parar.

No me gusta caer en los clichés que tanto criticábamos, pero fuimos uno de ellos. Después de nuestras primeras veces *juntos* en esa nueva acepción más física de la palabra, el resto fue como en las películas: encuentros clandestinos, susurros con buenas intenciones. «Tenemos que parar», decías, y yo asentía mientras te montaba en la parte de atrás de tu coche con el anhelo que nada más que la desesperación puede provocar. Cada vez podía ser la última, y ambos lo sabíamos.

Pero no éramos capaces de dejarlo. Nos volvimos adictos. Al olor de nuestras pieles, al suspiro de nuestros alientos, a la forma en la que encajaban nuestros cuerpos con la sencillez que sólo tiene un capricho en medio de un mundo complicado, algo que realmente está fuera de lugar. Era como si, a medida que yo descubría cosas nuevas, tú recordaras aquellas que habías olvidado, como si estuviéramos escribiendo otra historia juntos, una de tradición oral que se perdería cuando nuestros cuerpos se separasen, pero nos daba igual. Me acompañaste en todas mis primeras veces y, al hacerlo, fue como si lo fueran para ti también, como si, estando conmigo, recuperaras el ardor y la pasión de la inocencia, la emoción

del principio, la ilusión del necio que no sabe lo que hay al final del camino.

Y eso es lo que fuimos: necios. Al principio intentamos seguir como antes de nuestra separación, quedábamos y tomábamos algo, pero pronto las conversaciones iban a lugares que no nos apetecía visitar, y el pasado dejaba de ser un lugar cómodo con tanta incertidumbre acechando en el futuro, así que nos refugiamos en el presente: en tu cuerpo contra el mío, mis arañazos en tu espalda, tus manos guiando mis caderas, mi boca recorriendo tu cuello.

Me dijiste todas las frases del guion: «Voy a dejar a Anabel, lo prometo». «Te quiero a ti, Aria». «Sólo tengo que encontrar el momento». «Es una situación complicada».

Y yo repetí todas las frases de mi parte: «Lo entiendo». «Te esperaré lo que haga falta». «No te preocupes, yo te querré siempre».

Esperaba tus llamadas con una impaciencia agónica; buscaba un minuto contigo como un adicto a la cocaína busca un gramo; perseguía un pico de euforia, aunque me costase días de obsesiones; repasaba cada una de nuestras conversaciones cuando no contestabas un mensaje, preguntándome si había hecho algo mal, si te habías cansado de mí, si habías cambiado de idea, si en ese momento estabas con ella.

Me puse enferma: vomitaba por las noches cuando soñaba contigo en la cama con ella; temblaba de miedo cuando no me cogías una llamada, pensaba que no me volverías a responder; compraba ropa como una paranoica con la esperanza de impresionarte; siempre buscaba tu mirada, aunque, al final, tú ya apenas me vieses.

Porque eso fue lo que pasó: dejaste de verme. Veías la carne, el placer, el alivio. Veías un respiro, un paréntesis, un par de piernas entre las que esconderte de la vida.

Todavía me acuerdo de un día en concreto, casi tres meses después de nuestra primera vez. Habíamos quedado en un parking y nos habíamos metido mano detrás de tu coche porque yo te había dicho que tenía calor dentro; en realidad lo que ocurría era que olía a perfume —a *su* perfume— y no podía soportarlo.

—Me estoy leyendo un libro —te dije al terminar.

Tú levantaste la vista de la corbata que estabas anudando y me miraste como si no me conocieses.

Me arreglé el pelo un poco con las manos y continué hablándote.

—Es de una autora que no es muy conocida. Va de que un día de pronto la Tierra deja de girar —expliqué forzando las palabras una por una, fingiendo que estábamos manteniendo una conversación como los cientos que ya habíamos tenido, pero esa, por algún motivo, se me antojaba no sólo extraña, sino incómoda—. Los días cada vez son más largos, y entonces se empiezan a morir algunas plantas, y los animales se vuelven locos. Hay personas que intentan adaptar sus biorritmos a la nueva realidad, pero otras se obligan a seguir con el reloj de veinticuatro horas.

Asentiste e hiciste un ruido para indicar que me estabas escuchando mientras te colocabas la camisa por dentro del pantalón y recogías tu cartera del suelo sin mirarme.

Me tragué el llanto que amenazaba en mi garganta.

—Y hay dos personajes, un chico y una chica, que se enamoran, y a ellos les da igual todo: que el mundo se pare, que los días no se acaben o que las noches duren para siempre. Porque ellos se

quieren. —Se me escapó una lágrima, pero tú no la viste—. Ellos se quieren y les da igual si van a morirse mañana, porque lo único que quieren es tener un último día juntos, ya dure treinta horas o treinta minutos.

Por fin me miraste a los ojos, pero ni siquiera te fijaste en el brillo cristalino que los cubría.

—Suena bien —dijiste por cumplir, aunque se te notaba que no me estabas prestando atención—. Oye, me tengo que ir, pero cuando tenga un hueco en la oficina te aviso y puedes subir…

—¿Quieres que lleve las libretas? Podríamos seguir con nuestra historia. —Ignoré que me mirabas como si te hubieses olvidado del libro que antaño te había llenado de ilusión—. O podríamos charlar, simplemente. Charlar como antes, de libros y eso.

—Ahora mismo no tengo mucho tiempo para leer —comentaste distraído, y los ojos se te fueron al reloj—. Mierda, llego tarde —murmuraste.

Levantaste la vista para darme un beso de despedida, pero cuando por fin viste las lágrimas que me surcaban las mejillas te detuviste.

—¿Qué pasa?

—Ya nunca hablamos —me lamenté—. No hablamos como antes. Es sólo sexo. Y me gusta, de verdad, pero… te echo de menos.

Suspiraste con un agotamiento que hizo que se te hundieran las arrugas de la cara; fue casi como si quisieras subrayar nuestra diferencia de edad, recordarme que yo para ti era una niña y que, como me habías dicho más de una vez, «había cosas que no entendía».

—Te aviso cada vez que tengo un hueco. A mí también me gustaría tener más tiempo, pero es lo que hay. Es complicado y, sinceramente, no sé qué más quieres.

—Te quiero a ti. —Las palabras se rompieron en mi garganta y me rasparon la lengua al salir porque no creía que fuera necesario explicarlo—. Te quiero como antes. Quiero que hablemos, que merendemos en La Bella Julieta, que sigamos con nuestro libro, que vayamos a la papelería a decidir qué boli nos compraremos cuando seamos famosos y nos duela la mano de tanto firmar libros.

—Quieres escribir —dijiste con pesadez, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar que la conversación te estaba aburriendo, que no te importaba.

Ahora me tocaba a mí mirarte como si fueras un desconocido. ¿Escribir? Casi me dieron ganas de reírme. Ya te había contado que estaba bloqueada desde que dejamos nuestro libro en pausa a causa de la *interrupción* de Anabel. No sabía si no te acordabas o si simplemente te daba igual.

—No, quiero estar contigo —aclaré. Me acerqué y coloqué una mano sobre tu pecho—. Escribir me da igual. —No era del todo verdad, pero realmente sentía que no podría volver a hacerlo si no era contigo—. Pero echo de menos que escribamos juntos. Y echo de menos hablar y pasar contigo más de veinte minutos en los que ni siquiera te da tiempo a contarme qué tal te ha ido la semana.

Diste un paso atrás y te pasaste una mano por la frente sacudiendo la cabeza.

—Mira, yo… hago lo que puedo, ¿vale? Querías sexo y lo tienes. Ahora quieres lo de antes, y yo quiero dártelo. De verdad que sí, pero en esta vida no se puede tener todo, y esto es muy

complicado. No sé qué más puedo decirte, no sé qué puedo hacer. —Volviste a mirar el reloj—. Tengo que irme. He quedado con Anabel para ir a un sitio.

«Puedes dejarla», pensé.

—¿A qué sitio? —pregunté.

Soltaste el aire en una exhalación que más que a un suspiro se aproximaba a un gruñido.

—No importa.

—A mí sí.

Me miraste a los ojos.

—A ver una casa.

Levanté las cejas.

—¿Para comprarla?

—No, para hacerle fotos. ¿Para qué crees?

Tu sarcasmo fue como ácido que me quemaba la piel.

—Vas a comprar una casa con ella —dije despacio dándote tiempo para que lo negaras y me dijeras que lo había entendido mal.

No lo hiciste.

No podía mantenerme en pie; no me sentía los huesos, y a la vez era como si me los hubieras roto todos. Me dejé caer contra la pared, y tu expresión se ablandó. Me sujetaste por el brazo mientras susurrabas:

—Aria…

Cerré los ojos porque no podía cerrar los oídos para no escucharte. Antes adoraba que dijeras mi nombre porque habías logrado que me olvidase de los apellidos y de todo lo que acarreaba detrás. Al principio, cuando pronunciabas mi nombre, me sentía única en el mundo.

Ahora me dolía oírlo. Lo había empezado a odiar porque, cuando lo decías en susurros contra mi cuello, con las ventanas del coche empañadas, entre las paredes insonorizadas de tu despacho, en algún que otro callejón solitario o en un aparcamiento como aquel, temía que fueras a decir el suyo: «A… ria». La última sílaba era un alivio que descargaba la tensión de la primera, de aquella letra que compartía con ella. Pero compartíamos mucho más. Esa mujer —*tu* mujer— y yo te compartíamos, y yo estaba empezando a cansarme.

—La quieres, ¿verdad? —musité—. La quieres a ella. No me quieres. Nunca me has querido.

Me deshice en lágrimas, y tú me envolviste entre tus brazos. Me odié a mí misma por ello, pero la presión de tus músculos en torno a mí, el latido firme de tu corazón bajo mi mejilla y el tacto de tu camisa me tranquilizaron. Incluso pensé que aquel abrazo era la prueba definitiva de que me querías más que a ella, de que te merecía la pena mi olor en la tela y las manchas de lágrimas porque no podías soportar verme llorar, porque realmente yo era la que te importaba, yo era a quien preferías.

—Aria, yo te quiero —afirmaste, firme, mientras me apartabas con suavidad y me secabas las lágrimas con unos dedos tan suaves que casi se me olvidó que en uno de ellos brillaba tu anillo de compromiso.

—Pero te vas a comprar una casa con ella —repliqué con la voz entrecortada.

Cerraste los ojos unos segundos y respiraste hondo.

—Aria, sabes que esto es difícil. Necesito tiempo.

—¿Cuánto? —quise saber, y mi voz cobró fuerza, alimentada por la misma energía que hizo que me pudiera separar de la pared y

sostenerme con mis propias piernas, que todavía ardían después de nuestro encuentro—. ¿Cuánto tiempo? ¿Quince años de hipoteca?

—No es el momento de hablar de esto —dijiste volviendo a consultar el reloj con ansiedad.

—Ya nunca es el momento —susurré.

Tú te giraste y abriste el maletero, en el que arrojaste la cartera antes de rescatar una camisa de repuesto del interior de una bolsa de la compra.

Te cambiaste a toda prisa, y contemplé perpleja cómo tirabas tu camisa sucia con los restos de mis lágrimas al fondo del maletero y la escondías bajo unos trastos antes de cerrar de un portazo. Te giraste hacia mí.

—No sé lo que quieres, Aria.

Miré tu camisa limpia, el anillo en tu anular, el reloj que tanto te preocupaba.

—Te quiero a ti.

—Y me tienes —exclamaste acercándote hasta que todos esos recordatorios de tu mentira desaparecieron de mi campo de visión—. Me tienes.

Cerraste el espacio que nos separaba con un beso, aferrándote a mi labio inferior durante unos segundos, segundos que Anabel te estaba esperando con algún agente inmobiliario pero que gastaste en mí, segundos que yo apunté en un marcador mental trucado en el que yo siempre iba ganando. Y, sin embargo, por mucho que corriera, nunca llegaba a la meta, porque tú cada vez te alejabas más, y estaba empezando a temer que fuera porque estabas corriendo hacia ella.

—Sólo necesito un poco más de tiempo, ¿vale? Te prometo que la semana que viene nos veremos y hablaremos.

Asentí, pero no dije nada.

—Me tienes, Aria —susurraste.

Me diste un beso en la frente y te metiste en el coche. Yo me aparté para que lo sacases de la plaza de aparcamiento y negué con la cabeza mientras los faros se alejaban.

No te tenía. Nunca te había tenido y nunca te tendría. Y eso me mataba. Lo poco que me dabas —el sexo, las caricias, las promesas — me hacía pensar que sólo necesitaba aguantar un poco más, seguir a tu lado, enseñarte todo de lo que yo era capaz y que no ibas a conseguir jamás con ella.

Porque era mejor. No podía dejar de pensar eso: yo era mejor que una mujer que te controlaba, que te pedía cuentas y te exhibía como una posesión en numeritos como el que se marcó cuando llegaste a casa el día de la cena. Sí, yo era joven e inestable, pero era mejor. Era más inteligente, era rica, tenía talento, y conmigo habrías cumplido tus sueños: yo te habría escrito poemas en la espalda mientras tú me leías con los labios.

Era cuestión de tiempo que lo vieras, me decía una y otra vez. Pensaba que tenía que ayudarte, tener paciencia, esforzarme para que te dieras cuenta.

Así que durante unos meses fui el personaje estereotípico de la amante: me obsesionaba con estar contigo y, cuando por fin me estabas tocando, no podía dejar de pensar que lo hacías con las mismas manos con las que la tocabas a ella, a la mujer cuyo único derecho sobre ti era que había llegado primero. Me parecía injusto, y pensaba que podía cambiarlo. El vestido adecuado o el poema

acertado podían marcar la diferencia. Una tarde merendando y riéndonos como antes haría que por fin vieras que yo era a la que tú querías.

Así que esperé y esperé y después esperé un poco más.

Rompiste tu promesa. No quedamos esa semana ni la siguiente ni la que vino después.

Yo te esperaba, pero pasó un mes y seguíamos sin vernos, y empecé a hartarme de mirarme en el espejo y ver a alguien que se iba borrando un poco más cada día que pasaba pensando en ti, desviviéndome por hacer que me desearas más de lo que la deseabas a ella.

Mi Tierra había dejado de girar porque tú eras su eje y estabas quieto, inmóvil, atrapado por la inercia, por la costumbre de estar con ella.

Pero no la querías.

Tenía muy claro que no la querías a ella y, sin embargo, como una ilusa, pensaba que a mí sí, aunque nos estuvieras haciendo lo mismo a las dos.

Sabía que debía dejarte, y la idea cobraba fuerza a veces, pero entonces pasó… Pasó aquello y dejó de ser una película.

Con cariño,

Aria

18

80 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

No me di cuenta del retraso. Nunca había sido puntual con el periodo, la amenorrea también hacía de las suyas, y las pastillas para controlarlo me producían depresión, así que estaba acostumbrada a la irregularidad.

Normalmente sabía que me iba a bajar la regla porque unos días antes me ponía a llorar sin razón y se volvía mucho más difícil no tomar dulces. Pero mis estados de ánimo ya no tenían que ver con las hormonas; hacía meses que te había entregado el control de mi felicidad y de mi ansiedad: podía pasar de la euforia más extrema a la desesperanza total en un segundo dependiendo de si me llamabas como habías prometido o «te olvidabas». Tenía la sensación de que estaba pasando por alto algo importante, pero había dejado de lado tantas cosas en mi vida para reducirla solamente a ti que no le di más importancia.

Hasta que un día decidí cambiar de bolso. En el último mes no nos habíamos visto ni una sola vez. Llevabas más de dos semanas sin llamarme e ibas camino de la tercera dándome largas, y yo había

recurrido al consumismo para calmar la ansiedad. Me gasté mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir en un bolso de más de cien años de antigüedad. Normalmente solía llevar bolsos grandes y los llenaba hasta reventar. Sin embargo, aquel era una especie de saquito pequeño con un cierre de beso, hecho de una tela bordada con cuentas e hilos dorados donde apenas me cabrían la cartera y el móvil. Era, además de obscenamente caro, poco práctico. En aquella época yo hacía bastantes cosas sin sentido, y el bolso era bonito y era nuevo y quería usarlo, aunque era ya de noche y no pensaba salir, pero me daba igual. Por lo menos me distraería un rato cambiando mis cosas de sitio.

Fue algo tan superficial y poco importante como eso: cambiar de bolso. Saqué todo lo que llevaba dentro del que había estado utilizando los últimos meses: la cartera, las llaves, los pintalabios de repuesto, los tíquets de restaurantes que guardaba a escondidas en cada uno de nuestros encuentros, como si quisiera tener una prueba tangible de que había sucedido. Saqué las gafas de sol, el cargador de emergencia para el teléfono, mi libreta de repuesto y ahí, bajo los típicos folletos que coges por educación cuando te los ofrecen por la calle, vi un par de tampones y una compresa que debían de llevar en el fondo del bolso desde poco después de Navidad.

Fruncí el ceño y traté de hacer memoria. En un segundo, mis manos se volvieron de piedra y se me escaparon las asas del bolso. Antes de que tocase el suelo, yo estaba en el baño, abriendo los cajones de debajo del lavabo a tirones.

Miré con los ojos como platos un paquete de tampones que había comprado allá por febrero, justo cuando empezamos a acostarnos, y que estaba sin abrir.

Aria
Tenemos que hablar.

Tardé casi cinco minutos en escribir ese mensaje, tres palabras que requirieron más esfuerzo que todos mis libros puestos juntos y entre las que me tuve que tomar un ansiolítico para frenar el temblor incontrolable de mis manos.

Estabas en línea, pero no contestaste.

Aria
Es urgente.

Caín
En línea…

Apreté los dientes con tanta fuerza que estuve a punto de que se me saltara un empaste y pulsé el botón de llamar.

Tardaste casi siete tonos en contestar a pesar de que tenías el móvil contigo.

Sentí que los bordes del teléfono se me clavaban en la palma de la mano y que los ojos me ardían con lágrimas que no quería derramar. Me hacías esperar porque podías, porque te había demostrado una y otra vez que te daría todo el tiempo del mundo, que por ti rompería todos mis relojes, que frenaría el giro de la Tierra si de mí dependiera. Pero ya no dependía de mí, y se nos había acabado el tiempo.

—Te he dicho que no me hagas esto. —Fue lo primero que dijiste, con un susurro cortante como el de una espada recién desenvainada —. ¿Y si estuviera con ella?

—Tenemos que hablar, Caín —exigí, y me sorprendió lo poco que temblaron mis palabras pese a que todo mi mundo se estaba desmoronando a mi alrededor.

—¿Y tiene que ser ahora?

Por el eco y la agitación que rodeaban tus palabras, me imaginé que estabas en casa con ella y te habías tenido que esconder en el baño para hablar conmigo.

—Sí, joder, tiene que ser ahora —exclamé, molesta, rayando en la desesperación.

¿Cómo podías no darte cuenta de que era urgente? No tenías por qué saber lo que ocurría, pero el sollozo contenido entre mis frases, la pesadez de mis silencios… Todo ello te debería haber hecho deducir que algo iba mal. Advertí que ni siquiera te habías parado a analizarlo, que, aunque yo me hubiera desvivido por leerte lentamente y conociera cada cadencia de tu voz y ángulo pensativo de tu cabeza, tú eras incapaz de distinguir cuándo yo estaba al borde de un ataque de pánico.

Lo que dijiste a continuación sólo confirmó mis sospechas:

—Si esto es un calentón, vas a tener que aguantarte.

—¡No es un puto calentón, joder! —te grité, y la sal en las comisuras de mis labios me indicó que se me habían escapado las lágrimas, aunque tenía las mejillas ardiendo y apenas sentía los surcos de agua tibia sobre la piel.

—Vale, vale —aceptaste a regañadientes, y casi podía verte volviendo a acercarte el teléfono a la oreja despacio, con cautela—. No te pongas histérica, por favor. Esto no será para decirme que estás rayada porque no nos hemos visto este mes, ¿no? Porque ya sabes que estoy muy liado.

Cerré los ojos y las lágrimas empaparon mis pestañas. Deseé que se congelaran y me unieran los párpados para siempre; no me sentía capaz de volver a abrir los ojos y enfrentarme a este mundo en ruinas que habíamos destruido.

Tus palabras me escocían: *histérica*. No era la primera vez que me lo llamabas, y cada vez que lo hacías, me sentía de la misma forma: como una demente. Cuando me dabas largas y te justificabas con patrañas que no nos creíamos ninguno de los dos; cuando rompías promesas y me dejabas esperándote en la calle durante horas porque «estabas a punto de llegar», pero ni siquiera habías salido de tu casa; cuando te escribía por algo importante y te pasabas varios días sin contestar. Te enfadabas si te llamaba, si te echaba en cara tu comportamiento, y siempre tenías preparada una explicación perfectamente racional: un imprevisto, una reunión, un olvido del teléfono. Tenías un talento para las excusas casi tan grande como para hacerme sentir que estaba loca. Y, en realidad, estaba empezando a estarlo: tú me volviste loca. Tú con tus indirectas, tus ambigüedades, tu manipulación y tus mentiras.

Tenía ganas de llorar y de gritar, pero el orgullo me lo impidió, y logré la hazaña de respirar hondo tan sólo para no darte la razón.

—No es por eso —aseguré despacio, con una voz que apenas reconocía como la mía y que me daba la sensación de estar oyendo desde un tren que se alejaba y me llevaba a algún lugar lejos de mi cuerpo—. Caín, te lo estoy pidiendo por favor. Necesito hablar.

Algo en el sonido de mi voz te aplacó; quizá fue la falta de temblores, que la hacía sonar monótona, inhumana, casi muerta.

Te escuché suspirar al otro lado de la línea.

—Vale —concediste—. Yo también tengo algo que decirte. Más vale pronto que tarde. Acabemos con esto de una vez.

No me paré a interpretar el significado de esas palabras; me daba demasiado miedo.

—¿En el parque en media hora? —pregunté.

—Necesito más tiempo.

—¿Cuánto?

—Una hora.

—De acuerdo. Te veo allí.

Con cariño,

Aria

19

59 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Me ha costado mucho sentarme a escribir sobre aquel día. Es cierto que aquí no suele haber mucho que hacer, y, aunque las visitas de la abogada, de mi padre y de la policía se hayan multiplicado ahora que sólo quedan dos meses para el juicio, no ha sido ese el motivo por el que no te he escrito en tanto tiempo, sino simplemente que recordar aquello me mata por dentro. No es cuestión del bloqueo, sino más bien del dolor.

Como siempre que tenías que escaparte de tu futura esposa tardabas bastante, llegué con el tiempo justo, y tu nombre iluminó la pantalla de mi móvil mientras aparcaba.

Me permití la pequeña satisfacción de no cogértelo y caminé a tu encuentro por las calles desiertas y arrulladas por un viento que olía a primavera tardía.

Estabas esperándome apoyado contra las barras de la verja abierta del parque y te incorporaste en cuanto me viste.

No te adelantaste para darme un abrazo ni un beso, y yo tampoco lo hice. Habría sido raro; nuestras caras ya decían que habíamos

pasado a un punto en que ni siquiera los saludos eran necesarios.

Una farola iluminaba tu rostro, y descubrí que las ojeras te hundían la mirada y la volvían más profunda y oscura. Las pupilas a través de las cuales había visto destellos de otro mundo ahora estaban enturbiadas por una neblina que no lograba descifrar.

—¿Qué pasa? —disparaste sin preámbulos.

Yo tampoco me anduve con rodeos; al fin y al cabo, no había guion para esta parte de la película.

—Estoy embarazada.

Empalideciste aún más si era posible, y el halo de la luz artificial le otorgó un cariz amarillento al lienzo en blanco de tu piel, como si de pronto estuvieras enfermo.

—¿Estás segura?

Intenté que la pregunta no me enfureciese demasiado; no quería tensar mucho los músculos y estrangular al bebé.

—Sí, claro que estoy segura.

—¿Te has hecho la prueba?

No hacía falta, pero, como me sobraba tiempo, había ido a la farmacia, comprado un test y hecho pis sobre el palito. Sorpresa sorpresa: había salido positivo.

—Sí —contesté—. Justo antes de venir. Pero lleva mucho tiempo sin bajarme la regla.

Me lanzaste una mirada asesina.

—¿Cuánto tiempo?

Tardé unos segundos en tragar saliva.

—¡¿Cuánto tiempo?! —repetiste, y los primeros resquicios de pánico afilaron los bordes de tu voz.

—Tres meses.

—Mierda, mierda, mierda. —Al principio no era más que un susurro, pero luego fue creciendo—: Mierda, mierda, ¡JODER!

Le pegaste tal puñetazo a una de las barras de la verja que toda la puerta tembló, y el eco chirriante del metal llenó la noche. Debiste de hacerte daño, tenías los nudillos enrojecidos, pero estabas tan fuera de quicio que ni siquiera pareciste darte cuenta.

Contuve las lágrimas que de nuevo amenazaban con brotar de mis ojos; me preocupó que tanta pérdida de agua afectase al bebé, cuya existencia había ignorado hasta hacía unas horas, pero que ahora no podía sacarme de la cabeza.

¿Cómo podía no haberme dado cuenta? Mi vientre apenas se había curvado un poco, lo cual supuse que era lo normal teniendo en cuenta que últimamente había estado tan ocupada pensando en ti que me había olvidado bastante de comer. ¿Le habría afectado al bebé? ¿Y si por culpa de mis problemas con la comida no tenía todos los nutrientes que necesitaba? No era normal que no me lo hubiera notado, tenía que ser más pequeño de lo habitual. Dios mío. Había bebido. No mucho, alguna copa de vino un día suelto, pero las embarazadas no pueden beber. ¿Y si ahora nacía enfermo?

—¿Qué? —vociferé cuando me hiciste la maldita pregunta.

—Que si has estado con otro —dijiste, claramente molesto por tener que repetirte.

Te miré como si fueras un desconocido.

La pregunta tenía sentido, racionalmente hablando. Siempre usábamos protección, y las probabilidades de que se rompa un preservativo son muy bajas. Era más fácil pensar que yo hubiera estado con otro, pero me molestó porque tu pregunta no era fruto de la razón, ni siquiera de unos celos que, aunque injustos, me

habría gustado que sintieras. Me molestó porque no era más que un último intento desesperado de eludir tu responsabilidad. Con todo, nunca lo había hecho; no me había interesado en nadie que no fueras tú desde el día que te conocí.

—No —contesté.

Mi falta de infidelidad —si es que se le puede llamar así en este caso— no te alivió, sino que acrecentó la tensión de tus hombros, la blancura de tus nudillos y la línea de tu mandíbula apretada.

—Me cago en la puta —susurraste—. Me cago en la grandísima puta.

Le pegaste una patada al muro, y yo me quedé paralizada mirándote. Nunca te había visto tan violento y me estaba asustando.

—Puede que se nos rompiera el condón —aventuré, no sé si para tranquilizarte o simplemente porque mi miedo se volvía insoportable en el silencio.

Entonces me lanzaste una mirada tan oscura que se te ensombreció todo el rostro.

—Puede que lo rompieras tú.

Di un paso atrás como si me hubieras pegado.

—¿Me estás acusando de algo?

Abriste la boca para contestar, pero algo te hizo dudar y al final no dijiste nada. De nuevo, te retrajiste dentro de ti mismo, a algún lugar donde yo no podía seguirte, mientras me preguntaba si realmente acababas de insinuar que yo había provocado toda aquella situación a propósito. En la quietud de la noche, con el olor de los naranjos en flor impregnando el aire, parecía fácil fingir que no habías dicho nada, que todo habían sido imaginaciones mías. Por una vez deseé que fuera así.

—Caín —susurré tu nombre cuando no pude soportar más el silencio.

De pronto pareciste recordar que estaba ahí. Me miraste con los ojos muy abiertos y una cara de loco que me hizo tener más miedo aún.

—Tienes que abortar —sentenciaste sin ninguna duda.

—¿Cómo? —pregunté. Me resultaba imposible procesar lo que me habías dicho, y no como sugerencia, sino como una orden.

—Dices que estás de tres meses, ¿no? Es legal hasta los tres meses y medio, creo. Espérate que lo miro.

Me sorprendió que estuvieras tan bien informado sobre un tema tan específico como las semanas de gestación durante las que es legal el aborto. Podía no significar nada, o quizá lo sabías porque aquella no era la primera vez que te veías en esa situación. A lo mejor Dana llevaba razón y tenías a una tonta como yo en cada departamento. De nuevo, esa ambigüedad, la duda constante que te rodeaba como una neblina, desdibujando los bordes de tus palabras y tus acciones hasta que nada estaba claro.

—Catorce semanas —confirmaste y te guardaste el móvil en el bolsillo—. Irás mañana por la mañana.

—Un momento. —Negué con la cabeza—. Esa decisión no está tomada.

—¿Cómo que no? —contestaste fulminándome con la mirada—. Claro que sí. No hay nada que decidir, Aria. Mañana abortarás, y después nunca nos volveremos a ver.

Se me desencajó la mandíbula.

—¿Qué dices?

—Deberíamos haberlo dejado hace mucho tiempo —seguiste, asintiendo para ti mismo; en tu mente, el plan ya había tomado forma, lo único que te quedaba era despedirte y no mirar atrás—. Esto no es más que la confirmación de que tendríamos que haber parado antes.

Te miré con el rostro contorsionado en una mueca a medio camino entre el enfado y la incredulidad.

—Pero ¿qué estás diciendo? No parecía que tuvieras ninguna intención de dejarlo cuando lo hicimos en el aparcamiento el mes pasado o en el despacho o en la sala de juntas.

—Aria…

—No —te corté temblando de furia—. No me mientas. Los dos sabemos que no querías parar, pero ahora que hay un bebé de por medio te estás acojonando y quieres echar a correr porque eres un cobarde.

—No es así —replicaste con pesadez; no parecía que mi insulto te hubiera molestado, sino más bien que estabas cansado de toda la situación—. Ya tenía pensado decirte que lo dejásemos. ¿Por qué te crees que no nos hemos visto este mes? No sabía cómo hacerlo, pero cuando me has llamado lo he visto claro. Por eso te comenté que yo también quería hablar de algo contigo. Debería haberlo hecho antes, pero estaba esperando el momento.

De mis labios se escapó una risotada tan amarga y vacía que me pareció un sonido ajeno a mí incluso mientras me raspaba la garganta y me llenaba el esófago de bilis.

—No me jodas, Caín. ¿Esperando el momento? ¿Igual que estabas esperando el momento para dejar a Anabel? Para ya de…

—Me voy a casar con Anabel.

No sé si en aquel momento se detuvo el mundo o si volvió a moverse.

En retrospectiva, siento que la primera vez que me miraste, como Medusa, me convertiste en piedra: mis relojes se pararon, dejé de pasar las hojas del calendario y empecé a organizar mi agenda en torno a tus huecos libres. Había paralizado mi vida para esperar a que tú me hicieras un hueco en la tuya, y, en aquel momento, quedó claro que toda mi espera había sido en vano, que la Tierra iba a seguir girando. El hechizo de nuestra aventura se rompió entonces: tras meses congelado, el suelo se empezó a mover bajo mis pies poco a poco a medida que mi mundo se veía forzado a aprender a rotar sobre engranajes oxidados guiados por un mecanismo defectuoso.

Entonces, sin embargo, creo que sentí todo lo contrario: que el mundo se detenía y que la inercia, la fuerza centrífuga o lo que fuera me daba una bofetada en la cara con tanta fuerza que recuerdo perder el equilibrio y tener que apoyarme sobre el muro para no caerme. La brisa fresca de la noche me azotaba las mejillas mientras inhalaba y exhalaba, pero me parecía que me ahogaba, que el aire no me llenaba los pulmones y que cada respiración hacía que estuviera más vacía en lugar de más llena, como si mi cuerpo no fuera más que un recipiente de todo ese amor que se había materializado en un bebé con el que ni siquiera sabía qué hacer.

—Aria, ¿estás bien?

Te sentaste a mi lado y noté el calor de tu mano sobre mi hombro, pero no te vi. Tenía la visión emborronada por las lágrimas que me negaba a derramar, y los bordes se me estaban empezando a teñir

de negro. Una parte distante de mí se preguntó cuándo había comido por última vez, y otra no supo qué contestar.

¿Cómo podías sentarte ahí y preguntarme si estaba bien? ¿Cómo podías intentar consolarme con la crueldad de quien intenta pegar las piezas de lo que ha roto? ¿Cómo te atrevías a pronunciar mi nombre después de haberme quitado tanto, de haberme dejado darte tanto de mí? ¿Cómo podías recordármelo?

—No —dije incorporándome—. No, no puede ser. No puedes casarte con ella. —En aquel momento, me lo creí; de algún modo, pese a saber que no te había oído mal, logré creerme mis palabras con la facilidad de quien tiene un motivo lo suficientemente poderoso para negar la realidad. Te miré con una esperanza febril—. Caín, tú siempre has querido un hijo.

Qué tonta fui. Pensé que aquel embarazo podía ser la solución a todos nuestros problemas en lugar de la chispa que iniciase el incendio que acabaría con todo. Lo veía claro: tú la dejarías, te mudarías conmigo a mi piso, o nos compraríamos otro, y criaríamos a nuestro hijo juntos. El bebé era justo lo que necesitabas para tomar la decisión que habías estado evitando todo este tiempo. Tú me querías a mí; todavía no lo sabías porque te daba miedo admitirlo, no querías reconocerlo, ni siquiera a ti mismo, pero no haría falta. La dejarías para hacerte cargo del niño y, dentro de unos años, después de leerle un cuento en la cama a nuestro hijo, vendrías al salón y, mientras compartíamos una botella de vino con la adaptación cinematográfica de nuestro libro en la tele, te darías cuenta de que habías hecho lo correcto.

—Sí, joder —contestaste—. Pero con ella.

Te miré.

—Quiero un hijo con Anabel —aclaraste, porque se me debió de notar la incredulidad en la cara.

Pero yo seguía sin entenderlo, sin poder concebir cómo podías estar diciendo aquello después de todas las veces que habías prometido dejarla, que me habías asegurado que querías estar conmigo y que estabas esperando la oportunidad. En aquel momento me resultaba más fácil pensar que todo era un gravísimo malentendido antes que el hecho de que, simple y llanamente, me habías mentido.

—Pero… Pero ¡yo tengo a nuestro hijo! —Me puse ambas manos en el vientre; estaba terso, duro. Ahora que sabía lo que había al otro lado de la piel, no podía pensar en otra cosa—. Yo tengo a tu hijo.

Me dolió escuchar mis propias palabras, dichas como quien amenaza con un rehén. No era mi intención chantajearte, al menos no conscientemente. Sin embargo, una parte de mí sí que deseaba que aquello fuera suficiente para que te quedaras, para que, aunque no me amases realmente, la idea de que fuera a ser la madre de tu hijo te hiciera escogerme. Es patético, lo sé, pero estaba tan enamorada que quería estar contigo a toda costa, incluso aunque tú no me quisieras como yo a ti. Había llegado a un punto en el que pensaba que no era necesario, que yo tenía suficiente amor para los dos, que bastaría con que me dijeras que querías estar conmigo para que todo se arreglase.

—Ese no es mi hijo —dijiste, con una frialdad que rozaba la indiferencia, y entonces comprendí que no había chantaje posible. Te daba igual. El bebé, yo, nuestro libro, todo. Nunca te había importado.

Negué con la cabeza. No podía ser. ¿Acaso no había significado nada para ti? Las tardes en La Bella Julieta, las llamadas de teléfono hasta la madrugada, las risas en el despacho, las confesiones en susurros mientras yo dibujaba letras sobre tu espalda desnuda, tus promesas de que no me dejarías nunca, aquellos mensajes sobre el hilo rojo. ¿No te acordabas? ¿O es que todo había sido una mentira desde el principio? Los poemas, los sueños, los proyectos, ¿había sido todo un pretexto? ¿La fase inicial de un plan enrevesado para acostarte conmigo? Eso era lo que parecía: que para ti había sido sólo sexo.

Pero no, no podía ser. Me negaba a pensar que la única historia de amor que no había ocurrido en mi cabeza ni en un libro, sino que había *vivido* no fuera más que una mentira. No podía ser.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunté; tenía la voz ronca a pesar de no haber gritado, como si mi alma lo hubiera estado haciendo en silencio durante toda nuestra conversación.

—Joder, Aria, joder… —Te llevaste las manos a la cabeza y te apretaste la nuca—. Esto es culpa tuya, joder.

Te miré, demasiado ocupada en mantener los cimientos de mi delirio, en reavivar las llamas de la esperanza que me decía que todo iba a salir bien, como para indagar sobre a qué te referías.

—¿Tres meses sin la regla? —seguiste, paseándote de un lado a otro de la acera enfrente de mí. Te detuviste y me miraste a los ojos —. ¿No esperaste hasta el último momento para tenerme cogido por los huevos? Eso si el condón se rompió «solo»… —añadiste, ilustrando la última palabra con comillas en el aire.

Te miré como si no te conociera porque, después de oírte decir eso, estaba claro que no sabía quién eras.

—¿De verdad me crees capaz de una cosa así?

—¿Sinceramente? No lo sé, Aria, no lo sé. —Suspiraste con tal pesadez que todo tu cuerpo pareció acercarse más al suelo cuando exhalaste, como si cargaras un peso enorme sobre los hombros—. Eres capaz de cosas realmente sorprendentes. Fuiste capaz de enamorarte de mí y de pensar que esto podía salir bien.

—Me aseguraste que la ibas a dejar —dije levantando la voz, indignada; no entendía cómo podías echarme en cara el hecho de haberme creído tus promesas. Pero mi voz perdió fuerza a medida que seguía hablando, como si mis pulmones se hubieran dado cuenta antes que mi corazón de la futilidad de mis palabras—. Me dijiste que estabas esperando el momento, que la ibas a dejar y que estaríamos juntos. Me prometiste…

No fui capaz de terminar. De mis ojos nacían lágrimas redondas y cristalinas que se me escapaban entre las pestañas y caían al suelo como gotas de lluvia, rompiéndose contra la acera como si fueran los trozos de una parte de mí que estaba muriendo y que mi cuerpo trataba de expulsar para evitar una infección.

Entonces tú hiciste lo único que podía empeorar la situación: te reíste. No fue un sonido forzado ni agrio, ni siquiera histérico. Te reíste como lo habías hecho mientras escribíamos el capítulo de nuestro libro en el que Lucy y Dylan tenían que esconder un cadáver y no nos aclarábamos para escribir la escena; como cuando te confesé que me daban miedo las polillas; como cuando me contaste la historia de la primera (y última) vez que te fumaste un porro en La Bella Julieta y se me salió el té por la nariz. Te reíste de verdad, como haría quien ha escuchado algo realmente ridículo, un sinsentido que hace gracia de estúpido que es.

—Venga ya. ¿De verdad creías eso? ¿Que iba a tirar mi vida por la ventana por una niña de veintipocos años? ¿Que iba a mandar a la mierda todo por ti? ¿Porque me había enamorado? ¿De verdad pensabas que la iba a dejar? ¿Y entonces qué, Aria? ¿Nos habríamos mudado juntos, nos habríamos casado, tenido hijos y sido la familia feliz? Madura un poco, joder.

Ya estaba dicho. Lo que cualquiera habría sabido desde hacía mucho tiempo, si no desde el principio. Lo que incluso nosotros habíamos sabido, pero lo habíamos ocultado, como todo lo demás, hasta de nosotros mismos. Al menos yo lo había hecho: me había autoengañado, había desarrollado mecanismos para no pensar que el desenlace más probable de nuestra historia era que tú siguieras con ella cuando te cansases de mí o empezase a dar problemas. Me había convencido de que podía ser diferente, de que los finales felices también existen en la vida real, de que la nuestra era una historia como las de los libros: una escritora que no se atreve a vivir y un hombre que no se atreve a escribir se complementan, empiezan un libro de amor juntos y terminan enamorándose. Pensaba que el amor bastaría, que era suficiente para superar lo de Anabel, que tú fueras mi jefe, la diferencia de edad, incluso que mi padre fuera el dueño de la editorial. Pensaba que podríamos superarlo todo si nos queríamos. Lo que no quise ver fue que yo te quería con todo mi ser, pero tú a mí no.

Se hizo el silencio mientras tus palabras calaban en lo más hondo de mí, dejando una marca que jamás se borraría.

Todos esos delirios de futuro, esas imágenes de nosotros llevando a nuestro hijo al cole el primer día, haciendo el amor en una cama sin tener que ocultárselo a nadie, firmando libros en la Feria del

Libro de Madrid… Mis fantasías se precipitaron hasta mis pies como las cartas de un castillo de naipes que había construido sobre el aire. De pronto, al oírlo de tus labios, comprendí lo estúpido que sonaba, lo necia que había sido por creer que sería posible.

El velo se cayó al suelo, la cortina se cerró y entonces, por fin, vi lo que cualquier persona ajena a esta historia habría sabido desde el principio, lo que Dana intentó decirme tantas veces: ya habías decidido. O, más bien, nunca habías tenido que decidir. Nunca había habido ninguna duda sobre lo que pasaría: la querías a ella, ella era tu prometida, la mujer con la que ibas a casarte. Yo no había sido más que el entretenimiento, el calentón, la paja por debajo de la mesa del despacho, el polvo rápido en la sala de juntas, la historia de amor pasional, pero no la mujer con la que querías compartir tu vida. Para ti yo ni siquiera era una mujer, sino una niñata a la que te habías follado de todas las maneras habidas y por haber y que había sido lo suficientemente tonta como para creer que había algo más.

Muchas veces —ya te lo he dicho, pero es una idea que me obsesiona— no nos damos cuenta de cuáles son los momentos que nos van a cambiar la vida hasta que ya han sucedido. El día que te casas o el día que tienes un hijo son eventos clave en la historia de cualquier persona, fechas señaladas, pero no son los más importantes. ¿Qué hay del día que conoces al amor de tu vida? ¿Y el día de su boda con otra mujer? ¿Y el día que concibes a ese hijo? ¿Y el día que lo abortas? Ni siquiera me acuerdo de la fecha de ese día en el parque, pero aquella noche mi historia no cambió: se terminó. A lo mejor es sólo una excusa, pero siento que la persona que había sido hasta ese momento murió en aquel parque y que lo que vino después fue obra de alguien que se parecía mucho a mí, pero que

ya no era yo. Porque te había dado tanto de mí que, cuando te marchaste, te llevaste quien era.

Con cariño,

Aria

20

50 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Disculpa si hasta ahora me he extendido con detalles sin importancia o que a ti te puedan parecer superfluos. La verdad es que no sé muy bien por qué lo he hecho.

A lo mejor es porque quería revivir de nuevo todos los hechos que llevaron a aquel 3 de agosto y ver si los consigo comprender mejor.

O quizá es porque quiero que seas tú el que entienda mi parte de la historia, darte esa segunda perspectiva, como en nuestro libro: que puedas tener los capítulos de la chica, de Lucy. Porque en la vida real, en las historias de amor de verdad, no existen esos cambios de punto de vista que te permitan saber perfectamente lo que piensa la otra persona: son espacios en blanco, preguntas sin responder, silencios que yo llenaba con elucubraciones y paranoias, con repasos incesantes de nuestras conversaciones y nuestros encuentros, con obsesiones que me destrozaban por dentro.

Puede que lo haya hecho porque necesito contar lo que pasó realmente el 3 de agosto, revelar el secreto de esa noche, pero no puedo quitarme la costumbre de escribir para publicar, por eso tengo

que explicar todos los eventos que condujeron a aquella situación; porque, si esto fuera una novela de verdad, querría que el lector entendiera la sucesión de acontecimientos que me llevaron a aquel momento, que comprendiera por qué hice lo que hice, qué razones tuve, por malas —que no de poco peso— que fueran, para esconder el cadáver de tu mujer y convertirme en cómplice de homicidio.

Como Julieta, hice locuras por amor, y todo el mundo sabe lo que es enamorarse, es cierto, pero eso no quiere decir que para entender lo que se hace por amor no haya que recordar lo que uno siente cuando quiere de esa forma a otra persona.

Y yo necesito que ahora, cuando leas lo que ocurrió aquel día, recuerdes por qué lo hice y lo entiendas.

No lo entenderás si no comprendes que llegaste a mi vida como un terremoto que la partió por la mitad y la dejó para siempre dividida en dos partes: a. C. y d. C., «antes de Caín» y «después de Caín».

¿Y por qué? Porque tú me hiciste sentir como si pudiera ser quien yo quisiera, y eso no tiene precio.

Me hiciste comprender que no podía pasarme la vida persiguiendo logros, poniéndome objetivos difíciles de alcanzar para que mi única felicidad fuera el subidón de haberlos conseguido, una dosis de euforia que culminaba y se terminaba casi en el mismo instante, porque entonces encontraba un reto aún más inalcanzable: un libro más difícil, una nota más alta. Pronto nada bastaba: las matrículas de honor, los libros que se apilaban, los poemas, los kilos en el gimnasio, mis huesos en el espejo. Nunca era suficiente, hasta que me enseñaste que la felicidad no está al final del camino, sino en el propio camino, si lo andas con la persona correcta.

Cuando tú me mirabas, daba igual si aquella mañana me había contado o no las costillas, cuántas páginas había escrito o dejado de escribir, si era la chica del *cum laude* o simplemente una chica que no había tenido mucha suerte con la gente que se había encontrado, porque tú me veías, y en tus pupilas me reflejaba inteligente, bonita y suficiente. Y cuando me tocabas merecían la pena todos los años de espera, aquella virginidad que había reservado para la persona indicada, para alguien especial. Merecían la pena incluso los días de angustia consultando el móvil a cada rato, la ansiedad cuando no contestabas, las horas arreglándome para que tú apenas me mirases mientras lo hacíamos en la parte de atrás del coche. Porque tú me conocías mejor que nadie, y no te había asustado, sino que te había gustado.

Yo te había gustado. *A ti.*

Pensaba que me querías. Al final, todo se resume en eso. Pensaba que, a pesar de los pesares, tú también te habías enamorado de mí (aunque no lo supieras o no supieras admitirlo).

Me quedé esperando en el coche a que volvieras, pero no lo hiciste. Durante horas esperé, con una esperanza que me asqueaba, a que me enviaras un mensaje, a que me llamaras para disculparte, para pedirme que no lo hiciera, que no abortara, a que me dijeras que tus palabras habían sido fruto del miedo, que en realidad me querías, que siempre me habías querido.

Estuve esperando toda la noche y todo el día siguiente. Incluso en la sala de espera de la clínica me aferraba al móvil con verdadera desesperación, convencida de que en cualquier momento tu nombre iluminaría la pantalla para detenerme, de que por fin todos mis esfuerzos habrían surtido efecto y aquella mañana, al levantarte y

darte cuenta de que yo ya no era una parte de tu vida, habrías sentido la misma ansiedad que yo nada más abrir los ojos.

Al salir de la clínica tuve otro ataque de pánico y me costó un esfuerzo sobrehumano no llamarte deshecha en lágrimas ya no para pedirte que volvieras, sino más bien para suplicártelo. Estaba dispuesta a cualquier cosa, a seguir siendo tu amante si hacía falta, a asistir a tu boda con ella si ese era el precio que pagar por no sentirme tan sola.

Y puede que me haya centrado demasiado en la parte común de nuestra historia: en las mañanas en el despacho, en las tardes en el centro, en aquel libro que compartimos. Quizá debería haberme detenido más en las partes en las que estaba sola para así darte esa perspectiva de la historia que desconoces, pero es que no hay mucho que contar. Llegó un punto en que siempre que estaba sola me sentía vacía; no me apetecía hacer nada ni quedar con nadie que no fueras tú, así que realmente me limitaba a esperar, con el corazón en la garganta, algo tuyo: tus mensajes, tus llamadas. Incluso cuando no estabas, llenabas mis días y, cuando aquel segundo día en el parque lo dejamos definitivamente, seguiste haciéndolo. Me pasaba las horas pensando en ti, pasando los dedos por nuestras libretas, escuchando nuestros audios, oliendo tu aroma en mi ropa y esperando que mis sentidos consiguieran comprender lo que mi corazón se negaba a procesar. Me leía los fragmentos de aquella historia nuestra que guardábamos en un documento compartido que no habías abierto en meses. Porque te daba igual. La historia, nuestro hijo: nunca te habían importado.

Pero yo estaba atascada en cómo había sido todo antes y creía con una especie de fanatismo febril que para ti lo nuestro también

había sido algo excepcional. Pero no fue así. He tardado mucho en entender que para ti no había sido más que un juego, un entretenimiento que se te fue de las manos.

Tú habías sabido cómo me sentía mucho antes de que yo te lo confesase, pero mis sentimientos siempre fueron algo secundario, primero un ensalzamiento para tu ego y después un problema del que no sabías cómo deshacerte. Te lo habías pasado bien conmigo, nos habíamos estimulado intelectualmente el uno al otro; quizá por eso habías dejado que lo nuestro se alargase demasiado. Durante mucho tiempo creí que tu comportamiento aquella noche fue fruto de la crueldad; ahora comprendo que no fue más que egoísmo. Me hiciste tuya porque podías, porque te gustaba el reto, pero eres la clase de persona a la que le importa más la conquista que lo conquistado. Yo te di las llaves de mi cuerpo y de mi alma, y, cuando te fuiste, te las llevaste y te dio igual dejarme fuera: fuera de mi jardín, de mi ciudad y de mí misma. Para ti, todo este asunto no se trataba de amor, sino de orgullo, vanidad y placer. No habías contado con mis obsesiones, con mi dependencia. Con un embarazo.

Durante nuestra aventura, elegí pensar que me hacías esperar porque estabas evitando hacerle daño a Anabel a costa de hacérmelo a mí, pero realmente creía que me elegirías. Incluso después de más de un mes sin vernos, continuaba pensándolo, aunque tu marcha se anunciaba en cada silencio, palpitaba en las ausencias, y, entre sístole y diástole, en mi corazón se escondía la promesa de que todo se había terminado incluso antes de que lo verbalizaras aquella noche. Yo todavía seguía en los primeros capítulos, pero tú ya ibas por el final del libro y me querías dejar

zanjada como a una historia de la que ya te habías cansado. Porque había dejado de ser divertido y ya no te interesaba.

Los días que siguieron a aquel segundo encuentro en el parque transcurrieron en una neblina de lágrimas y dolores que llegaron a ser físicos: algo en mis entrañas se retorcía, y yo agonizaba en la cama durante horas mientras sentía que una parte de mí se estaba pudriendo en mi interior sin que pudiera hacer nada. Tenía la sensación de que iba a morirme y, en más de una ocasión, pensé que de verdad sucedería.

Me ingresaron en el hospital durante unos días y volví de allí peor de lo que había entrado.

Estuve enferma, realmente enferma. Me cogí una baja por depresión, y Dana tuvo que pasarse unos días en mi casa para asegurarse de que estaba comiendo, aunque vomitaba la mayoría de lo que ingería en cuanto iba al baño. Ya no me metía los dedos, no me hacía falta; mi cuerpo rechazaba todo lo de este mundo que no tuviera que ver contigo.

Pasó un mes y tuve que reincorporarme al trabajo, donde me desvivía por evitarte. Pero tu boda estaba a la vuelta de la esquina, y la celebración estaba en boca de todos. De pronto, oía tu nombre fuera donde fuese, y el 7 de julio por la noche mi Instagram se inundó con fotos de Anabel vestida de blanco y de ti junto a ella. Después vino el viaje de novios, que seguí como una verdadera psicópata, viendo todas las historias de Anabel desde una cuenta falsa: el crucero por el Mediterráneo, el fin de semana en Grecia, la excursión a Venecia, las fotos en Estambul.

Cuando volviste a la oficina, nos cruzamos un día, y ni siquiera me miraste. Quise escribirte, plantarme en tu despacho y decirte lo que

sentía. Redacté docenas de cartas, ensayé discursos, imaginé cientos de declaraciones, pero por una vez no hice nada de lo que había pensado. Era inútil: tú ya sabías que te quería, y te daba igual. La habías elegido a ella. Se había terminado.

A veces me daba la sensación de que no me habías roto el corazón, sino de que lo había hecho yo sola, y eso era mucho peor. Tú habías entrado en mi vida y te habías marchado, pero era yo la que se había encargado de dejar todo hecho escombros a tu paso con mis fantasías y esperanzas. Porque tu indiferencia llegó a hacer que me preguntara si no ocurrió todo solamente en mi cabeza, si no fuiste un libro más, una fantasía para sentirme menos sola, menos incomprendida. Si no fuimos más que los personajes de aquel libro que nunca llegamos a escribir: si no te creé como a ellos, si para mí no fuiste Caín tanto como fuiste Dylan. Igual que hay historias basadas en hechos reales, ¿no puede haber hechos reales basados en historias? A veces siento que eso era lo que yo estaba tratando de conseguir: estaba tan desesperada por tener un final feliz que intentaba escribirlo, forzar la ficción en la realidad en lugar de hacerlo al revés. En aquella época, todavía a veces me preguntaba si Dylan se enamoró de Lucy porque tú te enamoraste de mí o si tú te enamoraste de mí porque Dylan se enamoró de Lucy. Ahora ya sé que la respuesta a esa pregunta es casi tan dolorosa como el hecho de que tú nunca te enamoraste de mí.

Puede que nuestra historia se desarrollase en gran medida en el plano de la imaginación, que mucho tuviera lugar únicamente en mi cabeza, pero no he vivido nada más real en toda mi vida.

Porque, en el fondo, yo era Lucy y tú eras Dylan. Y, como en su historia, un día, el 3 de agosto de madrugada, un número

desconocido iluminó la pantalla de mi móvil, y supe que eras tú.

Te echo de menos, Dylan.

Con cariño,

Lucy

21

49 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Fue la llamada más corta de mi vida.

—¿Aria?

—Sí, soy yo —contesté.

No te pregunté ni quién eras; habría distinguido un susurro de tu voz en medio de un concierto multitudinario. Sin embargo, había algo en el tono que no terminaba de encajar, un temblor que había escuchado pocas veces.

—Soy Caín. Necesito tu ayuda. En el parque en media hora. No avises a nadie. Deja la tele puesta y las luces encendidas e intenta que nadie te vea salir del edificio.

—Caín, ¿qué pasa?

—No puedo decírtelo ahora. Esta llamada tiene que ser corta. Por favor, Aria, no le digas nada de esto a nadie. Secreto editor-escritor.

Y, con ese último juramento inventado, colgaste.

Media hora más tarde, aparqué frente a la verja de aquel parque que había sido testigo de nuestra historia, ese lago que había

contemplado mi declaración y tu repudio, mi embarazo y tu enfado. Y ahora esto, fuera lo que fuera.

Apenas habían pasado unos segundos cuando los faros de tu coche cortaron la noche en dos. Te paraste junto al mío y, sin abrir la ventanilla, me hiciste gestos para que subiera.

Tras un momento de duda, envié un mensaje antes de salir de mi coche y meterme en el tuyo.

Abrí la boca, pero las palabras no salieron, como si fuera una ofensa imperdonable romper la calma forzada que llenaba aquel coche que parecía una cámara a presión; nos rodeaba la clase de silencio que sólo se da entre dos personas a las que jamás les ha faltado conversación, pero ahora no saben cómo hablarse.

No era capaz de articular palabra, así que te observé como si fuera la primera vez que te veía, como si quisiera asegurarme de que eras la misma persona, la misma cuyo nombre había pasado a convertirse en un sinónimo de dolores informes y lágrimas sin fin; para comprobar que eras el mismo del que me había enamorado, el mismo que me había roto el corazón (y seguramente algo más). Las pocas arrugas de tu rostro parecían haberse marcado con más profundidad en tu piel, como si alguien las hubiera repasado para dejar impresa una historia en tu cara, y estabas más moreno, aunque con sólo la luz anaranjada de las farolas y del coche era difícil estar segura.

—Te necesito —dijiste entonces apoyando la cabeza en el asiento con un suspiro que daba fe de un cansancio infinito—. Tienes que ayudarme.

«Todo este tiempo ha estado con ella —me recordé—. Comiendo, bebiendo, follando, poniéndose moreno». Pero daba igual cuánto

repitiera las palabras en mi cerebro, para mi corazón sólo existían las que tú acababas de decir: «Te necesito». Un corazón roto no debería poder latir con tanta fuerza; corre el riesgo de desangrarse.

—¿Qué ha pasado?

Entonces me clavaste la mirada, y tus ojos, todo pupilas en la oscuridad, fueron, más que las palabras que pronunciaste a continuación, lo que hizo que se detuviera el tiempo:

—Tengo el cadáver de Anabel en el maletero.

—¿Qué?

—Tengo el cadáver de Anabel en el maletero.

Me miraste y después volviste a suspirar.

—Ya lo sé —murmuraste con los ojos cerrados—. Yo tampoco me lo creo.

—¿Está…? ¿Está…? ¿Está muerta? —trastabillé—. ¿Cómo…? ¿Cómo ha pasado?

De pronto, todo el cansancio abandonó tu cuerpo de golpe. Te incorporaste en el asiento con la columna rígida, los músculos tensos bajo la camisa y un brillo febril en la mirada.

—No hay tiempo para explicaciones. Tenemos que esconder el cadáver y tenemos que hacerlo rápido.

Me limité a mirarte, paralizada.

—He pensado que este sería un buen sitio. —Hiciste un gesto hacia el parque—. En el agua.

Negué con la cabeza lentamente, tratando de procesar tanta información de golpe.

—No. Es un lago, es agua estancada —dije despacio—. No se lo va a llevar la corriente, y, como haya mucha sequía, podrían descubrirlo.

—Joder, es verdad —susurraste—. Joder, joder, ¡JODER!

Tanto tu postura tensa como la estabilidad de tu voz se desvanecieron, y le pegaste un manotazo al volante, colérico. Después te llevaste las manos a la cara para cubrírtela —estabas temblando— y, cuando las apartaste, vi que tenías los ojos llorosos.

—Aria, ayúdame —repetiste, o más bien suplicaste, mirándome con desesperación.

Estabas completamente descompuesto, oscilando entre una frialdad perturbadora y el pánico más absoluto. Escuché cómo tu respiración se aceleraba y, sin pensarlo, atravesé con la mano el espacio que nos separaba y encontré la tuya. Como por un acto reflejo, nuestros dedos se entrelazaron, y la sensación de tu piel contra la mía, después de tanto tiempo, bastó para que me olvidara de todo por un instante: desde el cuerpo de tu mujer hasta el anillo de oro que rodeaba tu anular.

—Vamos a arreglar esto —sentencié forzando la calma, porque, incluso en esas circunstancias, sentía la necesidad de complacerte y demostrarte que era suficiente, que era alguien que merecía tu amor.

¿Y qué mayor demostración de amor hay que ayudar a alguien a esconder un cadáver? Ahora, quizá, la ansiedad y el miedo no te dejarían verlo, pero con el tiempo apreciarías el valor de ese gesto, me apreciarías a mí.

Para bien o para mal, Anabel ya no era un impedimento. O pronto dejaría de serlo.

—Vamos a ver —dije tratando de organizar mis pensamientos, de separar mis planes para salir de aquella situación de los sentimientos

que me sacudían por dentro: el miedo, la ansiedad… La ilusión—. ¿Qué te parece un punto limpio?

Ponderaste la idea durante tanto tiempo que llegué a preguntarme si me habías entendido o si estabas demasiado en shock como para procesar lo que te estaba diciendo.

—No es buena idea —te opusiste al fin—. Allí separan los desechos para reciclar. No tardarían en encontrarla.

Poco a poco, tu respiración se estaba calmando a medida que salías de tu espiral de pánico. Miré el reloj del coche y me mordí el labio con tanta fuerza que noté el sabor ferroso de la sangre en la punta de la lengua. Teníamos que pensar en algo y teníamos que hacerlo ya.

—¿Y una obra? —soltaste de pronto. Entonces tu mirada se iluminó con algo completamente nuevo que no era locura ni era desesperación, sino algo mucho más peligroso: esperanza—. La obra del metro.

—¿El metro de Málaga? —pregunté.

Asentiste.

Yo lo medité durante unos segundos, pero finalmente sacudí la cabeza.

—Allí hay mucha gente trabajando todos los días, es más fácil que nos pillen —concluí—. ¿Qué tal el puerto?

Negaste con la cabeza e hiciste un gesto hacia el lago.

—También es agua estancada.

Nos quedamos callados durante varios minutos hasta que un ruido agudo rompió el silencio, y los dos pegamos un brinco mientras te sacabas el móvil del bolsillo.

Un número que no tenías grabado iluminaba la pantalla.

Moviste el dedo para colgar sin pensar, pero yo te detuve:

—¡Espera!

Me miraste sin comprender.

—Tienes que cogerlo.

—¿Estás loca? No pienso hacerlo.

Te dispusiste a colgar de nuevo, pero yo te agarré el brazo.

—Si cuelgas, será más sospechoso. Imagínate que nos pillan y miran tu registro de llamadas. ¿Qué excusa vas a tener para no haber cogido el teléfono?

—Que estaba dormido —dijiste, pero ni siquiera tú sonabas muy seguro de ti mismo.

—¿Y si algún vecino te ha visto salir?

Soltaste el aire en algo que pretendía ser un suspiro, pero acabó pareciéndose a una hiperventilación.

Yo te cogí la mano, tratando de tranquilizarte incluso mientras el tono de tu móvil hacía que mi propio corazón se acelerase.

—Hazme caso, respira hondo y cógelo. Si no, será peor.

Nos miramos durante unos segundos. Finalmente, te solté la mano, y tú deslizaste el pulgar por la pantalla para descolgar.

—¿Dígame?

En el silencio total del coche, pude oír una voz femenina al otro lado:

—¿Estoy hablando con Caín Dimas?

—Sí, soy yo —contestaste, y recé para que no hubieran escuchado el ruido que hiciste al tragar en seco.

—Nos consta que es usted el contacto de emergencia de Daniel Dimas, ¿es así?

Frunciste el ceño y el móvil empezó a temblarte en la mano.

—Sí. Oiga, ¿quién es?

—Le llamo de la comisaría de Policía de Marbella. Tenemos a su hermano detenido por tenencia ilícita de drogas y alteración del orden público.

La forma en que te dejaste caer sobre el asiento fue la de alguien a quien se le ha caído el mundo encima.

—¿Sigue ahí? —preguntó la chica de la comisaría cuando pasaste varios segundos sin contestar.

—Sí —respondiste tratando de recomponerte—. Sigo aquí.

—¿Vendrá usted a recogerlo y a pagar la fianza?

Con los ojos muy abiertos, me miraste, después miraste hacia el maletero y luego me volviste a mirar.

Yo asentí lentamente y en una nota del móvil te escribí: «Tienes que hacerlo. Si no, no vas a tener coartada».

Y cuando continuaste sin decir nada: «Yo me encargo de ella».

—¿Señor Dimas? ¿Sigue ahí?

—Sí, sí —lograste decir—. Disculpe. Estaré allí en una hora. Muchas gracias por avisar.

Colgaste antes de que la chica tuviera ocasión de responder, y, cuando tus ojos se posaron de nuevo en los míos, apenas fui capaz de reconocer el rostro demacrado que había sustituido al tuyo. En el transcurso de aquella llamada, anillos de ojeras habían oscurecido tu mirada, y tenías la piel tan pálida… como un cadáver.

—Tengo que irme —murmuraste.

Yo asentí y saqué las llaves de mi coche del bolso. No había tiempo que perder.

Tú las cogiste y abriste la puerta, pero antes de salir te giraste hacia mí.

—Déjala en la obra del metro. Creo que es el mejor sitio.

Yo asentí y te observé por el retrovisor mientras te metías en mi Honda Civic y las luces se encendían. Sin embargo, pasaban los segundos y no arrancabas.

Salí de tu coche, sin comprender, justo mientras tú salías del mío.

—¿Qué pasa? —pregunté con el corazón en la garganta, lanzando miradas a ambos lados de la acera; a estas horas, no había ni un alma en el parque, pero no podía deshacerme de la sensación de que hasta las farolas nos estaban observando.

—No sé conducir con marchas —dijiste.

Te miré con los ojos como platos.

—¿Perdona?

Sacudiste la cabeza, pasándote las manos por el pelo, estrujándote la nuca.

—Nunca aprendí, joder. Me saqué el carnet muy tarde, cuando ya estaba trabajando en la editorial, y… siempre he tenido coches automáticos.

Traté de acomodar esa nueva información en el concepto que tenía de ti mientras mi mente iba a mil revoluciones por minuto tratando de pensar en una alternativa. Unos momentos más tarde, supe que sólo nos quedaba una opción.

—Tenemos que moverla.

—¿Qué? —preguntaste mirándome con incredulidad.

—O vas a la comisaría de Marbella con Anabel en el maletero y la escondes después, o la metemos en mi coche. No hay más opciones.

Te quedaste de pie en la acera, con la vista perdida en algún punto entre tu coche y el mío, hasta que por fin tu mente aturullada

procesó lo que te acababa de decir y te diste cuenta de que tenía razón.

—Venga, vamos.

Me devolviste las llaves de mi coche justo antes de abrir el maletero. Las luces del interior de tu Range Rover se encendieron e iluminaron un bulto envuelto en mantas. Por la parte de arriba escapaban briznas de un cabello rubio inconfundible.

Me quedé mirando unos segundos, incapaz de reaccionar, debatiéndome entre el instinto primario de apartar la manta para verle la cara y una necesidad igualmente poderosa de salir corriendo en dirección contraria. El resultado fue que me quedé petrificada mientras tú te cargabas a Anabel a la espalda con un gruñido.

El ruido me trajo de vuelta al presente, y eché un vistazo a ambos lados de la acera antes de ir corriendo hasta la parte de atrás de mi coche y abrirte el maletero.

Depositaste el bulto con dificultad y tuviste que ajustar la posición de esas piernas de modelo para que cupieran en el pequeño hueco. Creo que, mientras la colocabas, a ninguno se nos escapó el paralelismo que tenía aquella escena con la de nuestra historia, en la que Lucy y Dylan tenían que esconder un cadáver. Ahora no nos estábamos riendo tanto como cuando escribimos aquello. Reconozco que era irónico, gracioso como sólo puede serlo lo sórdido: tal y como me habías dicho, yo era la persona a la que llamarías para esconder un cadáver.

—¡Espera! —me detuviste cuando estaba a punto de cerrar el maletero.

Metiste la mano entre las mantas y sacaste un iPhone. La pantalla se encendió cuando la tocaste, y una foto de Anabel y tú nadando

en el agua turquesa de una playa paradisíaca iluminó la noche.

—Tenemos que deshacernos de esto.

Yo asentí, y tú te alejaste en dirección al parque hasta que no fuiste más que una sombra. Observé cómo lanzabas el móvil al lago y, aunque estaba demasiado lejos para oírlo caer, las ondas que se esparcieron en el agua se me antojaron una señal de humo, una diana que señalaba la ubicación de la escena del crimen.

Cuando volviste, algo en ti había cambiado: tu expresión se había endurecido, y donde antes había habido desconcierto y pánico ahora sólo había una férrea voluntad.

—Nos vemos en mi casa cuando todo acabe —dijiste—. Aparca lejos, que no te vean entrar. Sé discreta y no me llames.

Yo asentí y me obligué a meterme en el coche y a no pensar en la mercancía que transportaba.

Te observé mientras tú te metías en el tuyo y me quedé ahí, esperando, hasta que los faros del Range Rover se perdieron en la noche.

Con cariño,

Aria

22

48 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Me extrañó encontrarme la puerta de tu casa abierta. En un primer momento, creí que no estabas allí, y se me hizo un nudo en el estómago al pensar que alguien pudiera haber entrado mientras nosotros no estábamos.

Entré, cerré la puerta tras de mí con el mayor sigilo posible y me adentré por los pasillos en penumbra, incapaz de oír nada en aquel silencio obstruido por el ruido de mi corazón chocándome contra las costillas.

Te hallé en el salón, sentado junto a la chimenea, observando con ojos vidriosos unas cenizas que debían de llevar ahí desde enero.

—¿Qué tal tu hermano?

Mi voz te sobresaltó, como si no hubieras estado esperándome, pero, en cuanto me viste, te levantaste de un salto y caminaste hacia mí.

Traté de alejarme, pero me agarraste por los hombros y me escaneaste con una mirada vacía.

—¿Dónde la has dejado?

Nunca un susurro había sido tan ensordecedor.

Contemplé esos ojos en los que un día habían brillado la lucidez y la inteligencia, pero que esa noche lanzaban destellos como un cable pelado o una televisión averiada, como si la persona que había al otro lado no estuviera presente. Al menos no del todo.

—Es mejor que no lo sepas —te dije tratando de mantener la calma.

Despacio, me deshice de tus manos y caminé hacia el interruptor.

—¡No enciendas la luz! —ordenaste lanzando una mirada salvaje hacia las ventanas. Habías echado las cortinas, pero aun así añadiste —: No quiero que nos vean.

Yo asentí y volví a preguntar:

—¿Qué tal Daniel?

Por un momento, me miraste como si no supieras de qué te estaba hablando, como si hubieras olvidado quién era Daniel o que tuvieras un hermano.

Finalmente, algo al otro lado de esas pupilas negras hizo la conexión y me lo contaste todo:

—No estaba allí. Me dijeron que había sido un error, que a veces los adictos venden su DNI con tal de conseguir una dosis, y si pillan a otra persona con su identificación… —Suspiraste con un cansancio casi ancestral—. Por lo visto, es más normal de lo que parece, aunque en otras circunstancias les habría montado el pollo.

No me volviste a preguntar por Anabel, así que un silencio tenso se apoderó de la habitación en penumbra, hasta que finalmente no pude contenerme más y pregunté:

—¿Qué ha pasado?

—Creo que deberías irte.

Nuestras miradas se cruzaron en la oscuridad.

—¿En serio? —solté, con una carcajada amarga que, susurrada, estaba más cerca del ruido que hace alguien cuando se está ahogando—. ¿Más de dos meses sin hablar, me llamas para esconder el cadáver de tu mujer y después me echas?

Me miraste de arriba abajo, y tus ojos se detuvieron en mi vientre, iluminado por la luz anaranjada que se filtraba por las cortinas, tan plano como siempre, enmarcado por los huesos de la cadera, que se me notaban hasta con el pantalón puesto. Yo aguanté tu escrutinio estoicamente, ignorando el peso del nombre no dicho que respiraba entre nosotros, aquel que nunca le habíamos puesto al bebé que no quisiste.

—Creo que merezco saberlo —dije conteniendo las lágrimas.

Te dejaste caer sobre el sillón con gesto cansado, pero la adrenalina todavía te recorría la sangre, y no aguantaste ni dos segundos antes de volver a ponerte en pie.

—Salimos a cenar con sus padres —empezaste, paseándote de un lado a otro, como si caminando una y otra vez en el mismo sitio pudieras huir del recuerdo que estabas narrando—. Cuando volvimos, tuvimos una discusión. Los dos habíamos bebido, y la cosa subió de tono. Ambos dijimos cosas de las que nos arrepentimos.

Estabas en la parte de la habitación más alejada de la ventana, envuelto en sombras, así que el temblor en tu voz y un destello sobre tu mejilla fueron la única indicación que tuve de que estabas llorando. Una parte de mí quería pensar que las lágrimas eran por el estrés de la situación y no porque hubieras iniciado un proceso de duelo por ella. Aunque tenía todo el sentido del mundo, la idea de que llorases por ella me hacía sentir traicionada. Pensaba que no

podías querernos a las dos y que, por eso, al final te quedaste sin ninguna; ahora entiendo que no nos quisiste a ninguna, y quizá por eso nos tuviste a las dos.

—Entonces… Pasó todo muy rápido… Yo… Yo la empujé… Más bien, ella se tropezó. Sí. Yo la iba a coger, ella se apartó, se tropezó, se cayó al suelo y se dio en la cabeza.

Cerraste los ojos como si todavía pudieras oír aquel ruido sordo del cráneo chocando contra el suelo.

—Le pregunté si se había hecho daño, pero ella dijo que estaba bien. Luego se metió en el baño y, cuando salió, le estaba sangrando el oído. Le dije que necesitaba ir a un hospital, que podía tener un traumatismo craneal. Joder, tendría que haberla llevado. —Negaste con la cabeza, como si así también pudieras negar la realidad de que no lo habías hecho—. No sabes cómo se puso. Estaba imposible. Me gritó: «¿Y qué vamos a decir en el hospital? ¿Que me has empujado y me has provocado una contusión?». Me dejó sin palabras. No sabía qué hacer. Ella… no me estaba dejando ayudarla.

Me miraste como para buscar aprobación en mi mirada, como si esperases que asintiera o hiciera algún gesto que te reconfortara, que te confirmase que habías actuado bien. Lo único que fui capaz de ofrecerte fue:

—¿Y qué pasó después?

—Ella se encerró en el dormitorio, y yo me fui a dar un paseo. Sé que estuvo mal —te apresuraste a añadir—. Pero todavía estaba enfadado, y ella me había dicho que quería estar sola. Necesitaba tomar el aire un rato. Cuando volví, tenía la decisión tomada de que la iba a llevar al hospital, a la fuerza si hacía falta, y me daban igual

las preguntas que hicieran. Apenas estuve fuera media hora. Jamás me habría imaginado que cuando volviera ella estaría…

No hizo falta que dijeras más, lo vi como si lo hubiera presenciado.

Este mismo piso, unas cuantas horas antes, oscuro y silencioso.

Tus pasos por el pasillo, tu voz diciendo su nombre, la falta de respuesta.

El crujido de la puerta del dormitorio abriéndose, la forma inmóvil en la cama de matrimonio.

Tus manos temblando casi tanto como tu voz mientras la llamabas y la sacudías, pero la mujer con la que te acababas de casar no respondía.

—No sabía qué hacer —confesaste secándote las mejillas con el dorso de la mano—. Había sido todo un accidente, un horrible accidente, pero… ¿quién me iba a creer? Cualquiera a quien se lo contase habría pensado que la había matado yo. Tenía muy mala pinta, la almohada estaba llena de sangre. Cuando se dio el golpe, te juro que no era tanta, pero en la cama había manchado hasta las sábanas. Le tomé el pulso y no noté nada. Estaba muerta. Sabía lo que parecía; no podía arriesgarme. No podía llamar a la policía ni al hospital.

—Así que me llamaste a mí —terminé por ti.

Tú me miraste y asentiste.

—Y me incriminaste —seguí.

—Aria, yo…

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —pregunté. Hablé con un tono normal, aunque, después de tanto tiempo susurrando, parecía que estaba gritando—. Me has hecho cómplice de asesinato, Caín.

—Lo sé, Aria, y lo siento —murmuraste acercándote a mí—. Pero es que no tenía a nadie más. Estaba solo, asustado. No sabía qué hacer y… te necesitaba.

Hiciste una pausa y te pusiste justo detrás de mí, dejando que el calor de tu respiración me erizase la piel de la nuca. Trataste de cogerme la mano, pero yo la aparté y, cuando tus ojos buscaron los míos, rehuí tu mirada, tratando de ignorar la sensación que me provocaba sentir tu calor a escasos centímetros de mi piel, lo que despertaban en mí aquellas palabras.

—Ya te lo dije. Eres la persona a la que llamaría para esconder un cadáver.

Tu mano se deslizó sobre mis caderas, pero yo la detuve.

—No hagas esto —supliqué, aunque era tarde; ya te habías acercado lo suficiente para que bajase la guardia y, aunque lograse sujetarte la mano durante unos segundos, no iba a ser capaz de evitar que hicieras lo que quisieras con la otra (o con los labios)—. Me has llamado porque sabes que soy incapaz de decirte que no. —Respiré hondo, y el aire frío se me clavó en los pulmones como si estuviera hecho de trizas de cristal. Cuando volví a hablar, mi voz apenas se distinguía del silencio—: Porque sabes que todavía te quiero.

—Aria… —susurraste, y el sonido de mi nombre en tus labios y el temblor de tu pecho contra mi espalda deshicieron lo poco que quedaba de mi fuerza de voluntad.

Enterraste un beso en mi nuca, justo donde me nacía el pelo, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Aria, siento mucho todo lo que pasó, yo… te necesito.

Te pegaste aún más a mí, como si quisieras asegurarte de que sentía esa necesidad tuya en todas sus dimensiones, y apenas podía concentrarme en lo que me decías a través del calor palpitante que me recorría el cuerpo.

—¿Podrás perdonarme? —murmuraste dándome la vuelta.

Nuestros ojos se encontraron, y yo me permití perderme en esa mirada tuya tan profunda. Una parte de mí sabía que aquello era mentira, que simplemente me estabas diciendo lo que quería oír, pero al mismo tiempo no podía evitar dejarme llevar por la facilidad de creerte, de permitir que tus manos me recorrieran la espalda y que tus palabras se enredasen en mi cerebro, de ceder ante el deseo de un cuerpo congelado que llevaba meses anhelando el calor del tuyo.

En mi interior, mente y corazón libraban la última batalla de una guerra que había durado mucho tiempo, y yo, atrapada en el fuego cruzado, me di cuenta de que, ganara quien ganara, yo ya había perdido.

Porque soy débil. Por eso no me alejé de ti cuando debí, por eso fui tu amante durante meses, por eso no iba a ser capaz de pararte.

Ya sabía cómo iba a acabar esto, y tú también lo sabías.

Igual que habías sabido que te cogería el teléfono y que te ayudaría.

Y lo peor ni siquiera es que te prestase mi cuerpo para que lo tomases, guiado por la adrenalina, el shock y la necesidad primaria de calmarte y, quizá, también por la voluntad de olvidar por un rato todo lo que había pasado. Lo peor no es que me gustase cuando me llevaste a la cocina, me quitaste la blusa y, sujetándome las muñecas, me pusiste contra la nevera. Lo peor no es que me dejara

llevar por la sensación del frío del metal contra mi pecho desnudo y tu calor a mi espalda, ese contraste que, como todo lo que tenía que ver contigo, era contradictorio y confuso, pero a la vez maravilloso.

Lo peor es que cuando te sentí dentro de mí fue como si pudiera verlo, como si nuestra unión fuera algo tangible, pero a la vez etéreo, y en aquel momento me atreví a pensar que quizá todo podía salir bien, que las canciones de amor no deberían hablar de escalar montañas ni cruzar mundos por la persona amada, sino de esconder un cadáver por ella. Eso sí que es amor verdadero, y lo demás son tonterías.

Creía firmemente que si me quedaba lo suficiente, si te ayudaba, si te dejaba tocarme y me dejabas quererte, poco a poco te irías desprendiendo de esa idea que te habías hecho de que el amor es el cariño tranquilo que tú le tenías a Anabel y recordarías que es la pasión y la locura que sentiste por Lola con veinte años, lo que yo sentía por ti y me atreví a pensar que tú también llegarías a sentir por mí.

Al fin y al cabo, para bien o para mal, Anabel ya no formaba parte de la ecuación. Ahora por fin podías quererme.

Con cariño,

Aria

23

43 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

¿Sabes que en la cárcel tengo un mote? Te vas a reír: me llaman Julieta. Resulta bastante irónico, ¿verdad? Cuando hablamos de aquel clásico, pensaba que no había nada peor que morir por amor. Ahora sé que sólo hay una cosa peor: esconder el cadáver de la mujer del hombre del que estás enamorada.

El mote me molesta, aunque soy consciente de que sólo es un reflejo de la pregunta que todas se hacen, pero nunca llegan a formularme: «¿Por qué lo hiciste».

Esa simple pregunta es uno de los muchos motivos por los que este caso se ha hecho tan viral.

Ahora que el juicio está a la vuelta de la esquina, mi padre me ha contado que ha habido un segundo pico de ventas de mis libros en Amazon. Está visto que, aunque estén en inglés, todo el mundo quiere una copia de los delirios de la mente adolescente de una posible homicida, o quizá sólo quieran saber lo que se le pasa por la cabeza a una chica lo bastante idiota como para enamorarse de un asesino.

La verdad es que a mí también me gustaría saberlo.

Me consuelo pensando que sólo me queda un mes largo de aguantar esto. Pese a lo que cualquiera hubiera podido pensar, para mí la falta de libertad no es lo peor de estar en la cárcel. Tampoco lo es el psicólogo, las polillas, el uniforme, las demás reclusas o el resto de las cosas de las que me he quejado hasta ahora. Lo peor son los motes, las preguntas, las miradas veladas, los intentos inútiles de mi padre de darme esperanzas, las visitas de los investigadores del caso, las llamadas de los periodistas, las reuniones con la abogada para repasar por enésima vez la estrategia. Todo ello hace que sea imposible olvidarme de ti ni por un minuto.

Aunque para qué engañarme: aunque no existiera ninguno de estos recordatorios, seguiría pensando en ti a todas horas. Al fin y al cabo, no he sido capaz de dejar de escribirte desde que empecé y siento que, aunque tú seas el culpable de que me encuentre en esta situación, tu recuerdo es el único lugar donde puedo escapar de todo.

Así que seguiré por donde lo dejé: el 3 de agosto por la mañana, en tu piso, después de haber escondido el cuerpo de Anabel.

Nos despertó la luz del mediodía colándose por la ventana del salón.

Estábamos tumbados en el sofá, donde, después del polvo de la cocina y otro en la mesa del comedor, habíamos pasado la noche en un acuerdo tácito por guardarle un poco de luto a la cama que habías compartido con ella.

Te levantaste sobresaltado y casi me tiraste al suelo en tu afán por ponerte de pie lo antes posible.

—¿Qué pasa? —pregunté medio dormida arrastrando las sílabas mientras se me materializaba un dolor palpitante en las sienes que anunciaba el principio de una cefalea.

—Anabel —dijiste, casi sin aire, como si vinieras de correr una maratón—. Anabel no está.

Todo resquicio de sueño me abandonó, y el corazón se me aceleró mientras los recuerdos se sucedían a toda velocidad en mi cabeza: la llamada, el coche, el cuerpo que metimos en el maletero, la casa a oscuras, tus disculpas, tus manos agarrándome las caderas.

—Dios mío, ¿qué hora es? —Miraste el teléfono móvil y te quedaste blanco—. Son las doce. Mierda, joder. Son las doce.

Comprobaste las notificaciones con dedos temblorosos mientras murmurabas para ti mismo:

—Son las doce, es jueves y Anabel no ha ido a trabajar. ¿La habrán llamado del despacho? ¿Qué harán si no pueden localizarla? Joder, yo tampoco he ido. Mierda.

—A ver, Caín, tranquilízate —dije incorporándome en el sofá—. Tenemos que pensar un plan.

—¡Eso es lo que deberíamos haber hecho ayer! —soltaste apretando los puños con suficiente fuerza como para que se te marcaran las venas de los brazos, los mismos que ayer me habían sujetado contra la nevera casi con tanta fuerza como con la que me habías penetrado, con una energía que había disipado todos los nervios y nos había dejado a los dos cubiertos de sudor y exhaustos en el sofá.

Eché un vistazo al pasillo, al fondo del cual estaba el dormitorio en el que habías encontrado a tu mujer horas antes. No fui capaz de sentirme culpable por las circunstancias que nos envolvían.

—Bueno, ya no se puede hacer nada —aseveré—. No creo que tengas problemas por el hecho de que no aparezca en el trabajo hoy, y tú y yo podemos decir que estábamos enfermos o cualquier cosa, pero mañana tienes que ir a denunciar su desaparición.

Me miraste como si hubiera perdido el juicio, con unos ojos gigantescos inyectados en sangre.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? Eso es meterse en la boca del lobo.

—Si no lo haces y esperas a que lo haga otra persona, será aún más sospechoso. Piénsalo, os acabáis de casar. —Los recuerdos de las fotos de vuestra boda todavía me escocían en las retinas—. ¿Con separación de bienes?

—No —contestaste, cortante, como si aquel fuera un tema que había dado lugar a conflicto—. Muchas parejas no lo hacen. Es muy normal.

Yo asentí.

—Imagino que habréis renovado el seguro de vida.

—Sí… —respondiste despacio—. Pero eso es lo normal.

—Sí, es normal, pero aquí no estamos hablando de lo que es habitual en las parejas, sino de lo que estas cosas le parecerán a la policía. Y lo que pensarán cuando sepan esta información es que tú lo hiciste para sacar tajada.

—¿Y crees que denunciar la desaparición hará que eso cambie? —preguntaste con un deje de pánico en la voz, como si el mero hecho de pensar en ir a la comisaría ya hiciera que todo aquello fuera más real de lo que podías soportar.

—No, pero si no lo haces, será peor —concluí—. Te harán muchas preguntas, y tienes que tener preparadas las respuestas. No puedes equivocarte ni contradecirte; eso también parecerá sospechoso.

De pronto, fue como si te fallaran las rodillas, o quizá tus piernas ya no fueran lo bastante fuertes para soportar tu peso, porque te dejaste caer en el sillón y te llevaste las manos a la cabeza.

—Dios mío…

Te pasaste unos segundos con los ojos cerrados, respirando hondo, hasta que por fin levantaste la mirada.

—Tenemos que ocultar todo lo que pueda dar la impresión de que no ha sido una desaparición voluntaria —seguí—. Cartera, dinero… También hay que ocuparse de su coche.

—¿No podría haber huido sin llevárselo? —preguntaste. Me alegró ver que poco a poco ibas dejando a un lado tus emociones y concentrándote en lo que teníamos entre manos.

—Sí, pero creo que es mejor que nos deshagamos de él. A lo mejor nos da un poco de tiempo mientras lo buscan.

—Bien pensado. Yo puedo encargarme de eso. Conozco a un tío.

Yo asentí y no te pregunté más.

—Encárgate tú de hacer desaparecer su coche. Yo me quedaré aquí y me libraré de las pruebas que hay por la casa.

—De acuerdo.

Unas horas más tarde, estaba terminando de cambiar las fundas de las almohadas en el dormitorio cuando tu voz me sobresaltó:

—Aria.

Pegué un salto y casi se me salió el corazón por la boca cuando te vi de pie, apoyado en el marco de la puerta.

—Dios, qué susto me has dado. No te he oído llegar.

Me pregunté cuánto tiempo llevabas ahí y qué se escondía detrás de esa mirada impenetrable que me clavabas sin pestañear. Estabas

serio, inmóvil, callado, y, en aquel momento, algo dentro de mí se encogió al pensar que quizá Anabel no «se había tropezado», sino que tú la habías empujado con esa misma fuerza con la que te había visto pegarle un puñetazo a la verja del parque el día que te conté que estaba embarazada.

—Creo que debería irme a casa —dije con la voz algo ronca. Me aclaré la garganta antes de continuar—: Ya he llamado a la editorial y he dicho que estaba mala.

Asentiste despacio.

—Bien. —Hiciste una larga pausa—. Ayer te llamé desde un bar. Si necesitas hablar, deberías hacer lo mismo. —Me miraste de arriba abajo. Mi atuendo no era nada fuera de lo habitual para lo que solía ponerme, pero, precisamente por eso, no era discreto. Tras reconsiderarlo, añadiste—: O mejor, para no llamar la atención, cómprate un móvil de prepago.

Yo afirmé con la cabeza varias veces. No tenía ni idea de dónde adquirir un móvil de prepago, pero no quise consultártelo porque, incluso entonces, me asustaba la idea de decepcionarte. De todas formas, llevabas razón. A partir de ahora debíamos tener en cuenta esa clase de cosas, medir nuestro comportamiento, ser invisibles. Éramos criminales, por lo que siempre tendríamos que estar mirando por encima del hombro, calculando nuestros movimientos, temiendo que un paso en falso hiciera que nos descubrieran. Después de todo, no era tan distinto de lo que habíamos estado haciendo hasta hacía poco, cuando yo era el secreto que habías querido ocultar; la única diferencia era que ahora lo que escondíamos era mucho más grave que un simple *affaire*.

—De acuerdo —dije.

Caminé hacia la salida, pero me agarraste la muñeca antes de que cruzara la puerta.

Me giré con una pregunta en la mirada.

—Aria —pronunciaste.

Hiciste una larga pausa en la que no pude evitar saborear el sonido de mi nombre en tus labios, disfrutándolo plenamente ahora que ya no compartía esa primera sílaba con nadie, que ya jamás la llamarías a ella.

—Gracias.

Odio cómo sonreí, como una tonta, igual que odio lo poco que me había costado aceptar tus disculpas y abrirme de piernas. Pero, Dios mío, es que me encantaba cuando sonreías de esa forma, cuando sabía que te había complacido, que, aunque fuera sólo por un momento, me habías necesitado como yo te necesitaba a ti siempre.

—No es nada —respondí tratando de no ruborizarme o al menos de disimularlo.

—¿Sabes qué? —Me agarraste la mano con más fuerza y tiraste de mí hacia ti—. Vamos a salir de esta. Juntos.

Cerré los ojos un instante para que no vieras cómo se me anegaban de lágrimas al escuchar aquella palabra y lo que implicaba: que, quizá, cuando todo acabase, pudieras querer tener una vida conmigo. *Juntos*.

Era consciente de que podrías estar manipulándome, dorándome la píldora, diciéndome lo que quería oír para que no se me cruzaran los cables y te traicionara, pero también existía la posibilidad de que realmente por fin te hubieras dado cuenta de lo inmenso que era mi amor por ti, de lo que significaba. Me aferré a esa última opción.

—Juntos… —repetí en un susurro delirante.

Tú asentiste, acercándome todavía más a ti.

—Sí. Juntos.

Me besaste como para subrayar las palabras, y recuerdo pensar que en aquel momento estábamos más cerca que nunca. Estabas completamente roto, y tus manos buscaban mi piel como si fuera la única forma de mantener unidas todas tus piezas, como si el sabor de mi boca fuera lo único que te impidiera desvanecerte en una espiral de pánico.

En su momento, me dijiste —o te lo dije yo; ya no importa— que nada es capaz de hacer que un extremo del hilo rojo se separe del otro, ni siquiera el tiempo y la distancia. Durante tus meses de ausencia llegué a preguntarme si acaso no había algo que pudiera romperlo. ¿Y todas tus mentiras? ¿Y una historia inconfesable como la nuestra? Cuando me llamaste para esconder el cadáver de Anabel, pensé que aquellos orientales a los que se les ocurrió la leyenda tantos años atrás no contemplaron esa clase de circunstancias.

Pero, mientras te desabrochaba la camisa con manos torpes y tú me quitabas la misma blusa por segunda vez, me di cuenta de que, lejos de debilitar la conexión, aquel crimen que compartíamos la había hecho más fuerte que nunca.

«Aria, te necesito».

En aquel instante, parecía posible. Ahora nos conectaba algo que trascendía incluso al amor: estábamos unidos por secretos y sangre, por un hilo rojo en más de un sentido que ya jamás se rompería.

Estaba segura de ello, y tú sellaste esa seguridad con un beso en mis labios.

Tú y yo, unidos para siempre.

Aria

24

41 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Aquella noche volví a dormir en tu casa, y ni siquiera nos molestamos en guardar las apariencias: lo hicimos en la cama, sobre un colchón que todavía olía a ella, y no por ello me gustó menos, lo admito. De hecho, creo que esa circunstancia provocó que lo disfrutara más.

A la mañana siguiente, sin embargo, me tuve que marchar pronto para coger el autobús hasta el trabajo mientras tú te ocupabas de limpiar los maleteros de nuestros coches antes de ir a la comisaría; te habías pedido unos días de asuntos propios, dado que habíamos pensado que quedaría mejor eso cuando le dijeras a la policía que habías estado buscando a Anabel en lugar de inventarte una enfermedad.

Me había quedado con las llaves de tu mujer, así que esa tarde entré en tu casa antes de que tú llegaras y preparé algo de cenar mientras te esperaba. Tenía tres llamadas perdidas y como veinte mensajes de Dana. Era consciente de que debía devolvérselas, pero

me pediría unas explicaciones que yo no quería darle, así que apagué el móvil y traté de no pensar en ello.

Recuerdo que puse algunas canciones en tu Alexa y estuve bailando mientras cocinaba, imaginándome lo fácil que sería una vida como aquella, en la que yo esperara a que volvieras de trabajar con la cena y un beso, en la que compartiéramos una botella de vino y viéramos películas malas enredados en mantas en el sofá. Una vida en la que yo fuera la única.

Ahora que Anabel no estaba… Pensé que sería posible.

El sonido de la puerta abriéndose fue como música para mis oídos, pero no lo fue tanto el portazo que diste.

Cuando entraste en la cocina, tardaste unos segundos en procesar lo que estaba ocurriendo. Tus ojos se detuvieron en el cuchillo recién afilado que tenía en la mano y con el que estaba cortando los ingredientes para hacer un tartar de atún. Era una de las pocas cosas que sabía cocinar. Se trataba de una cena ligera y sin nada de grasa que compartiríamos sin problema. Al fin y al cabo, si esa iba a ser nuestra vida ahora, tendríamos que irnos acostumbrando a hacer platos que pudiéramos comer juntos.

Estaba muy orgullosa de mi elección y también emocionada por demostrarte que sabía preparar algunos platos (aunque todos fríos). Además, había abierto una botella de vino y la mesa estaba iluminada por la luz ambarina de dos velas.

Sin embargo, lejos de compartir mi alegría, me miraste como si no me conocieras o como si pensaras que estaba loca y, cuando me acerqué a ti, buscando tu tacto, te apartaste.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Cómo ha ido?

Tus ojos seguían fijos en la mesa dispuesta para la cena. Pareció que abrías la boca para decirme algo, para echarme incluso, pero de pronto la cerraste y te quedaste en silencio.

Una parte de mí suspiró aliviada, y pensé que esperaría unos días antes de contarte que había traído algo de ropa y ya la había metido en uno de los cajones del armario. Te iba a costar adaptarte a la nueva situación, y yo quería ponértelo lo más fácil posible.

—Tienes mala cara —insistí—. ¿Qué ha pasado? Me estás preocupando.

Pasaste del vino y fuiste hacia la nevera, de donde cogiste una cerveza que abriste con un golpe contra la encimera.

—Estoy jodido —dijiste después de darle tal trago que casi te la acabaste de una vez—. Esto ha sido un error, no tendría que haber ido.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha pasado? —indagué dejando mis sentimientos a un lado. Me senté junto a ti con el delantal todavía puesto. No pude evitar pensar que era la mismísima encarnación de la esposa ejemplar.

—Pues que creen que he sido yo, joder —soltaste levantando la voz—. No sé cómo pude dejar que me convencieras. ¿En qué mundo voy a la Policía Nacional a denunciar la desaparición de mi mujer y sale bien? Y ahora llego, y estás tú aquí con esto… —Hiciste un gesto amplio que englobaba toda la cocina, y de tus labios brotó una risa histérica—. No sé en qué mundo vives tú, Aria, pero desde luego no es el mundo real.

Tiraste la cerveza a la basura y fuiste a coger otra.

—No sé a qué te refieres —me defendí tratando de disimular la herida de mi voz mientras me ponía en pie para estar a tu altura—. Pero no teníamos más opciones.

—No *tenía*, Aria —replicaste—. No tenía más opciones *yo*. Esta es *mi* vida, *mi* mujer, *mi* problema. —Hiciste una pausa y lanzaste una mirada a la comida. Casi en un susurro, añadiste—: Aunque tú parece que estás encantada de que te haya incluido.

Me quemó el ácido de tus palabras y entrecerré los ojos en lo que esperaba que fuera una mirada fría en lugar de una mueca para ocultar las lágrimas que amenazaban con caer.

—Esto no es un thriller, joder —vociferaste—. No es una novela negra en la que, si la cosa sale mal, puedes borrar el capítulo. Esto es la vida real, Aria. No sé si eres consciente de todo lo que tengo que perder. Mi trabajo, mi vida. *Todo*.

Te giraste y le pegaste un puñetazo a la pared, tan cerca de mi cabeza que se me cortó la respiración.

Tus ojos se encontraron con los míos y te alejaste poco a poco, sujetándote la mano dolorida.

No sabía qué ruido era más fuerte: si el de mi corazón palpitándome en los oídos o el de una parte de mí diciendo una y otra vez que había sido un accidente, que te habías dejado llevar, que seguro que la oscuridad que habitaba en tu mirada llevaba el nombre del arrepentimiento.

—Fuiste tú el que me llamó —te reproché cuando me recuperé del susto—. El que me convirtió en cómplice. Así que perdona si sólo estoy intentando ayudarte para que no nos pillen a los dos. Porque te recuerdo que, gracias a ti, yo tengo tanto que perder como tú. —

Y, en una demostración de valentía (o quizá de inconsciencia) que no me caracterizaba para nada, añadí—: Si tú caes, yo caigo también.

El hecho de que si yo caía, tú caerías también quedó implícito, igual que la amenaza que flotaba en el aire entre nosotros, la posibilidad de que yo cogiera la puerta y fuera a la policía a acusarte. Aunque supuse que tú también podías hacer lo mismo. Para bien o para mal, estábamos en esto juntos y debíamos permanecer unidos.

—¡Sólo te llamé porque no tengo a nadie más!

A tus palabras las siguió un silencio cargado, y tu confesión, aunque patética, para mí pesaba como una victoria a mi favor.

—Cuéntame cómo ha sido —te invité hablando con cautela. Se notaba que tenías ganas de hacerlo, aunque fuera para desahogarte; sólo hacía falta tirar un poco del hilo—. Dime lo que ha pasado. A ver si lo podemos arreglar. Juntos.

La última palabra hizo que levantaras la mirada, y en tus pupilas se escondía un mensaje indescifrable.

Pensaba que, al final, todo aquello nos acabaría acercando. Ya te había sentido más cerca los últimos dos días que en los meses previos, desde que Anabel nos pilló en tu despacho. Ante la adversidad, te estabas refugiando en mí, apoyándote en mí. Así que yo permití que me usaras: para desfogarte, como paño de lágrimas, como cuerpo con el que olvidar. Todo ello con la esperanza torcida y oscura de que llegaras a ver que me necesitabas más de lo que creías y de que te acabara pareciendo lo normal encontrarme preparando la cena. Incluso me atreví a pensar que, con el tiempo, hasta podríamos llegar a olvidarnos de todo el episodio.

Tras un suspiro de derrota, te rendiste. Te dejaste caer sobre la silla y me contaste lo ocurrido:

—Pues he llegado y el de la puerta me ha indicado dónde estaba la Oficina de Denuncias. Una vez allí, una policía ha empezado a tomarme los datos, pero después de que le hubiera dicho el nombre y el DNI me ha pedido que esperase. Ha subido las escaleras y ha vuelto a bajar con otros dos policías: un hombre y una mujer.

Fruncí el ceño mientras apartaba una silla para sentarme enfrente de ti.

—Qué raro, ¿no? ¿No te iba a tomar declaración la otra policía?

Tú te encogiste de hombros.

—Yo también lo pensé, sobre todo porque los dos nuevos iban vestidos de paisano, pero no me explicaron nada. Sólo me dijeron que los acompañara arriba y allí me metieron en una habitación sin ventanas de esas como las de los interrogatorios.

Levanté mucho las cejas.

—¿Te han interrogado?

—Decían que sólo me estaban «tomando declaración». —Ilustraste las comillas con un gesto en el aire—. Pero aquello era de todo menos rutinario, te lo digo yo. Ha sido el clásico de poli bueno/poli malo, o más bien poli mudo/poli cabrona.

»El chico, que no tenía más de veinticinco años, se ha quedado todo el tiempo callado, al lado de la puerta. Ni siquiera se ha presentado. El tío estaba de adorno. Y ha sido la mujer, una tal Silvia Silva, la que se ha encargado de las preguntas: que si Anabel se había llevado su ordenador y las tarjetas; que si había dejado una nota; que si sus amigos o compañeros sabían algo, lo habitual. Evidentemente, le he dicho que se lo ha llevado todo, hasta el

coche, y ella ha ido apuntando mis respuestas en una libreta. Luego se ha puesto a preguntarme por nuestra relación, le he dicho que nos acabábamos de casar, y ahí ya ha empezado a mirarme mal.

»Verás, la tía era una de estas machorras, ¿sabes lo que te digo? De las que parece que llevan una grúa. Era la típica lesbiana que levanta más peso que yo en el gimnasio y, para colmo, llevaba una de esas pulseritas moradas del 8M. Desde que me ha visto, se le ha notado a la legua que piensa que yo la he matado.

»Y me lo ha confirmado cuando, después de hacerme todas esas preguntas, me ha dicho: "¿Y por qué no has venido a denunciar la desaparición antes?". Entonces yo le he contestado que porque hay que esperar cuarenta y ocho horas, y la tía me ha mirado como si acabara de decirle que soy terraplanista, que seguro que ella lo es, con esa pinta que me trae.

»Resulta que lo de las cuarenta y ocho horas es un mito. Ni siquiera hay que esperar veinticuatro. Y yo pensando que iba pronto. Al parecer, las desapariciones deben denunciarse inmediatamente. ¿Y cómo se supone que iba a saber eso?

Yo negué con la cabeza, imaginándome la escena a la perfección: la mujer analizándote con una sombra de sospecha en la mirada que se iba oscureciendo cada segundo, y tú poniéndote cada vez más nervioso.

Una capa de sudor te brillaba en el nacimiento del pelo, y, cuando cogiste la copa, noté que te temblaba el pulso. Le diste un trago al vino, pero tenías la mirada tan ausente que podría haber sido lejía y no te habrías dado ni cuenta.

Tu mente estaba de vuelta en aquella habitación, así que ni siquiera diste señal de haberme oído cuando comenté:

—Yo tampoco lo sabía. En todas las pelis es así, en los libros también.

—Después, la tal Silvia me ha preguntado qué hicimos el día que desapareció. Yo le he dicho que lo normal: por la mañana ella fue a trabajar y yo también, y esa noche cenamos con sus padres. Luego llegamos a casa, y le he contado que tuvimos una discusión. —Suspiraste con pesadez—. Discusión, Aria. «Una pequeña discusión», esas han sido mis palabras textuales. Pues bueno, la tía me ha mirado como si le hubiera dicho que nos liamos a hostias en medio del salón. Me estaba mirando como si fuera un machista maltratador, ¿sabes? Como si, si por ella fuera, me metería en el calabozo por el mero hecho de ser un hombre. Eso se llama androfobia, ¿lo sabías? O simplemente ser tan fea que no te ha entrado ninguno en la puta vida y eres una resentida de mierda. —Y, casi en un susurro, añadiste—: Me tenía que tocar la bollera hija de puta.

Hasta aquel momento, no había sido consciente de tu postura ante la homosexualidad, y la faceta que me estabas mostrando también era nueva: te habías convertido en un hombre nervioso y violento del que sólo había conocido atisbos breves. No me gustaba nada esa persona.

—¿No pensaste en llamar a un abogado? —te pregunté para no profundizar más en esa faceta tuya.

Me miraste como si fuera idiota y me respondiste con un tono lo bastante afilado como para cortarme la piel. Tu voz fue como limón y sal sobre una herida fresca.

—Pues claro que lo pensé. —Hiciste una pausa y te pasaste una mano por la cara en un gesto de exasperación—. Pero no paraban de insistir en que no era un interrogatorio, en que estábamos todos

ahí para ayudar a encontrar a Anabel. Si hubiera pedido un abogado, ¿qué impresión habría dado? Habría sido lo que le faltaba a la tal Silvia para confirmar que soy un machista asesino y condenarme directamente. Te digo que esa cree que yo soy el culpable.

—Bueno, a lo mejor ha sido una percepción tuya —alegué tratando de quitarle hierro al asunto, aunque pensaba que en el fondo estabas en lo cierto: tenía muy mala pinta—. Estabas nervioso, quizá no es tan malo como te ha parecido.

—Tú no la has visto, Aria —dijiste clavándome la mirada—. Las tías como ella odian a los tíos como yo.

No sabía muy bien qué querías decir con eso, pero seguiste antes de que pudiera preguntar, y en el fondo me alegré:

—Y ya la guinda del pastel ha sido cuando me ha preguntado qué he estado haciendo «todo este tiempo durante el que la policía ya habría podido encontrarla». Yo le he dicho que la había estado buscando, y la muy zorra se ha reído. Así, por lo bajo, pero la he oído. Ha dicho: «Ya, claro», mientras apuntaba algo más en esa libretita suya de los cojones. Te juro que no sé cómo ha podido apuntar tantas cosas en el rato que hemos estado hablando; me estaba poniendo de mala leche. Y luego me ha dicho: «Entonces, si preguntáramos a los familiares y compañeros de trabajo de Anabel, ¿nos dirían que has estado preguntando por ella?». Ahí ya me ha sacado de quicio, y me han entrado ganas de partirle la cara. Joder, Aria, la he cagado, pero bien. Esa mujer me quiere en la cárcel solamente porque le caigo mal, porque para ella represento el heteropatriarcado machista o cualquier mierda de esas.

—Bueno, a ver, no saques conclusiones precipitadas —te calmé con tono conciliador; en otra situación te habría cogido la mano,

pero temía que me la apartaras de un manotazo—. Independientemente de la ideología que tenga, esta mujer, Silvia, es una profesional, y su compañero también. Ellos seguirán el procedimiento, investigarán y, cuando no encuentren pruebas, concluirán que Anabel se ha ido por su cuenta y nos dejarán en paz.

Me miraste con una mezcla de incomprensión y asco que jamás lograré borrar de mis retinas.

—¿De verdad te fías de las autoridades? —dijiste con tono pedante.

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé, Caín. No sé qué decirte.

Pero tú no me estabas escuchando. Empezaste a murmurar para ti mismo:

—Mierda, mierda… Estoy jodido. En estos casos el primer sospechoso es el marido. —Yo ya lo había pensado, pero no había querido decirte nada—. Dios, estoy jodido.

Me levanté de la silla, y el ruido hizo que te volvieras hacia mí.

—¿Dónde vas?

—¿Adónde voy a ir? —contesté—. Pues a mi casa. Creo que es mejor que te deje un rato.

Estaba a punto de abrir la puerta de la entrada cuando tu voz viajó por el pasillo y me detuvo:

—Aria, espera.

Me giré justo a tiempo para verte salir de la cocina y observar cómo la combinación de luces y sombras en la penumbra dibujaba patrones indescifrables en ese rostro tuyo que, en las últimas cuarenta y ocho horas, había visto más que nunca, pero que sentía que nunca había conocido menos. Era como si, desde que te conocí,

hubiera estado mirando una máscara que, en los últimos meses, desde aquel segundo día en el parque, se te había ido cayendo poco a poco, y cada vez asomaba más la faceta oscura que se escondía al otro lado.

Soltaste un suspiro que hizo que te temblara todo el cuerpo.

—Perdóname por hablarte así. Yo… estoy muy nervioso, ¿vale? Y asustado y… no quiero estar solo.

Yo te miré sin decir nada, sin saber muy bien cómo interpretar tu cambio de actitud. Todo mi ser quería aprovechar la oportunidad para correr a tus brazos, pero después de las cosas que habías dicho había algo que me lo impedía. Mi último resquicio de sensatez, quizá.

—¿Qué te parece si cenamos y luego vemos algo en la tele? —propusiste y te las apañaste para dedicarme una de tus sonrisas radiantes—. El tartar tiene muy buena pinta. ¿Lo sueles hacer mucho?

—Sí —contesté tímidamente. Era incapaz de ser cortante contigo.

También era incapaz de decirte que no, y tú lo sabías. Igual que sabías perfectamente cómo se me aceleraría el corazón cuando te acercaste y me acariciaste el brazo con las puntas de los dedos.

—¿Qué me dices? Tú, yo, peli, la cena, y nos olvidamos un poco de todo. ¿Te gusta la idea?

Enterraste la cabeza en la curva de mi cuello, y la voz me tembló cuando susurré:

—Sí…

Me debiste de notar el pulso acelerado en la yugular, y tus manos empezaron a descender por mi espalda.

—Qué guapa eres, Aria… —gruñiste subiendo las manos por debajo de mi blusa y desabrochándome el sujetador.

Después me besaste, y yo te dejé, y la cena se quedó olvidada en la cocina.

—Aria, te necesito más que nunca…

Recuerdo que me acariciabas con delicadeza, pero luego me sujetabas con fuerza en ese juego de contrastes que te caracterizaba, esa eterna ruleta: negro o rojo, me quiere o no me quiere. A mí siempre me tocaba el verde y perdía la cuenta antes de terminar de contar los pétalos. Nunca se me dieron bien los juegos de azar, pero tú eras un experto en el engaño y en la confusión, un maestro de la ambigüedad. Sabías cuál era la dosis justa de afecto que tenías que darme para que te ayudase con lo que necesitaras; cómo tratarme para que no quisiera apartarme de tu lado, aunque supiera que era lo mejor para mí, siempre jugando con las palabras y con los encantos que sabías que tenías, manipulando a tu gusto ese miedo mío a perderte y la certeza de que haría cualquier cosa por ti. Me volvías loca; me volviste loca.

Tus contradicciones y tus dobles sentidos empapaban mis pensamientos de una inestabilidad que condicionaba mis decisiones, y, en aquel momento, como en tantos otros, decidí dejarme llevar por la fantasía y por tus besos; permitirme creer que podía durar.

No sabía si te alegrabas o te arrepentías de haberme llamado esa fatídica noche, si estabas siendo auténtico cuando me mirabas como si no supieras qué hacía todavía en tu casa o cuando me tocabas como si no quisieras que me marchase nunca. Así que, a falta de que tú me aclarases las dudas, elegí yo: sabía que lo nuestro era un barco que se hundía, pero escogí creer que era el Titanic, que tú

eras DiCaprio y me estabas sujetando porque me querías, no simplemente porque te daba miedo ahogarte.

Pero las segundas partes nunca son como las primeras, y, por mucho que me intentase convencer de lo contrario, después de lo de Anabel, nada fue igual. Nunca iba a serlo. Yo nunca iba a ser tu mujer, nunca iba a esperarte en la cocina con la cena, nunca íbamos a ver una peli tranquilamente en el sofá.

Pero esa noche, por lo menos, la ilusión se alargaría un poco más, y dormiría en su cama con su marido.

Te quiero (más que ella).

Aria

25

39 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Los días que siguieron a tu declaración fueron una espera agónica en la que cada segundo pesaba con la gravedad de lo que podría ocurrir, de lo que Silvia Silva y su compañero estarían averiguando.

Ambos volvimos al trabajo el lunes, pero íbamos en coches separados y no intercambiábamos ni una mirada en la oficina.

A mí se me acumulaban las llamadas perdidas de Dana y los mensajes que era incapaz de contestar. Mientras tanto, tú apenas comías y te pasabas las tardes mirando con ansiedad las noticias. Casi no hablabas y, cuando lo hacías, saltabas con alguna bordería o un comentario cortante. En tres ocasiones me volviste a preguntar dónde había dejado a Anabel y, antes de que pudiera contestar, las tres veces me dijiste que preferías no saberlo. Cada vez que me hacías esas preguntas, yo acallaba tus preocupaciones con un beso, que siempre terminaba en sexo. Últimamente era lo único que hacíamos: preocuparnos y follar.

Tú habías empezado a tomar pastillas y dormías poco por las noches. Yo, en cambio, pese a ser consciente de que debería haber

estado intranquila, no era capaz de sentir el más mínimo resquicio de nerviosismo. La situación en la que estábamos era horrible: era sórdida, triste, trágica… y perfecta. Por fin estábamos tú y yo, eternos secretos escondidos del mundo, y todo mi mundo cabía entre las cuatro paredes de tu piso siempre que tú me miraras y quisieras estar conmigo. Me conformaba con ser tu ansiolítico o tu distracción; si mi papel en tu vida era el de ser el antídoto de todos tus males, que así fuera.

Una parte de mí sospechaba que quizá no te hacía mucha gracia que viviera en tu casa, pero no me habías echado, probablemente porque me considerabas una inestable y querías tenerme controlada para que no fuera a delatarte a tus espaldas. Sin embargo, cada vez que esos pensamientos se colaban en mi cabeza, yo los desterraba. Prefería pensar que me necesitabas, puesto que jamás me había sentido tan imprescindible para nadie. Y ya era hora de que me pasase algo bueno, ¿no?

Cuando los rayos del sol del sexto día después de aquella llamada se colaron por la ventana y te recorrí la espalda con los dedos por debajo de las sábanas mientras dormías, pensé que, con un poco de suerte, podríamos hacer que aquello durase para siempre, alargar esos días hasta el infinito.

Había perdido la cuenta de las veces que había dicho que me marcharía, que aquella noche sería la última, que me iría después de comer…

Estaba pensando justo eso cuando se oyeron unos golpes en la puerta al otro lado del pasillo, seguidos por una voz ininteligible.

Te despertaste sobresaltado.

—¿Qué es eso? —preguntaste rascándote el sueño de los ojos mientras los porrazos crecían en volumen y la voz continuaba gritando algo incomprensible.

Te levantaste de la cama, te enfundaste los primeros pantalones que pillaste y te dirigiste a la puerta de entrada.

—Mierda. —Te oí susurrar pasillo abajo.

Me tapé con tu camisa del día anterior y me asomé al umbral de la puerta de la habitación.

—¿Qué pasa?

Apartaste el ojo de la mirilla de la puerta y te giraste hacia mí, pero, antes de que pudieras contestar, una voz al otro lado lo hizo por ti:

—Policía. Abra ahora mismo o echaremos la puerta abajo.

Intercambiamos una mirada de pánico, y los golpes fueron creciendo en intensidad hasta que entornaste la puerta.

—¿Qué quieren?

Vi cómo una mano se apoyaba en la puerta y la terminaba de abrir, y entonces se materializó la inspectora que me habías descrito hacía unos días: una mujer alta y musculosa que realmente parecía capaz de haber echado la puerta abajo.

Sus ojos se encontraron con los míos, y de pronto fui consciente de la escena: tú a medio vestir y yo desnuda bajo tu camisa, con la cama de Anabel deshecha a mi espalda.

Recuerdo pensar: «Dios mío, ¿qué hemos hecho?». Ambos sabíamos perfectamente que aquel momento se podía dar, pero nos habíamos confiado en la ilusión de que éramos invencibles, de que jamás llegaríamos a ese punto o, al menos, no tan pronto.

—Venimos a registrar su casa —dijo Silvia Silva.

—No pueden hacer eso —contestaste rápidamente tratando de cerrar la puerta, pero ella la mantuvo abierta sin esfuerzo aparente.

—Tenemos una orden judicial. ¿Quiere verla? —preguntó la inspectora con una sonrisa algo burlona.

Abriste la boca para responder, pero, sin darte oportunidad alguna, ella ordenó:

—Adentro, chicos. No dejéis ni un rincón sin inspeccionar.

Al menos media docena de policías nacionales de uniforme entraron en el apartamento como una marea azul marino que lo revolvió todo. En cuestión de segundos estaban por todas partes, abriendo y cerrando cajones, eviscerando armarios, diseccionando cada rincón de tu casa.

Tú corriste detrás de los que entraron en el dormitorio.

—¡No pueden hacer esto! ¡Paren! ¡Esto es una violación de mis derechos! —gritaste.

—De hecho, no lo es —replicó Silvia. Te siguió hacia el interior con unas esposas en la mano—. Caín Dimas Darvanda, queda usted detenido por el presunto homicidio de Ana Belén Blanco Benavides.

Yo me encogí en una esquina de la habitación, procesando la gravedad de aquellas palabras mientras tú gritabas improperios y pedías un abogado.

Entonces el que imaginaba que debía de ser el compañero de Silvia se acercó a mí:

—¿Es usted Aria Mérida Montero?

Yo asentí, muda.

—Usted también queda detenida como sospechosa del presunto homicidio de Ana Belén Blanco Benavides.

Lo que ocurrió después se sucedió como los fotogramas borrosos de una película sobre un sueño sin sentido.

Tuvieron la cortesía de dejar que me vistiera. Noté con una percepción extraordinaria cómo la tela de unos vaqueros y una camisa cubrían un cuerpo que ya no sentía como mío. Cuando me pusieron las esposas, el frío difuminó las palabras del policía como una capa de escarcha.

—Tiene derecho a guardar silencio, no declarando si no quiere, a no contestar alguna o algunas de las preguntas que se le formulen o a manifestar que sólo declarará ante el juez. Tiene derecho a no declarar contra usted misma y a no confesarse culpable, derecho a designar un abogado…

Mientras tanto, sus compañeros sacaron las sábanas ensangrentadas de entre los cojines del sofá y recuperaron la cartera, el portátil y el pasaporte de Anabel de debajo del colchón.

Me miraste con los ojos como platos mientras Silvia sostenía la cartera de Anabel en una bolsa transparente, pero yo apenas te veía a través de una cortina de lágrimas.

Los policías se quedaron en la casa mientras el compañero de Silvia, a quien escuché que alguien llamaba David, nos acompañaba abajo y nos metía en la parte de atrás de un coche patrulla.

Al otro lado de los cristales polarizados ya se estaba acumulando una pequeña multitud de curiosos, atraídos por el cordón policial y por todo el escándalo. Me pregunté cuánto tiempo tardaría el caso en llegar a los periódicos y después en hacerse viral. «Heredera y editor jefe de MM Editores detenidos por el asesinato de su mujer». El titular haría arder las redes sociales en cuestión de horas una vez saliera la primera noticia.

El policía nos dejó un momento, y, cuando estuvimos solos, te aclaraste la garganta.

Me giré hacia ti. De pronto, me volví consciente del olor a goma gastada y a Cheetos rancios que había en el interior del coche, de lo estrecho que era, de cómo tus piernas rozaban la rejilla que separaba la parte de atrás de los asientos de los conductores y del hecho de que estábamos ahí, esposados; tú todavía sin camiseta y yo con la ropa arrugada del día anterior.

—Me gustaría saber —empezaste a hablar muy despacio, con una voz que era la tuya, pero que a la vez tenía la sensación de no haber escuchado nunca— si escondiste las cosas de Anabel en el piso simplemente porque eres idiota o porque en el fondo querías que nos pillaran.

—Caín, ¿cómo iba a querer…?

—No lo sé, Aria, no lo sé —me cortaste. Te temblaba la voz como si estuvieras manteniendo a raya tu furia con una cuerda que se deshilachaba con cada palabra que pronunciabas—. Ya me espero cualquier cosa de ti. Así que, por favor, aclárame la duda.

Tu amabilidad forzada me ponía los vellos de punta, y miré por la ventana, esperando ver a algún policía o a alguien que pudiera sacarme de aquel coche, pero estaban todos demasiado ocupados apartando a la multitud y entrando y saliendo del piso con bolsitas transparentes.

No había nada que hacer; estaba encerrada contigo.

Tragué saliva y me atreví a mirarte a los ojos. Cuando hablé, traté de hacerlo con la mayor seguridad que me permitía el nudo que se había apoderado de mi estómago:

—Metí las cosas en esos sitios de forma provisional mientras limpiaba la cocina y el dormitorio con lejía. Después llegaste y me distraje. Al día siguiente tenía pensado hacerlo, pero volví al trabajo, y la verdad es que se me pasó, y luego llegaste tan nervioso de la comisaría…

Era una mierda de excusa que no me creía ni yo, y vi en tus ojos, inexpresivos y casi opacos, que tú tampoco te la tragabas.

—¿Y no se te ocurrió —comentaste con un sarcasmo forzado—, no sé, tirar en algún momento a la basura las sábanas con la sangre de mi mujer cuando hacías la cena en su cocina o te acostabas conmigo en su cama?

—¡Te he dicho que se me olvidó! —exclamé, aunque, por muy a la defensiva que me pusiese, aquello era indefendible.

—Y una mierda —gritaste—. Sólo pensabas en follar. —Torciste el gesto—. O en sustituir a Anabel o algún rollo turbio que no quiero ni que me expliques.

—Perdóname por ayudarte.

—No, Aria, eso no es…

—No, ahora me vas a escuchar a mí —te interrumpí, y, por algún milagro, la voz me salió del pecho con autoridad, aunque a medida que seguí hablando se me fue resquebrajando hasta que terminó por romperse—: Perdóname por quererte hasta el punto de ayudarte a esconder un cadáver. Perdóname por desear estar contigo a toda costa, por soñar con que te casases conmigo en vez de con ella, por querer formar una familia contigo.

Los ojos se me anegaron de lágrimas, y la voz se me ahogó en un sollozo.

Me miraste. La pregunta pesaba en el aire, y, aunque no quisieras oír la respuesta, yo ya estaba harta de callarme.

—Perdóname por no abortar.

Casi se te salieron los ojos de las órbitas, y disfruté de aquella pequeña victoria: saber algo que tú no sabías me daba poder. Probablemente esa fue la única ocasión en la que me habías pedido algo y yo no había hecho lo que querías.

—Fui a la clínica como me dijiste, pero no pude. Estuve varias semanas deprimida y después sufrí un aborto natural.

Se hizo un silencio entre nosotros, cargado de expectación, mientras esperaba tu respuesta.

Inspiraste hondo, como si necesitases absorber esa información con los pulmones igual que con el cerebro, y finalmente dijiste:

—Es mejor así.

Tres palabras bastaron para que mi corazón, que no creía que pudieras romper más, terminara de morirse en mi pecho.

—Ese niño no tenía que haber existido. Fue un error. Todo esto ha sido un error. Y tú tendrías que haber abortado. Al final tuvimos suerte.

Lo dijiste sin acritud, como si no estuvieras enfadado porque, *por suerte*, el problema ya no existía.

De pronto, recordé aquella vez cuando te dije, hablando sobre Romeo y Julieta: «Muchas veces haces una locura por alguien y a la otra persona le da igual». Tú contestaste: «A mí no me daría igual». Eso, como tantas otras cosas, era mentira. Porque yo lo había dado todo por ti, ¿y tú qué habías hecho? Despreciarlo como si no fuera nada. ¿Cómo eras capaz de hablar así de nuestro bebé? Ni siquiera me habías preguntado si era niño o niña, si le había puesto un

nombre. Te daba igual. Seguramente, también te daría igual si yo me muriese.

Estaba llorando desconsoladamente, estremecida entre sollozos y empapada por unas lágrimas que no me podía secar con las manos esposadas a la espalda. La gente nos estaba intentando ver por las ventanas y Silvia Silva estaba caminando hacia el coche, pero ni siquiera me importaba.

—Retira eso —te exigí temblando de pena, de rabia, de frustración —. Retíralo ahora mismo.

Qué estúpido es pedirle a alguien que retire algo. Las cosas, una vez dichas, no se pueden retirar. Tus palabras no se las llevó el viento, sino que se quedaron flotando como una neblina plomiza entre nosotros, tal y como había ocurrido cuando te confesé que estaba enamorada de ti y nada volvió a ser lo mismo. Por mucho que yo lo hubiera querido retirar o que hubiéramos intentado hacer como si no hubiese pasado, estaba dicho, y eso no se podía deshacer.

Nada de lo que habíamos hecho se podía deshacer.

Con cariño,

Aria

26

32 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

El camino hasta la comisaría transcurrió en un silencio más que incómodo, roto de vez en cuando por comentarios innecesarios y risitas por lo bajo de la inspectora Silva.

Para cuando llegamos a la comisaría, había tantos periodistas en la puerta que la entrada estaba bloqueada. Seguramente alguien había grabado algo con el móvil, otro alguien te había reconocido y le había enviado el vídeo a un tercero, que a su vez se lo habría mandado a alguien que lo habría colgado en alguna red social, y, como resultado, Silvia y su compañero David tuvieron que bajarse del coche para dispersar a la multitud y despejar el acceso.

Escuché el roce de la tela antes de darme cuenta de que te estabas acercando a mí.

Nuestros ojos se encontraron, los míos todavía húmedos, y esperé en silencio a que retirases lo que habías dicho, aunque no sirviera de nada, aunque el daño ya fuera irreparable y nuestro bebé estuviera muerto.

Pero, en lugar de eso, te inclinaste hacia mí y me susurraste al oído algo que, pese al calor de tu respiración, hizo que me diera un escalofrío.

—Se notaba que querías ser Anabel, sustituirla. Que estabas deseando quitártela de en medio.

La amenaza se asentó en el silencio como un peso muerto, pero, antes de que pudiera decir nada, Silvia volvió al coche, y, después de conseguir aparcarlo en la entrada, ella y su compañero nos sacaron de la parte de atrás.

Entramos en la comisaría, y las luces blancas y el ruido de las conversaciones me nublaron los sentidos. Para cuando me quise dar cuenta, Silvia te estaba llevando hacia una habitación mientras David me guiaba a otra.

—¡Eh, espere! ¡Aria! ¡Déjela! ¡Tiene derecho a un abogado!

David y yo nos giramos hacia la voz, y ahí estaba mi padre, tratando de zafarse de un policía de uniforme que pretendía sacarlo de allí. Estaba despeinado, con la corbata hecha un desastre y la chaqueta descolocada; parecía un viejo que se había intentado escapar del asilo.

—¡Suélteme de una vez! ¿Tiene idea de quién soy? —le espetó al policía.

Antes de que este pudiera responder, logró deshacerse de su agarre y venir hacia mí.

No me extrañó ver a mi padre allí, considerando el revuelo que se había armado en cuestión de horas.

Lo que sí me sorprendió fue que me envolviera en un abrazo como no lo hacía desde que iba a primaria y después me secara las

lágrimas de las mejillas mientras a él se le llenaban los ojos de destellos.

Traté de buscarte por encima del hombro de mi padre, pero ya habías desaparecido.

—Aria, no te preocupes. Todo va a salir bien —me dijo—. Tú no has hecho nada, y esta gente va a pagar por esto. —Se volvió hacia el policía que le había estado sujetando momentos antes y alzó la voz para asegurarse de que lo oyera—: Voy a meterles tal puro por difamación que van a tener que cerrar la comisaría. —Volvió a centrar su atención en mí y habló de forma acelerada, casi atropellada, enseñándome su móvil—. He llamado a Teresa Tamayo Torres, abogada penalista. La tengo al teléfono desde Madrid.

Fui a coger el teléfono, pero luego me di cuenta de que seguía esposada.

Mi padre se percató también, y la cara se le puso de color ceniza.

Cuando levantó la vista, fulminó a David con la mirada.

—Bueno, ¿qué? Mi hija tiene derecho a hablar con un abogado.

David tragó saliva. El pobre tenía pinta de haberse sacado la oposición hacía unos meses, y estaba claro que enfrentarse a un hombre como mi padre lo intimidaba.

—Señor, verá, tenemos que tomarle declaración antes de que pase a disposición judicial…

—Vosotros no le vais a preguntar nada a mi hija sin que hable con su abogada primero —lo interrumpió—. Tiene derecho a eso y a una llamada, si no me equivoco. Mira qué bien, hacemos un dos por uno. Así que ya le estás quitando las esposas.

David lanzó una mirada al otro lado del pasillo, donde Silvia acababa de salir de una habitación. Ella asintió con gesto cansado, y

David me liberó de las esposas. Después me guio hacia la sala de interrogatorios, donde me dejaron sola con el teléfono de mi padre.

La llamada llevaba en curso desde hacía casi una hora. Me quedé mirando petrificada cómo pasaban los segundos en la pantalla, como si de pronto me hubiera olvidado de cómo hablar, de cómo respirar, de cómo hacer nada que no fuera parpadear y preguntarme por qué había acabado en semejante situación.

—¿Aria? Aria, ¿estás ahí?

El altavoz no estaba puesto, pero la voz me llegó desde el teléfono.

Me apresuré a pegármelo a la oreja.

—Sí, sí, soy yo. Lo siento.

—No te disculpes, comprendo que esta situación es muy confusa —dijo una mujer al otro lado. Tenía una voz agradable; no era dulce, sino más bien todo lo contrario: era firme, fría e inspiraba una confianza que me hizo sentir mínimamente más segura—. Me presento: mi nombre es Teresa. Encantada de saludarte.

Teresa Tamayo Torres, según descubrí después, es la mejor abogada penalista de España, socia directora del bufete penalista más importante de Madrid. Si había alguien capaz de sacarme de aquel lío, era ella.

No pude evitarlo, se me escapó una risita histérica.

—Encantada no es la palabra que yo usaría.

Hubo una breve pausa al otro lado del teléfono.

—Lo entiendo, las circunstancias no son las mejores —reconoció Teresa—. Yo voy a ser tu abogada e intentaré facilitarte el proceso en la medida de lo posible. Ahora te voy a asesorar sobre lo que va

a ocurrir después de esta llamada y esta misma tarde viajaré a Málaga.

—¿Qué tengo que hacer?

La pregunta era casi ridícula, pero fue la única que se me ocurrió.

Teresa respondió sin perder un segundo, con un equilibrio perfecto entre la calma y la eficiencia, fruto de años de experiencia.

—Primero, vas a explicarme exactamente lo que ha pasado.

Yo le hice un resumen.

—¿Y el cuerpo? —preguntó cuando hube terminado, como si no hubiese nada más importante en el relato.

—¿Qué pasa con él? —repliqué, algo a la defensiva—. Ya te he dicho que lo dejé en la sierra.

—¿Van a encontrarlo?

—No —respondí con firmeza.

—Vale. —Supuse que su profesión le confería el buen juicio de no preguntar más allá, y se lo agradecí—. Ahora yo te voy a contar lo que va a pasar. Cuando cuelgues el teléfono, te van a querer tomar declaración. Podrías esperarte a que yo llegue, pero eso no nos conviene y además retrasaría todo el proceso sobremanera, así que vas a dejar que lo hagan.

—¿Y qué les digo? —inquirí, preocupada por la batería del móvil; no estaba lista para que la llamada se terminase antes de lo previsto y enfrentarme sin los consejos de mi abogada a la inspectora Silva y a sus preguntas.

—La verdad —respondió Teresa.

No podía verme la cara, pero debió de percibir que tenía los ojos como platos.

—Es lo mejor, Aria —explicó—. Si te niegas a hablar con ellos sin un abogado, y Caín ya lo ha hecho, les hará pensar peor de ti. Has de tener en cuenta que prácticamente os han encontrado a los dos en la cama de Anabel. Para ellos, tanto Caín como tú sois igual de sospechosos. Además, ahora piensan que es un asesinato, por lo que les tienes que contar lo que ha ocurrido para que comprendan que fue un homicidio y, con un poco de suerte, hacerles ver que solamente fuiste cómplice.

—Espera, espera. ¿Qué diferencia hay?

—Un asesinato implica premeditación. Las penas son más grandes. Lo que tú me cuentas que tenemos entre manos es un homicidio sin señalamiento ni premeditación. Vamos, un accidente.

—Sí, justo, eso es lo que ha sido —dije, aferrándome desesperadamente a esa palabra. *Accidente*. Sonaba como si realmente nada de lo que estaba pasando fuera tan grave.

—Por eso, cuando te pregunten, tienes que decir la verdad, tal como me la has contado a mí.

Yo afirmé con la cabeza, sintiéndome cada vez más segura con las indicaciones de Teresa, pero de pronto una idea se abrió paso en mi mente.

—¿Y qué pasa si Caín les miente?

—Lo que él diga nos da igual —argumentó Teresa, y casi pude verla haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Esta no será la última vez que os tomen declaración, hazme caso. Los dos la cambiaréis varias veces. La única que realmente importa es la del juicio.

—¿Y eso cuándo será?

—¿El juicio? Dios sabe. Seguramente en unos dos o tres años.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo. A nosotros nos han detenido hoy. ¿Qué pasa hasta entonces?

Hubo un ruido que no logré identificar al otro lado de la línea, y cuando Teresa volvió a hablar sonaba como si tuviera prisa.

—No tenemos mucho más tiempo, Aria, así que voy a terminar de hacerte el resumen de lo que puedes esperar en las próximas horas, ¿de acuerdo?

No me gustaba la idea de que la llamada estuviese a punto de terminar, pero asentí de todas formas antes de darme cuenta de que ella no podía verme.

—Sí, vale.

—Ahora te van a tomar declaración, y seguramente pases el resto del día en el calabozo.

No pude evitarlo, la pregunta estaba formulada antes de que fuera consciente del movimiento de mis propios labios:

—¿Con Caín?

—No —respondió Teresa, tajante, y hubo un ruido sordo, como si estuviera moviendo cosas o poniéndose un abrigo—. Os llevarán a lugares separados para que no podáis comparar versiones. Pero mejor. Tú ya no tienes nada más que hablar con él.

Era verdad, pero yo sentía una necesidad imperante de hablar contigo una vez más, de decirte algo, aunque ni siquiera sabía el qué. A día de hoy sigo sin saberlo; y mírame, incapaz de dejar de hablar contigo —o al menos de fingir que lo hago—, escribo en una hoja en blanco ahora que ya no puedo escribirte a ti.

—Esta noche, o si no, mañana a primera hora, se celebrará la vista oral con el juez de guardia, que decidirá qué hacer con vuestro

caso —continuó Teresa—. Lo más seguro es que dicte prisión preventiva a la espera de juicio. Entonces te llevarán a…

—Espera —la corté—. ¿Cómo que prisión? Pensaba que tú estabas aquí para librarme de eso.

—Y eso haré, cuando se celebre el juicio. Entretanto, me temo que no puedo hacer nada para evitar la prisión preventiva. Podemos intentar alegar falta de antecedentes y atenuantes, pero, por lo que sé del caso, puedo afirmar casi con total seguridad que los dos pasaréis en la cárcel entre dos y cinco años, dependiendo de cuánto tarde el proceso, y mientras tanto la policía seguirá investigando para recabar pruebas hasta que se celebre el juicio.

Sentí que la habitación giraba a mi alrededor. De pronto no sabía dónde empezaban las paredes y terminaba el techo y, cuando me quise dar cuenta, había vomitado lo poco que me quedaba en el estómago de la cena de la noche anterior en el suelo.

—¿Aria? Aria, ¿sigues ahí?

Sí, estaba ahí. En ese momento, con la garganta llena de ácido y oliendo mi propio vómito, tomé plena conciencia de mi situación por primera vez.

Estaba jodida.

Jodida de verdad. Ya no era cuestión de si iría o no a la cárcel, sino de cuánto tiempo.

Mi instinto primario fue salir corriendo. Miré hacia la cámara de la esquina del techo y después hacia la puerta, tensando los músculos mientras me preguntaba si habría alguna otra salida al final del pasillo.

Pero era inútil planteárselo. Aquel sitio estaba lleno de policías; no llegaría lejos. Además, ¿a quién quería engañar? Yo soy escritora, no

una prófuga. No estoy hecha para esto, para vistas orales y procedimientos legales. Una parte de mí no paraba de repetirse a sí misma que estaba ahí por error, que todo era un grave malentendido. Pero no había ningún error ni tampoco una forma fácil de salir de aquello.

—Aria, ¿me oyes?

La voz de Teresa me trajo de vuelta a mi cuerpo —agotado, aunque me había despertado hacía pocas horas— y al presente. Me agarré a ella como a un ancla que me mantenía firme. Me aferré con fuerza a su voz durante esos días.

—Sí, sí.

—Mira, sé que son muchas cosas, pero tienes que entender algo: lo único que importa es el juicio. Lo que digas hasta entonces y lo que pase en la vistilla tiene una importancia relativa. Lo que es vital es que nos centremos en tu defensa para que no te condenen. Esta tarde llegaré y hablaremos en persona, ¿vale?

—De acuerdo —respondí, porque no podía decirle otra cosa.

Esa mujer me estaba diciendo que me centrase en un juicio sin fecha que a mí se me antojaba distante e inmaterial, como la última página de una odisea que no estaba preparada para enfrentar, pero, demasiado pronto, después de hacerme un par de aclaraciones más, Teresa se despidió y colgó. Un policía entró a quitarme el móvil, y después llegaron Silvia y David.

Y entonces empezó todo.

Con cariño,

Aria

27

26 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Hoy he tenido un ataque de ansiedad.

Es algo que me ha pasado en los dos años que llevo en la cárcel unas cuantas veces. Como te he mencionado en otras ocasiones, tengo mis estrategias para que el encierro no me agobie demasiado, pero esta noche, por algún motivo, ha sido como si todas las barreras que he puesto para mantener a raya lo que siento se hubieran caído de golpe. Quizá esto se debe a la proximidad del juicio o a la angustia que me provoca recordar el proceso policial que precedió a la vista oral.

En cualquier caso, me he despertado en medio de la noche y, de pronto, he tenido una sensación que sólo puedo comparar con estar de pie sobre la superficie de un lago congelado y que esta se rompa. El bofetón de agua fría me ha helado el aire en los pulmones, y he sentido que el pecho me ardía como si lo tuviera lleno de una especie de escarcha abrasadora. De pronto, todos los sonidos se han amplificado: la respiración de Celia, los pasos de los guardias en el pasillo, el zumbido de las luces nocturnas. Aquí nunca hay silencio,

no del todo, ni tampoco oscuridad total. Había otro ruido que no lograba identificar, una especie de leve golpeteo arrítmico que se me antojaba desquiciante. Me he levantado y he visto que había por lo menos seis polillas revoloteando alrededor de la luz de emergencia.

No sabía cómo ni cuándo habían entrado, pero, cegada por un impulso irracional, he tratado de abrir la puerta de la celda para alejarme de ellas. Por supuesto, no he podido. Ni siquiera tiene pomo. En mi mente he sentido el impacto sincronizado de setenta celdas cerrándose a la vez, que es lo que ocurre todas las noches, y no se vuelven a abrir hasta por la mañana. Encontrarme con esa puerta metálica impenetrable ha sido como intentar salir a la superficie del agua sólo para descubrir que el hielo se había vuelto a congelar sobre mi cabeza.

Entonces ha sido cuando he empezado a pasarlo mal de verdad. Quería irme. Quería silencio, quería ruido. Quería estar en cualquier lugar menos aquí. Procuré respirar, tranquilizarme, imaginarme que todo esto no era más que una historia, que no estaba pasando de verdad. Pero sí que estaba ocurriendo, y todo a mi alrededor se volvió devastadoramente real: las líneas se afilaron, los colores se tornaron más oscuros, las sombras más profundas y el aleteo de las polillas se hizo más frenético, como si ellas también quisieran escapar de mí. Pero no podían; estábamos encerradas juntas.

«Nunca voy a salir de aquí», pensé, y fue como si el pensamiento adquiriera forma física, como si le crecieran manos que tiraban de mí hacia abajo, acercándome más y más a las profundidades insondables de un agua que el sol se ha pasado años sin tocar y que me llenaba la visión de negro.

Sentí como si mi corazón bombease aire y los pulmones me sangrasen. Todo estaba mal, como si tuviera la piel dada la vuelta y el contacto con el ambiente me doliera, porque todo estaba al revés, porque yo quería estar fuera, pero estaba dentro y no podía salir y, de pronto, me pareció que las paredes de la celda se estaban moviendo, acercándose unas a otras.

Cerré los ojos para no ver cómo el espacio se iba haciendo cada vez más pequeño y me ovillé en la cama.

—Estoy bien, estoy bien, estoy bien —susurré meciéndome, tratando de ignorar ese aleteo que se había vuelto ensordecedor.

Pero no lo estoy, Caín. Llevo mucho tiempo sin estar bien.

Al final, como siempre acaba ocurriendo con esta clase de cosas, se me pasó. En esa hora indefinida de la madrugada, envuelta en sombras, con sal en las mejillas y el pasado y el futuro tirando de mí en direcciones opuestas, como si quisieran romperme, tomé una decisión. En cuanto lo hice, me sentí más tranquila. Me gustaría poder compartirla contigo, pero la conocerás a su debido tiempo.

Ahora estoy de vuelta en la biblioteca y, aunque estoy mejor, las rejas de las ventanas se me antojan demasiado reales, igual que los pasos de los guardias y las miradas de soslayo de las reclusas voluntarias que están ordenando los libros.

«Esto no me está pasando a mí», me repito, pero cada vez es más difícil convencerme. Creo que hay una polilla posada en la pared junto a mi cabeza, pero no voy a levantar la vista para comprobarlo; proseguiré por donde lo dejé porque los recuerdos, aunque sean desagradables, son un lugar mucho mejor que este.

Cuando Silvia entró en la sala de interrogatorios, mandó a su compañero a por alguien que limpiara el vómito del suelo. Una vez

resuelto este desagradable trámite, los dos se sentaron junto a mí. David sacó una pequeña libreta y un bolígrafo, y Silvia le dio al Play en una grabadora que hacía que todo aquello fuera a la vez demasiado real y surrealista.

—Comisaría de la Policía Nacional de Málaga capital, 10:12 de la mañana del día 8 de agosto de 2023. Declaración de uno de los principales sospechosos en el caso de Ana Belén Blanco Benavides. Aria, ¿puede usted decir su nombre completo para que conste en la grabación?

—Aria Mérida Montero —dije con una voz que apenas reconocía como la mía propia.

Me sentía como el personaje de una película a la que hubiera entrado por error y tenía la sensación de estar viéndome a mí misma desde fuera: ahí, en esa silla, con la ropa sucia y arrugada, los ojos inyectados en sangre después del disgusto y la tez amarillenta tras haber vomitado lo poco que quedaba en un cuerpo que se me antojaba casi ajeno. Me percibí así en muchas ocasiones a lo largo de todo el proceso.

—¿Eres consciente de la gravedad de los cargos de los que se te acusa?

La investigadora había pasado a tutearme; no sabía si lo hacía para intimidarme, pero yo traté de mantener la poca compostura que me quedaba después de que aquella mujer hubiera visto los contenidos de mi estómago esparcidos por el suelo.

—Yo no maté a Anabel —solté inmediatamente.

Silvia empezó a poner los ojos en blanco, como si esa fuera exactamente la respuesta que había esperado, pero entonces añadí:

—Sólo ayudé a Caín a esconder el cuerpo.

Esto captó la atención de la policía, cuyas facciones parecieron afilarse. Su compañero levantó la mirada del cuaderno.

—Cuéntanos lo que pasó la madrugada del 3 de agosto, Aria.

Y lo hice, tal y como me había indicado Teresa.

Cuando hube terminado, Silvia intercambió una mirada con su compañero, asintió levemente y después se dirigió a mí. Entrelazó los dedos sobre la mesa y se apoyó sobre los antebrazos para inclinarse hacia mí.

—Verás, Aria —empezó—, me caes bien, de verdad que sí. Eres una chica joven y, por lo que hemos averiguado, con un futuro prometedor, y hablo en serio cuando digo que me da pena ver aquí a alguien como tú. Tu historia tiene sentido, y quiero creerte, te lo aseguro. El hecho de que, pese a la actitud de tu padre, hayas accedido a hablar con nosotros sin la abogada es algo que tenemos muy en cuenta y que te agradecemos. Pero ahora mismo, con las pruebas que tenemos, no puedo conformarme con esa historia.

—¿Qué pruebas son esas? —pregunté sin esperanza alguna de que me lo dijera.

Para mi sorpresa, la inspectora se recostó en el asiento con los brazos cruzados y me contestó como si fuéramos dos amigas charlando:

—Hoy por hoy, tenemos una fotografía del coche de Caín hecha por un radar que se saltó la madrugada del día 3 a las 2:03. A partir de ahí, trazamos su ruta hasta… —le pidió a su compañero la libreta y consultó rápidamente una nota de una página anterior— el parque forestal de la laguna de la Barrera, en Teatinos. Contamos con imágenes de la calle Juan Francés Bosca en las que se os ve transportando de un coche a otro un bulto que encajaría con las

proporciones de la víctima. Además, hemos encontrado los restos del móvil de Ana Belén en el lago. Por otro lado, esta mañana hemos recogido muestras de ADN de ambos maleteros, que ahora mismo está procesando la Policía Científica, así como los efectos personales de Ana Belén y las sábanas ensangrentadas. Todo ello añadido a la… situación en la que os hemos encontrado hace que necesite algo más que una historia coherente para creerte, Aria.

A medida que había ido enumerando las pruebas, se me había ido drenando la poca sangre que me quedaba en el rostro, y no podía ni imaginarme la cara que debía de tener. De pronto, sentía que todos los huesos se me estaban clavando bajo la piel, como si quisieran escapar de un cuerpo que se veía irremediablemente atrapado en aquella situación. Tú no me habías contado que te hubieras saltado ningún radar, y jamás me podría haber imaginado que había cámaras en esa calle.

Me aparté el pelo de la cara con una mano, aunque mis rizos volvieron a su entropía natural en cuestión de segundos. Inspiré hondo, tratando de centrarme en lo poco positivo que había en la situación. No sabía si la agente Silva había mostrado simpatía hacia mí porque de verdad la sentía o para ganarse mi confianza, igual que desconocía si su exposición de las pruebas era una forma de ayudarme o de asustarme. De todas formas, debía aprovechar la oportunidad que me estaba dando y hacer todo lo posible para darle lo que me pedía. Quizá así tendría alguna opción.

—¿Qué es lo que necesita? —quise saber.

Silvia me clavó un par de ojos azules fríos como glaciares.

—El cuerpo.

Se hizo un silencio tan profundo en la sala que habría jurado que los policías podían oír el ruido sordo del alma cayéndoseme a los pies.

Eso era probablemente lo único que no podía darles.

Tras unos minutos, Silvia rompió la calma:

—Entiendo que esta situación debe de ser abrumadora —dijo con una actitud tan empática que parecía una persona totalmente diferente a la que tú me habías descrito—. Y una chica como tú no pinta nada en la cárcel condenada por homicidio. Pero necesito que comprendas que todavía tienes opciones, que puedes salir de esta y que, si nos ayudas, te estarás ayudando a ti misma, porque colaborar con la policía resultará algo favorable a ojos de cualquier juez. Podríamos intentar conseguirte un trato con la Fiscalía o, cuando menos, atenuantes. Eres una joven inteligente, así que te voy a explicar una cosa: este caso es muy excepcional, dado que está claro que es un homicidio, pero no tenemos arma del crimen ni cuerpo. Si es cierto lo que nos cuentas de que Anabel se dio un golpe, encontrar un arma está descartado, pero todavía podemos encontrar el cuerpo. Las grabaciones de la calle Juan Francés Bosca constituyen una prueba prácticamente irrefutable de que Ana Belén Blanco Benavides está muerta, pero si encontráramos un cadáver, todo esto sería más fácil. Además, si el cuerpo muestra indicios de una pelea con Caín, las sospechas se desviarán, y podremos confirmar que efectivamente no has sido más que un cooperador necesario o lo que tú misma has llamado cómplice.

Tomé aire, tratando de mantener a raya el nudo que me bajaba por la garganta hacia los pulmones y disminuía considerablemente mi capacidad respiratoria.

—Es que… —La voz me temblaba, igual que las manos, que escondí bajo las piernas mientras trataba de tranquilizarme—. No recuerdo exactamente dónde lo dejé.

—Cualquier ubicación, aunque sea aproximada, nos será de gran ayuda —me animó Silvia.

—En la sierra de Mijas. En el campo —revelé tras unos segundos de duda.

David no tardó ni medio segundo en garabatear en su libreta, y Silvia me lanzó la siguiente pregunta antes incluso de que hubiera terminado de pronunciar la última sílaba:

—¿En qué parte?

—No me acuerdo. Creo que pasé cerca de Mijas pueblo y después seguí conduciendo. Me metí por una carretera de tierra durante un rato y, tras dar varios giros, paré el coche, cogí el cuerpo, lo arrastré campo adentro y lo dejé ahí.

—¿Qué carretera era?

—No lo sé. Estaba oscuro y no me fijé en el nombre.

—¿Cuánto tiempo condujiste después de pasar Mijas pueblo?

Cada pregunta que Silvia me hacía era como un golpe en su fachada de amabilidad, hasta que finalmente me estaba mirando con una expresión a medio camino entre la frustración y el enfado.

—No me acuerdo.

El semblante de la inspectora terminó de endurecerse. Estaba claro que ya no le caía tan bien y que tampoco le valían las «ubicaciones aproximadas». Busqué la mirada de su compañero con la esperanza de encontrar algo de simpatía en ella; el chico tenía unos ojos cálidos, pero no los levantó de su libreta ni un segundo.

—Entonces te metiste por una carretera rural, condujiste durante un periodo indefinido de tiempo y después arrastraste el cuerpo campo adentro y lo dejaste ahí —resumió Silvia.

Dicho así, sonaba de lo más siniestro.

Asentí.

—Así es.

—¿Caín te pegaba?

La pregunta me pilló tan desprevenida que los policías debieron de leerme la sorpresa en la cara.

Negué con la cabeza lentamente.

—No.

Silvia entrecerró los ojos.

—¿Nunca? ¿Estás segura? Ya sabes, después de una discusión acalorada, con una copa de más… Esa clase de cosas.

Caín, en mi mente se sucedieron una serie de imágenes en las que te dejabas llevar por la furia: cuando te di la noticia de que estaba embarazada y le pegaste una patada al muro del parque, cómo temblabas de rabia la noche que me llamaste para esconder el cuerpo de Anabel, la violencia con la que habías hablado de la investigadora Silva y el puñetazo que le habías pegado a la pared a escasos centímetros de mi cabeza cuando me contaste la historia de tu declaración. Incluso llegué a poner en duda la fuerza bruta que empleabas cuando teníamos relaciones; yo la había tomado por pasión y nunca me había quejado, pese a que alguna vez me habías hecho daño.

Era cierto que habías mostrado conductas agresivas, pero, hasta la fecha, nunca me habías puesto una mano encima.

—Sí —afirmé—. Estoy segura.

La investigadora asintió.

—De acuerdo, Aria, una última pregunta. ¿Sabías que no hay ningún Daniel Dimas Darvanda en los archivos de la Policía de Marbella?

Miré a la inspectora con la mayor indiferencia de la que fui capaz y, con un tono despreocupado, contesté:

—No. No tenía ni idea.

Silvia se levantó con una especie de gruñido y detuvo la grabación con una mano mientras se llevaba la otra a las lumbares.

—De acuerdo, hemos terminado.

Con cariño,

Aria

28

20 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

Dejé que David me escoltara hasta un semisótano, donde me encerró en una celda en la que sólo había un catre y un retrete —que no pensaba utilizar salvo en caso de necesidad extrema—, junto con un rollo de papel higiénico casi gastado.

Por los tragaluces se colaba la luz intensa del mediodía. Las sombras de los pasos que la interrumpían eran la única indicación que tenía de que el tiempo estaba pasando.

Es curioso eso del tiempo y cómo siempre lo sentimos como algo inasible, como una ola que nos arrastra a una velocidad con la que no podemos competir: relojes, horarios, calendarios… Un par de horas (quizá más, quizá menos) sin mirar un reloj, y de pronto el tiempo pasó a antojárseme algo estático, una dimensión casi tangible que caía sobre mí como un sudario, un peso que me oprimía los pulmones.

Desde que estoy en la cárcel, me he acostumbrado a esa sensación, a la pesadez del tiempo vacío, pero entonces era algo

nuevo, y tenía la sensación de que los segundos se me acumulaban en la tráquea, bloqueándome la respiración.

Creo que lloré; recuerdo tocarme las mejillas y que estuvieran húmedas. También me acuerdo de que no podía dejar de pensar en ti, para no variar. Me preguntaba dónde estarías, qué les habrías dicho a los policías, y un puño de hielo se me cerraba alrededor del estómago cuando pensaba en la posibilidad de que me hubieras acusado a mí. Parecía que yo tenía el favor de la inspectora Silva, y en sus grabaciones el transporte del bulto había sido de tu coche al mío y no al revés, pero no me podía fiar y tampoco podía contar con que encontrasen el cuerpo.

En algún momento, la puerta se abrió y apareció David con una bandeja en la que había un sándwich y una cocacola. Me la puso enfrente sin mediar palabra. Me bebí el refresco, pero no toqué la comida. Quizá no fuera capaz de aguantar sin ir al baño todo el tiempo que tuviera que estar allí, pero tenía práctica aguantando el hambre.

Una parte de mi cabeza no paraba de reproducir una y otra vez nuestra pelea en el coche patrulla, las cosas que habías dicho:

«Ese niño no tenía que haber existido».

«Fue un error».

«Todo esto ha sido un error».

Y las que no habías dicho, pero habían quedado implícitas: pensabas que *yo* había sido un error.

Igual que lo había hecho tantas otras veces, el poder de las palabras me sorprendió: las mismas que tanta felicidad nos habían dado ahora me destrozaban, abriéndome las heridas y haciendo que supurasen. La agonía llegó a ser física, y recuerdo retorcerme del

dolor en el camastro, contemplando mi cuerpo desde fuera, pero a la vez incapaz de escapar del castigo de aquel suplicio.

No podía dejar de pensar que aquella podría haber sido nuestra última conversación. Por lo que me había explicado Teresa, seguramente coincidiríamos más veces, pero no volvería a ser igual, y estaba claro que no me iban a dejar ir a verte, aunque creo que tú tampoco habrías querido que te visitara.

Al cabo de tres horas (o de cinco o de siete), el cielo se estaba oscureciendo, y la puerta volvió a abrirse. Pensaba que sería David con más comida que no pensaba tocar, pero desde el umbral me miraron unos ojos azules que no había esperado ver más.

—¡Dana! —exclamé poniéndome en pie y caminando hacia los barrotes.

Pero, incluso entre las sombras, pude verle en la cara que no se alegraba de verme.

—No puedo creerme que estés aquí —seguí, impulsada por la adrenalina del único estímulo que había tenido en horas. De pronto, caí en la cuenta de que, efectivamente, no sabía cómo podía estar allí. Fruncí el ceño—. ¿Me permiten las visitas?

—Mías no —contestó, fría y en español.

El inglés se había convertido en nuestro código secreto compartido; el hecho de que no lo utilizase me dejó claro que aquella no era una visita social. ¿Por qué iba a serlo, si tenía casi treinta llamadas perdidas suyas y no sé cuántos mensajes y ni siquiera me había dignado a contestar?

—He tenido suerte, los encargados de tu caso no estaban, y nadie me ha dicho nada —explicó—. Resulta que conocía al guardia de la entrada y me ha dejado pasar.

Arqueé las cejas.

—¿De qué lo conocías?

—De un caso. —Sacudió la cabeza—. Pero no importa. ¿Sabes por qué estoy aquí, Aria?

Supuse que la respuesta no era que me echaba de menos, así que me quedé callada y negué con la cabeza.

—Pues porque en media hora me han citado para declarar sobre el caso de Ana Belén Blanco. ¿Qué te parece?

Sentí como si me hubiese tragado una piedra hecha de aire que me lijaba las paredes del esófago a medida que me bajaba por la garganta.

Debí de pasarme mucho tiempo sin hablar, porque Dana respiró hondo antes de decirme:

—Ya me lo imaginaba. Mira, podría pasarme aquí un buen rato diciéndote que te has comportado como una completa hija de puta, pero eso ya lo sabes, y está visto que te importa una mierda tratar así a una de las pocas personas que te quieren. Así que, como no tenemos mucho tiempo, iré al grano. ¿Por qué me pediste que llamara a Caín desde la comisaría diciéndole que su hermano estaba detenido?

—Ya te lo dije —empecé con la mayor calma de la que era capaz, pero el corazón me palpitaba contra las costillas y temía que el ritmo acelerado hiciera que me temblara la voz—. Para darle un susto a Caín.

—La madrugada del 3 de agosto —puntualizó mirándome con gravedad—. La noche que desapareció su mujer.

Yo no dije nada, y mi silencio la irritó más que cualquier respuesta. Si no hubieran estado las barras de la celda de por

medio, quizá me habría pegado una torta. Y yo me lo habría merecido.

Había llamado a Dana desesperada unos días antes de aquella fatídica noche para pedirle un favor que no había podido explicarle y, la misma madrugada del día 3, le había enviado un mensaje antes de subirme a tu coche, la señal establecida para que llevara a cabo lo que habíamos acordado.

Ella lo había hecho sin preguntar demasiado, pero estaba claro que ya no estaba dispuesta a dar la cara por mí sin conocer mis motivos. Y yo no podía compartirlos con ella, pasara lo que pasara.

¿Te preguntas qué me traía entre manos, querido Caín? Aún es pronto para que lo sepas. Podría decirse que estamos aproximándonos al clímax de nuestra historia, y siempre viene bien crear un poco de suspense antes de esa parte, tú mismo lo decías.

La pobre Dana estaba desconcertada, como tú lo debes de estar ahora.

—Mira, Aria, no sé por qué no me quieres contar la verdad y no voy a entrar en lo que me duele lo que estás haciendo, pero si no lo haces por mí, hazlo por ti. En media hora me van a preguntar por esa llamada, ¿qué se supone que les tengo que decir?

De nuevo, le respondí con silencio. Nuestra conversación había tenido lugar días antes, y el mensaje había sido un simple emoticono cuyo significado sólo conocía ella. Si consultaban su registro telefónico y sus chats, podía alegar que habíamos hablado de otra cosa y que le había enviado el mensaje por accidente. Aunque seguro que ella ya había pensado en eso y no estaba ahí para que la ayudase con su defensa.

Como yo no contestaba, Dana siguió hablando, tan atropelladamente que su acento se empezó a colar entre las sílabas, separándolas unas de otras algo más de lo normal, como si fuera una máquina de escribir que se atascaba de vez en cuando. Sólo le pasaba eso cuando estaba muy nerviosa.

—¿Estabas buscando alejarlo del cuerpo de su mujer?

De nuevo, no dije nada, pero ella no esperaba que lo hiciera.

—¿Y lo de la belladona? ¿Por qué te interesaba tanto de pronto? ¿Y qué hay de tu visita a la morgue unos días antes? ¿Cómo explicas eso? ¿Y todas las preguntas que me hiciste?

He sido capaz de hacer muchas cosas por ti, Caín, varias de ellas inconfesables, pero no pude ver a Dana así y mirarla a los ojos mientras le mentía:

—Te dije que era para una novela que estaba escribiendo.

—Y una mierda —respondió ella—. Es hablarte de un cadáver y te pones blanca. ¿Y de pronto apareces para hacerme una visita en mi trabajo? ¿Te crees que soy tonta, Aria?

A medida que hablaba, la culpa se fue apretando alrededor de mi cuello como el nudo de una soga. Se me escapó una lágrima del ojo derecho, pero ella no la vio.

—No sé qué quieres que te diga —farfullé limpiándome la cara con el dorso de la mano.

—La verdad.

Mi mirada se quedó fija en el suelo. Si me hubiera pedido cualquier otra cosa, se la habría dado sin pestañear. Pero eso no.

En el silencio posterior, levanté la vista y vi cómo el enfado de Dana pareció transformarse, al menos momentáneamente, en algo a medio camino entre la confusión y la curiosidad. Me clavó esos ojos

azules suyos que habían visto cosas que la mayoría de las personas no podrían imaginar.

—Aria —empezó con voz grave—, ¿qué has hecho?

Su mirada y su tono me sugerían que podía confiar en ella, que si le decía la verdad, cuando saliera por esa puerta me defendería con uñas y dientes, que mentiría por mí si hacía falta. Al fin y al cabo, era mi mejor amiga. O al menos lo había sido hasta ese momento. Porque, por mucho que quisiera, no podía darle lo que me pedía.

Así que, en lugar de coger la mano que me tendía la persona que durante toda mi vida había sido mi mejor y única amiga, me crucé de brazos y contesté a la defensiva:

—¿Me estás acusando de algo?

Dana dio un paso atrás, como si la hubiera apuñalado. Metafóricamente, supongo que lo había hecho.

—Te estoy preguntando —pronunció despacio. Después, algo se endureció en su rostro, esos ojos azules se enfriaron, y comprendí que estaba a punto de perderla para siempre—. Y esta es tu última oportunidad para responder.

—No tengo por qué contarte nada —dije afilando la voz para que no se me notase lo que me dolía hacer aquello. Casi tanto como el hecho de que ella jamás fuera a saber lo que me estaba costando.

—¿Cómo que no? —gritó—. ¡Me has incriminado en un homicidio! Me hiciste llamar y mentir desde una comisaría de Policía. Y lo otro… No tengo ni idea de para qué querías saber esas cosas, Aria, y espero por tu bien que no tengan nada que ver con todo esto. —Respiró hondo, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por controlarse—. Con esa llamada me has implicado directamente en la muerte de una persona, y, a pesar de todo, he venido aquí para

darte una oportunidad antes de declarar porque pensaba que eras mi amiga, no una asesina, y que, si estabas metida en todo este lío, era por un malentendido.

Me miró de arriba abajo, como si fuera uno de los cadáveres de su morgue, y me recorrió un escalofrío.

—Ya no lo tengo tan claro —añadió en un susurro.

—No lo entenderías —repliqué con un hilo de voz mientras estudiaba mis zapatos.

—¿Cómo lo sabes? —contestó rápidamente agarrándose a las barras metálicas y buscando mi mirada—. ¿Cómo lo sabes si no me hablas? Ya nunca hablas conmigo, no me cuentas nada. He pasado de ser tu amiga a ser tu paño de lágrimas y ahora ni siquiera eso.

Nuestras miradas se encontraron, y vi que ella buscaba algo en mis ojos, un atisbo de verdad, cualquier destello de confianza al que aferrarse.

No pude aguantar su escrutinio; aparté la vista.

—Aria… —susurró mi nombre como una última súplica, una última oportunidad—. Cuéntamelo. Dime lo que pasa, déjame ayudarte, cuéntame por qué me pediste que hiciera esa llamada…

—Dana.

Yo pronuncié su nombre como una sentencia, y no hizo falta nada más.

Su rostro se endureció, o más bien se cerró en banda, como si sus ojos fueran las ventanas de una casa en la que alguien había echado las persianas. Lo había entendido.

Habíamos terminado. Para siempre.

Traté de contener las lágrimas. Era mejor así. Aunque Dana sospechase la verdad, si no la sabía, no tendría que mentir e

incriminarse aún más. Iba a perderla, pero era algo inevitable, un daño colateral que ya había previsto. Lo que no me había imaginado era lo que me iba a doler verla contraer todos los músculos de la cara para no llorar delante de mí, para no mostrarme la gravedad de la herida que le había hecho con mi traición.

—¿Sabes qué, Aria? —dijo al cabo de un largo silencio—. Creo que la que no lo entiende eres tú. Creo que no entiendes que esto es una locura, que se te está yendo la olla, que has perdido el juicio y que te estás metiendo en un agujero del que no vas a poder salir.

De nuevo me dirigió esa mirada forense, analítica, como si estuviera buscando en mi piel las pruebas que yo me negaba a darle.

—Ya no te reconozco —concluyó—. No sé ni quién eres.

—En eso estamos de acuerdo —espeté con una acidez forzada—. No me conoces.

—No —sentenció ella asintiendo lentamente—. Porque ya no eres la misma. No sé si te habrás dado cuenta, pero has cambiado. Y creo que tú tampoco te conoces ya.

Entrecerré los ojos y la fulminé con la mirada.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Ah, ¿no? ¿Y quién lo sabe? ¿Tú? ¿*Caín*?

Cuando no dije nada, Dana dejó escapar un bufido con pesar.

—Todo esto es por él, ¿verdad? —Ni siquiera esperó a que contestase—. Él es el que te ha cambiado, por mucho que te niegues a verlo.

Sacudió la cabeza como quien da un caso por perdido, pero, antes de marcharse, se detuvo y me hizo una última pregunta:

—¿Por qué?

No hacía falta que especificase más; bastaba con mirar alrededor para comprender que Dana sólo deseaba entender el motivo por el que yo misma me había puesto en esa situación.

Esbocé una sonrisa torcida, triste.

—Esa es la pregunta, ¿no?

Tras esperar unos segundos a que dijera algo más, Dana insistió:

—¿Y bien?

No habría podido contestarle aunque un nudo no me hubiese estado bloqueando la garganta.

Cuando se hartó del silencio, Dana soltó un suspiro cansado.

—Lo peor es que ya ni siquiera me sorprende —dijo para sí.

Me miró.

—Adiós, Aria.

Se marchó antes de que pudiera pronunciar una palabra más.

Si hubiera sabido que esa sería la última vez que vería a Dana, me habría despedido mejor. Le habría pedido perdón.

Con cariño,

Aria

29

15 días para el juicio por homicidio

Querido Caín:

No sé qué le dijo Dana a la agente Silva; lo único que sé es que no apareció nunca más. Tras la vista, se emitió una orden de busca y captura, pero más tarde descubrí que para entonces ella ya había cogido un vuelo a Alemania. No he vuelto a saber de ella desde entonces.

Hubo un problema con el tren de Teresa Tamayo Torres, así que mi abogada llegó a Málaga de madrugada, y no pudimos vernos hasta pocas horas antes de la vista oral.

Ni que decir tiene que aquella noche apenas pegué ojo, y, cuando apareció en mi celda a las seis de la mañana, el ruido de sus pasos no me despertó.

Teresa estaba ataviada con un traje color beis y hacía equilibrio sobre un par de tacones de aguja que parecían requerir unas habilidades excepcionales para poder caminar con ellos. Sin embargo, a ella apenas se le movía un solo pelo de su melena castaña, que llevaba recogida en una rígida cola de caballo. Era, en pocas palabras, una mujer con clase. Exudaba profesionalidad y

estilo por cada poro de su piel; su aspecto era sencillo y cuidado; su atuendo, elegante y clásico. Teresa, más que una mujer guapa, era atractiva; tenía la nariz un poco torcida, los pómulos marcados y una mirada penetrante de ojos negros vivos con el brillo de la inteligencia.

Me tendió la mano para saludarme y acto seguido se sacó un botecito de gel hidroalcohólico de un bolso de piel de serpiente. Entonces comprendí que el olor que no había logrado identificar cuando Teresa había entrado y que se entrelazaba con la fuerte fragancia de su colonia de Giorgio Armani era el del antiséptico. Todo ello le otorgaba a su persona una especie de aroma a hospital de lujo, de estos en los que la gente paga por morir en una habitación bonita.

Teresa se echó gel al menos tres veces en la media hora que pasó conmigo. Sin embargo, tenía la piel de las manos perfecta e incluso le brillaba sobre los nudillos puntiagudos y las venas abultadas que le surcaban el dorso de la mano. Supuse que, con lo que cobraba por hora, la mejor abogada de España ganaba para cremas.

—He conseguido una copia de tu historial médico —dijo una vez hubimos despachado las presentaciones de forma rápida y eficaz.

Extrajo de su bolso una carpeta azul que dispuso sobre sus largas piernas cruzadas.

—Lo he estado leyendo durante el viaje y creo que nos va a resultar muy útil.

—¿Útil? —repetí volcando toda mi confusión en esa única palabra.

Estaba intentando no mirar mucho la carpeta sorprendentemente poblada de papeles al tiempo que trataba de comprender qué pretendía hacer exactamente con ella Teresa y cómo iba a

afectarme. Después de la conversación con Dana, apenas podía pensar con claridad ni mucho menos adelantarme a los razonamientos de una mujer que utilizaba informes de psiquiatría como lectura ligera para el tren.

—Sí, mucho. He visto que tienes muchas consultas en psicología, psiquiatría e incluso en neurología. Tienes diagnósticos de insomnio crónico, personalidad obsesiva, anorexia nerviosa, bulimia, fobia social, ansiedad, miedo al abandono…

—Me sé la lista, gracias —la corté. En ese momento, sentada en el camastro de una celda en penumbra, lo último que necesitaba era escuchar mi historia clínica. Cómo la había conseguido Teresa desde Madrid no era algo que quisiera saber—. ¿Podemos centrarnos en la estrategia?

—Esta es la estrategia —dijo acercándome el informe como un niño que le enseña a alguien el mejor regalo del día de Navidad—. Nos va a venir genial para conseguir la inimputabilidad por trastorno mental.

Parpadeé varias veces.

—¿Tu estrategia consiste en decir que estoy trastornada?

—No —contestó Teresa con algo de exasperación, como si le incordiara que esa fuera la única idea con la que me había quedado de todo lo que me había dicho—. Mi estrategia consiste en alegar un motivo que te exima de la conducta criminal, y, visto tu historial, una evaluación psiquiátrica podría…

—No —la interrumpí—. De ninguna manera.

Teresa me miró, molesta.

Yo negué con la cabeza.

—No pienso pasarme el resto de mi vida en un psiquiátrico.

—No sería así realmente. No irías a un psiquiátrico —me corrigió —. Solamente tendrías que tener una tutela psicológica.

—Aun así —respondí cruzándome de brazos.

—¿Prefieres la cárcel? —preguntó girando su lengua puntiaguda y mordiéndosela.

—Vas a tener que pensar otra cosa —dije simplemente.

Teresa respiró hondo, como si yo fuera un niño pequeño con el que tenía que lidiar, y finalmente exhaló ruidosamente.

—De acuerdo, podemos descartar esa idea por ahora —aceptó en un tono que daba a entender que no pensaba descartarla—, pero puede que este informe nos resulte útil al menos para alegar una causa eximente. Al fin y al cabo, necesitas alguna excusa para haber escondido un cadáver.

Yo asentí, y Teresa pasó a explicarme los detalles de la defensa que estaba planeando. Seguía insistiendo en que la vista oral no era muy importante, sólo un mero trámite para fechar el juicio, y, aunque le pedí en reiteradas ocasiones que evitara por todos los medios la prisión preventiva, ella no pudo prometerme nada. Insistía en que así era el *procedimiento*.

Demasiado pronto, David llegó para anunciarnos que era hora.

Nos escoltaron al exterior de la comisaría, donde Teresa se despidió para coger su coche y a mí me metieron en el de Silvia y David. Traté de buscar tu rostro al otro lado de los cristales de alguno de los otros coches aparcados, pero no me dio tiempo a ver nada.

Al salir del edificio no nos topamos con ningún periodista, así que albergué la ingenua esperanza de que quizá se hubieran cansado del caso o no se hubieran enterado de lo de la vista.

Cuando llegué a la Ciudad de la Justicia comprendí que no había ningún periodista en la comisaría porque todos estaban allí.

Debía de tener un aspecto horrible después de toda la noche sin dormir y con la ropa arrugada y sucia, pero, entre el flash de las cámaras y la oleada de preguntas —«¿Sabía su padre algo de su relación con el editor jefe?», «¿Cómo cree que afectará el caso a MM Editores?», «¿Mató usted a Ana Belén Blanco?»—, yo sólo estaba preocupada por encontrarte a ti entre la muchedumbre.

Las luces me cegaron y apenas habría podido orientarme por la recepción si David no me hubiera agarrado del brazo.

Justo antes de entrar en la sala, mi padre se me acercó con una nube de promesas y disculpas por lo que había pasado, como si él hubiera tenido algo que ver. Quién sabe, lo mismo fue entonces cuando le empezó a dar por echarse la culpa de mis problemas por haber sido un mal padre.

Me aseguró que todo iba a salir bien y yo asentí, pero ni siquiera estaba prestándole atención.

Me guiaron hacia el interior de una sala de paredes blancas y techos altos. El eco de las puertas al cerrarse se manifestó casi como una presencia más en aquel auditorio prácticamente vacío. Al fondo había una mesa ocupada por un hombre de pelo blanco ataviado con una túnica con mangas de encaje. Era mayor. Tenía tantas arrugas surcando su cara que parecía que la mismísima Constitución estaba escrita en morse en su frente. Todo en él, desde su aspecto —que no sugería que le quedase demasiado tiempo en este mundo— hasta los golpecitos que daba con los dedos en la mesa, transmitía una clara imagen de impaciencia. Eran las 7:30, y seguramente tendría varias docenas de casos que ventilar hoy.

A su derecha estaba sentada una mujer pálida de pelo castaño que yo no conocía, pero me imaginé que sería Marina Maestre, la fiscal del caso de la que ya me había hablado mi abogada. Al otro lado del juez se encontraban Teresa y un hombre trajeado y de aspecto recién afeitado que supuse que debía de ser tu abogado.

Y ahí estabas tú, frente a todos ellos, inmóvil en una silla con los mismos vaqueros de la mañana anterior y una camiseta gris que te debían de haber dado en comisaría.

Busqué encontrarme con tus ojos, pero ni siquiera te dignaste a mirarme cuando me senté a tu lado.

—Da comienzo la vista oral para el caso número 34877 por la desaparición y presunto homicidio de Ana Belén Blanco Benavides —empezó el juez, hablando a tal velocidad que me costaba entenderle —. Se encuentran presentes Marina Maestre, representante del Ministerio Fiscal; los letrados Teresa Tamayo y Javier Jotavente, abogados de la defensa; y los acusados, Caín Dimas Darvanda y Aria Mérida Montero.

Me resultó curioso que el juez nombrase a todas las personas presentes menos a sí mismo, así como que en la sala no hubiera nadie más aparte de nosotros. Tenías razón, no era como en las películas ni en los libros. Era aséptico, frío. Procesal.

—Llámese a la inspectora de la UDEV de la Policía Nacional de Málaga, Silvia Silva.

El guardia que había junto a la puerta la abrió, salió un momento y volvió acompañado de Silvia. Fue extraño verla vestida de uniforme; el azul de la tela hacía que su mirada pareciera aún más penetrante.

—Siéntese, por favor —pidió el juez.

Silvia hizo como se le indicaba.

—¿Jura o promete decir verdad?

—Sí, juro —respondió ella, alto y claro.

—¿Confirma ser la inspectora de la Unidad de Delitos Especializados y Violentos, también conocida como UDEV, de la Policía Nacional a cargo del caso número 34877?

—Así es, señoría.

—¿Tiene usted alguna relación laboral, de parentesco, de amistad o enemistad manifiesta con alguno de los acusados?

Seguro que tú pensabas que lo de enemistad estaba sujeto a debate en tu caso, pero la policía negó con la cabeza antes de decir:

—No.

—¿Podría usted resumir sucintamente los hallazgos de la investigación hasta la fecha?

—Por supuesto, señoría —contestó Silvia y nos echó una mirada antes de proseguir—. El día 4 de agosto aproximadamente a las cinco y media de la tarde, Caín Dimas Darvanda se personó en la oficina de desapariciones de la Policía Nacional para denunciar la desaparición de su mujer, Ana Belén Blanco Benavides. La compañera que lo atendió hizo que se llamara a la UDEV al ver que el señor Dimas contaba con un expediente con antecedentes, así que le tomamos declaración en la Unidad de Delitos Violentos.

—¿Qué clase de antecedentes eran esos? —indagó el juez.

—Tenía un expediente de violencia de género —respondió Silvia, y esas palabras me golpearon como una bofetada en la cara.

De pronto, todo cobró sentido. Esa información que desconocía había enturbiado todo, desde la noche en la que me contaste lo

preocupado que estabas por cómo había ido en comisaría hasta las preguntas que me hizo la agente Silva en mi propia declaración.

Te miré, buscando respuestas en un rostro que cada día conocía menos, pero tus ojos, algo vidriosos, no se desviaron del punto fijo en el infinito en el que habías clavado la vista. Estabas sentado con la columna perfectamente recta, la mandíbula tensa y todo el cuerpo rígido con una férrea determinación de no mostrar ninguna emoción. Me habría gustado poder preguntarte qué más me habías ocultado, pero, antes siquiera de que pudiera enumerar todo lo que quería saber, el juez intervino:

—Entonces, al contar con dicho expediente, el caso pasó automáticamente a su departamento.

—Es el procedimiento, señoría —afirmó Silvia.

El juez asintió.

—Continúe.

—En el interrogatorio, el acusado se mostró nervioso. Ustedes mismos pueden consultar la transcripción de la declaración, así como la grabación. Todo se encuentra en el sumario —corroboró Silvia, y la fiscal le pasó unos papeles al juez, que este ojeó brevemente antes de devolverle a Silvia toda su atención—. Al final de dicha declaración, y dado que carecíamos de pruebas para detenerlo, dejamos al señor Dimas en libertad. Él alegaba que había sido una desaparición voluntaria, que su mujer había abandonado el domicilio la madrugada del 3 de agosto en su coche con todas sus pertenencias. Sin embargo, debido a su historial, desde el primer momento barajamos la posibilidad de que fuera una desaparición inquietante y nos pusimos a investigar el caso.

»Consultamos las cámaras de la autovía en busca del coche de la víctima, pero no encontramos ninguna imagen de su matrícula. Sin embargo, el coche del acusado, un Range Rover Velar con matrícula 6086JBS, hizo saltar un radar de tráfico esa misma noche aproximadamente a las dos de la madrugada. Seguimos la trayectoria del vehículo hasta la calle Juan Francés Bosca, en Teatinos, donde las cámaras captaron imágenes de ambos acusados transportando un bulto de aspecto humano desde el coche del señor Dimas al maletero de un Honda Civic Type R con matrícula 9477HYC, vehículo de la acusada, que además es la amante del acusado. Asimismo, en el lago del parque forestal de la laguna de la Barrera, donde se reunieron los acusados para el traslado del bulto, hemos encontrado los restos del teléfono móvil de la víctima.

»Con las pruebas de las cámaras conseguimos una orden judicial para inspeccionar la vivienda del señor Dimas y para detenerlos a ambos. En dicha inspección encontramos restos de sangre en ambos vehículos, así como los efectos personales de Ana Belén Blanco escondidos por la casa y unas sábanas manchadas con su sangre.

—Muchas gracias, inspectora —dijo el juez antes de que yo hubiera empezado a asimilar todo el proceso de investigación que había tenido lugar mientras tú y yo vivíamos inmersos en el delirio de que quizá nos habíamos librado—. Queda usted dispensada. Puede abandonar la sala o permanecer en ella, como prefiera.

—Me gustaría quedarme, señoría —pidió Silvia, y fue incapaz de ocultar una pequeña sonrisa mientras te lanzaba una mirada asesina.

Por supuesto que quería quedarse.

—Como desee —aceptó el juez sin mirarla.

El hombre tenía por lo menos cuatro libros abiertos frente a él junto con varios montones de papeles. Tras consultar algunos de ellos, volvió a levantar la vista, y, cuando me clavó la mirada, vi que tenía los ojos verdes.

—Aria Mérida Montero, tiene usted derecho a no declarar si no quiere, a no contestar cualquiera de las preguntas que se le hagan, a no confesarse culpable y a no declarar contra usted misma. ¿Comprende sus derechos?

—Sí, señoría —contesté, con una voz tan débil y temblorosa que apenas la reconocía.

—Que conste en acta que la acusada comprende sus derechos —reiteró el juez—. ¿Cómo se declara respecto a los hechos que se le imputan?

—Inocente, señoría. Yo no maté a Anabel.

—Me consta aquí la declaración que hizo en comisaría, ¿desea usted cambiar algo?

Le lancé una mirada nerviosa a Teresa, que negó con la cabeza casi imperceptiblemente. Yo tomé aire y dije:

—No, señoría.

—¿Confirma que se encontraba usted en el parque forestal de la laguna de la Barrera, en Teatinos, Málaga, la madrugada del 3 de agosto aproximadamente a las dos y media?

—Sí, señoría.

—¿Confirma que el acusado y usted transportaron un bulto de su vehículo al de usted?

Tragué saliva.

—Sí, señoría.

—¿Podría esclarecer el motivo de dicho traslado?

Te miré de soslayo, pero tú seguías con la vista clavada en el infinito.

—Caín recibió una llamada y tuvo que irse. No podía llevarse mi coche porque no sabe conducir con marchas, así que tuvimos que… cambiar el… bulto… de sitio para que yo pudiera esconderlo.

Al escuchar las palabras salir de mis labios, se me antojaron ridículas, como un chiste tan patético que te acabas riendo de lo malo que es. Y es que algo tan estúpido, tan aparentemente insignificante como el hecho de que no supieras conducir con marchas, era la causa de que nos hubieran grabado en pleno traslado del cuerpo, y esa grabación constituía la prueba principal de la acusación. Según Teresa, era el único motivo por el que podrían condenarnos por homicidio pese a carecer de un cadáver.

—¿Qué contenía dicho bulto? —quiso saber el juez.

Yo volví a buscar los ojos de Teresa. En aquellas circunstancias, decir la verdad se me antojaba la peor de las ideas, pero ella asintió, esta vez con más vehemencia.

Respiré hondo y dije:

—El cuerpo de la mujer de Caín.

—¿Fue usted partícipe de la muerte de Ana Belén Blanco?

—No.

—¿Colaboró usted en el ocultamiento del cadáver de Ana Belén Blanco?

—Sí.

—¿Dónde lo escondió?

—Lo dejé en la sierra de Mijas, tal y como le dije a la policía.

El juez asintió.

—Señora fiscal, ¿alguna pregunta?

—No, señoría —contestó Marina.

—¿La defensa tiene alguna pregunta?

—No, señoría —dijo Javier.

—Una única pregunta, señoría —intervino Teresa.

—Adelante.

—¿Consta algún resultado de la inspección de la zona de la sierra de Mijas por parte de la policía?

El juez se giró hacia Marina.

—¿Señora fiscal?

—Ninguno, señoría —contestó ella—. Esta noche se ha hecho un barrido de la zona, pero la policía no ha encontrado nada por ahora.

—Entonces podría decirse que no hay pruebas fehacientes de que Ana Belén Blanco esté realmente muerta, ¿no? —dijo Teresa.

—Señora letrada, este no es el momento procesal para hacer dichas afirmaciones —la reprendió el juez—. Si no tiene usted ninguna pregunta para la acusada, pasaremos a la declaración del acusado.

—No hay más preguntas, señoría —dijo Teresa bajando la cabeza.

No me gustó que se rindiera tan fácilmente, pero supuse que insistir habría sido más perjudicial que beneficioso.

El corazón todavía me latía a toda velocidad cuando te informaron de tus derechos y te hicieron las mismas preguntas que a mí. Me notaba el pulso en las sienes, y cada latido anunciaba con más fuerza la inminencia de una cefalea, pero hasta el ruido de mis propias pulsaciones se detuvo cuando el juez preguntó:

—¿Fue usted partícipe de la muerte de Ana Belén Blanco?

Y tú respondiste:

—No.

—Explíquese —pidió el juez.

—Yo no maté a Anabel —dijiste con una firmeza y una frialdad pasmosas—. Fue Aria. Horas antes entró en mi domicilio mientras yo no estaba, las dos tuvieron una pelea, Aria empujó a Anabel y ella se dio un golpe en la cabeza. Después me pidió ayuda para esconder el cadáver. Por eso nos vimos en el parque a esas horas.

Toda la sala se quedó sumida en un silencio que parecía amplificarse por los ecos vacíos de aquella habitación tan blanca, tan extraña, tan vacía y al mismo tiempo tan llena de mentiras.

Yo cesé en mis intentos de buscar tu mirada. No porque no quisiera encontrar una explicación en tus ojos, sino porque me daba miedo saber cuáles eran tus razones para hacer lo que acababas de hacer. Era consciente de que no debería ser así, pero la traición escocía como sal en una herida abierta, una que llevaba supurando desde nuestra pelea en el coche de la Policía, esa grieta que habías abierto en mi corazón cuando me dejaste y que sólo habías agrandado e infectado desde que volviste con tu llamada y tus súplicas de ayuda. Así que me dije a mí misma que seguro que toda esa patraña había sido idea de tu abogado, que, hablando fríamente, incriminarme era tu mejor baza para salir impune de esto. Pero, aun así, verte decir cosas como aquellas de esa forma, con tal grado de apatía, sabiendo las consecuencias que podrían tener para mí…, llevó mi concepto de traición a un nuevo nivel.

Finalmente, viendo que no añadías nada y cansado de esperar, el juez se volvió hacia la fiscal.

—Señora fiscal, ¿alguna pregunta?

—Una pregunta, sí, señoría —afirmó Marina y se dirigió a ti con las manos entrelazadas—. Si fue Aria la que mató a Ana Belén, ¿por qué

llegaron en vehículos separados al parque? ¿Y por qué era usted el que transportaba el bulto?

Contestaste con tal rapidez que era evidente que tenías preparada la respuesta:

—Aria fue a su casa a por una pala. Teníamos pensado enterrarla en el mismo parque, pero después cambiamos de idea. Por eso decidimos vernos allí.

—Eso es todo, señoría —dijo Marina, aunque una parte de mí habría deseado que hubiera inquirido sobre por qué alguien como yo tendría a mano una pala para enterrar a un muerto.

El juez se giró hacia nuestros abogados.

—¿Letrados?

—Sólo una pregunta, señoría —intervino Teresa, y noté que echaba los hombros hacia atrás y la barbilla hacia arriba, lista para atacar—. ¿Quería usted a su esposa, señor Dimas?

—Solicito impugnar la pregunta, señoría —saltó tu abogado—. Se trata de una pregunta impertinente e invasiva que no resulta relevante para los hechos que estamos discutiendo.

—Letrada, reformule la pregunta o termine su turno —advirtió el juez.

Teresa asintió y se aclaró la garganta antes de decir:

—Si quería usted a su mujer, ¿por qué ayudó a su amante a esconder su cuerpo de buena gana?

—La defensa hace notar que la pregunta es improcedente —insistió Javier secándose una gota de sudor de la frente.

Pero Teresa ignoró a tu abogado. Es más, se puso en pie; era una serpiente con escamas como las de su bolso enroscándose alrededor de su presa, a punto de asfixiarla:

—¿Por qué tenía una amante si tanto la quería? ¿También le pegaba con frecuencia? Porque esas son formas muy peculiares de demostrar el amor.

—¡No contestes! —gritó tu abogado, totalmente sacado de quicio, dirigiéndose directamente a ti.

Teresa se giró hacia Javier con una sonrisita autosuficiente.

—No hace falta que conteste.

El juez intervino:

—Orden en la sala. —Se volvió hacia Teresa—. Letrada, siéntese.

Teresa lo miró un segundo a los ojos, como si estuviera poniendo a prueba su autoridad, y después se sentó despacio.

—Queda impugnada su pregunta y no constará en acta —sentenció el juez—. Y la informo de que, si vuelve a faltar el respeto a los códigos de esta sala, tendré que tomar medidas.

Teresa se encogió de hombros como si no le importara; seguramente ya había previsto que eso ocurriría y contaba con ello en su estrategia. Sin embargo, la vi intercambiar una mirada significativa con la fiscal y me di cuenta de que Marina ahora te observaba con un gesto algo torvo.

—Letrado, ¿alguna pregunta?

—Únicamente una, señoría —dijo Javier—. ¿Sabía usted algo de las sábanas y demás pruebas que se encontraron en su domicilio?

—No —respondiste con precisión ensayada; me pregunté cómo eras capaz de actuar de esa forma cuando yo apenas había logrado decir una sola frase sin trabarme—. Aria lo había escondido todo antes de que yo llegara, y no lo vi hasta que la policía lo encontró.

—No hay más preguntas, señoría.

El juez cogió uno de sus libritos y lo golpeó contra la mesa un par de veces con cierta impaciencia.

—Bueno, practicadas todas las diligencias, procede acordar el procedimiento por emplazamiento de juicio penal, de manera que pasamos a las medidas cautelares. —Se giró hacia Marina—. ¿Señora fiscal?

Si Teresa no me lo hubiera explicado de antemano, después de la oleada de sentimientos que me había provocado escucharte hablar, no habría sido capaz de descifrar que esa frase significaba que el juez estaba a punto de pasar a darnos fecha para el juicio de verdad, ese que tendríamos que esperar en prisión.

—Estoy de acuerdo.

—¿Letrados?

—Señoría, solicito sobreseimiento por falta de comisión delictiva por parte de mi cliente —saltó Teresa en cuanto tuvo oportunidad—. El cadáver se encontraba en el maletero del coche del señor Dimas, y las pruebas se encontraban también en el domicilio de este. Además, a diferencia del señor Dimas, la señorita Mérida carece de un historial de delitos previos. Tal y como yo lo veo, el único crimen de mi cliente fue estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Y esconder un cadáver ya de paso —comentó el juez por lo bajo. Después sacudió la cabeza y fingió consultar algo en su librito, aunque seguramente sólo lo hacía para que Teresa no pudiera recriminarle nada, porque tenía pinta de que llevaba ejerciendo más tiempo del que ella llevaba respirando—. En virtud de lo estipulado por la Ley de Enjuiciamiento Criminal para este tipo de delitos, no ha lugar el sobreseimiento. Además, ambos acusados ya han tratado de

ocultar pruebas. Para evitar que continúen intentando destruirlas, prevenir el riesgo de fuga y con el fin de facilitarle a la Policía la continuación de su labor investigativa, se dictará auto para el ingreso en prisión preventiva sin fianza de los acusados con efecto inmediato. —El juez tomó aire y siguió apresuradamente para evitar interrupciones—: Aria Mérida Montero, Caín Dimas Darvanda, abogados de la defensa y Ministerio Público, quedan ustedes citados para la celebración del juicio en el juzgado de lo penal número dos de esta capital para el día 18 de noviembre de 2025. Muchas gracias. Damos por terminado el acto.

Y así fue como acabé en la cárcel.

Todo fue por ti, Caín, hasta eso. ¿Ahora ves por fin lo mucho que te quise?

Espero que sí.

Aria

30

1 día después del juicio por homicidio, por la mañana

Querido Caín:

Me cuesta mucho escribir. Y más sobre esto.

Después de más de dos años de espera, cuando el momento del juicio al fin llegó, apenas me lo podía creer. Últimamente me he estado acordando mucho de Víctor, sobre todo después de lo ocurrido estos últimos días. El hombre que inspiró mis primeros poemas —esos que escribí como canciones de amor secretas que sólo me atreví a enseñarte a ti— me explicó que a veces me ocurre algo de lo que ya te he hablado: la disociación. Ahora, rememorando el juicio, que ha durado tres días, me doy cuenta de que me pasé la mayoría del tiempo en ese estado mental tan extraño y lo recuerdo casi como si no fuera yo la que lo ha vivido, sino como si simplemente me hubiera observado viviéndolo. Me veo ahí, vestida con la camisa blanca sencilla que Teresa me había obligado a llevar para dar una imagen de inocencia, con el pelo que llevo casi tres años sin cortarme cayéndome en una cascada de rizos enmarañados por la espalda y una cara que apenas se parece a la de la chica que se enamoró de ti: esta es todo huesos y ojeras, con vacíos cóncavos

en lugar de mejillas y un brillo opaco en unos ojos que antaño soñaban con otros universos. Y lo cierto es que ni siquiera me acuerdo de todo.

La memoria es algo curioso. Soy capaz de recordar cada detalle, cada segundo que pasé contigo, las palabras de cada conversación, el peso de cada silencio, el significado de cada mirada insignificante. Y, sin embargo, a la hora de recordar los tres días más importantes de mi vida, tan sólo veinticuatro horas después, apenas puedo ordenar los acontecimientos en mi mente.

Lo haré lo mejor que pueda y me esforzaré ya no por conservar el rigor con el que he redactado todas estas cartas (en las que, si no he sido fiel a la realidad, al menos lo he sido al recuerdo), sino porque, si esta es nuestra historia, el juicio ha sido el desenlace, y debo escribirlo como se merece.

He de confesarte que tengo miedo. Ya te he dicho que me cuesta mucho escribir, y nunca se me han dado bien los finales. Jamás llegamos a este punto en nuestro libro de mafias en Las Vegas (esa novela sobre la suerte que parece que nos acabó gafando), por eso no viste que escribir esta parte es lo más difícil para mí. Supongo que siempre me da pena despedirme de las historias. Y llevo escritas ya treinta cartas para intentar despedirme de ti, así que está visto que decirte adiós tampoco se me da demasiado bien.

Cuando redacté aquella primera carta, te dije que nunca he contado lo que pasó realmente el día 3 de agosto. Ahora tengo que contarte lo que ocurrió en el juicio, porque los saltos temporales nunca han sido lo mío y porque considero que es importante, pero quiero que sepas que en el juzgado no he contado la verdad. La verdad está aquí, en este libro que estamos escribiendo juntos,

aunque tú ya no estés. En cuanto termine con el trámite del juicio, por fin podré contártela. Queda poco para darte todas las explicaciones; nos acercamos inexorablemente a la conclusión de nuestra historia. Y a lo mejor este no es el final que te esperas, quizá es un desenlace decepcionante, pero esto no es una novela, es la vida real, y la vida real normalmente decepciona. Por eso precisamente necesitamos las novelas. Y, como es la vida real y me queda poco tiempo para llevar a cabo la decisión que he tomado, no puedo darme el lujo de un descanso ni de escribir las partes fáciles primero.

Todavía me queda mucho por explicar y mucho por decir, a pesar de lo imponente que ya es este taco de cartas. Pero antes tengo que hablar de esos tres días de juicio. Y prometo hacerlo lo mejor que pueda, aunque no prometo que vaya a hacerlo bien.

Llegamos al juzgado a las nueve de la mañana. Era el día 18 de noviembre de 2025, exactamente dos años, tres meses y ocho días después de la vista oral.

Había pasado mucho tiempo, y yo estaba cambiada, pero tú estabas igual. Logré verte un momento mientras cruzabas el mar de gente aglomerada en las escaleras del edificio. Llevabas un traje parecido al de tu abogado, que te acompañaba y se abría paso entre micrófonos y cámaras mientras tú caminabas con la cabeza baja. Apenas fue una fracción de segundo, pero debiste de percibir mi presencia: levantaste la cabeza mínimamente y me encontré con esa mirada que no había cambiado ni un ápice, esos ojos oscuros rodeados de facciones afiladas, ese rostro que había pasado de conocer como la palma de mi mano a contemplar como el de un desconocido. El único cambio era que tenías un pequeño rastro de

canas en las sienes, y también noté que te temblaba un poco el pulso, algo que, en otra vida, jamás te habría ocurrido.

Es curioso, pero, después de este tiempo y pese a haberlo revivido todo en estas cartas, nuestra vida antes de ingresar en prisión y los acontecimientos que nos llevaron a este punto se me antojan irreales, como si hubieran ocurrido en una vida pasada. Éramos parecidos a las personas que habíamos sido entonces —unos más que otras—, pero no éramos los mismos, y la sensación era casi como si nos fueran a juzgar por los crímenes de otros, como si estuviéramos a punto de rendir cuentas por esos actos que, hacía tanto tiempo, habían ejecutado personas que llevaban nuestros rostros y nuestros nombres, pero que ya apenas recordábamos. Se nos había olvidado cómo ser Caín Dimas Darvanda, editor jefe y escritor con exceso de perfeccionismo, y Aria Mérida Montero, escritora con miedo a la lengua española y con demasiados sueños para su insomnio.

La sala era más grande que la de la vista, con paredes blancas y suelos tan relucientes que casi podían servir de espejo. Estaba llena hasta los topes, igual que el descansillo. Para entrar habíamos tenido que abrirnos paso casi a codazos a través de un mar de periodistas y desconocidos, entre preguntas y gritos:

—¡Asesino!

—¡Zorra!

—Ojalá existiera la pena de muerte.

—Psicópatas.

Me sorprendió que aquellas personas, que ni siquiera habían conocido a Anabel (o la editorial, ya de paso), estuvieran tan involucradas emocionalmente en el caso. Supongo que ese es el

efecto que tiene el morbo, y si toda esta historia tiene algo, es eso: morbo.

Incluso había carteles: «¿DÓNDE ESTÁ ANABEL?».

Una chica hasta arrastraba una carretilla llena de libros de la editorial hechos pedazos. No tenía ni idea de cómo se las había apañado para destrozar el cartoné salvo si había utilizado una sierra mecánica, y mientras atravesábamos las puertas gritó que habría que quemarlos todos.

Traté de no pensar demasiado en mi padre —al que, gracias a Dios, según me había informado Teresa, no llamarían a testificar— y en cómo el último día que me había visitado me había confesado que el negocio, ese imperio que había construido con sus propias manos, había quebrado y que ahora estaba en concurso de acreedores.

Manuel Mérida estaba sentado en una de las primeras filas y no era ni una sombra del hombre que había sido. Había perdido mucho pelo, y el poco que le quedaba estaba completamente blanco. Verlo ahí sentado, enfundado en un traje que le quedaba demasiado grande, como el caparazón de una tortuga desnutrida, hizo que lo viera con nuevos ojos, como a un anciano frágil, de estos que con un mal tropiezo corren el riesgo de romperse la cadera, en lugar de como al hombre todopoderoso que había creado su propia fortuna con trabajo y una fe incondicional en el capitalismo, el mismo que se iba a África a cazar leones y que un día se me había antojado el ser humano más poderoso del mundo.

La zona del público estaba abarrotada, y había unas cuantas caras conocidas, algunas de las cuales no había esperado volver a ver en la vida: estaba Natalia, mi compañera de la oficina; Amanda, tu

secretaria; incluso el camarero que solía atendernos en La Bella Julieta.

Me di cuenta de que, entre los desconocidos, había un grupito de chicas de edad universitaria que te miraban la nuca como si pudieran derretírtela con sus pestañas rizadas y mejillas sonrojadas. Me recordaron a aquellas chicas que se enamoraron de Ted Bundy aun sabiendo todo lo que había hecho. Seguramente esas niñas proclamaban el feminismo a los cuatro vientos, pero hoy estaba claro que habían venido a apoyar a un hombre que había matado a su mujer. Hay veces que no entiendo este mundo.

Al frente de la sala, en una especie de tarima, se encontraba Elena Estévez, la jueza asignada a nuestro caso. A su izquierda y a su derecha se extendían largas mesas de madera desde las que nos observaba el jurado y, en pleno centro de la sala, había tres mesas más: una para la fiscal, Marina Maestre —que estaba exactamente igual que en la vista oral salvo por el detalle de que ahora llevaba unas gruesas gafas de pasta negras—, otra donde tú te sentaste con tu abogado y, por último, la que ocupamos Teresa y yo.

A lo largo de los últimos años de llamadas, visitas escuetas y unos cuantos cheques terroríficos firmados por mi padre, mi abogada y yo habíamos desarrollado una relación curiosa, parecida a la de una madre con un hijo al que no le parece bien ninguno de los planes que le propone. Finalmente, Teresa había conseguido que accediese a casi toda su estrategia, y yo me había traído mi guion aprendido (la mayor parte de mis funciones consistían en quedarme callada mientras otras personas decidían lo que iba a pasar con mi vida, así que no era muy difícil).

Vi que tensabas la mandíbula mientras observabas a la jueza, que estaba colocando sus papeles. Era una mujer joven de pelo rubio, tenía pinta de llevar poco tiempo ejerciendo, pero desprendía una confianza y una autoridad sorprendentes. Pensé que resultaba irónico que fuera una mujer la que te juzgara; estaba segura de que no te hacía ninguna gracia.

Te busqué. Ya no rehuías mi mirada, pero no podía leer nada en tus ojos, ningún mensaje oculto como los que habíamos escondido entre las líneas de nuestros poemas. Era como si, mientras yo me esforzaba por recordarte e inmortalizar cada detalle de nuestra historia sobre el papel, tú te hubieras pasado estos años borrando hasta el último rastro de mí de tu mente; sólo así podías ser capaz de observarme con la misma indiferencia con la que contemplarías a una desconocida.

Ni que decir tiene que no fue el reencuentro que esperaba. Pese a haber imaginado aquel momento miles de veces, me di cuenta de que no sabía qué decirte. De todas formas, no pude acercarme a hablar contigo, aunque dudo que me hubieras oído en medio del barullo que llenaba aquella sala. Incluso cuando el guardia cerró las puertas y todo el mundo guardó silencio, el zumbido de los periodistas al otro lado se colaba por las rendijas.

Cuando quedó claro que el ruido no se iba a disipar del todo, la jueza se aclaró la garganta y empezó:

—Da comienzo el juicio número 769 del año 2025 en este juzgado de lo penal. Para empezar, se va a dar lectura a los escritos de la acusación y la defensa.

Lo que siguió a esa breve introducción fue una sarta de jerga jurídica en la que sólo intervinieron, además de la jueza, nuestros

abogados y la fiscal. Apenas alcancé a entender nada entre tanto «con la venia de su señoría», «en virtud del artículo 308 de la ley de no sé qué», «se afirma y ratifica»… Me sentía como una niña desvalida cuyo destino estaban decidiendo otras personas en un idioma que ni siquiera conocía.

Entonces empezaron a llamar testigos. Primero fue el turno de la fiscal, que hizo llamar a Silvia Silva. La inspectora había adelgazado y también se había dejado crecer el pelo, aunque a mí no me sorprendió el cambio; la había visto varias veces a lo largo de estos últimos años, ya que había venido a la prisión a hacerme preguntas mientras seguían con la investigación.

Desde el estrado, Silvia hizo un breve resumen de los acontecimientos que tuvieron lugar entre la madrugada del 3 de agosto y el día de la vista, si bien ahora el relato estaba enriquecido con más detalles, fruto de la investigación que habían llevado a cabo en estos años. Explicó que, después de la vista, se habían pasado meses peinando la sierra de Mijas y que sólo habían encontrado un viejo reloj: el Cartier que Anabel me había mostrado tan orgullosa el día que fui a cenar a vuestro piso, con vuestros nombres y la fecha de vuestro compromiso grabados en la parte de atrás.

Pese a la máscara de impasibilidad que tan bien se te da mantener, te pusiste pálido al verlo.

—No pudimos encontrar huesos, y la Policía Científica no logró identificar si los restos de tejido de la zona pertenecían a la ropa de la víctima. Sin embargo, dadas las pruebas recabadas a lo largo de estos años, que incluyen la grabación del traslado del cadáver, el móvil y efectos personales de la víctima, así como muestras de su

sangre y este reloj, hemos declarado a Ana Belén Blanco Benavides oficialmente muerta —concluyó Silvia.

Por todo ello, y puesto que en los dos años que habían transcurrido no había habido noticias de Anabel y las investigaciones tampoco habían esclarecido nada, este era un juicio por homicidio pese a carecer de cadáver.

Seguidamente llamaron a declarar a Benjamín Blanco, padre de Anabel. Si había pensado que mi padre estaba deteriorado, a su lado ese pobre hombre era un fósil. Una chica tuvo que ayudarlo a subir al estrado, y juro que se escuchó cómo le crujían media docena de huesos cuando se sentó.

La fiscal le hizo unas cuantas preguntas, que él respondió con ojos vidriosos y voz temblorosa. Finalmente, cuando hubo acabado su turno, logró levantarse por sí solo, y la neblina se disipó de su mirada por un momento cuando clavó la vista en nosotros.

—¡Decidme dónde la dejasteis! —gritó con una fuerza que hizo que se llevara una mano al pecho.

La misma chica que lo había ayudado a subir al estrado estaba intentando bajarlo, pero Benjamín la apartó de un manotazo.

—¡Decidme dónde está mi niña, hijos de puta! Ni siquiera pudimos enterrarla. —Su voz fue perdiendo fuerza, y finalmente se rindió en los brazos de la chica, que estaba poniendo cara de circunstancia, como si no supiera dónde meterse—. Ni siquiera pudimos enterrarla —repitió el pobre hombre con un hilo de voz mientras lo llevaban a su asiento.

—Orden —pidió la jueza dando golpes con el mazo para acallar la nube de murmullos que había levantado la escena del padre de Anabel. A lo largo de esos tres días, debió de gastar medio mazo de

tanto pedir silencio—. Si no hay más testigos, pasamos a los llamamientos de la acusación.

—No hay más testigos, señoría —dijo Marina.

Javier se puso en pie e hizo llamar a Natalia Noriega.

La que había sido mi mayor enemiga en la editorial me lanzó una mirada cargada de veneno antes de subirse al estrado.

—¿Jura o promete decir verdad? —preguntó la jueza.

—Sí, juro —respondió Natalia con aspecto solemne y comprobó que no se le había salido ni un solo pelo de su moño de peluquería antes de empezar a responder a las preguntas del abogado.

—¿De qué conocía usted a los acusados, señorita Noriega?

—Aria era compañera mía en la editorial y heredera del negocio, como todos saben —dijo con un tono dulce y estudiado—. Y Caín era el editor jefe. Nunca tuvimos demasiado contacto, pero siempre me cayó bien.

Te lanzó una pequeña sonrisa y entonces comprendí algo que hasta ese momento se me había escapado: a Natalia le gustabas.

Se me revolvió el estómago al pensar en una frase que me había dicho Dana. En aquel momento, yo estaba tan enamorada que la deseché como una paranoia sin sentido, pero ahora se me antojaba demasiado plausible: «Puede que tenga a una como tú en cada departamento». A raíz de ese recuerdo, vinieron a mi mente otros fragmentos de las muchas conversaciones que tuve con Dana en aquella época, y escuché, casi como si la tuviera al lado, aquellas preguntas que me formulaba para hacerme entrar en razón y a las que yo me negaba a responder: «Y si consigues que deje a su mujer por ti, ¿qué? ¿Cómo sabes que no te hará lo mismo que a ella con otra más joven? ¿Cómo sabes que no lo está haciendo ya?». Y lo

peor de todo: «¿Para qué te crees que quiere ese despacho insonorizado?». Recuerdo haberte justificado, haberle explicado a Dana que habías crecido en una casa llena de gritos y valorabas el silencio por encima de todo a la hora de concentrarte, pero lo cierto es que en ese momento, viendo la mirada coqueta de Natalia y el rubor de sus mejillas, y después de ver el efecto que habías tenido en las chicas de la audiencia que tan sólo te habían visto por la tele, me resultaba demasiado fácil imaginarte echándole un polvo en tu despacho igual que habías hecho conmigo y Dios sabe con cuántas otras antes.

—Aria era una chica muy rara —siguió Natalia. Pese a estar dando voz a creencias que había mantenido durante años, su discurso resultaba antinatural y artificial, ensayado—. Siempre estaba sola y no tenía amigos en la editorial. Ni en ninguna parte… Todos pensábamos que le pasaba algo. Lo que no sabíamos es que era… Bueno, una asesina.

—La defensa solicita que la testigo se abstenga de hacer valoraciones personales —saltó Teresa sin perder un segundo.

—Cíñase a los hechos, por favor, señorita Noriega —pidió la jueza con gesto severo.

Natalia asintió con tanta fuerza que, si no hubiera llevado tres kilos de laca en la cabeza, se le habría deshecho el moño.

—Por supuesto, señoría —dijo con servidumbre corderil—. A finales de septiembre del año 2022, el editor jefe, Caín, convocó a toda la plantilla para anunciar que la situación económica de la editorial era crítica y pronto habría recortes. A partir de ese momento, Aria comenzó a ausentarse de su puesto de trabajo con cada vez más frecuencia, aunque nadie le decía nada, por supuesto,

y, siendo la hija del dueño, no tenía nada que temer con el tema de los despidos. Nadie sabía adónde iba, y no nos enteramos hasta que fue tarde… —Lanzó una mirada de pena bastante sobreactuada en dirección a los familiares y amigos de Anabel, como si ella no hubiera hecho lo mismo que yo de haber tenido oportunidad, si es que no se había acostado contigo antes—. Como digo, era una chica extraña, todos sabíamos que tenía… problemas.

—¿Qué clase de problemas? —inquirió Javier.

—Problemas mentales —aclaró Natalia con un susurro confidencial tan patético que dejó claro que, si hubiera querido dedicarse al mundo del arte dramático, no habría valido ni para apuntadora.

—Señoría —empezó Teresa de nuevo—, si me lo permite, la pregunta es improcedente y…

—No, no se lo permito —la cortó Elena Estévez. Se giró hacia la testigo con gesto impaciente—. ¿Adónde quiere llegar con esto, señorita Noriega?

Natalia me lanzó una mirada llena de odio y satisfacción, y esa no le hizo falta fingirla.

—A que a Aria se le da bien guardar secretos —sentenció.

—No hay más preguntas, señoría —concluyó Javier.

Con una última sonrisa de autosuficiencia que lanzó hacia mí y un guiño descarado para ti, Natalia volvió a su sitio, donde vi por el rabillo del ojo que otros compañeros de la editorial la felicitaban por su gran actuación.

—Se llama a declarar a Dana Danislakova, médica forense de la comisaría de la Policía Nacional de Marbella en la fecha de los acontecimientos.

Se me formó un nudo en el estómago al oír su nombre después de tanto tiempo, y he de admitir que una parte de mí esperaba que apareciera por la puerta, con esa cara de guiri suya y que, con calidez forense, me cogiera la mano, me dijera: *You really fucked up this time, Aria*, y después se echase a reír como si fuera todo una broma, como si no estuviera pasando de verdad.

Fue una sensación que tiñó cada momento de los tres días de juicio: esa irrealidad que pesaba en el aire como un testigo más, la idea a la que mi mente se aferraba mientras me lo mostraba todo desde fuera, como si yo no fuese más que la cámara de una película que no iba conmigo.

Pero, por supuesto, Dana no apareció. La fiscal le recordó a la jueza que ya se había emitido una orden de busca y captura, pero la forense había abandonado el país poco después de prestar declaración y de que se le pidiera expresamente que estuviera localizable. Si volvía, la meterían en la cárcel por huir de la justicia.

Después del receso, en el que repasé la estrategia con Teresa, sucedió exactamente lo que ella me había dicho que ocurriría.

Javier retomó su posición junto al estrado, le susurró algo a la jueza, y esta pronunció:

—Se llama a declarar a la acusada, Aria Mérida Montero.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala, y el eco de mis pasos llenó el aire hasta que llegué al estrado. Entonces el micrófono amplificó mi respiración agitada.

La jueza me miró:

—¿Jura o promete decir verdad?

—Sí, juro —dije, y mi propia voz me sonó distante, como si la escuchara desde lejos mientras me preguntaba cuántas personas se

habían sentado en ese mismo lugar y habían jurado ser sinceras, cuántas de ellas habían sabido mientras lo hacían que iban a mentir.

Escondí las manos entre las piernas para que nadie viera que me temblaban, con la certeza de que lo que dijera a continuación sería lo único importante de todo lo que había dicho hasta el momento. Teresa me había explicado que todas las declaraciones, los interrogatorios y todas las versiones que había dado de los acontecimientos de aquella noche no importaban; sólo contaba lo que eligiera decir ahora.

A pesar de que todos los testigos habían hecho el mismo juramento antes que yo, fue la primera vez que caí en la gravedad de lo que estaba haciendo, en la importancia de aquel momento, en que se convertiría en uno de los ejes fundamentales sobre los que giraría mi historia. De pronto, la sensación de irrealidad se desvaneció, y por primera vez vi la habitación a través de mis propios ojos, sin distorsiones ni delirios:

A Teresa, mirándome con una determinación férrea, como si pudiera infundirme obediencia con su mirada afilada.

A tu abogado, frotándose las manos, listo para acribillarme a preguntas.

A la jueza, con gesto serio, y a los miembros del jurado inclinándose en sus asientos para oírme mejor.

A mi padre entre el público; al padre de Anabel.

A Natalia, mis antiguos compañeros de la editorial, el puñado de chicas que le hacían ojitos a tu nuca.

Y a ti. Todo desapareció, y quedaste solamente tú, tú y esos ojos por los que había hecho tantas locuras. Llevábamos más de dos años sin vernos; había llegado a pensar que quizá este tiempo de

abstinencia me había curado de mi adicción, de este enamoramiento que se transformó en una enfermedad. Sin embargo, una mirada tuya bastó para que volviera a ser esa chica a punto de cumplir los veintitrés a la que le devolviste las ganas de soñar. En aquel momento, fui consciente de que podrían pasar otros dos años, treinta o trescientos, pero mi corazón seguiría acelerándose cada vez que me miraras. Esa certeza sólo me confirmó que había hecho bien al tomar la decisión de la que te he hablado antes y cuyos resultados pronto conocerás.

—¿Conoce los delitos en los que puede incurrir como resultado de falso testimonio en causa penal?

La voz de la jueza me sacó de mis pensamientos. Teresa me había informado de que me enfrentaba a más de dos años adicionales de prisión por mentir en mi declaración. Teniendo en cuenta que, si me condenaban, me caerían por lo menos quince, tampoco me parecía algo tan grave.

—Sí —contesté.

La jueza asintió.

—¿Cómo se declara respecto a los cargos que se le imputan?

—Inocente, señoría.

A Elena Estévez no le sorprendió mi respuesta; asintió de nuevo.

—Proceda, letrado.

—Señorita Mérida, ¿podría usted resumirnos lo que pasó la madrugada del 3 de agosto de 2023?

Había contado esa historia tantas veces que las palabras me salieron con la insensibilidad de quien cuenta la historia de otro, como si estuviera narrando algo que me era casi ajeno. Pero esa era

mi historia, nuestra historia, y tenía que contarla bien (aunque no con sinceridad).

—Estaba en mi piso cuando me llegó una llamada de un número desconocido —empecé—. Era Caín. Me pidió que me encontrara con él en el parque en el que solíamos vernos para ayudarle con algo, que no le dijera nada a nadie y que dejara las luces encendidas. Cuando llegué al parque, me subí en su coche y me dijo que tenía el cadáver de su mujer en el maletero y que necesitaba ayuda para esconderlo. Entonces recibió una llamada de la comisaría de Marbella. Le dijeron que su hermano, Daniel, estaba allí detenido y que él tenía que acudir para pagar la fianza. Caín se vio obligado a ir para no levantar sospechas y me dijo que yo debía esconder el cadáver. Yo no quería, pero me dijo que, si no lo hacía, acabaría como ella. Así que dije que sí y nos intercambiamos los coches. Pero, como Caín no sabe conducir con marchas, tuvimos que cambiar el cuerpo de sitio. Entonces Caín se marchó y yo me fui a la sierra de Mijas. Arrastré el cadáver por el campo hasta que no pude más y después lo dejé allí. El resto ya lo saben.

Hubo un rumor de gritos apenas contenidos en la sala. Por la cara de las chicas de tu club de fans, no podía saberse si estaban horrorizadas, cachondas o ambas cosas, y el padre de Anabel me lanzó una mirada completamente insoportable. No había odio en ella, ni siquiera desprecio: tan sólo una pena sin límites ni fondo que hacía que sintiera que me ahogaba en sus pupilas.

Intercambié una mirada con mi abogada y me consoló ligeramente el ver que asentía con aprobación.

—¡Orden en la sala! —pidió la jueza.

—En la declaración que le hizo a la policía el día que la detuvieron no consta dicha amenaza por parte de mi cliente —puntualizó Javier una vez se hubo calmado el escándalo—. ¿Qué le dijo exactamente?

—Sus palabras textuales fueron: «Si no me ayudas, al final de esta noche tendré que esconder dos cadáveres».

Esta vez, un silencio sobrecogedor se apoderó de todos los presentes.

Tu abogado soltó una risa que pretendía ser sarcástica, pero resultó bastante patética y algo nerviosa.

—¿Cómo sabía que con esas palabras mi cliente se estaba refiriendo a usted?

Tuve que hacer un esfuerzo físico para no poner los ojos en blanco. La pregunta era estúpida y todo el mundo lo sabía.

—A lo mejor porque me puso una navaja al cuello.

Puestos a inventar…

Escuché los murmullos de la sala con satisfacción. Soy mucho mejor actriz que Natalia.

Tu abogado consultó unas notas, tratando de recomponerse, pero estaba claro que no había previsto ese cambio en mi declaración.

—¿Por qué ha ocultado usted esta información hasta ahora? —quiso saber.

Yo me encogí de hombros.

—Quería proteger a Caín.

—¿Por qué motivo?

—Porque estaba enamorada.

Puede que el resto fuera mentira, pero eso sí que era verdad. Y si mi peor crimen fue amarte y querer estar contigo a toda costa, me declaro culpable.

—¿Le parece esa suficiente razón, señorita Mérida?

—¿Se ha enamorado usted alguna vez, señor Jotavente? —dije, y mi voz fue cobrando fuerza a medida que sentía que tenía algo de control sobre la situación.

El abogado se quedó paralizado un momento, como la pantalla de un ordenador antes de apagarse y que aparezca un cartel de «ERROR».

—No entiendo la relevancia que tiene eso para el caso, señorita Mérida —respondió tratando de recobrar la compostura, aunque la gente ya había empezado a susurrar y Teresa me estaba observando con una media sonrisa—. Le pido por favor que se limite a responder a las preguntas con el fin de esclarecer lo sucedido el 3 de agosto.

—Es lo que estoy haciendo —me defendí y lancé una mirada de soslayo a la jueza—. Dudo que pueda esclarecer mucho si usted no se ha enamorado nunca, señor Jotavente, ya que, si es así, no creo que pueda entender por qué hice lo que hice.

—¿Alega usted que supuestamente ayudó a mi cliente por razones únicamente sentimentales? —preguntó Javier.

Había sido inteligente a la hora de formular la pregunta, pero Teresa me había preparado para no caer en ese tipo de trampas.

—Por razones sentimentales y porque me puso una navaja en el cuello —aclaré.

Más gritos por parte de las adictas a los documentales de *true crime*.

—Aunque mi cliente la hubiera amenazado, lo cual reitero que, convenientemente, es algo de lo que nadie había tenido noticia hasta este momento, ¿cómo es posible que usted transportara el cadáver campo adentro? —Me miró de arriba abajo con una

indiscreción que resultaba casi obscena, y sentí que todas las miradas de la sala se detenían en mis hombros huesudos, codos puntiagudos y cara chupada—. Me consta que padece usted de anorexia nerviosa, lo cual me hace preguntarme cómo tuvo la fuerza física para transportar el cuerpo inerte de una mujer de treinta y tres años desde la carretera hasta el lugar donde encontraron el reloj. Esto sugiere que hubo cierta premeditación y preparación para poder llevar a cabo esa tarea, ¿no cree?

—Si le consta mi diagnóstico de anorexia, también le constará que es muy frecuente que los pacientes con este trastorno realicen grandes cantidades de ejercicio físico —dije sin perder un segundo. Estaba empezando a entender por qué a Teresa le gustaba su trabajo: el rostro de Javier, que se iba desencajando por momentos, era otra forma de poesía—. En aquella época, yo hacía *crossfit* cinco días a la semana y podía levantar dos veces mi peso en peso muerto. Así que, a no ser que esté usted sugiriendo que planeé todo esto cuando empecé a hacer ejercicio, más de dos años antes de conocer siquiera a Caín, no estoy segura de haber comprendido su pregunta.

Teresa ahora estaba sonriendo abiertamente; ya le había allanado el terreno para su discurso sobre mi salud mental. Basaba gran parte de su estrategia en algo que llamaba «enajenación mental transitoria», para lo que un historial constituía un precedente excelente. Eso junto con el «miedo insuperable» causado por la amenaza por tu parte que nunca tuvo lugar constituían no una, sino dos causas eximentes. Contaba con que aquello fuera suficiente para librarme de la pena de cárcel.

—Pasemos a otro tema, señorita Mérida —dijo el abogado tratando de ocultar su nerviosismo, pero se le estaba manchando el cuello de la camisa de sudor—. Fuera cual fuere el motivo del traslado del cuerpo de un vehículo a otro, toda esta problemática fue ocasionada por una llamada de teléfono, ¿no es cierto?

—Así es —respondí.

—¿Quién llamó a mi cliente?

—Como le he dicho, era una llamada de la comisaría de Marbella.

—Efectivamente. Sin embargo, aquí nos consta que ninguno de los policías de guardia realizó dicha llamada, sino que fue la médica forense, Dana Danislakova. ¿Conoce usted de algo a esta mujer, señorita Mérida?

—Sí —respondí, muy seria.

—¿Qué clase de relación mantiene con ella?

—¿Ahora? Ninguna.

—¿Y antes?

—Era una amiga de la familia.

Hubo murmullos en la sala, pero no les presté atención. Teresa había insistido en que era de vital importancia que, al menos en este aspecto, dijera la verdad. Según su experiencia, un testimonio resulta más creíble si, entre las mentiras, uno entrelaza alguna que otra verdad, y, teniendo en cuenta que Dana no estaba ahí para aclarar lo que ocurrió exactamente, podía ser sincera en ese tema sin ningún riesgo.

—¿Le pidió usted que llamara a Caín?

—No —mentí, porque una cosa es «alguna que otra verdad» y otra es el sincericidio—. Pero, vamos, puede que lo hiciera por su cuenta. No le caía muy bien.

El abogado ladeó la cabeza.

—¿Conocía la doctora a mi cliente?

—No, pero yo le había hablado de él, y digamos que no le había gustado lo que había oído.

—¿Sugiere usted que Dana Danislakova realizó esa llamada con el fin de atormentar a mi cliente?

—Eso tendría que preguntárselo a ella, ¿no cree? —contesté, cortante.

El abogado consultó sus papeles y decidió pasar a otra cosa.

—¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que vio usted a Caín antes del 3 de agosto?

—Más de dos meses.

—¿Durante ese tiempo no recibió ninguna llamada ni mensaje por parte de mi cliente?

—No hubo ningún contacto, no.

—¿A qué se debía este silencio?

—Caín me había dejado —dije simplemente.

Me pareció que una de las niñitas se echaba a llorar.

«¿No puede alguien sacarlas de aquí? —pensé—. Esto no es un puto reality».

—¿Por qué la había dejado?

—Creo que está claro —respondí con amargura—. Se iba a casar con su mujer.

—¿No hubo ninguna otra razón?

Yo guardé silencio mientras las lágrimas me emborronaban la visión.

—Señorita Mérida, ¿hubo alguna otra razón para cortar el contacto?

—Me quedé embarazada —dije, y por mis mejillas cayeron lágrimas ardientes de ácido cítrico.

No eran lágrimas de pena, sino de rabia. Teresa había insistido en que el tema del bebé era un punto vital en su estrategia para hacer que el jurado te viera a ti como al hombre machista maltratador y a mí como a una pobre chica sin mucho criterio que, en última instancia, no era más que una víctima más en toda esta situación. Había insistido en que el embarazo serviría para que la gente *empatizara* conmigo, pero, después de pronunciar las palabras, yo sólo sentía que acababa de exponer una parte de mí misma, algo privado que acabaría en los titulares de todos los medios y que ya nunca iba a poder recuperar.

—¿Y qué ocurrió? —quiso saber Javier.

Por primera vez en todo el interrogatorio, te miré a los ojos, y entonces dije:

—Caín me dijo que lo abortara. No quería al bebé. Quería casarse con Anabel.

—¿Qué tal le caía a usted Anabel? Me consta que la conoció personalmente en una ocasión.

Teresa se aclaró la garganta.

—La defensa hace notar que la pregunta es impertinente, señoría.

—Deje que conteste —permitió la jueza casi susurrando, como si temiera que el sonido de su voz alterase el valor de esa nueva información que estaba saliendo a la luz.

—Mire, no le diré que me caía bien para parecer menos culpable, porque no es así. —Me sequé las lágrimas con la manga de la camisa, que dejé manchada de rímel—. Pero sinceramente creo que

yo tampoco era santo de la devoción de Anabel, dadas las circunstancias.

—Sin embargo, tenía usted un móvil claro para matarla: quitarla de en medio para poder estar con su marido. O quizá vengarse por que él la hubiera dejado por ella.

No dije nada; no me había hecho ninguna pregunta.

—Una última pregunta, señorita Mérida. ¿Dónde estaba usted cuando la policía irrumpió en la residencia de Caín y Anabel?

—Estaba allí.

—Me consta que minutos antes se encontraba en la cama con mi cliente. En la cama de Anabel.

—Así es —dije, porque no habría servido de nada mentir en ese aspecto.

—No hay más preguntas, señoría.

31

1 día después del juicio por homicidio, por la tarde

Querido Caín:

Perdona que te haya dejado sin despedirme. Me llamaron para hacer unos trámites en secretaría y tuve que marcharme. No me queda mucho tiempo para terminar de contar esto, así que lo retomaré donde lo dejé sin dar más rodeos.

Después de tomarme declaración, nos citaron a todos para volver al día siguiente a las ocho de la mañana.

Teresa me acompañó a la comisaría y de camino me dijo que no tenía nada de lo que preocuparme. Al día siguiente sería su turno para llamar a sus testigos y, en su opinión profesional, «os ibais a cagar».

Había albergado una tenue esperanza de que, después del revuelo del primer día, la cantidad de gente fuera disminuyendo a medida que perdían interés en el caso, pero nada más lejos de la realidad. El segundo día había aún más gente que el primero, tanta que hubo quien se quedó de pie, e incluso el guardia tuvo que echar a un par de miembros de tu club de fans que intentaron sacar el móvil a escondidas para hacerse un selfi contigo de fondo.

Una vez se hubo calmado la cosa, Teresa cumplió con su palabra e hizo llamar a una pléyade de testigos.

La primera de todas fue Bárbara Barrios, vecina vuestra, una mujer de unos ochenta y muchos con los dedos retorcidos por la artrosis y unas gafas que le triplicaban el tamaño de los ojos.

—Señora Barrios, muchas gracias por estar aquí —empezó Teresa —. Usted vive en la calle de Colón 3, Distrito Centro, en Málaga, ¿cierto?

—Sí, en el quinto piso.

—El acusado y la víctima eran sus vecinos, ¿no es así?

La señora asintió, mirándote con esos ojos gigantescos.

—Sí, ellos viven en el sexto. O vivían —añadió frunciendo ligeramente el entrecejo.

—¿Cómo era vivir tan cerca de esta pareja, señora Barrios?

—Caín y Anabel eran buenos vecinos, aunque muy reservados. Nunca venían a las reuniones, pero pagaban la comunidad y no daban problemas. Sin embargo, muchas veces hacían ruido por las noches.

—¿Qué clase de ruido? —se interesó Teresa.

—Gritos. Y a veces golpes.

Hoy tus admiradoras estaban algo más tranquilitas después de que el guardia hubiera echado a unas cuantas nada más empezar, pero por el rabillo del ojo las vi llevarse las manos a la boca y mirarse con caras de horror.

—¿Diría usted que eran ruidos de peleas?

Bárbara Barrios afirmó con la cabeza.

—Desde luego. Le pregunté a Anabel si estaba bien en más de una ocasión. Una vez incluso le vi un cardenal muy feo en el brazo y

le dije que podía hablar conmigo, pero ella siempre decía que todo iba bien, que se había caído o se había dado un golpe ella sola. Decía que era muy torpe.

—¿Recuerda usted por casualidad si escuchó algún ruido en su piso la noche del 2 de agosto? —preguntó Teresa, aunque de *casualidad* no había nada. Aquella señora había prestado declaración a la policía más de cinco veces, había hablado con los periodistas de *El Sur* y *La Opinión de Málaga* y había sido ella la que entró en contacto con Teresa para testificar en el juicio. Era la típica jubilada aburrida que ejercía de policía de balcón, y todo lo ocurrido le había concedido una oportunidad que pocos en su situación tienen para darse importancia y protagonismo.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo, aunque, por su edad, no habría sido raro que ya no se acordase de lo que había cenado el día anterior.

—Me consta que esta es la última vez que alguien vio, o más bien escuchó, a Ana Belén Blanco con vida —hizo notar Teresa—. ¿Podría usted contarnos lo que ocurrió?

—Caín y Anabel llegaron a su casa poco después de medianoche —empezó Bárbara, dotando a sus palabras de un dramatismo sombrío—. Me acuerdo porque entraron discutiendo, y a esa hora echan mi programa favorito. Siempre lo veo en la cocina mientras hago punto. Mi cocina da al patio interior, igual que la suya. Vivían justo enfrente, así que, si se peleaban allí, era imposible no enterarse.

—¿Qué recuerda usted de esa pelea?

La señora se agarró a su bolsito de tela, como si la mención de aquella noche le produjese la necesidad de aferrarse a algo.

—No recuerdo lo que dijeron, pero de lo que sí que me acuerdo es de los gritos. Hubo muchos, y, esta vez, a diferencia de otras, era sobre todo Anabel la que gritaba. Estaba preocupada por ella, estaba pensando en subir con la excusa de pedirle un poco de azúcar o algo por si lo estaba pasando mal, pero entonces se escuchó un golpe y después nada más.

—No hay más preguntas, señoría.

La siguiente testigo fue Amanda Asencio.

—Señorita Asencio, ¿confirma que trabajaba usted como secretaria de Caín Dimas Darvanda en los meses previos al homicidio?

—Llámeme Amanda, por favor —pidió ella. Se había cortado el pelo, lo cual había disminuido el espacio físico que ocupaba en un cincuenta por ciento. Amanda parecía una niña en el estrado, y por primera vez me di cuenta de que estaba tan delgada que seguramente se tenía que comprar la ropa en la sección infantil de las tiendas—. Sí, efectivamente, trabajé como secretaria de Caín desde el 2020 hasta el 2023, que fue el tiempo que ejerció como editor jefe.

—¿Considera que el señor Dimas era un buen jefe, Amanda?

—Sí —dijo ella, aunque estaba evitando establecer contacto visual contigo—. Siempre era amable conmigo.

—¿Le pedía que desempeñase funciones fuera del ámbito de la editorial? Como hacerle recados, llamar a su mujer…

Amanda se recolocó en el asiento, algo incómoda, y miró de reojo a la jueza, como si se estuviera replanteando su juramento.

—No era el típico que te manda a por cafés todos los días, si eso es lo que me está preguntando. —Hizo una pausa larga, y por el

micrófono todos escuchamos cómo suspiraba—. Lo que sí que me pedía a veces era que… Que le mintiera a su mujer si llamaba preguntando por él, que le dijera que tenía reuniones.

—¿Qué hacía el señor Dimas realmente durante estas supuestas reuniones?

—Nunca me lo explicó, y yo nunca se lo pregunté.

—¿Le pidió el señor Dimas que ocultara sus encuentros con Aria de Anabel con este tipo de excusas?

—Nunca me lo dijo explícitamente, pero… —Amanda se colocó un mechón rojizo corto detrás de la oreja—. Yo tenía que controlar la entrada a su despacho, porque, claro, estaba insonorizado, y cuando Aria empezó a venir con frecuencia, me pidió que pusiese especial cuidado en que nadie entrase mientras ella estaba.

Teresa ladeó la cabeza, interesada, y cesó en los paseos que se estaba dando delante del estrado.

—¿Están insonorizados todos los despachos de la editorial?

—Señora Tamayo —interrumpió la jueza—, lo que está diciendo no tiene ninguna pertinencia para el caso que nos ocupa.

—Yo creo que sí —respondió Teresa—. Por favor, señoría, permítanos escuchar la respuesta.

Tras unos segundos de cavilación, la jueza hizo un gesto de concesión con la mano, y Teresa se giró hacia Amanda.

—¿Están insonorizados todos los despachos? —repitió.

Amanda negó con la cabeza.

—Sólo el de Caín. Creo que fue algo que pidió cuando lo ascendieron a editor jefe.

—¿Sabe usted por qué?

Amanda negó de nuevo.

—No me lo contó nunca.

—¿Es posible que fuera para sus encuentros con sus subordinadas?

—Letrada —advirtió la jueza, con un tono que daba a entender que se le estaba agotando la paciencia.

Estaba claro que Teresa era una gran profesional, pero a veces le podía el drama, y le gustaba dejar las ideas flotando en el aire, plantar la semilla para que cada uno sacase sus propias conclusiones. Hacía mucho eso de formular preguntas sin esperar respuesta alguna, porque contaba con que lo que la gente utilizase para contestarlas en su cabeza sería suficiente para completar la imagen que ella estaba tratando de formar en sus cerebros: la caricatura del hombre machista e infiel en la que encajabas cada vez con más facilidad. De hecho, vi que varios miembros del jurado sacudían la cabeza e intercambiaban miradas de desaprobación.

—¿Ocurrió algo significativo durante los meses que Aria estuvo frecuentando dicho despacho?

—Un día vino Anabel a la oficina. La visita no estaba en la agenda de Caín, así que me pilló desprevenida. No tenía ninguna excusa preparada, y, cuando intenté evitar que entrase en el despacho, ella me apartó.

—¿Por qué tenía usted que evitar que entrase en el despacho?

Amanda me lanzó una mirada de soslayo.

—Porque Aria estaba allí.

—No hay más preguntas, señoría.

Amanda bajó del estrado en cuanto pudo, como si la silla le quemase, y fue la única de todos los testigos que habían declarado hasta el momento que se marchó de la estancia al terminar.

—Se llama a declarar a Víctor Vidal, antiguo psicólogo de Aria.

Se me detuvo el corazón al escuchar ese nombre y, cuando las puertas se abrieron y Víctor entró en la sala, casi se me salió por la boca. No había cambiado nada: seguía teniendo los mismos ojos azules enmarcados por gafas finas, aunque se había afeitado la barba y, en lugar de sus habituales jerséis, hoy lucía un traje de chaqueta.

Me miró a los ojos cuando tomó asiento en el estrado, y a mí se me secó la boca. Traté de captar la atención de Teresa con la esperanza de hacerle algún gesto para que detuviese aquello; no me había consultado esa parte de la estrategia, y yo no estaba para nada de acuerdo con esa decisión. Sin embargo, Teresa, que seguramente se imaginaba mi postura, ni siquiera se giró hacia mí, y yo traté de esconderme entre mis rizos mientras Víctor hacía su juramento.

—Víctor Vidal, muchas gracias por estar aquí —empezó Teresa con su introducción habitual—. Es usted psicólogo especialista en traumas de la infancia y trastornos afectivos, ¿no es así?

Víctor asintió.

—Así es.

—¿Trató usted a Aria Mérida entre los años 2020 y 2022?

—Sí.

—¿Podría especificar el motivo por el cual mi cliente acudió a su consulta?

Le lancé una mirada desesperada a Víctor pidiéndole con los ojos que no dijese nada, que se marchase y no volviera a aparecer nunca. Había descartado completamente la posibilidad de volver a ver a aquel hombre al que le había confesado todas mis intimidades,

con quien había compartido mis miedos y mis debilidades y que luego no había tenido reparos a la hora de romperme el corazón a pesar de saber lo rota que yo ya estaba como persona.

Me pregunté si acaso los psicólogos no tienen la obligación de respetar la confidencialidad médico-paciente. Quizá si dicha paciente está involucrada en un caso de homicidio, el código deontológico no se aplica, o, quién sabe, a lo mejor Víctor sólo me dijo aquello para que confiara en él, igual que tú te inventaste eso de la confidencialidad editor-escritor.

—La paciente acudió a mi consulta en marzo de 2020 por clínica afectiva reactiva a estrés, ansiedad fluctuante, fobia social e insomnio. Le habían detectado Altas Capacidades, lo cual, combinado con una personalidad con una gran tendencia a la obsesión, no ayudaba con el resto de sus patologías.

La forma en la que se refería a mí como «la paciente» y cómo enumeraba mis problemas, como si no fueran más que acepciones en un diccionario sobre la locura, hicieron que me quisiera morir allí mismo. Hablaba con la frialdad que siempre lo había caracterizado, esa que en un primer momento me atrajo al confundirla con una seguridad y una confianza de las que yo carecía, pero que finalmente lo dotó de la habilidad necesaria para romperme el corazón con precisión quirúrgica.

—¿Además de estos trastornos que menciona, observó usted alguna otra sintomatología de interés? —quiso saber Teresa.

—La paciente sufría pensamientos obsesivos y fobias de compulsión.

—¿Podría usted explicar en qué consistían dichos pensamientos y fobias?

—Básicamente, Aria no era capaz de controlar su mente, se enganchaba en ideas sin sentido y no podía dejar de pensar en una determinada situación o en una determinada persona durante días. Estas rumiaciones obsesivas le producían mucha ansiedad y mucho sufrimiento. Sus bucles obsesivos solían tener que ver con ideas de abandono que se relacionaban con la muerte prematura de su madre. Las fobias de compulsión son un miedo irracional a hacer algo. En el caso de Aria, a raíz de un episodio suicida que sufrió a los doce años, estas fobias se relacionaban con quitarse la vida.

—¿Está usted afirmando que la señorita Mérida temía no ser capaz de controlar su propio comportamiento?

—Sí, podría entenderse así. Además, sufría episodios de disociación.

—¿Le importaría explicarnos en qué consistían dichos episodios?

—La disociación es algo más común de lo que la gente se cree. Es lo que nos pasa a todos cuando vamos conduciendo y ponemos el «piloto automático». —Ilustró sus palabras con comillas en el aire, hablando con la serenidad y la paciencia con la que tantas veces me había explicado lo que me ocurría en la consulta—. Llevado al extremo, este fenómeno se convierte en una respuesta de supervivencia ante un trauma. Cuando una persona experimenta un gran sufrimiento en su infancia, la disociación es un mecanismo que se desarrolla para que pueda continuar con su vida con la mayor normalidad posible. Sin embargo, cuando la disociación se hace crónica, el individuo puede llegar a sentir ciertas vivencias o experiencias propias como ajenas, ya que su cerebro las distancia del «yo» interno de la persona, y puede desarrollar pensamientos y comportamientos que le resultan ajenos.

—¿Como una enajenación? —inquirió Teresa.

—No es exactamente lo mismo, pero puede guardar algún parecido, sí.

—Entiendo —dijo Teresa e hizo una pausa para dejar que dicha información calase en el jurado—. ¿Podría usted explicarnos qué tratamiento siguió con la señorita Mérida, señor Vidal?

—Trabajamos con técnicas cognitivo-conductuales, que suele ser lo indicado en estos casos. Al principio, la paciente presentó una respuesta parcial, pero después sus síntomas empeoraron y desarrolló problemas nuevos: anorexia nerviosa, bulimia y, hacia el final, autolesiones. Finalmente, interrumpimos el tratamiento debido a la escasa mejoría y a un problema en la vinculación terapéutica.

Quería que me tragase la tierra. Sentí tus ojos sobre mí y me giré para descubrir que me observabas descaradamente. Fui incapaz de leer tus pupilas y me pregunté si me mirabas con curiosidad o más bien con pena. No lo sabía; sólo sabía que prefería que me condenasen por un crimen que no había cometido antes que seguir aguantando aquello.

—¿A qué se refiere con «problema en la vinculación terapéutica»? —insistió Teresa.

Si me dejaban sola en el receso, iban a tener que juzgarme por asesinato además de por homicidio. Por asesinato con ensañamiento, porque en ese momento la habría apuñalado repetidamente si hubiera tenido ocasión. Me daba igual si aquello era lo mejor para la estrategia, si, en última instancia, era lo mejor para mí. Esa mujer no tenía derecho a exponerme así, a sacar a relucir las heridas de mi pasado y hurgar en ellas a ver si quedaba algo de pus. Porque resultaba que algunas todavía escocían.

—Aria se enamoró de mí.

La jueza tuvo que dar por lo menos cinco golpes con el mazo antes de que se calmase el escándalo que había producido la afirmación de mi expsicólogo. Si había algún periodista encubierto grabando, iba a sacar el artículo de la temporada.

—¿Empeoró dicho enamoramiento su estado mental?

Víctor asintió.

—Sí, mucho. De hecho, fue cuando comenzó a dejar de comer. La paciente ya padecía conductas alteradas de la alimentación, pero durante aquellos meses empezó a sufrir episodios de bulimia y desarrolló una anorexia en toda regla. Ella misma llegó a confesarme que era porque no se consideraba lo suficientemente atractiva para mí. Yo le reiteré en varias ocasiones que debía dejar de aspirar a una relación conmigo, ya que era mi paciente, pero ella insistía e incluso llegó a autolesionarse para llamar mi atención. Fue entonces cuando decidí terminar el tratamiento y derivarla a otro psicólogo.

Sentía su mirada sobre mí, pero yo había clavado la vista en mi regazo y no pensaba levantarla hasta que Víctor hubiera desaparecido. O hasta que terminase el juicio. No quería que nadie viera las lágrimas que corrían libremente por mis mejillas, como si de nuevo volviera a ser esa chica que quiso ser mejor para merecer a un hombre que lo único que hizo fue rechazarla, la que empezó a escribir en español por alguien que ni siquiera se molestaba en intentar entenderla. Y ahora, después de tantos años, estaba claro que Víctor seguía sin comprenderme. Él sólo entendía de síntomas y de trastornos, pero jamás había entendido el amor. Si lo hubiera hecho, no estaría hablando así de mí.

—¿Cómo describiría usted a Aria Mérida?

—Como he dicho, Aria era… Bueno, es una chica con problemas. Tiene una personalidad obsesiva y padece ansiedad, pero no tiene alteraciones en su percepción de la realidad y mantiene el juicio conservado. Al menos, así era cuando yo la traté. Tenía la esperanza de que encontrara a alguien que la ayudase a resolver sus problemas. Veo que no ha sido el caso.

—¿Consideraría que la señorita Mérida es un peligro para sí misma y para los demás?

—¿Para sí misma? Probablemente. Para los demás, no —afirmó con seguridad.

—Señor Vidal, una última pregunta. Teniendo en cuenta todo lo que ha expuesto, y habiendo usted conocido a la señorita Mérida en profundidad, en su opinión profesional, ¿cree que una amenaza del hombre del que estaba enamorada podría provocar que entrara en un episodio de disociación y posiblemente también de enajenación mental?

—Perfectamente —contestó él sin dudar un segundo.

—Muchas gracias. No hay más preguntas, señoría.

Víctor se retiró, y di gracias a Dios cuando escuché que las puertas de la sala se abrían y se volvían a cerrar. El desinterés de mi antiguo psicólogo siempre me había dolido, pero en ese momento no podía sino agradecerle que no permaneciese en la sala.

Teresa se acercó a nuestra mesa para consultar sus papeles. Intercambiamos una mirada, pero su rostro no mostraba ni un ápice de arrepentimiento. Me pregunté si acaso no se daba cuenta de lo que me había dolido escuchar cada una de las palabras de Víctor, que se me habían clavado como etiquetas que jamás podría despegarme de la piel, si no comprendía que cada síntoma había

sido un punto sin anestesia en una cicatriz reabierta. Pero lo cierto era que, si era consciente de eso, a Teresa Tamayo Torres le daba igual. Ella sólo quería una cosa: ganar el caso. E iba a conseguirlo a toda costa.

He de admitir que, por poco que me hubiera gustado, el testimonio de Víctor no hacía más que reforzar la defensa que habíamos planeado, y ya notaba que el jurado me miraba de forma diferente; el recelo había desaparecido, y muchos de ellos ahora me observaban con una mezcla de curiosidad y de compasión que, si bien me resultaba nauseabunda, era mejor que la sospecha. Estaba pasando de «putón» a «enferma mental», y dice mucho de mi situación el hecho de que aquello fuera algo positivo. Teresa les estaba vendiendo el personaje de la chica traumatizada que había cometido un error en nombre del amor no correspondido, y estaba funcionando. ¿Quién no empatizaría con una historia así? ¿Quién no se apiadaría de una joven con el corazón roto? Haría falta no haberse enamorado nunca para no entenderlo.

—¿Quedan más testigos, señora Tamayo? —inquirió la jueza.

—Uno más, señoría —dijo Teresa.

Retomó su puesto frente al estrado y le pasó un papelito.

La jueza lo leyó en voz alta:

—Se llama a declarar a Dolores López de Lacalle.

Una chica que tendría como mucho treinta y cinco años entró en la sala. Era bajita y delgada, con la tez muy morena, una larga melena oscura y unos ojos gigantescos color azabache que resultaban casi hipnóticos. Llevaba una blusa blanca que le resaltaba la curvatura de los hombros y, junto con su piel lisa y labios

carnosos, hizo que se me antojara la persona más guapa de la habitación.

Vi que le susurrabas algo a tu abogado, que negaba con la cabeza repetidamente, consultando por enésima vez sus papeles mientras sudaba el cuello de otra camisa, pero no comprendí la tensión de tu rostro hasta que, después de jurar, la chica dijo:

—Por favor, llámeme Lola. Dolores es mi madre —añadió con una sonrisa dulce.

Entonces todo encajó.

Era Lola. *Tu* Lola.

Después de todo este tiempo, había llegado a la conclusión de que jamás te habías enamorado de Anabel ni de mí, de que la única persona a la que realmente había podido querer ese músculo pequeño, estrecho, retorcido y putrefacto que tienes por corazón fue a esa chica que te robó el aliento con veinte años y todavía no te lo había devuelto. No sabía cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que os visteis, pero pude verte en la cara que para ti no había pasado ni un segundo: me dolió ver en tu rostro esa expresión de adoración que yo había lucido por ti, la devoción incondicional que parecía que los dos estábamos empeñados en darles a quienes no nos correspondían.

—Señoría, mi cliente solicita abandonar la sala —dijo Javier poniéndose en pie.

Elena Estévez ladeó la cabeza.

—¿Por razones médicas?

—No, pero consideramos…

—Lo que consideren es irrelevante —lo cortó—. Si no tiene un motivo médico, su cliente deberá permanecer en la sala hasta que

terminen las declaraciones. —Se giró hacia Teresa—. Señora Tamayo, por favor, empiece.

—Muchas gracias por venir, Lola.

La chica asintió, mirándote de reojo, pero ahora era tu turno de estudiarte las rodillas con interés sobrehumano.

No tenía ni idea de cómo Teresa la había encontrado. Yo tan sólo le había hablado de pasada de una tal Lola con la que habías tenido una relación en tus años de carrera, y, sin embargo, ahí estaba. Al menos yo no era la única a la que atormentarían los fantasmas de su pasado ese día.

—¿Es cierto que mantuvo usted una relación sentimental con el acusado?

—Sí.

—¿Cuánto duró dicha relación?

—Empezamos a salir durante la carrera y seguimos hasta un par de años después de terminar —recordó Lola—. Así que unos cinco años.

—¿Podría describir el comportamiento de Caín durante ese tiempo?

—Señoría —intervino Javier—. Solicito que considere invalidar este testimonio. Se están exponiendo aquí detalles privados de la vida de mi cliente que no tienen relevancia alguna para el caso. Esta testigo ni siquiera conocía a la víctima.

—Denegado —sentenció la jueza—. Que yo sepa, aquí ya se ha hablado de más de un detalle privado de la vida de los presentes y nadie ha protestado. —Me lanzó una mirada de soslayo, y creí distinguir un atisbo de empatía en sus ojos azules—. Además, si el testimonio es relevante para el caso es algo que juzgaré yo. Así que,

si no tiene nada más que añadir, señor Jotavente, le ruego que guarde silencio y deje a la testigo declarar.

Tu abogado asintió con una expresión que podría haber sido de resignación o de estreñimiento. Vi que te susurraba algo, pero tú negabas con la cabeza sin levantar la vista del suelo.

—Caín era… Era mayor que yo, ¿sabe? Nos conocimos en la universidad. Estábamos juntos en la asignatura de Traducción Humanística, pero él no podía asistir mucho por el trabajo, así que no lo conocí hasta que nos mandaron hacer una traducción por parejas y nos tocó juntos. Caín es… Es la clase de persona a la que ves y sabes que no vas a poder olvidar. —El tono de Lola era como el de quien relata un sueño del que no le gustaría haber despertado, aunque, a medida que hablaba, noté que aparecía en sus pupilas un resplandor que no había estado ahí antes—. Quedamos varios días en la cafetería para hacer el trabajo, pero, cuando lo terminamos, seguimos viéndonos con cierta frecuencia. Caín me confesó que Humanística era su asignatura favorita y que siempre había soñado con ser escritor. Yo le dije que siempre había querido ser actriz. A los dos nos gustaba la traducción, pero no nos veíamos pasando el resto de nuestra vida trabajando sobre los textos de otros. Los dos queríamos crear algo nuevo, ¿entiende? A partir de entonces hablábamos mucho y poco después empezamos a escribir juntos una obra de teatro.

Se me desencajó la mandíbula. Te miré, pero tú estabas ahí, inmóvil bajo el peso de tus acciones, de tus mentiras. En aquel momento quise levantarme y ponerme delante de ti, gritarte, pedirte explicaciones, preguntarte si siempre les hacías lo mismo a las chicas, si a todas les contabas la misma historia y las enganchabas

para escribir un libro contigo. Estuve a punto de hacerlo, pero al final me quedé en mi sitio, sintiendo cómo las lágrimas me ardían en las retinas y preguntándome cómo había podido ser tan tonta para creerme que fui algo especial para ti.

—Pasamos unos años buenísimos juntos —dijo Lola, y la voz empezó a temblarle—. Caín era divertido, cariñoso, detallista… Pero también tenía muy mal genio. A veces, cuando se enfadaba mucho, él…

Teresa se acercó al estrado, y por el micrófono escuché que le susurraba a Lola:

—Está bien, Lola, puedes decirlo.

Lola levantó una mirada anegada de lágrimas.

—Caín me pegaba.

—¡Orden! —pidió la jueza, algo exasperada, pero estaba claro que el ruido, más que por la falta de respeto, le molestaba porque no quería perderse ni un detalle de aquella historia.

Vi a Silvia entre el público, con los brazos cruzados y negando con la cabeza, intentando abrirte un agujero en la nuca con la mirada.

—Fue muy poco a poco, ¿sabe? No… No empezó a darme palizas un día así como así. Fue algo progresivo. Como la historia esta de la rana: si la metes en una olla con agua hirviendo, se marchará corriendo, pero si la metes en la olla con agua templada y vas subiendo la temperatura progresivamente… —Lola inspiró hondo—. Para cuando se quiere dar cuenta, ya es muy tarde. Eso es lo que me pasó a mí. Y entiendo que resulte difícil de creer. Me considero una mujer feminista e independiente, pero eso no tiene nada que ver. Comprendo que desde fuera haya quien piense que no hay razón para mi comportamiento, que debería haberme marchado en

cuanto empezó, pero no es tan fácil. Cuando una está inmersa en la situación, cuando el agua va subiendo de temperatura…, resulta difícil distinguirlo.

»El maltrato físico no fue lo peor de todo, pero eso sólo lo vi después. Pensaba que Caín siempre había sido bueno conmigo, pero, tras dejarlo, me di cuenta de que el daño psicológico era casi peor que el físico. Caín se ocupó de distanciarme de todas las personas importantes de mi vida. Me decía que mis amigas no me comprendían, me metió en la cabeza que a mis padres no les importaba. Llegó un punto en que compartía todo mi tiempo con él y sentía que nadie más podría quererme como él lo hacía. Cuando me quise dar cuenta, estaba sola. A excepción de Caín, claro.

Lola se secó las lágrimas con el dorso de la mano, y de pronto recordé lo que me contaste aquella primera vez que cenamos juntos, justo después de que yo te hablara de Víctor:

«Se llamaba Lola. La conocí estudiando la carrera de Traducción. Apenas la conocía, pero un día… supe que no quería estar con nadie que no fuera ella».

«Yo me había enamorado, y ella no. De hecho, ni siquiera entendía lo que yo sentía, hasta qué punto era intenso, lo difícil que me resultaba controlarlo».

Tus palabras cobraron un nuevo significado. ¿A eso lo llamabas tú amor? ¿A destrozar a una chica hasta el punto de que, diez años después, se echase a llorar en un estrado hablando de ti? ¿Acaso tu enamoramiento se manifestaba en forma de una violencia *difícil de controlar*? ¿Era esa tu idea del romanticismo? Apenas podía creerme que hubiéramos compartido poemas, que, por un momento, hubiera podido pensar que estábamos en el mismo punto, que para los dos

el amor significaba lo mismo, cuando en realidad no podríamos tener definiciones más distintas.

—No resulta fácil marcharse en esa situación, ¿saben? Llegó un momento en el que ya no entendía mi vida sin él, en el que me había convencido por completo de que él era el héroe que había venido a salvarme de unos enemigos inventados y ya sólo me sentía a salvo en sus brazos. ¿Y qué si con las mismas manos con las que me acariciaba a veces me pegaba? Esas manos me habían escrito poemas y me habían consolado en medio de la noche, y la misma boca que me gritaba luego se deshacía en disculpas. ¿Qué pesaba más? ¿Los miles de momentos buenos o los pocos malos que había? No fue fácil —repitió—. No fue nada fácil. Y hasta que no lo vives, no lo entiendes.

En mi cabeza, escuché la voz de Dana:

«Ya nunca hablas conmigo, no me cuentas nada. He pasado de ser tu amiga a ser tu paño de lágrimas y ahora ni siquiera eso».

«Creo que la que no lo entiende eres tú. Creo que no entiendes que esto es una locura, que se te está yendo la olla, que has perdido el juicio y que te estás metiendo en un agujero del que no vas a poder salir».

«Todo esto es por él, ¿verdad?».

Me di cuenta de que mi historia contigo tenía más paralelismos con la de Lola de los que me habría podido imaginar y me pregunté si, después de aislarme de todo, de hacerme depender de ti y hacerme sentir sola, tu siguiente paso era empezar a abusar de mí. Recordé la patada al muro, el puñetazo en la pared, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Sin embargo, lo denunció a la policía —dijo Teresa con seriedad —. Fue usted muy valiente, Lola. ¿Qué fue lo que le dio la fuerza para hacerlo?

En lugar de responder, Lola se agachó, puso su bolso sobre el estrado y extrajo un algodón y un botecito de agua. Echó un poco de agua en el algodón y se lo pasó por el pómulo izquierdo. Dejó el algodón manchado de maquillaje encima de la madera del estrado y giró la cabeza para que todos pudiéramos ver la fina cicatriz que le recorría la mejilla, una línea plateada que le cruzaba media cara.

Era oficial: aquella jueza iba a necesitar un mazo nuevo después del juicio. Se hizo un escándalo brutal. Incluso algunas de las mujeres miembros de las asociaciones contra la violencia de género que se habían encargado de hacer viral el caso parecían a punto de echársete encima.

—¿Le hizo eso el señor Dimas? —preguntó Teresa después de que la jueza pidiera orden por lo menos tres veces.

Lola miró al frente, muy seria.

—Quiero que me mire —dijo con una voz apenas audible.

Cuando no pasó nada, alzó la voz:

—¡Mírame, Caín!

Tú levantaste la cabeza muy despacio, con las manos temblando por debajo de la mesa, y apenas pudiste sostenerle la mirada un segundo a la mujer que decías haber amado por encima de todo antes de volver a esconderte en ti mismo. Me di cuenta de que tú también estabas llorando. Si era de culpa o de rabia, no lo sabía y no estaba segura de querer saberlo. Lo único que sabía era que precisamente tú no tenías derecho a llorar en aquella situación.

Tu incapacidad de aguantar la realidad de lo que habías hecho pareció ser suficiente para lo que quiera que Lola hubiera estado intentando demostrarse a sí misma, una respuesta adecuada a cualquiera que fuera la pregunta que le quedaba pendiente de aquella época.

Se giró hacia Teresa y, tras tomar aire, dijo:

—No fui yo. Me gustaría decir que fui valiente, que después de esto fui directa a la policía y puse una denuncia, pero no fue así. Caín me llevó al hospital, deshaciéndose en disculpas por el camino. Estaba sangrando mucho, y eso lo ponía nervioso. Había sido un accidente. Veníamos de una fiesta de disfraces, y él llevaba puesto un anillo. Por eso me hizo la herida. Ni siquiera me pegó especialmente fuerte, pero el anillo se dio la vuelta y… —Dejó que la frase flotara en el aire, sin necesidad de terminarla—. La enfermera que me cosió pidió que lo sacaran de la habitación y, mientras me curaba, me preguntó si estaba bien. No sé si fue el alcohol, los nervios o la idea de que, a mis veinticuatro años, mi cara nunca volvería a ser igual, pero me eché a llorar y se lo conté todo. La enfermera llamó al médico y me hicieron un parte de lesiones, y al día siguiente me acompañó personalmente a la policía para llevarlo. Allí le puse una denuncia a Caín, pero unos meses más tarde la retiré.

Lola paseó la mirada por el jurado y después la detuvo en mí. Tuvimos un momento de comprensión, de la complicidad que sólo comparten los heridos, las víctimas de un sufrimiento que los demás no pueden imaginar, de ser dañada por la persona a la que más quieres y odiarte porque no puedes dejar de seguir queriéndola después.

—Como he dicho, me gustaría decir que fui valiente, pero tuve miedo. Miedo de ir a juicio y tener que revivirlo todo, miedo de que no me creyeran, de que me preguntaran por qué no me había marchado antes y no saber qué responder… —Casi en un susurro, añadió—: Miedo de que me dijeran que era culpa mía.

—Una última pregunta, Lola. ¿Sabía usted que dicha denuncia, aunque la retirase, quedaría en la ficha policial del acusado permanentemente?

—No —contestó ella simplemente.

—No hay más preguntas, señoría —concluyó Teresa y, girándose hacia Lola, dijo—: Muchísimas gracias, Lola.

Ella asintió, y, mientras se bajaba del estrado, escuché que decía:

—Ya era hora de decirlo en voz alta.

Teresa le indicó que podía marcharse, pero, a diferencia de Víctor, tu amor del pasado escogió quedarse en la sala, y hubo un revuelo cuando al menos media docena de los asistentes se ofrecieron a cederle su asiento.

Cuando todo el mundo se hubo sentado de nuevo, Teresa caminó hacia el centro de la sala:

—Creo que, llegados a este punto, ha quedado claro quiénes son realmente las personas a las que estamos juzgando hoy. Caín, un hombre maltratador, y Aria, una chica con problemas mentales que tuvo la mala suerte de enamorarse de él. Su psicólogo de la prisión ha corroborado el diagnóstico que ha expuesto su antiguo terapeuta, y creo que todos coincidiremos en que, además del miedo insuperable que debió de sufrir la madrugada del 3 de agosto, una amenaza como aquella por parte de la persona a la que quería, dada su condición, habría activado los mecanismos de defensa de su

cerebro y la habría sumido en un estado de enajenación mental prolongada…

—Letrada —intervino la jueza mirando a Teresa con reprobación—. Habrá tiempo para la defensa oral más adelante. Si no tiene más testigos, pasaremos a llamar al acusado para que preste declaración.

—Por supuesto, señoría —concedió Teresa.

De todas formas, ya había dicho todo lo que tenía que decir, y sus palabras habían surtido el efecto deseado en el jurado: nueve pares de ojos te miraron con recelo mientras subías los escalones del estrado.

—¿Jura o promete decir verdad? —preguntó la jueza una vez tomaste asiento.

—Sí, juro —dijiste con firmeza.

Viéndote ahí sentado, no pude evitar pensar que era casi poético: Caín juzgado por la muerte de Anabel.

—¿Cómo se declara respecto a los cargos que se le imputan? —inquirió Elena Estévez.

—Inocente —pronunciaste, aunque, a pesar de ser la persona con más confianza en sí misma que había conocido, apenas lograste que tu voz tuviera la fuerza necesaria para resultar convincente.

—Señor Dimas —intervino Teresa—, ¿podría usted resumir los acontecimientos que tuvieron lugar la madrugada del 3 de agosto del año 2023?

Con la voz de un autómata, relataste la misma historieta que habías expuesto en la vista oral, y, aunque tu abogado y tú la habíais pulido, seguía sin haber por dónde cogerla. Te habías pasado toda tu carrera señalando las incoherencias en las novelas de otros, pero te faltó imaginación para hacer creíble tu relato, aunque

supongo que tampoco había más versiones de lo ocurrido que pudieran hacerte parecer inocente. Después de las declaraciones de los testigos, cuando dijiste que yo había sido la que mató a Anabel en una pelea, se notó que ni siquiera tú te lo creías, y, a partir de ahí, la historia no hizo más que perder fuerza.

—Entonces usted insiste en que no la mató —concluyó Teresa con una ceja levantada.

—No —contestaste con seriedad—. Fue Aria. Ella estaba enamorada de mí y quería quitarla de en medio, incluso se quedó embarazada.

Vi que algunos miembros del jurado sacudían la cabeza. Si lo que decías era cierto y tú no habías tenido nada que ver con la muerte de tu esposa, a la que supuestamente amabas, ¿por qué habías ayudado a tu antigua amante a esconder su cadáver? ¿De dónde había venido la llamada de apenas cuarenta segundos que constaba en mi registro de llamadas? Tu historia estaba llena de lagunas, la línea temporal no cuadraba y tus motivos tampoco.

—Señor Dimas, se lo pregunté hace dos años en la vista y se lo preguntaré de nuevo: ¿amaba usted a su esposa?

Tu abogado abrió la boca para quejarse, pero Teresa le hizo un gesto.

—No hace falta que conteste.

Se acercó a la fiscal y le susurró algo al oído antes de volver frente a ti con una bolsa transparente que contenía el famoso Cartier, lo único que habían encontrado de Anabel.

—¿Qué siente al ver este reloj? —inquirió poniéndotelo delante—. ¿Le ayuda a refrescar la memoria? ¿O quizá hace que se plantee lo que su esposa pensaría al verlo aquí diciendo esto?

Miraste el reloj durante casi un minuto sin decir nada. Después me miraste a mí. Miraste a Lola.

De pronto, tu coraza se resquebrajó, y a través de la grieta se vio un atisbo de la persona que habitaba detrás de la máscara: un hombre de carne y hueso que estaba tremendamente cansado.

—Lo siento —susurraste, aunque no se sabía muy bien a quién te estabas dirigiendo. Después te giraste hacia la jueza—. Señoría, me gustaría cambiar mi declaración.

La jueza ponderó tus palabras unos segundos, pero finalmente accedió.

—Adelante.

Entonces me miraste y, por primera vez en años, me viste. Tus pupilas conectaron con las mías tal y como lo habían hecho nuestras almas a través de la poesía, y mi corazón se puso a saltar entre mis costillas como un pájaro enjaulado al que había creído muerto, pero que todo este tiempo sólo había estado esperando para salir de entre las cenizas.

Porque me miraste y volviste a ser Caín, mi Caín, el que me sonreía en el despacho y tenía la ilusión de un niño a la hora de escribir. Eras mi editor, mi amigo, mi amante. Mi golpe de buena suerte.

Me miraste y no fingiste que no me conocías. En esa mirada no había mentiras ni distancia, tan sólo había verdad.

Tu abogado estaba negando con la cabeza y, cuando eso no funcionó, empezó a hacer gestos en el aire, pero tú no apartaste la mirada de mí ni un segundo.

—Lo siento —dijiste, y la voz se te rompió al tiempo que una lágrima escapaba de tu ojo derecho—. Yo no quería que ocurriese

nada de esto. Es cierto que he hecho muchas cosas mal, pero yo te quería, Aria. —Cambiaste el foco de tu mirada, y en tu rostro se reflejó cómo algo en tu interior se partía: algo ancestral, antiguo, algo que no iba a poder volver a unirse—. Sé que es difícil de entender, pero también te quería a ti, Lola. A lo mejor lo que pasa es que no sé querer bien. —Entonces miraste el reloj—. Yo quise a Anabel. Hacia el final, todo había cambiado mucho, y no mentiré, ya no estaba enamorado, pero le tenía cariño. Yo no quería que le pasara nada. Esa es la verdad. Yo no quería, pero pasó y fue por mi culpa.

Respiraste hondo y te giraste hacia el jurado, mirándolos con sinceridad, pues ya no tenías intención alguna de ganarte su simpatía. Yo te observaba sin pestañear, y Teresa estaba completamente inmóvil. Todo el mundo en la sala parecía estar aguantando la respiración, como si nadie pudiera creerse que fueras a hacer lo que parecía que estabas a punto de hacer.

Finalmente, tomaste aire y volviste a mirar a Lola. No al reloj de Anabel ni a mí, sino a ella. Ahora, reviviéndolo todo, estoy segura de que fue su testimonio lo que hizo que tomaras la decisión, porque, dijeras lo que dijeras, ella era la única mujer a la que realmente habías amado.

—He hecho muchas cosas mal y lo siento.

Te temblaba la voz tanto que ni siquiera parecía la tuya.

Si hace cinco años me hubieran dicho que el hombre que estaba sentado en el estrado era el editor jefe de MM Editores, no me lo habría creído. Si me hubieran dicho que una de las personas con mayor seguridad y confianza que había conocido se iba a mostrar

tan vulnerable, tan completamente desvalido, tan *roto*, no me lo habría creído.

Pero ahí estabas, una sombra de lo que habías sido. Tu cuerpo no era más que una cáscara destrozada incapaz de contener tantas emociones, un recipiente dañado para una mente resquebrajada y un alma necrosada que ya no podía aguantar más el peso de su propia conciencia.

Eso fue lo que pasó. No podías más, por eso te rendiste.

—Pero esto puedo hacerlo bien. —Respiraste hondo y pronunciaste las palabras que jamás había pensado que oiría salir de tus labios—: Yo maté a Anabel. Soy culpable.

Después de aquello, el final del juicio fue puro trámite. Tu abogado estaba totalmente descompuesto, sus papeles estaban por el suelo y parecía que la corbata que llevaba atada al cuello era lo único que impedía que se deshilachara como una bufanda mal tejida.

La jueza pidió un receso. Yo intenté acercarme a hablar contigo, pero mi abogada prácticamente me sacó a empujones de la sala, mirándome con odio en la mirada. Sabía perfectamente que era capaz de joder el caso que por fin había ganado, el caso viral que la haría (todavía más) de oro. No pude hablar contigo entonces y nunca más podré volver a hacerlo. Supongo que estas cartas son lo más cerca que voy a estar, y no sirve de nada que me engañe a mí misma: desde hace mucho tiempo escribir es fingir que estoy hablando contigo.

Cuando volvimos, la jueza dio por terminada la sesión. Dijo que tenía que deliberar y nos citó a todos a las ocho de la mañana del tercer día.

Fue todo bíblico, profético, trágico: el tercer día, el crimen, el titular que lucirían todos los periódicos después del juicio. «Cuando Caín mató a Anabel». Sonaba bien y todo, como el título de un libro.

Al día siguiente, la jueza por fin pronunció las palabras:

—El caso está listo para sentencia. ¿Cuál es el veredicto del jurado?

Una señora de unos cuarenta años enfundada en un traje gris se levantó en representación de sus compañeros y dijo:

—Consideramos que Caín Dimas Darvanda es culpable del homicidio de su mujer y que Aria Mérida Montero debe ser absuelta de todos los cargos.

Teresa casi dio un saltito de alegría en la silla, pero yo permanecí inmóvil, con los ojos fijos en la jueza mientras esta asentía y consultaba sus papeles por última vez.

Tras un silencio cargado, inspiró hondo y se acercó el micrófono para poder hablar sin inclinarse sobre él:

—Este ha sido un caso complicado. Desde el principio, la ausencia de cadáver ha sido un gran problema a la hora de juzgar a los acusados. Sin embargo, la confesión del señor Dimas de ayer ha dejado poco lugar a dudas, así que mi veredicto es el siguiente: Caín Dimas Darvanda, queda usted condenado a veinte años de prisión por el homicidio doloso agravado de Ana Belén Blanco Benavides. Aria Mérida Montero, usted queda absuelta de todos los cargos, si bien tendrá que someterse a un seguimiento psiquiátrico semanal durante los próximos dos años.

Bueno, Caín, ahora tengo que irme. Estoy terminando de escribir esto desde la biblioteca en mi último día en la cárcel. Antes me

llamaron para firmar todos los documentos en secretaría, y de un momento a otro llegará un guardia para darme mis cosas y acompañarme a la salida.

He de decir que tengo miedo. No de que no haya nadie esperándome ni de volver a retomar mi vida, sino de no poder seguir escribiendo cuando salga. Curiosamente, aquí me concentro muy bien, pero no he podido terminar toda la historia.

Me queda el final, pero me temo que eso tendrá que esperar un poco más.

Con cariño,

Aria

32

2 días después del juicio por homicidio, de madrugada

Querido Caín:

Necesito acabar este libro ya.

Te voy a confesar una cosa que he aprendido sobre la escritura: muchas veces es un alivio, pero otras veces genera aún más sufrimiento. Al menos para mí es así. Derramar los sentimientos sobre el papel puede servir para curar una herida sangrante, para drenarla; pero, una vez la herida por fin se está cerrando, si uno decide seguir escribiendo, se ve obligado a volver a abrirla a riesgo de que se infecte, y el hábito que un día resultó beneficioso pasa a convertirse en una especie de masoquismo imparable. Es un poco lo que me pasó con Víctor, por eso tardé tanto en superarlo, y creo que es lo que me ha pasado con estas cartas. Al principio, revivir cada momento de nuestra historia me sirvió para entenderla, pero hubo un momento en el que los recuerdos eran demasiado dolorosos, y, sin embargo, tenía que conectar plenamente con ellos para poder plasmarlos en el papel. Al final, creo que me he acabado haciendo más mal que bien con todo esto. Llega un punto en que el arte deja de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismo, uno que

arrasa con todo al volverse lo más importante: es el arte por el arte. Supongo que por eso dicen que todos los escritores estamos un poco locos.

No sé si soy escritora por vocación o por condena, pero lo que sí sé es que después de este libro no voy a escribir más. No porque no quiera, sino porque siento que, a estas alturas, ya no puedo. En la cárcel tomé una decisión, pero para poder llevarla a cabo primero tengo que terminar esto. Quería hacerlo nada más llegar a casa, pero ocurrió algo que me ha puesto muy difícil sacar un hueco para sentarme a escribir hasta ahora.

Mi padre vino a buscarme y prácticamente me asfixió dándome el abrazo más largo que me ha dado en toda mi vida. Yo también lo abracé, aunque no tenía ganas, y traté de mostrarme interesada en la conversación y de ponerle una sonrisa cuando me preguntó si me hacía ilusión retomar mi vida, aunque yo tengo claro que fuera de la cárcel no hay nada para mí.

Insistió en que me quedase con él esa noche en la casa de Mijas. Iba a tener que vender el chalé, pero había preparado mi cuarto de cuando era niña especialmente para mí, para que no pasara sola mi primera noche fuera. Volver a esa casa llena de trofeos de caza y recuerdos de mi madre era lo último que me apetecía. Rechacé la oferta con educación pero con firmeza, y he de confesar que me dolió ver la decepción que cruzó su mirada cuando aparcó frente a mi piso del centro.

—Muchas gracias, papá —dije tratando de infundir en esas palabras todo lo que no podía confesarle, rezando para que él comprendiera lo que le quería decir—. Te quiero.

—Hija, no llores… —me pidió secándome las lágrimas con unos dedos grandes y rugosos. Después me cogió la cara y me miró con una sonrisa húmeda—. Todo ha salido bien.

—Lo siento —sollocé.

—No tienes nada que sentir. Tú estás bien, y eso es lo único que importa.

No me merecía eso. No me merecía a un padre como él ni a una amiga como Dana, por eso la había perdido. Mi padre no se había marchado, pero, aunque él no lo supiera todavía, estaría mejor sin mí.

Después de asegurarle que podía subir sola al piso, le di un abrazo y lo apreté fuerte, como cuando era una niña y él estaba a punto de irse de viaje. La diferencia era que la que estaba a punto de irse de viaje era yo, y no pensaba volver.

Me sequé las lágrimas en el ascensor, pero volvieron a aparecer cuando entré en mi casa y vi que todo estaba exactamente igual. Mi padre debía de haber mandado a alguien a limpiar: no había ni una mota de polvo, y el piso no olía a cerrado. También se había encargado de llenarme la nevera y lo había hecho con las guarrerías que me gustaban de pequeña: Petit Suisse, Phoskitos, mousse de chocolate e incluso yogures de fresa con pepitas de cacao.

No tenía ganas de comer ni de volver a echarme a llorar, así que me puse a pasearme por la casa. Pasé la mano por los abrigos y las bufandas que seguían en el perchero, como si no hubiera transcurrido ni un día desde que las dejé ahí. Saqué los libros de la librería, recorrí las páginas de mis libretas con mis dedos y los arrastré sobre las teclas de mi ordenador apagado y anticuado, como una ciega leyendo braille, mientras dejaba que mi mirada se

perdiera en los muebles, en las paredes. Mis ojos buscaban una respuesta a un acertijo que no alcanzaba a comprender con la cabeza: cómo podía tener el mismo aspecto y el mismo nombre que la persona que había dejado su rastro en esa casa y, sin embargo, no recordar lo que era ser la chica que se había pasado tanto tiempo allí, inmersa en su soledad. Hasta que tú la sacaste de ella y te la llevaste.

Si a la Aria de hace cinco años le hubieran dicho que iba a conocer a un hombre, a enamorarse, a ser su amante, que iba a quedarse embarazada y a tener un aborto, que ese hombre le iba a romper el corazón y que meses después la llamaría para esconder el cadáver de su mujer, que ella iba a acceder e iba a pasarse más de dos años en prisión preventiva a la espera de un juicio del que finalmente iba a salir impune…, creo que no se lo habría creído.

Fui a mi cuarto y saqué la pluma del cajón de mi mesilla de noche. De vuelta en el salón, dejé la caja sobre la mesa baja que había frente al sofá y la abrí. Me quedé unos minutos contemplando esa pluma con mi nombre grabado que nunca había llegado a utilizar, recordando aquel cumpleaños tan feliz y tan triste. Leí mi nombre en la inscripción: *Aria*.

«¿Qué hay en un nombre?», decía Shakespeare. Pues mucho, porque tú pasaste de conseguir que me gustase el mío a hacer que apenas lo reconozca.

Ya no soy la persona que era; tú me has cambiado. Durante mucho tiempo me pregunté por qué me hiciste esto. Después de todo lo que ha sucedido, he llegado a una única conclusión: porque podías. Porque te gustaba el reto de la conquista, el desafío de resolver el puzle, pero no eres el típico infiel que se contenta con lo

físico, al menos no lo fuiste conmigo: te entretuviste con lo psicológico, con la manipulación, con los juegos de poder. Me extirpaste mis secretos como si me estuvieras eviscerando, como quien saca tesoros de una caja y no se plantea cómo volver a ponerlo todo en su sitio, si el conjunto volverá a funcionar o lo ha dejado demasiado dañado. Para ti no era más que un juego, conquistaste mi cuerpo y mi mente, y, si las cosas hubieran sido distintas, yo no habría sido más que eso: un trofeo más, una anécdota con la que alimentar tu narcisismo, una nueva insignia para la colección de tu orgullo. Si no me hubiera convertido en un problema, te habrías marchado y me habrías dejado ahí con todo mi amor. Pero no pudiste.

Porque tuviste que esconder el cuerpo de Anabel y entonces necesitaste ayuda.

Escuché pasos. Pensé que serían los de algún vecino, pero parecían venir de mi cuarto.

Sacudí la cabeza; tenían que ser imaginaciones mías. Acababa de estar ahí. Después de tanto tiempo en la cárcel, donde el silencio nunca es absoluto, me iba a costar acostumbrarme a los ruidos habituales de mi pequeño piso vacío.

Sólo que no estaba vacío.

Eso eran pasos. Era innegable, y se estaban acercando.

Me levanté del sofá justo cuando, como una aparición, Anabel emergió de entre las sombras del pasillo.

—¿Pensabas que te habías librado de mí?

No te diré que me sorprendió que estuviera viva; ya lo sabía, pero a eso llegaré después. Lo que sí que no comprendía era qué hacía en mi casa.

—No podía ser tan fácil, ¿no crees? —dijo, y una sonrisa torcida estiró la piel de un rostro con el que el tiempo no había sido generoso: la superficie, de un palor grisáceo, estaba surcada de arrugas.

—¿Cómo? ¿Qué haces…? ¿Cómo has entrado aquí?

Se me había secado la boca, y traté de que no se me notase que estaba buscando algo con lo que defenderme. Desconocía sus motivos concretos, pero estaba segura de que Anabel no había venido a mi piso a darme la enhorabuena por el veredicto de la jueza. No, estaba ahí para pronunciar el suyo propio: culpable.

—Ah, ¿eso? —comentó afectando despreocupación, como si no fuera nada—. Llevo una semana en Málaga. Vine para seguir de cerca el juicio y he estado acechando tu casa. No sabía muy bien cómo colarme dentro, pero entonces vi que una chica de la limpieza entraba en el edificio y se encendían las luces de tu piso. La esperé a la salida y, a cambio de cien euros, me dejó hacer una copia de la llave sin hacer preguntas.

Anabel sonrió con autosuficiencia, y no pude evitar pensar que no era yo la única que había cambiado: en ella quedaba bien poco de aquella mujer de revista que me había recibido en su casa con un vestido rojo. Era como si hubiera perdido color, como si se hubiera estado lavando el pelo con lejía y, igual que su piel, hubiera adquirido un tono cenizo, desvaído. Parecía más bien un retrato de tu mujer llevado a cabo por un pésimo artista. Si la propia inspectora Silva la hubiera tenido delante, dudo que la hubiera reconocido sin una prueba de ADN, al menos a primera vista.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté centrando todas mis fuerzas en no dar un paso atrás para no mostrar debilidad. De todas

maneras, como no quisiera lanzarme por la ventana, no tenía escapatoria.

—No hagas como si no lo supieras. Que serás muchas cosas, pero tonta no es una de ellas —dijo Anabel cerrando la distancia entre nosotras.

Un paso, dos.

Pronto, lo único que nos separaba era el sofá en el que había estado sentada momentos antes. Yo estaba arrinconada, con el sofá delante y la mesa baja detrás. Ella tenía más margen de movimiento hasta chocarse con la mesa del pequeño comedor o con el aparador de la entrada.

La confrontación era inevitable; se notaba en el aire, que crepitaba como si estuviera cargado con electricidad. Pero Anabel se puso a hablar como si aquello fuera un reencuentro de amigas:

—No me ha gustado Asturias, ¿sabes? No sé por qué te hice caso y me fui allí. De hecho, no sé por qué te hice caso en nada de lo que me dijiste. —La sonrisa desapareció, y en su lugar quedó el molde de una máscara grotesca, una expresión de odio que había tenido años para solidificarse—. Te creías muy lista, ¿no? Me pillaste en un momento de debilidad, me viniste con tus fotos y tu aborto. Ya sabías que estaba pasando por una mala racha, eso no era muy difícil de deducir, y tú solamente me diste el último empujón para que me cayera del precipicio.

—Anabel, yo…

—Cállate —me soltó levantando la voz—. Estoy hablando.

Casi le agradecí la interrupción. Había empezado una frase sin saber cómo terminarla. Estaba intentando pensar en algo que pudiera aplacar su ira, pero no había nada.

Lancé una mirada por la ventana. Ya era de noche, pero no se veían luces en las casas de los vecinos. ¿Estarían vacíos los pisos? ¿Tendría la mala suerte de que justo habían salido a cenar?

Anabel inspiró hondo, como si estuviera intentando calmarse.

—Eres una loca —pronunció al fin en una exhalación pesada y grave—. Una puta trastornada delirante a la que se le ocurrió un plan totalmente descabellado que nunca debería haber funcionado. Pero fue a la perfección, ¿verdad? —Dejó salir una risita en forma de trino que me puso los pelos de punta—. Porque la idiota de Anabel accedió a todo sin rechistar. Pero tú no sólo querías joderle la vida a él, ¿verdad? Querías reventármela a mí también. Pero me cegaste con todas esas ideas de venganza, así que ni siquiera me planteé lo que significaría realmente para mí fingir mi propia muerte. —Su voz iba ganando fuerza según iba hablando, como si estuviera cogiendo carrerilla antes de embestir—: Dime, Aria, ¿de verdad pensabas que no ibas a volver a verme nunca?

Me estaban sudando las manos; tenía los dedos en tensión, como si estuvieran intentando aferrarse a algo. Pero no había nada a lo que agarrarse. Lo cierto era que no había descartado la posibilidad de un reencuentro, pero no había anticipado que fuera a precipitarse tanto. De hecho, tenía planeado no estar aquí ya para cuando a Anabel le diera por buscarme. Había pecado de confiada.

—Ya te creías que habías ganado, ¿a que sí?

No respondí, pero dio igual; Anabel dejó claro que era una pregunta retórica cuando se sacó una pistola de la parte de atrás de los pantalones.

Sí, una puta pistola.

El metal, negro y pesado, reflejó la tenue luz de la lámpara, que se deslizó sobre el cañón como agua por una superficie lisa mientras ella extendía el brazo y me apuntaba.

La boca de fuego quedó a escasos milímetros de mi entrecejo. Traté de no mirar en su interior, pero estaba tan cerca que ni siquiera podía enfocar la vista para ver los contornos del agujero.

—No eres más que una niñata caprichosa —dijo Anabel, y le tembló el pulso a medida que escupía las palabras. Daba igual; a esta distancia, era imposible que fallase el tiro—. Una inconsciente rompematrimonios. Pues no pienso quedarme escondida mientras tú retomas tu vida. Porque Caín tenía que pagar por lo que ha hecho, sí, pero tú también.

Pensé que iba a morir. Evidentemente, si estoy escribiendo esto, es porque no ha sido así, pero realmente llegué a creer que pasaría, y tú también lo habrías creído si hubieras estado ahí.

Cerré los ojos. No quería mirar.

¿Dolería? ¿Lo sentiría? ¿O sería como si apagaran un interruptor?

La idea de que todo se detuviese por fin, de dejar de oír las voces de mis pensamientos, era más que tentadora. La había estado contemplando durante los últimos meses, cada vez con más detenimiento, como si, en vez de seducir yo a la idea, ella me estuviera seduciendo a mí.

Pero así no.

No podía acabar así.

La pregunta de Anabel me martilleaba las paredes del cráneo como algo encerrado intentando salir.

«Ya te creías que habías ganado, ¿a que sí?».

Pues sí. No había ganado nada con todo esto, pero había ganado, y ella no iba a quitarme eso. Me negaba. Esta historia no podía terminarse así.

Abrí los ojos. Anabel estaba temblando, una capa de sudor le brillaba sobre la frente.

No era la clase de persona capaz de matar a alguien.

Yo tampoco sabía que lo fuese, pero, entonces, de mi interior salió una voz que no terminé de reconocer del todo como la mía:

—En el juicio estaba Lola.

Vi la duda como una fractura en la armadura de Anabel.

—Cállate —dijo con voz ronca, pero fue más una petición que una orden, como si necesitase el silencio para concentrarse y poder matarme.

Yo no pensaba dárselo:

—Eso ha sido lo que ha hecho que confiese. No que tú estuvieras muerta, sino que ella apareciera.

A Anabel le sudaban los dedos; se le estaba escurriendo la pistola. Tuvo que sujetarla con las dos manos, que cada vez le temblaban más.

—Eso es mentira —murmuró entre dientes.

—Qué va —insistí—. Estuvo allí prestando declaración.

Anabel parpadeó y se secó una gota de sudor con el hombro.

—Cállate o disparo —me advirtió, como si no pretendiera apretar el gatillo de todas maneras.

—Si es mentira —expuse ganando confianza—, ¿cómo sé que le rajó la cara?

Entonces hice algo que sólo haría una verdadera demente: me acerqué hasta que me chocaron las rodillas con el sofá y presioné la

frente contra el metal, retándola a que me disparase.

—Dime, ¿a ti también te pegaba? —Y en un susurro añadí—: Porque a mí nunca me puso la mano encima.

Todo fue por ti, Caín.

Lo entendí en ese momento. Supe de dónde venía la energía, la fuerza, ese impulso desquiciado que me llevó a pronunciar las palabras que quebraron a Anabel. En ese momento, quedó claro que a ella también le seguías importando. Esa fue siempre nuestra debilidad, nuestro punto en común: a los dos nos importabas más que nosotras mismas. Por eso hicimos lo que hicimos: porque, con tal de hacerte daño, estábamos dispuestas a destrozarnos.

Lo siguiente que hice no fue tanto por salvar mi vida, a la que de todas formas ya no le tengo demasiado aprecio, sino más bien por darle un final digno a nuestra historia. Como todas las locuras que he hecho, lo hice por ti.

Así que, mientras Anabel me miraba con los ojos llorosos, le pegué un manotazo que hizo que la pistola se le escapase de entre sus dedos sudorosos y se deslizara por el suelo hasta colarse debajo de la librería.

Ella me miró con los ojos como platos, y el tiempo que tardó en recuperarse del shock fue el que yo aproveché para rodear el sofá. Pero, cuando me agaché para coger la pistola, ella me agarró de la maraña de pelo que me arrepentí de haber dejado crecer tanto y tiró de mí hacia atrás. Me llevé las manos a la parte de atrás de la cabeza, acallando un grito de dolor. Ella me soltó y se tumbó en el suelo para intentar alcanzar el arma, pero yo le tiré de la pierna para apartarla antes de que pudiera cogerla.

—¿Qué coño haces? —preguntó con una indignación que, pese a la situación, me asombró. Al fin y al cabo, era ella la que estaba intentando matarme; no podía esperar que no opusiera resistencia.

Antes de que pudiera levantarse, le pegué una patada en el abdomen. Todo su cuerpo se contrajo y le dio a la mesa con las piernas. La pluma se cayó y rodó por el suelo. Entonces Anabel me pegó una patada en la espinilla y, cuando perdí el equilibrio, me empujó. Me clavé la esquina del sofá en el costado antes de dar contra el suelo. En ese momento, ella se sentó a horcajadas sobre mí y me cerró las manos alrededor del cuello. La pistola ya estaba más que olvidada para Anabel: iba a acabar aquello con las manos.

Observé cómo un brillo febril le llenaba los ojos, pero no pude detenerme a analizarlo. Anabel apretó y, sorprendentemente rápido, la vista se me empezó a nublar. Creo que me dijo algo, pero me pitaban lo oídos y el latido de mi corazón se había vuelto frenético y ensordecedor.

Traté de zafarme, de arañarle los brazos o pegarle con las piernas, pero un hormigueo había empezado a apoderarse de todos mis músculos. Noté que las puntas de los dedos se me estaban quedando frías.

Lancé una mirada alrededor, desesperada. La niebla era cada vez más espesa y pronto la negrura me bloquearía completamente la visión. Alcancé a ver la pistola, aún debajo de la librería. No había forma de que pudiera alcanzarla.

No tenía muchas opciones, así que hice lo único que se me ocurrió: dejé de luchar por respirar y traté de relajarme todo lo posible para hacerle creer que estaba muerta. Llegué a pensar, en esos segundos que se me hicieron eternos y en los que estuve a

punto de perder el conocimiento, que mi plan no había funcionado, que ella iba a seguir apretando, pero, justo cuando creía que no iba a aguantar ni un segundo más sin inhalar, noté que separaba las manos de mi cuello.

Entonces abrí los ojos, tomé una única bocanada de aire que me llenó la garganta de un fuego helado y corrosivo y me abalancé sobre ella. Rodamos por el suelo en una maraña de golpes y traté de colocarme encima de Anabel, pero me dio un puñetazo en pleno vientre que hizo que me doblara por la mitad y, cuando aparté una mano para tocarme el área dolorida, ella aprovechó para librarse de mi agarre y, mientras yo tosía como una descosida, se volvió a encaramar a mí.

—Serás zorra —gruñó.

Me pegó un puñetazo en la cara y sentí que un sabor metálico me llenaba la boca. Me pegó otro y me pareció que se me partía una muela.

Entre impacto e impacto, vi la pluma, que había rodado por debajo del sofá hasta detenerse a escasos centímetros de donde estábamos. Del siguiente golpe Anabel me rompió la nariz, aunque para entonces tenía toda la cara tan dolorida que el ruido seco del cartílago desplazándose fue lo único que me permitió saber que era la nariz y no el pómulo. Pero me daba igual.

Con unos dedos que apenas me respondían, agarré la pluma, le quité el capuchón y, justo cuando Anabel me colocó las manos alrededor del cuello para terminar lo que había empezado, eché el brazo hacia atrás y le clavé la punta de la pluma en el ojo.

Anabel me soltó y, durante un intervalo de tiempo que pudo durar varios segundos o algunas horas, se quedó muy quieta, mirándome

con un ojo mientras el otro sangraba.

Pude ver el momento justo en el que la pupila de su ojo intacto se dilató, y entonces cayó al suelo con un ruido sordo. En cuestión de unos segundos, un charco de sangre se extendió bajo su cabeza.

No sé cuánto tiempo me quedé observándola, procesando lo que acababa de ocurrir. Finalmente, logré ponerme en pie. Me temblaban las piernas, así que tuve que agarrarme al sofá para agacharme y, con cuidado, sacarle la pluma que me habías regalado por mi cumpleaños del ojo izquierdo, que se había quedado totalmente destrozado.

La punta estaba cubierta de sangre y de otra sustancia viscosa en la que no quería pararme a pensar. Si hace unos meses me hubieran dicho dónde iba a acabar esa pluma…

La dejé caer al suelo junto al cadáver de Anabel y, aunque puede que parezca extraño, fui al baño a lavarme las manos.

Al salir, por el rabillo del ojo vi una fracción de mi imagen en el espejo. Tenía la cara destrozada, pero no tenía importancia.

Ahora tenía un cadáver que ocultar, y esta vez de verdad.

Me habían confiscado el coche como prueba, pero, cuando abrí el cajón del mueble de la entrada donde solía guardar las llaves con una desesperación frenética, mis dedos se encontraron con una cajita en la que mi nombre estaba escrito con la caligrafía antigua e inconfundible de mi padre. La abrí y en su interior encontré unas llaves idénticas a las de mi antiguo coche.

Tuve mucha suerte, todo hay que decirlo.

No había nadie en el ascensor cuando bajé el cadáver, envuelto en bolsas de basura para que no fuera dejando un rastro de manchas de sangre, hasta el aparcamiento, donde, al pulsar el botón de la

llave, se iluminaron las luces de un Honda Civic prácticamente igual que el que tenía antes de ingresar en la cárcel, salvo que este era rojo y estaba más nuevo.

Resollando, metí el cuerpo en el maletero como pude y, cuando me senté en el asiento del conductor y vi la caja de cambios, proferí una carcajada.

Este modelo era automático.

Conduje por la misma ruta que seguí la madrugada del 3 de agosto de 2023, en dirección a la sierra de Mijas. Le había dicho a la policía que me había olvidado del camino que había cogido, pero eso, como tantas otras cosas que les dije, era mentira.

Al cabo de cuarenta minutos, llegué al mismo sitio donde había traído el cuerpo de Anabel —aquella vez solamente inconsciente, ahora sin vida—: la finca abandonada de mi familia en Valtocado.

Con cariño,

Aria

33

2 días después del juicio por homicidio, por la mañana

Querido Caín:

¿Sabías que Anabel tenía un diario?

Se ve que empezó a escribirlo durante sus años en Asturias y, cuando volvió a Málaga para acabar conmigo, se lo dejó en la finca de Valtocado, en la que imagino que se escondió mientras esperaba a que saliera de la cárcel (al fin y al cabo, yo misma le había dado una copia de la llave).

Lo he encontrado aquí, encima de la mesa del salón, cuando he venido a dejar su cuerpo.

Me he pasado las últimas horas leyéndolo. La mayoría es bastante aburrido: historias sobre una nueva vida que a Anabel le parecía tan tedioso vivir como a mí leer sobre ella. En las páginas del diario puede verse cómo poco a poco se va gestando su resentimiento hacia mí hasta que, en un momento dado, llega a la conclusión de que va a volver para matarme.

Pero eso no es lo más interesante. Lo que más me ha gustado han sido las primeras entradas, en las que rememora el tiempo que pasó escondida en la finca después del supuesto homicidio.

Me pareció un buen escondite cuando estábamos elaborando nuestro plan para incriminarte. Mi padre solía pasarse aquí fines de semana enteros con mi madre antes de tenerme a mí, pero, después de que ella muriera, dejó de venir. Nunca fue capaz de vender la propiedad, ni siquiera de cambiarla de nombre: a día de hoy sigue a nombre de mi madre. Supongo que, cuando murió, mi padre no pudo reunir el valor suficiente para hacer el trámite y así perder una parte más de ella. Pasaron los años, y tanto mi padre como yo nos esforzamos por dejar atrás esa etapa de nuestras vidas. Como resultado, somos los únicos que sabemos de la existencia de este lugar, pero él lleva más de una década sin venir, y el detalle de que la propiedad no estuviera a su nombre hacía que fuera tremendamente improbable que la policía diera con ella en su investigación.

Yo misma me encargué de preparar la casa con provisiones suficientes para que Anabel pudiera esconderse aquí durante un mes antes de marcharse en autobús a Cadavedo, un pueblo de Asturias, cuando se hubiera calmado la cosa.

Aunque he de decir que el estilo de tu mujer es bastante pobre y sus habilidades narrativas dejan mucho que desear, ha sido ilustrativo leer sobre cómo Anabel vivió los eventos que se precipitaron entre el 17 de julio y el 3 de agosto y que finalmente han culminado contigo condenado por homicidio.

Se pasa bastantes páginas hablando de la boda. Anabel era consciente de que había sido algo precipitada y en su diario reconoce que te presionó para que la celebrarais por miedo a perderte. Ella siempre había querido casarse y tener hijos y pensaba que, a sus treinta y tres años, ya sólo podía tener eso contigo. Al

parecer, fue ella quien te pidió matrimonio a ti las dos veces, aunque la última fue bastante menos romántica que la primera: no hubo anillos ni discursos, sino más bien un ultimátum. Anabel reflexiona en las páginas de su diario sobre cómo realmente llegó a convencerse a sí misma de que tenías miedo a perderla y por eso aceptaste, y creo que la entiendo. En el fondo, la gente como tú se alimenta de ese «ni contigo ni sin ti» que desquicia a las personas como nosotras, que sólo queríamos estar contigo.

Sin embargo, vuestra situación no mejoró demasiado y, lejos de lo que podría parecer por las fotos de vuestras redes sociales, os pasasteis parte de la luna de miel discutiendo. Le pegaste alguna vez durante aquellos días, pero eso era algo frecuente. Os peleabais mucho, y a veces se te iba la mano. Ella insiste una y otra vez en que jamás le hiciste daño de verdad, aunque da la impresión de que sólo trataba de convencerse a sí misma. De hecho, relata cómo después te deshacías en disculpas y la tratabas mejor que nunca: eras cariñoso, la agasajabas con regalos y la tocabas como si pudieras borrar los cardenales que le habías hecho con tus besos.

Anabel confiesa que a veces le daba la impresión de que había dos personas distintas en tu cuerpo, y lo cierto es que yo también vi destellos de ese otro Caín. Pero la contradicción era adictiva. La separación entre el hombre violento y la persona en la que te convertías después hacía que Anabel te justificase: tu infancia había sido complicada, tenías mucho estrés con el trabajo, Daniel no dejaba de darte disgustos…

Me ha sorprendido ver cómo no tratabas a Anabel de forma tan distinta a como me tratabas a mí: a las dos nos alejaste de todas las personas que nos querían, nos hiciste depender de ti para luego

torturarnos con ademanes de marcharte, nos dedicabas toda tu atención durante unos días y luego nos ignorabas durante semanas. Esos refuerzos intermitentes, los manotazos seguidos de besos, hacían que fueras un misterio tan incomprensible como magnético.

Anabel admite que, en el fondo, en alguna ocasión deseaba que tuvieras uno de tus arrebatos de violencia tan sólo para disfrutar de los días buenos de después. Realmente pensaba que ella podía arreglarte, que, a base de quererte, comprenderte y perdonarte, lograría alargar los paréntesis de luz hasta que acabaran los de oscuridad. Supongo que a Lola le pasó lo mismo. Nos enganchaste a las tres de la misma manera: haciendo promesas que no cumplías, creando sueños de un futuro perfecto para que no nos diéramos cuenta de que nos estabas robando nuestro presente, dándonos esperanzas de otra cosa a sabiendas de que nunca ibas a cambiar. Así que nosotras te dábamos más: más tiempo, más atención, más amor, más de nosotras. Te dimos tanto que nos acabamos perdiendo, que ya no nos reconocíamos en ningún reflejo que no fuera el de tus ojos.

Anabel no tuvo que esforzarse mucho por crear un conflicto: la noche del 2 de agosto *casualmente* teníais una reserva para cenar con sus padres en un restaurante de Málaga, y el tema de la separación de bienes —que no habíais hecho— fue la chispa que inició el fuego de una acalorada discusión.

Anabel orientó la pelea para que continuara durante el viaje en coche hasta vuestro piso, y allí te provocó para que acabaras empujándola. Esa noche se había puesto unos tacones especialmente inestables (también por «casualidad») con los que se tropezó y se cayó de lado. Utilizando la fuerza de la inercia, se

golpeó la cabeza contra el suelo, produciendo un ruido sordo. Tú la ayudaste a levantarse, pero ella se alejó de ti y caminó tambaleándose un poco, agarrándose a las paredes, hacia el baño, de donde, tras unos minutos, salió con un hilillo de sangre que le chorreaba por la oreja y le manchaba el cuello.

La verdad es que desconocía que Anabel poseyera tales dotes de actriz. En su diario se jacta de la mirada de horror que mostraste cuando le preguntaste por la sangre y ella la tocó y se miró los dedos con los ojos vacíos, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba ahí. Tú te ofreciste a llevarla al hospital, pero ella no quiso. Insististe, la advertiste de que podía tener un traumatismo craneoencefálico grave, pero ella se negó rotundamente, te preguntó cómo ibais a explicar la caída si hacían preguntas, y tú te quedaste callado. Entonces te apartó, te dijo que le dolía la cabeza y que quería irse a la cama.

Te mandó a dormir en el sofá para poder estar sola en el dormitorio, donde cerró el pestillo para asegurarse de que no entrarías. Unos minutos más tarde, vio por la ventana cómo te alejabas por la acera. Siempre que discutíais solías darte un paseo para quemar la energía. Aquella vez también lo hiciste, lo cual fue muy conveniente: así Anabel no tuvo que esperar a que te quedaras dormido para llevar a cabo el siguiente paso.

En cuanto desapareciste, sacó los dos tubos en los que previamente habíamos almacenado su sangre: uno estaba medio vacío, puesto que había utilizado parte del contenido para crear el efecto del reguero de sangre que le caía por la oreja. Vertió lo que quedaba dentro encima de la almohada y después vació también el

otro tubo para que la mancha de la almohada fuera más grande y que hubiera restos de sangre en las sábanas.

Una vez hecho eso, disolvió en un vaso de agua los contenidos de una bolsita que yo le había preparado: 11,4 miligramos exactos de un polvo marrón que era una mezcla de extracto de raíz de belladona y un agente colinérgico, lo justo para dejar a una mujer de 1,70 metros y 57 kilos en estado catatónico.

Anabel tuvo dudas, como es normal. Pese a que yo le había asegurado que había investigado el veneno e incluso le había consultado a mi amiga médica, ella también hizo sus consultas para asegurarse de que esa dosis de la planta no la mataría, aunque sí que daría esa impresión para alguien que la observara desde fuera debido al rigor muscular que se prolongaría hasta cuarenta y ocho horas después de la ingesta, así como el ritmo cardiaco acelerado y débil imperceptible que daría la sensación de línea plana en un monitor. Anabel sintió miedo, pero tú podías volver en cualquier momento, y ya no podía echarse atrás. La decisión estaba tomada.

Se bebió la mezcla y, antes de que le hiciera efecto, se ocupó de lavar el vaso donde había echado la belladona con agua caliente para no dejar rastros del polvo, tiró la bolsita por el retrete, escondió los tubos de sangre vacíos en un lugar donde yo pudiera encontrarlos para deshacerme de ellos más adelante y dejó la puerta del dormitorio abierta para que tú pudieras entrar.

De vuelta en la cama, tumbada sobre su propia sangre derramada, en esos últimos momentos antes de quedarse inconsciente, cuando se le empezaron a secar la lengua y la nariz y los poros le estallaron en sudores fríos, se le pasaron por la cabeza toda clase de escenarios en los que yo la había engañado o tú no

me llamabas a mí para esconder el cuerpo. Temió que toda esta historia acabase con ella muerta de verdad.

Es cierto que hace falta mucha confianza entre dos personas que realmente no son más que un par de traidoras para hacer lo que nosotras hicimos, pero Anabel había tenido la precaución de informarme de que había dejado un mecanismo de seguridad preparado: había programado un correo electrónico para que se enviara a la Policía Nacional en tres días. Tenía que estar viva para desactivarlo. De lo contrario, recibirían un e-mail en el que Anabel decía temer por su vida y tener sospechas de que su marido y su amante estaban conspirando para matarla. De manera que, si ella moría de verdad, ambos acabaríamos condenados por asesinato con premeditación. Yo me encargué de dejarle un dispositivo con conexión a internet para desactivarlo en la finca.

Creo que te debo alguna que otra explicación, pero me está empezando a preocupar que, aunque le he envuelto la cabeza con una bolsa, el cadáver de Anabel acabe manchándome la alfombra de sangre. En el salón hay unas cuantas polillas revoloteando; parece que me han seguido desde la cárcel. Por algún motivo, ya no me angustia tanto su presencia, pero tampoco quiero que les dé por posarse en el cuerpo y luego vayan dejando marcas de sangre por las paredes con sus patitas. No creo que la policía siga buscando a una persona cuyo homicidio ya se ha juzgado, y menos en una sierra que ya han recorrido varias veces a lo largo de la investigación, pero tampoco me parece buena idea dejar el cuerpo a la vista para que alguien lo encuentre y puedas apelar y salir de la cárcel antes de tiempo. Falta poco para que amanezca, así que lo voy a enterrar en

el antiguo huerto de mi padre y ahora vuelvo y termino de contártelo todo.

Por cierto, la pluma funciona bien. Cuando metí la pistola en una bolsa de basura para deshacerme de ella, vi la pluma y, sin saber muy bien por qué, también la eché dentro. Ahora la he lavado y, después de tanto tiempo, por fin la estoy estrenando para escribirte estas últimas cartas.

Muchas gracias por el regalo.

Aria

34

2 días después del juicio por homicidio, por la tarde

Querido Caín:

Llegados a este punto, creo que es necesario que te explique cómo logré convencer a tu mujer para que accediera a participar en mi plan para fingir su muerte y encerrarte en la cárcel. Lo que nos hiciste a las dos —y a Lola— no está recogido en el Código Penal, pero no por ello deja de ser un crimen, y te merecías pagar por ello.

El 17 de julio Anabel se reincorporó al trabajo después de la luna de miel, así que yo la esperé junto a su oficina. Me había puesto una sudadera varias tallas más grande para disimular mi figura, y, al verme, Anabel dio un paso atrás como si acabara de ver a un vagabundo enfermizo.

—¿Aria? ¿Qué haces tú aquí?

—Necesito hablar contigo —dije mirando a ambos lados de la calle con expresión ansiosa.

Ella frunció el ceño y empezó a alejarse de mí. Era normal; seguramente yo era la última persona con la que tenía ganas de entablar conversación.

—¿Y para eso tienes que esperarme aquí como una psicópata? —masculló.

Yo me acerqué y le hablé con un susurro:

—Hazme caso, si accedes a lo que te voy a proponer, te alegrarás de que nadie nos haya visto juntas. —Inspeccioné de nuevo los alrededores para asegurarme de que nadie nos estuviera observando —. Venga, tienes que decidirte ya.

La información del diario me ha permitido rellenar los huecos de lo que pasaba por la cabeza de Anabel mientras teníamos aquella conversación. Estuvo a punto de negarse, pero, sin saber del todo por qué, acabó aceptando.

Caminamos en silencio calle abajo hasta que Anabel se detuvo frente a La Bella Julieta.

—¿Por qué no hablamos aquí?

A mí se me cortaron las tripas y me ajusté la capucha mientras negaba con la cabeza.

—Aquí me conocen —dije y seguí andando.

Acabamos en un bar de mala muerte al final de una calle estrecha sin salida, donde Anabel se pidió un café y yo una cocacola. Mi vaso estaba manchado, así que aparté la bebida con gesto de asco.

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó después de casi un minuto de silencio incómodo.

—Quiero que me ayudes con algo.

Anabel soltó una carcajada irónica.

—¿Y qué te hace pensar que te voy a ayudar con nada que me pidas?

—Porque a lo mejor te interesa a ti también —respondí muy seria.

—¿Qué quieres hacer exactamente? —preguntó, aunque se notaba que no tenía ningún interés en ayudarme. Todavía.

—Quiero arruinarle la vida a Caín.

Anabel levantó las cejas.

—¿Y por qué crees que eso me interesa?

—Porque él nos ha jodido a las dos, y ahora vamos a joderlo a él.

—Mira, guapa —dijo apartando el café que ni siquiera se había empezado—, creo que te has equivocado de persona. No sé qué te habrá hecho Caín, pero no me interesa. Lo mejor va a ser que te alejes de nosotros y no vuelvas a hablar con él.

Se levantó para irse, pero entonces yo saqué a relucir mi as bajo la manga:

—Me dejó embarazada.

Anabel se giró justo en la puerta del establecimiento y me miró, recelosa, aunque pude ver en sus ojos que una parte de ella se había creído mis palabras.

—Eso es mentira —balbuceó.

Yo negué con la cabeza, y debió de ver en mi mirada que una oscuridad como la que escondían mis ojos no podía ser sino verdadera.

—Me dijo que abortara, pero yo no quise —añadí—. No lo veo desde entonces.

Anabel cuenta en su diario que pensó en marcharse en ese momento, desoír lo que le había revelado, volver a casa y seguir con su vida. Pero en el fondo sabía que, por mucho que fingiera que aquella conversación jamás había ocurrido, nunca podría olvidar esas palabras y se pasaría el resto de su vida con la duda de si realmente eran ciertas: «Me dejó embarazada».

Lentamente, se acercó a la mesa y volvió a sentarse.

—¿Cuándo fue esto?

—En mayo de este año.

Anabel se quedó pálida. En aquellas fechas ya estabais planeando la boda. Seguramente se preguntaba si después de probar tartas con ella te ibas a follar conmigo. Yo también me lo cuestiono.

—Caín me dijo que nunca pasó nada físico contigo —defendió, aunque su voz fue perdiendo fuerza a medida que hablaba, y pude ver que ni siquiera ella estaba muy convencida.

Yo no dije nada. Me limité a sacar el móvil y a seleccionar un álbum de la galería titulado «Caín».

Se lo tendí a Anabel, y ella contempló las imágenes. La mayoría eran capturas de pantalla de mensajes que me habías mandado, que Anabel fue pasando con creciente horror:

«Ya voy».

«Estoy en la puerta de tu casa».

«Me encantó lo de anoche».

«¿Nos vemos donde siempre para escribir?».

«Nos está quedando una historia increíble».

«Anabel llega a las siete, podemos vernos antes».

«Te echo de menos».

«No puedo dejar de pensar en ti».

«Eres fascinante, Aria. Hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir así».

Después llegaron las fotos, y la mujer a la que había aprendido a odiar me dio hasta lástima; parecía que no le quedaba una sola gota de sangre en la cara. Había fotos nuestras: algunas que nos habíamos enviado y otras que nos habíamos hecho juntos. No todas

eran sexuales. De hecho, fueron las que no lo eran las que hicieron que se le empañaran los ojos: un selfi en la Alameda, fotos tuyas en una librería, mías frente al escaparate de una tienda con tu reflejo en el cristal, comiendo gofres en La Bella Julieta. También había poemas, pero, para cuando llegó a esa parte, me devolvió el móvil y miró hacia el techo para contener las lágrimas. Al cogerlo, noté que la mano le temblaba.

Leyendo su diario he descubierto que esta no era la primera vez que le eras infiel a Anabel. Hacía unos años, te había pillado con Natalia cuando ella todavía era becaria de la editorial. Al parecer, tú le aseguraste que era sólo sexo, y, después de muchas conversaciones y un par de sesiones de terapia de pareja, lograsteis dejar el episodio atrás.

A Anabel le había costado perdonarte, pero lo consiguió porque le aseguraste que había sido sólo físico.

Sin embargo, no se veía capaz de pasar por alto esto.

Una cosa era un desliz, una incapacidad para controlar tus instintos, un momento (o varios) de egoísmo y necesidad. Pero conmigo había sido diferente. Conmigo habías entablado una relación que iba mucho más allá de un simple polvo, que trascendía los límites de lo carnal. Incluso estábamos escribiendo un libro juntos. Me gustaría sentirme especial por ello, pero, por lo visto, con ella habías escrito algunas historias cortas que nunca llegasteis a publicar y con Lola escribiste una obra de teatro. A mí me tocó la novela. No sé si a nosotras nos viniste con el cuento del escritor frustrado en un intento desesperado de revivir lo que tuviste con Lola o si simplemente siempre utilizas la misma estrategia. Está claro que tienes trillada la historia lacrimógena del sueño de escritor, que

a lo largo de los años la has dotado de la dosis perfecta de sensibilidad, intelecto y un poco de pena. Aunque, después de todo, a veces pienso que lo único que siempre has querido en esta vida es escribir, pero no eres capaz de hacerlo solo, así que te has tenido que rodear de mujeres más capaces que tú para conseguirlo.

En cualquier caso, dicen que la infidelidad —la de verdad, la que rompe matrimonios— ocurre en el corazón antes que en la entrepierna y que, para vincularte emocionalmente con otra persona, primero te tienes que desvincular de tu pareja. Y eso era lo que te había pasado conmigo: te habías entregado a mí como nunca te habías entregado a Anabel, habíamos compartido tiempo, secretos, costumbres y libros.

Y lo peor de todo era que después de dejarme embarazada te habías casado con Anabel sin decirle nada.

Ella se había pasado los últimos años de vuestra relación engañándose a sí misma, peleándose con sus padres cuando le decían que no la querías realmente, que ella se merecía algo mejor, defendiéndote cuando llegabas tarde y preocupándose de no hacer demasiadas preguntas. No me costó imaginarme a mí misma haciendo las mismas cosas en el lugar de Anabel. Al fin y al cabo, había hecho muchas de ellas y ni siquiera había llegado a ser más que tu amante.

Sin embargo, en unas páginas de su diario que están manchadas de lo que podrían ser lágrimas o lluvia del norte, Anabel escribió que ya no podía seguir así. Las fotos, los mensajes y la chica tan joven y tan enamorada que tenía sentada delante eran innegables. No había dosis de autoengaño en este mundo que fuera a hacerla capaz de actuar como si nada hubiera ocurrido.

—¿Por qué me enseñas esto? —preguntó fulminándome con la mirada—. ¿Me quieres hacer daño? ¿Es eso?

—No —dije sin dudar un segundo; no era ella contra la que quería luchar—. Quiero hacerle daño a él. Le quiero destrozar la vida. Y quiero hacerlo contigo. Quiero que lo hagamos juntas, que nos venguemos.

A continuación, pasé a explicarle los puntos clave de un plan por el que podrían haberme ingresado en un psiquiátrico.

Cuando terminé, ella se pasó mucho tiempo callada hasta que añadí:

—Mira, yo no puedo dejar de quererlo, y tú tampoco, aunque él no nos quiere a ninguna de las dos. Tenemos la mala suerte de que las dos nos hemos enamorado del mismo gilipollas. Si no hacemos nada, seguirá viviendo tranquilo, sin consecuencias. Pero podemos hacerle pagar. Podemos hacerle el mismo daño que él nos ha hecho a nosotras.

—Tengo que pensármelo.

Yo asentí y acordamos vernos en el mismo bar en tres días. Le dije que, si no aparecía, me lo tomaría como una negativa y nunca me volvería a ver y que, si accedía, empezaríamos a trabajar en el plan.

En las páginas posteriores Anabel cuenta cómo, de camino a casa, apenas lograba distinguir si sus sentimientos de ira iban dirigidos hacia ti o hacia mí. Pensaba que yo no era más que una niñata rica que se había encaprichado de ti y que estaba dispuesta a hacer cualquier locura para demostrarte lo mucho que me molestaba que me hubieras rechazado. Pero también sabía que tenía razón: tú no la

querías. Anabel lo llevaba sabiendo desde hacía mucho tiempo, pero, gracias a mí, ya no podía seguir negándolo.

Al parecer, una de las capturas de pantalla que había visto era del día 16 de diciembre, el día de mi cumpleaños y la fecha de vuestro aniversario de pedida, la que estaba grabada en la parte de atrás de ese Cartier que ella me enseñó con tanto orgullo. Qué coincidencia, ¿verdad? Habías estado demasiado ocupado en tu plan de estar a solas conmigo como para acordarte y a Anabel le habías dicho que habías quedado con tu amigo Gonzalo, pero que llegarías a tiempo para cenar. Ella se había encontrado con Gonzalo en el supermercado y te había llamado para pedirte una explicación. Tú habías aparecido en casa con una sarta de excusas y la camisa oliendo a quemado.

—¿Dónde estuviste el 16 de diciembre? —te preguntó Anabel aquel día al llegar a vuestro piso.

—Anabel, ya lo hemos hablado… —dijiste pasándote la mano por la frente con gesto cansado—. El siguiente aniversario te compensaré, ¿vale?

—¿Dónde estuviste?

Te lanzó la pregunta como un órdago, una última oportunidad para decirle la verdad.

—Ya te lo expliqué —respondiste con un suspiro—. Quedé con Gonzalo, pero después me surgió una cosa y se me complicó la tarde. Llegué lo antes posible.

Fue el hecho de que mintieras de nuevo lo que la destrozó del todo. Lo peor era que ella quería creerte, pero ya no podía autoengañarse y seguir pensando que no te había perdido. Ahora

sabía que te había perdido hacía mucho tiempo, si es que alguna vez te había tenido.

Fue entonces cuando mi plan dejó de parecerle tan descabellado. Al fin y al cabo, no existe justicia para estos casos, no se hace una investigación policial para un corazón roto, aunque hay cosas en esta vida que son mucho peores que matar a alguien.

Te acercaste a ella, tratando de consolarla.

—Venga, Anabel… —susurraste y la abrazaste con fuerza como tantas veces habías hecho conmigo, como si quisieras mantener juntos todos los pedazos en los que nos habías roto.

Anabel se alejó de ti; tu tacto la repugnaba.

—Anabel —suspiraste—. No puedes seguir así. No puedes seguir sacando los trapos sucios cada dos por tres.

—No te preocupes que ya no te los saco más. Me voy a la cama.

Al día siguiente, ya había tomado una decisión.

Con cariño,

Aria

35

2 días después del juicio por homicidio, por la noche

Querido Caín:

El plan era sencillo.

Yo soy escritora; Anabel, abogada penalista. Era la combinación perfecta para planear un asesinato.

Pero no queríamos matarte, sólo incriminarte.

La idea era mía: Anabel fingiría su muerte, y, cuando me llamaras para esconder el cadáver, me encargaría de llevar su cuerpo inconsciente a un lugar recóndito: la finca abandonada de mi familia, donde esperaría antes de marcharse a algún pueblo perdido con una nueva identidad hasta que se resolviera el caso. Yo quedaría libre (o, en el peor de los casos, tendría una condena pequeña, por haber sido solamente cómplice, de la que podría librarme pagando una fianza por mi falta de antecedentes), y tú cargarías con una pena por homicidio.

—¿Cómo sabes que te llamará a ti? —me preguntó un día en el bar que se había convertido en el lugar de nuestras reuniones, que siempre fechábamos de forma oral; con un plan como el nuestro, no era seguro dejar ningún registro telefónico.

—Lo sé —respondí con una seguridad aplastante.

Le expliqué que toda esta idea se me había ocurrido por una escena del libro que estábamos escribiendo juntos en la que los personajes principales tenían que esconder un cadáver y cómo me habías repetido varias veces que, si tuvieras que hacerlo tú, yo sería la persona a la que llamarías.

—Creo que no tiene a nadie más —añadí.

Anabel asintió sombríamente, confirmándome lo que ya sabía. Tu relación con tu familia era distante y tensa, más una responsabilidad que te estresaba que una fuente de apoyo. Dabas la impresión de llevarte bien con todo el mundo y de tener muchos amigos, pero todas tus relaciones eran superficiales y nadie te conocía realmente. La única otra persona a la que podrías pensar en llamar sería Anabel, y eso no iba a ser posible.

—Me estoy jugando la vida con esto —insistió—. ¿Te llamará?

—Lo hará —le aseguré.

Mentiría si dijera que, después de todo este tiempo, no me he preguntado alguna vez cómo tu mujer fue capaz de aceptar participar en un plan tan descabellado en el que tantas cosas podían salir mal, incluyendo que ella acabase realmente muerta. Pese a la seguridad que pudiera darle el tema del correo electrónico que programó, Anabel tenía que ser consciente de que su muerte era una posibilidad real, pero, en ese momento, yo estaba tan cegada por la ira y el odio que simplemente pensé que había logrado convencerla porque ella estaba desesperada y dispuesta a asumir cualquier riesgo con tal de hacerte daño.

La verdad es que Anabel tenía una depresión.

De hecho, aquí en la finca se dejó varias cajas de medicación vacías. Casi me ha dado pena leer sobre cómo se tomaba las pastillas a escondidas de ti. Y digo «casi» porque, después de que me haya apuntado con una pistola y haya estado a punto de estrangularme hace apenas unas horas, mi empatía se ha visto ligeramente condicionada, como comprenderás. Tampoco me ha afectado demasiado leer que tu mujer estaba planteándose quitarse la vida. Al parecer, la boda fue lo único que frenó un suicidio inminente.

Por mucho que por fuera Anabel pareciera la típica mujer que lo tenía todo —un cuerpo perfecto, éxito profesional, una vida social decente—, lo cierto es que carecía de lo único que realmente quería: a ti. ¿Te suena de algo?

Vio que, después de casarse, las cosas no mejoraron. Justo entonces llegué yo a ofrecerle la posibilidad de vengarse, y ella aceptó. No porque quisiera ayudarme, ni sólo porque deseara hacerte daño (aunque eso sí que le interesaba, y mucho), sino más bien porque aquello le dio un propósito. Entre morirse por voluntad propia o arriesgarse a que le pasase algo vengándose de ti, no le costó demasiado elegir. Anabel tenía razón cuando me lo recordó en mi salón hace unas horas: ella estaba frágil, y yo le di el golpe que necesitaba para terminar de romperse del todo.

Decidimos que utilizaríamos la belladona como sustancia para dejarla inconsciente, y yo le aseguré que tenía una amiga en la comisaría de Policía de Marbella que proporcionaría la distracción necesaria para que te tuvieras que marchar y me dejaras a mí encargada de ocultar su cuerpo. Yo tuve la idea de decir que habían

detenido a Daniel y noté que a Anabel le molestó que hubieras compartido esa parte de tu vida conmigo.

A lo largo de nuestras siguientes reuniones, ultimamos los detalles del plan, que terminamos de desarrollar en dos semanas escasas. Era poco tiempo, pero lo hice a propósito; no quería que Anabel se echara atrás. Además, tampoco teníamos muchas fechas disponibles: debíamos hacer que la cena con los padres de Anabel y la pelea de después coincidieran con uno de los días en los que Dana trabajaba de noche en la comisaría para que pudiera hacer la llamada. Al final, elegimos la noche del 2 al 3 de agosto.

Lo más problemático fue hacer creíble que su caída, tras un empujón tuyo, causaba su muerte. Le dimos mil vueltas a cómo lograr esa escena. Tenía que haber sangre de por medio y esta no podía ser de un animal. No estábamos seguras de si un análisis de la Policía Científica lograría detectar la diferencia si utilizábamos sangre de la regla, así que sólo quedaba una opción: tenía que ser sangre extraída de sus venas. Un punto fundamental de nuestro plan era que tenías que pensar que la habías matado tú. De manera que teníamos que extraer la sangre con anterioridad y apañárnoslas para almacenarla sin que se coagulase hasta el momento del «homicidio».

Por eso, le hice una visita inesperada a Dana en su trabajo. Estaba más que sorprendida de verme en la morgue, pero yo le dije que estaba volviendo a escribir y que necesitaba hacerle algunas preguntas para mi próxima novela, que iba a ser un thriller. Ella me miró con cierta reticencia —sabía que la novela negra nunca había sido lo mío—, pero no me hizo falta insistir mucho para que desapareciesen sus sospechas: al final, las personas muchas veces

creemos lo que queremos creer (en eso tengo una amplísima experiencia, gracias a ese periodo de tiempo en el que fuimos tan buenos «amigos»). Dana me había visto totalmente destrozada después del aborto, y al final fueron las ganas que tenía de que mejorase las que hicieron que se tomara mi mentira como una señal de que me estaba recuperando.

Pobre Dana.

En fin, me explicó cómo hacer una extracción de sangre y me mostró los tubitos donde normalmente se guarda. Estaban en una especie de rejilla, donde había otras muestras pendientes de analizar para las investigaciones en curso de la comisaría. Los tubos son bastante característicos: tienen una especie de gelatina en la parte de abajo que se llama heparina, y esa es la sustancia que evita que la sangre se coagule y permite almacenarla. En cuanto Dana se despistó un momento, me metí un par en el bolso, junto con una de las jeringuillas esterilizadas que tenía sobre la mesa.

Sin embargo, cuando le presenté todos los materiales a Anabel, ella se negó a dejarme hacer la extracción.

—Me he informado de cómo se hace —insistí.

Ella me miró, escéptica.

—¿Y esperas que te deje sacarme sangre? Dame eso, lo haré yo sola.

Pero, en nuestra siguiente reunión, apareció con el rostro descompuesto y la bolsita transparente en la que le había entregado los tubos y la jeringuilla. Los tubos estaban exactamente igual: nuevos y sin abrir. La jeringuilla ya no estaba.

—No he podido —admitió, y se notó que le dolía en lo más hondo de su orgullo reconocerlo.

Nos acercamos a una farmacia a comprar una jeringuilla nueva y un bote de alcohol, pero, cuando me ofrecí a pincharla en un callejón, me miró como si estuviera loca.

—¿Qué quieres, que coja una infección y me muera antes de tiempo?

La verdad es que no me hubiera importado, dada la actitud que estaba mostrando, que a Anabel le diera un poquito de fiebre, pero arriesgarnos de esa manera no era conveniente, así que finalmente accedí a que lo hiciéramos en mi piso. ¿Quién me iba a decir a mí que, por ese hecho, dos años después sabría dónde encontrarme para quitarme de en medio? O al menos para intentarlo.

El trámite fue rápido. Nada de visitas guiadas esta vez. Fuimos directamente a la cocina, donde le desinfecté la zona, le hice un torniquete con mi cinturón y saqué la jeringuilla del envoltorio. Me costó un par de intentos acertar con el sitio adecuado. Con cada pinchazo, Anabel me miraba como si me quisiera penetrar el alma con las pupilas igual que yo le estaba atravesando la piel. Por fin, conseguí cogerle la vena y llenar los dos tubitos con su sangre. Los agité como había visto hacer a las enfermeras cuando me hacían análisis para que el líquido se mezclase bien con la heparina. Después, mojé un algodón con alcohol y, tras extraer la aguja, se lo di.

—Presiónate la herida.

Lo dije como algo automático, y ella me lanzó una mirada sulfurosa.

—Eres buena en todo, ¿eh?

Yo no contesté.

Estaba claro que Anabel y yo nunca íbamos a ser amigas, que no íbamos a quedar para hacernos trenzas y contarnos secretos, pero ella acababa de dejar que le sacara sangre, lo cual, de alguna forma, sellaba nuestra confianza. El nuestro era un acuerdo breve, una colaboración temporal, pero las dos buscábamos lo mismo.

Yo tenía claro que tu mujer no era el enemigo, así que fui del todo sincera con ella. Sin embargo, Anabel sí que me odiaba y no pensaba dejar que me fuera de rositas después de destrozar vuestro matrimonio. En el fondo, ella sabía que habría otra más tarde o más temprano, pero yo fui la que acabó con su burbuja de felicidad de recién casada. Para Anabel, el enemigo de su enemigo no era su amigo, sino su enemigo también, aunque durante un tiempo pudiera serle útil.

No me ha dado ni el más mínimo cargo de conciencia enterrar su cadáver después de leer que ella no fue tan transparente como yo y omitió detalles en sus explicaciones como, por ejemplo, la lentitud del proceso judicial y el trámite de la prisión preventiva.

En las últimas páginas de su diario, Anabel cuenta que sentía que ya no le quedaba nada: su identidad, su trabajo, su casa, su familia. Hasta su nombre. Sentía, en sus últimos días, que ya no sabía quién era, aunque en realidad esa sensación no tenía nada que ver con el hecho de haber fingido su propia muerte, sino que se debía a que estaba lejos de ti. A pesar de todo, en eso la entiendo. Anabel pensó mucho en que se debería haber marchado antes de dejar que eso ocurriera, cuando la parte de ella que moriría con tu ausencia todavía era pequeña, pero todo es más fácil cuando lo ves desde fuera: irse, marcharse, quererse. Lo que la gente no entiende es que cuando eres tú la que está inmersa en la situación y el hombre

maltratador también es el que te cuida, cuando la persona que te hace sufrir es la misma de la que te has enamorado, no es tan fácil.

Si a mí me destrozaste de esta forma después de tan sólo unos meses, las palabras de Anabel apenas logran transmitir lo que debiste de hacerle a ella a lo largo de tantos años. Por eso estaba tan desesperada por casarse contigo a pesar de todo: porque te había dado tanto que perderte significaría perder una parte de sí misma también. En el fondo, sí que la mataste. Nos mataste a las dos.

Anabel se mantuvo informada del caso durante sus primeros meses en Asturias y en su diario confiesa que se le dibujaba una sonrisa en la cara al consultar las noticias y ver titulares como: «La novela negra hecha realidad: editor jefe y heredera de MM Editores en prisión preventiva por la muerte de Ana Belén Blanco».

Le alegraba saber que yo estaba entre rejas, igual de sospechosa que tú. Se había encargado de llenarme la cabeza de términos como «cómplice» o «colaborador necesario», y yo había sido lo bastante ingenua para creerla. Jamás me había planteado que, si nos pillaban o descubrían que yo era tu amante (lo cual acabaría ocurriendo antes o después), ambos seríamos igual de sospechosos a ojos de la policía. Además, mi plan de quedarme en vuestra casa para preparar las pruebas —y Anabel sabía tan bien como yo que me rendiría a ti de nuevo— había hecho que mi ADN estuviera por toda la escena del crimen.

En la última entrada de su diario, Anabel anotó la fecha del juicio cuando esta se hizo pública para hacerme una visita si salía impune de todo esto. Ella no había podido recuperar su vida y se negaba a que yo lo hiciera.

Anabel te odiaba, Caín, pero también te quería. A mí me ocurría —me ocurre— exactamente lo mismo. Me he pasado mucho tiempo sin comprenderlo, pero creo que por fin lo entiendo. ¿Acaso el odio no es otra muestra de amor? El grado de odio es directamente proporcional al cariño que ha habido previamente; hay que querer antes de odiar. Y, aunque es posible que tú no lo veas así, todo lo que ha pasado no es más que una demostración de cuánto te quisimos las dos.

Pero yo te quise más y mejor, que quede claro, y ahora sólo quedo yo para odiarte.

Con todo el cariño de tu único amor,

Aria

36

6 días después del juicio por homicidio

Querido Caín:

Esta es la última vez que te escribo.

La gente piensa que los escritores escribimos porque tenemos muchas cosas que decir. Sin embargo, la verdad no podría ser más distinta: en realidad, escribimos porque tenemos muchas cosas que no queremos o no podemos decir, pero también una necesidad incontrolable de hacerlo. Por eso nos ocultamos detrás de una portada, nos disfrazamos con los nombres de personajes que negamos que sean fragmentos de nosotros mismos y nos escudamos en la ambigüedad entre ficción y realidad para poder expresar todo lo que nos asusta. Fue lo que nos pasó a nosotros, en el fondo, cuando todavía teníamos demasiado miedo como para llamar a lo nuestro por su nombre: nos amparamos en la comodidad de la ficción, en el cobijo de la duda, en la seguridad de un pseudónimo, de unos personajes con unos nombres distintos al tuyo y al mío, pero con los mismos miedos e inseguridades.

Últimamente me he estado acordando de esas primeras conversaciones sobre los clásicos, cuando te dije que no me gustaba

la historia de *Romeo y Julieta*. Al final, la nuestra no ha acabado mucho mejor.

¿Sabes de dónde saqué la idea de la belladona? Irónicamente, fue de ese libro que le da nombre a la cafetería donde nos reuníamos. Seguramente hay anestésicos mejores, pero pensé en el extracto de belladona porque lo había investigado para mi trabajo de fin de grado: *Recurrencia en los clásicos: un estudio comparativo de dos obras de la cultura occidental y oriental.* Además, es fácil de conseguir en cualquier herbolario.

A la vuelta de la finca, he estado leyendo de nuevo esas reflexiones críticas que hice sobre la obra de Shakespeare, que comparé con la que se considera «el *Romeo y Julieta* oriental»: la leyenda de los amantes mariposa. En este antiguo relato chino, igual que en el de Romeo y Julieta, dos jóvenes, Liang y Zhu, se enamoran tras pasar varios años estudiando juntos. Sin embargo, para que le permitieran estudiar, Zhu había tenido que disfrazarse de chico, y, para cuando le reveló a Liang su verdadera identidad, su familia ya le había concertado un matrimonio con otro hombre. Liang murió de tristeza y, el día de su boda, Zhu se apartó del cortejo nupcial y se arrojó al interior de la tumba de su amado. En ese momento, dos mariposas salieron de ella. Supuestamente, las mariposas representaban sus almas, que estarían unidas en la otra vida por toda la eternidad.

En mi trabajo, buscaba demostrar la falta de originalidad y la recurrencia de temas en los clásicos, utilizar ejemplos de textos fundacionales de culturas distintas para demostrar que al final la literatura sólo busca reflejar la parte común de la existencia de las personas. Concluí mi reflexión con las siguientes frases:

«¿Qué es lo que hace que un libro sea un clásico? Los clásicos son aquellos libros que resumen una parte fundamental de la experiencia humana, los que se pueden resumir en pocas palabras: amor, identidad, pérdida, soledad».

Al final, por mucho que me hicieras sentir única y especial, yo también me he convertido en un clásico, en un estereotipo reciclado hasta la saciedad: la amante despechada. Nuestra historia no es tan distinta de tantas otras, aunque no hay mariposas ni amor eterno, sino polillas y algo que quizá en algún momento fue amor, pero que ha acabado convirtiéndose en una corrupción enfermiza del romanticismo. Si tuviera que resumirla en una palabra, creo que esta sería *venganza*.

Y tienes que reconocer que el plan era bueno. Era buenísimo. Aunque no infalible.

Con lo que te he contado del diario de Anabel queda todo bastante claro, así que en esta última carta solamente te aclararé algunos detalles:

Yo ya sabía que no había que esperar cuarenta y ocho horas para denunciar una desaparición, y no, no se me olvidó deshacerme de las pruebas: las escondí donde la policía pudiera encontrarlas para incriminarte. Todas salvo los tubos de heparina. Anabel me dijo que los dejaría escondidos al fondo de una caja de compresas, en un lugar en el que jamás se te ocurriría mirar. Efectivamente, allí los encontré. Me los llevé y me aseguré de tirarlos a la basura bien lejos de vuestra vivienda. Al fin y al cabo, si la policía los hubiera encontrado, habrían surgido preguntas muy incómodas, ¿no crees?

La cuestión de dónde *abandonar* el cuerpo resultó algo más complicada. La finca de mi familia en Valtocado era la mejor opción.

Por si acaso alguna cámara de carretera grababa mi coche, tuve que decir que había escondido el supuesto cadáver en la sierra de Mijas, si bien Mijas pueblo está en el otro extremo de la sierra y tardé casi una hora en llegar hasta el punto donde dejé el reloj para que lo encontrasen y que sirviese como prueba tanto de que mi relato era cierto como de que Anabel estaba muerta. Después tuve que desandar todo el camino e ir hacia la finca. Como ya te he explicado, era muy improbable que la policía diera con ella por el tema de que no estaba a nombre de mi padre. De hecho, nunca la encontraron.

Sin embargo, sí que hubo ciertos imprevistos. El primero de ellos, que ya he descrito en estas páginas, fue que no supieras conducir con marchas. Esa fue la razón por la que nos grabaron trasladando el cuerpo, y esa grabación constituyó la prueba principal de la acusación contra nosotros. De hecho, sin ella, dudo que hubieran podido juzgarnos por un homicidio sin tener el cadáver, y no habrían tenido nada en mi contra salvo que tú me delatases (lo cual sí que contemplábamos como posibilidad). Aunque predije tu traición, jamás me imaginé que la policía fuera a considerarme a mí tan sospechosa como a ti. Por otro lado, a tu *querida* esposa se le olvidó comentarme el detalle de la prisión preventiva.

El segundo fallo fue que me encontraran en tu piso. Aquello fue culpa mía por tomar la decisión de quedarme allí, fruto de una necesidad delirante de estar contigo.

Por lo demás, tú seguiste, sin saberlo, la ruta que yo te había marcado, cumpliendo cada uno de los pasos como un personaje torpe, experimentando las emociones que yo sabía que ibas a sentir, tomando las decisiones que yo sabía que ibas a tomar. Casi todas, al menos. He de decir que la confesión no me la esperaba.

El objetivo de todo este plan era que acabases en la cárcel por un crimen que no habías cometido, pero aquel día en el juicio conseguí algo mejor: cuando te echaste a llorar, te vi completamente destrozado, destruido, *roto*. Por un momento, experimentaste una sombra del dolor que tú me habías infligido a mí, y la culpabilidad debía de ser tan grande que acabaste no sólo confesando algo que no habías hecho, sino *creyendo* que eras realmente culpable. Espero que, para cuando leas esta carta, hayas pasado veinte años pensando que fuiste tú.

«¿Las personas nacen malas o se vuelven malas a lo largo de su vida?». Me pregunto si habrá cambiado tu opinión sobre este tema y a quién verás como el villano de esta historia cuando termines de leerla. Seguramente, para Anabel yo sea la mala, mientras que para mí siempre lo serás tú. Supongo que, para ti, seremos nosotras. Al final, es cuestión de perspectiva. ¿Y quién es un juez para decidir algo así?

Al final, a pesar de todas las vicisitudes y los imprevistos, me alegro del tiempo que he pasado en la cárcel, porque me ha permitido escribir por última vez.

Mi vocación no fue algo instantáneo. Me pasé mucho tiempo buscándola, puesto que se me daba bien prácticamente todo. Escribir era una de las pocas cosas en las que no destacaba, por el miedo que me provocaba plasmar mis sentimientos. Y, sin embargo, la necesidad inevitable de hacerlo me ha llevado hasta aquí.

Como te he dicho, escribimos porque lo necesitamos. En el fondo, lo que nos mueve es el anhelo de ser entendidos. Al final la inspiración no es más que eso, una explosión de esa ansia por comunicar, por comprender y ser comprendido, que a lo largo de

mucho tiempo va calentándose hasta que llega a un punto de ebullición y se manifiesta en forma de un destello instantáneo: una idea, un sentimiento, una imagen, una frase. Lo que todos llaman musas no es más que aquello que despierta esa necesidad intrínseca del ser humano de hablar, lo que nos incita a hacer el esfuerzo a veces sobrehumano de buscar las palabras y encontrarlas aunque no las haya; aunque ningún adjetivo ni sustantivo ni verbo ni combinación de estos unida por preposiciones y conjunciones y matizada por adverbios jamás logre describir en toda su oscuridad el vacío que a veces nos despierta en medio de la noche y nos deja horas mirando al techo, la sensación de dolor físico debajo de las costillas que cubren un corazón roto o la clase de temor capaz de derretirte las entrañas. Pero no hace falta. No hace falta describir; escribir no va de eso, y ese es el error de mucha gente: creen que escribir es describir, pero no, es *evocar*. Es elegir las palabras adecuadas para que el lector recuerde esa oscuridad, ese dolor o ese temor; no hay que explicarle en detalle cómo es porque ya lo sabe, tan sólo hay que darle las pinceladas necesarias para despertar el recuerdo y que él mismo sea capaz de sentirlo de nuevo.

Espero haber conseguido eso con estas cartas: evocar el amor, ese eterno clásico, y así la comprensión de mi reacción final, la venganza.

De pequeña quería ser escritora, no esto. Ninguna niña se despierta y dice que quiere ser amante, criminal y fracasada. Veo en los ojos de mi padre, y en los de quienes me conocían antes de todo esto, que no entiende cómo una chica como yo ha podido concatenar tantas malas decisiones para llegar a este punto.

«¿Por qué?». Esa es la eterna pregunta.

Por amor. Es tan simple y tan complicado. Tan patético. Todo lo hice por amor.

Sé que a ti nunca te importó aquel embarazo, que lo considerabas un error en lugar de un fruto de nuestro amor, pero a mí sí que me importó. Yo quería tener aquel bebé y, cuando los médicos me dijeron que lo puse en riesgo por mi anorexia, sentí que una parte de mí se moría sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Igual que no había podido hacer nada para evitar la muerte de mi hija. Nunca me hice una ecografía, pero siempre tuve la sensación de que sería un niño. No me enteré de que era una niña hasta que fue demasiado tarde. Me gustaría decir que era guapa, pero estaba raquítica y muerta. Estaba rota, como su madre. Tú te casaste y mi cuerpo se volvió un lugar hostil hecho de huesos y miedos; era incómodo incluso para mí, así que no puedo culpar a nuestra hija por querer irse, aunque tampoco puedo deshacerme de la idea de que, en el fondo, la maté yo.

Ahora entiendo que no fuiste tú quien me destruyó: fui yo. Cada vez que renunciaba a una parte de mí cuando accedía a verte en un parking o en una sala de juntas vacía, cada vez que te daba tanto sabiendo que tú no me ibas a corresponder, cada vez que me quedaba sin comer y se me olvidaba cómo respirar en tu ausencia, me estaba dejando ir. Y asumo la culpa, porque entiendo por qué lo hice.

Cuando era pequeña, tenía la sensación constante de no encajar en el mundo, de haber llegado aquí por error; y esta sensación aumentó a medida que iba creciendo y todas las personas a las que quería se terminaban alejando de mí. Encontré consuelo en la

escritura; durante años, fue lo único que le daba sentido a mi vida. Hasta que llegaste tú. Fuiste la primera persona que me comprendía de verdad, que me miraba y me veía. Y te permití destrozarme. No sé si podré perdonarte a ti por ello, pero a mí seguro que no.

Cuando empecé a escribir estas cartas, no sabía qué hacer con ellas. Sólo sabía que el corazón me sangraba, y la sangre tenía forma de letras. Las letras se convirtieron en palabras, las palabras en frases, y mira dónde estamos. Al principio iba a enviártelas, pero, cuando iba por la cuarta y no había enviado ninguna, comprendí que no iba a ser capaz. Quizá nunca fueron cartas de verdad, sino un diario, el mapa de todo lo que creamos juntos y la explicación de cómo lo destruimos. Creo que, en el fondo, supe desde que empecé que no seguiría aquí mucho más tiempo, pero quería que nuestra historia permaneciera cuando yo me hubiera ido y todavía albergo la esperanza de que, en un universo paralelo, algún día alguien la lea. Así que seguí escribiendo, porque, a pesar del bloqueo, es lo único que realmente sé hacer.

Antes quería darte las cartas una vez pasase el juicio para que perdieras a Anabel de nuevo, para que me perdieras a mí, para que se te llevaran los demonios al saber lo que te habíamos hecho, que por una vez no habías salido ganando, aunque yo tampoco. Antes creía que había ganado yo, pero lo único que he hecho es perder: a ti, a Dana, a mi hija, a mí misma. Ahora simplemente quiero que las tengas porque sé que no voy a escribir más. Terminar este libro es lo único que me ha mantenido con vida estos últimos meses, pero, ahora que ya lo he acabado, no hay nada que me ate a esta ciudad que sólo me habla de ti, de la vida que nunca tuvimos, de la hija que se nos murió. Ya no me queda nada que me importe. Ni siquiera me

gusta tanto escribir, porque era mucho más bonito escribir contigo, o escribir para que tú me leyeras. Y ya no tengo nada sobre lo que escribir, porque tú te convertiste en mi único tema. Sinceramente, ya no quiero seguir en este mundo. Me hiciste elegir entre la verdad o la vida. No ha sido una decisión muy difícil.

Sé que leerás estas cartas por una conversación que tuvimos en La Bella Julieta, una como muchas otras que recuerdo y no he plasmado aquí. Ahora mismo las palabras se están desvaneciendo en mi memoria sin que pueda hacer nada para retenerlas. Antes de marcharme, te dejaré este último recuerdo para que no te olvides de que, a pesar de todo, lo que un día tuvimos fue precioso:

—¿Crees que Víctor lo leerá? —preguntaste pasando las páginas de ese poemario sin título, ese en el que tu letra se mezclaba con la mía, en el que le colocaste la tilde a todos mis «solo». Ahora cada vez que escribo esa palabra me acuerdo de ti, por eso sé que no voy a poder volver a escribir.

Yo sorbía con una pajita mi batido de frutos rojos. Te miré con sorpresa.

—Espero que no. —Sentí que las mejillas se me calentaban sólo de pensar en mi antiguo psicólogo leyendo los poemas que había escrito sobre él—. Pasaba de mí. Ni siquiera creo que se entere cuando se publique —añadí, más para convencerme a mí misma que a ti.

—Yo creo que sí —afirmaste mientras te limpiabas una mancha de chocolate de tu camisa celeste.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque yo lo haría —respondiste sin dudar un segundo y me clavaste esa mirada penetrante tuya—. Si escribieras un libro sobre

mí, sería el primero en leerlo.

—Para eso tendrías que romperme el corazón —dije con una risita nerviosa evitando tus ojos, incapaz de mantener el contacto visual.

Recuerdo que los dos nos reímos, disfrutando de nuestra mentira, de vivir fingiendo ser amigos cuando sabíamos que no lo éramos, de esos meses en los que no fuimos ni desconocidos ni amantes, en los que nos estábamos descubriendo y en los que, como en el principio de las novelas, todo era posible.

Por eso llamé así a nuestra hija. Nunca me lo preguntaste, pero le puse nombre: Julieta. Por la cafetería, por las historias y las tragedias, por ese libro que dejamos a medias, por aquella chica tonta y enamorada en la que me convertí mucho antes de que me pusieran ese mote en la cárcel; cada vez que lo pronunciaban, me recordaban a nuestra hija muerta. Porque no podía llamarse de otra manera. La enterré yo sola en la tumba de todo lo que pudimos ser, pero nunca fuimos; en la tumba del amor, en la tumba de Julieta. Dejaré este manuscrito allí; al menos así te dignarás a visitar la tumba de tu hija.

Ahora ya lo sabes todo, y por fin puedo terminar. Mi jardín secreto está destrozado, nuestra ciudad está desierta y Julieta está muerta. Se acabó. Después de este libro ya no habrá más. No seré capaz de vivir en un mundo en el que no haya libros para consolarme y en el que siempre me acompañe la convicción de que nuestra hija se murió por mi culpa. Ese es un crimen por el que nadie me ha juzgado, pero ya me encargaré yo de cumplir la condena.

Antes pensaba que mi peor delito había sido quererte, me declaraba culpable con orgullo, enarbolaba la bandera del amor no correspondido con ganas, pero ahora sólo me quedan un puñado de

cartas y la certeza de que todo este tiempo sólo he estado intentando decirte una cosa:

Adiós.

Es algo que debí haberte dicho hace mucho tiempo, pero no he sido capaz. Porque te quiero, Caín. Y odio quererte, pero no puedo dejar de hacerlo.

Espero que, aunque me odies, por lo menos esto sirva para que me entiendas.

«¿Las personas nacen malas o se vuelven malas a lo largo de su vida?».

La verdad es que no lo sé.

Con cariño,

Aria

Epílogo

Veinte años después

Faltaban tres días para que Caín saliera de la cárcel. La semana anterior, su hermana Débora había venido a verlo y le había dicho que podía quedarse en su casa hasta que rehiciera su vida; ella había guardado lo poco que se había salvado del piso que compartía con Anabel en unas cajas en el trastero. Él se lo había agradecido, pero lo cierto era que, aunque odiase aquel lugar, una parte de él no quería salir y enfrentarse a los restos de una vida desintegrada. El paréntesis de dos décadas le provocaba una sensación de vértigo.

No esperaba saber nada más de su familia hasta el día en que finalizaba su condena, de manera que, aquella mañana, le sorprendió cuando un guardia vino al patio a informarle de que tenía visita.

Caín elevó la vista del libro que estaba leyendo con el ceño fruncido.

—¿Otra vez? —preguntó.

El guardia se encogió de hombros con una expresión de «ni lo sé ni me importa» e hizo un gesto para que Caín lo siguiera hacia el locutorio.

Allí, al otro lado del cristal, donde unos días antes su hermana le había asegurado —con bastante poco convencimiento— que todo iría bien, había un hombre trajeado al que no había visto nunca.

—¿Quién es usted? —quiso saber Caín.

—Mi nombre es José Jiménez, vengo de la notaría de don Leopoldo Lizárraga Ludea. Estoy aquí para cumplir la última voluntad testamentada por uno de nuestros clientes.

Se sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y buscó una abertura por la que poder introducirlo. Cuando no la encontró, se disculpó antes de salir un momento.

El funcionario de guardia cogió el sobre y otro documento que el hombre trajeado le entregó y, tras intercambiar unas palabras con él, desapareció durante un minuto. Apareció de nuevo al otro lado de la cabina, junto a Caín, y le entregó ambas cosas: el sobre (que ya había abierto para asegurarse de que no contuviera ningún objeto peligroso en su interior) y un documento junto con un bolígrafo.

—Debe firmar ahí —indicó el abogado inclinándose hacia el cristal y pegándose el teléfono a la oreja, visiblemente incómodo por la situación.

Caín lo miró con recelo.

—¿Por una carta?

—Se trata de un envío particular. Se hizo hace casi veinte años, con fecha de entrega para el día de hoy.

Tras unos segundos de duda, Caín firmó el papel. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer esos tres días salvo preocuparse de cómo reencauzar una vida de la que, a sus cincuenta y ocho años, no quedaba nada que salvar.

Enseguida, el funcionario recogió el documento y el bolígrafo y se los llevó de nuevo a José Jiménez, que esperaba con cierta impaciencia junto a la puerta de la cabina. Una vez tuvo ambos objetos en su poder, se los guardó en la cartera y, con un gesto algo forzado, se despidió desde el otro lado del cristal antes de marcharse.

De vuelta en el patio, Caín miró el sobre con atención por primera vez. Cuando vio el remitente, su corazón se saltó una diástole: era un mensaje de Aria.

En el interior del sobre, había una carta con una sola frase y una dirección:

Tú no mataste a Anabel; la maté yo.

Parque Cementerio, sección 18. La tumba de Julieta.

Aquella noche Caín no pudo dormir y, durante los dos días que siguieron, leyó aquella frase tantas veces que las palabras dejaron de tener sentido, como si fueran los sonidos perdidos de una lengua muerta que ya nadie recuerda. ¿Acaso se trataba de alguna clase de broma pesada? Y si lo era, ¿quién habría querido atormentarlo con recuerdos de lo ocurrido días antes de salir de la cárcel? Pero, en el fondo, sabía que la carta no formaba parte de ningún engaño: esa era la letra de Aria; la habría reconocido en cualquier parte.

Caín no entendía nada. Aquella carta despertaba en él toda clase de emociones, pero, pese a su fuerza, la ira apenas lograba abrirse paso a través de la confusión. ¿Cómo que Aria había matado a Anabel? Había pensado en aquella noche de agosto muchas veces

en los últimos años y estaba seguro de que comprobó que su mujer no tenía pulso antes de darla por muerta. Pero ¿y si con los nervios no lo había notado? ¿Era posible que hubiera seguido viva cuando la metió en el coche? ¿La había matado Aria cuando él se fue a la comisaría? Aquel día en el juicio había confesado ser él quien la mató, pero lo cierto era que nunca había estado del todo seguro.

—¿Por qué? —susurró en voz alta durante su última noche en la cárcel releyendo la carta por enésima vez—. ¿Por qué me haces esto, Aria?

Pero Aria ya no estaba. Se había suicidado pocos días después de salir de la cárcel. Caín se había enterado por las noticias y, si bien ese comportamiento no le había extrañado, sí que se había preguntado por qué. ¿Por qué había esperado? Si quería acabar con su vida, ¿por qué no hacerlo antes? ¿Había estado esperando al juicio? Pero ¿por qué había llevado a cabo sus planes pese a haber salido absuelta?

Ya no había nadie a quien preguntarle, y la única posibilidad de encontrar respuestas era esa dirección que leyó hasta que se le quedó grabada en los párpados. No quería ir. Una voz en su cabeza le decía que, ahora que por fin había cumplido su condena, lo que debía hacer era tirar esa carta y no volver a pensar en el tema, dejar atrás el pasado y centrarse en el futuro. Pero ¿qué futuro? No tenía una vida a la que volver, y el abismo de todos los años que había perdido lo esperaba como un túnel sin luz al final. No sabía qué tenía que hacer ahora, qué pasos debía seguir para rehabilitarse, si es que eso era posible. En realidad, una parte de él tenía la esperanza de que si seguía esas instrucciones, encontraría algo que tuviera sentido, algo que pudiera entender. Algo de antes.

El mismo día que salió de la cárcel, tras asegurarle a Débora que iba a dar un paseo, cogió un taxi y llegó al cementerio cuando ya había anochecido. Con las pocas indicaciones que tenía, tardó más de media hora en hallar la tumba. Durante todo ese tiempo se preguntó cómo iba a encontrarla contando solamente con un nombre y el número de sección, pero, en cuanto vio la lápida, lo comprendió; era la única en la que no había apellidos ni fecha, tan sólo una palabra: *Julieta*. Era la tumba de alguien que no había nacido.

La ira y el resentimiento pasaron a un segundo plano para dejar espacio a una sensación que no lograba identificar cuando entendió que era su hija la que descansaba bajo sus pies. ¿Acaso era pérdida? ¿Desasosiego? ¿Culpa?

Dudó unos segundos antes de arrodillarse sobre el césped, consciente de que estaba a punto de profanar una tumba en plena noche, y pensó en darse la vuelta. Nunca había creído en los fantasmas, pero el espíritu de Aria había vuelto a él por medio de aquella carta, y no sabía qué podía haberle dejado bajo el césped que ahora pisaba. La incertidumbre hacía que le cayera un reguero de sudor por la espalda, aunque era noviembre y la humedad y el frío empapaban las ráfagas de viento que le azotaban la cara. Estuvo a punto de darse la vuelta y no hacerlo, de no ceder al último capricho de la persona que consiguió que nada en su vida volviera a ser como antes.

Antes. Al final fue eso lo que le hizo decidirse: no la curiosidad, sino esa necesidad de entrar en contacto con un fragmento de su vida previa, de quien era antes de que todo esto ocurriera.

Así que se agachó y empezó a cavar. No tardó en tener calor, así que dejó la chaqueta sobre la lápida y con ella tapó aquel nombre que, por algún motivo, le resultaba insoportable.

A medida que la tierra le cubría las manos y se le introducía por debajo de las uñas, los recuerdos de aquella noche de agosto dotaron a sus brazos de una energía que había ignorado que siguiera poseyendo. Si el origen de sus fuerzas era el enfado o el miedo, no lo sabía.

Finalmente, sus dedos dieron con algo sólido. Caín se inclinó sobre el pequeño agujero y apartó la última capa de tierra que cubría la superficie de una caja de metal. Al levantarla, reveló la forma de un ataúd del tamaño de una funda de violín. En ese momento, de la tumba salieron revoloteando dos polillas. Caín se quedó mirándolas, preguntándose cómo habían sobrevivido tanto tiempo bajo tierra, pero las polillas se perdieron en la noche y se fundieron con la oscuridad antes de que pudiera decidir si eran o no un producto de su imaginación.

Con una sensación de inquietud renovada, Caín se apartó unos pasos de la tumba. Las manos le temblaban cuando abrió la caja.

Entonces comprendió el motivo por el que Aria había querido que esperase todo este tiempo antes de recibir su carta, la razón por la que el suicidio había sido el único final posible para una historia como la suya, una tragedia que había inmortalizado en la tumba de una niña llamada Julieta. Conociéndola, no tendría que haberle sorprendido: dentro de la caja había un manuscrito. Este.

Agradecimientos

Gracias a todo el equipo de Penguin Random House por hacer posible la publicación de este libro. Apenas puedo creerme que acabe de escribir estas palabras y que no sean parte de un sueño. Estaba dispuesta a pasarme la vida esperando a que llegase el día en que la editorial que más admiro quisiese uno de mis libros; jamás habría imaginado que sucedería tan pronto. Gracias en especial a Suma de Letras, el sello que ha creído en mí y que me ha dado su confianza y la posibilidad de que todo esto se haga realidad. Gracias a Ana Lozano, porque yo envié un manuscrito, pero ella leyó este libro, y gracias a su ayuda esta historia ha mejorado hasta convertirse en una novela que me genera una sensación muy difícil de describir y que no puedo comparar con nada. Le doy las gracias a ella y también a Gonzalo Albert por apostar por mí.

Gracias a Dolores Sancha, del departamento jurídico, por su ayuda inestimable para llegar hasta aquí.

Quiero dar las gracias a Silvia García y a Paula Jusdado por su trabajo de corrección, y también a todas aquellas personas de la editorial a las que no conozco pero que han dedicado su tiempo, experiencia y profesionalidad a que algo que solo existía en mi cabeza hoy sea un libro físico que pueda llegar a más personas. No me conocéis de nada, pero me habéis hecho tremendamente feliz.

Ahora toca hablar de las personas que me ayudaron antes de que este libro llegara a manos de la editorial, aquellas que, sin garantías y sin exigir nada a cambio, también hicieron de este libro lo que es: mis *beta readers*.

Marina Ribera, que se presentó en mi casa con una versión impresa del manuscrito completamente llena de anotaciones. Gracias por esa lectura tan exhaustiva, por analizar la historia desde todos los ángulos y por estar siempre ahí para responder a mis dudas jurídicas.

José Manuel Caamaño, que se reunió conmigo para asesorarme sobre los procedimientos policiales que conllevaría un caso de homicidio como este y luego leyó el texto para confirmarme que lo había hecho bien y seguir respondiendo a todas mis preguntas.

Esta novela es una obra de ficción, por lo que me he tomado ciertas licencias literarias. Sin embargo, no podría haber conseguido que la historia fuera verosímil de no ser por ellos. Todo lo que tiene de acertado este libro en el ámbito legal y policial es gracias a ellos dos; los errores que pueda haber se deben a mi ignorancia o a no haber sabido hacerles las preguntas adecuadas.

Mónica Molina, que compartió conmigo su sinceridad y su entusiasmo. Ella se leyó este libro en un par de días y, cuando me llamó y me dijo su opinión, me hizo creer de nuevo en él.

Hubo un punto en toda la historia convulsa de la escritura de esta novela en el que, con el manuscrito terminado, quise meterlo en un cajón y olvidarme de él para siempre (digamos que les cogí cierta manía a Caín y a Aria, y creo que a quien haya llegado hasta aquí no le costará imaginarse por qué). El motivo por el que no lo hice fueron estas personas, a las que había embarcado en mi aventura y

con toda su buena voluntad habían decidido ayudarme. Si no enviaba el libro a editoriales, todo el tiempo y el esfuerzo que me habían regalado habría sido en vano (y hoy en día a nadie le sobra ninguna de esas dos cosas), y lo cierto es que se me caía la cara de vergüenza solo de pensarlo. Así que, además de todo lo que hicieron por esta historia, sin saberlo, también hicieron esto por mí: gracias a ellos uno de los sueños de mi vida se ha hecho realidad.

En lo que se refiere al asesoramiento de cuestiones puntuales, debo mencionar a Elena Lozano, que se pasó casi una hora al teléfono conmigo sin apenas conocerme para explicarme procedimientos legales, y a Rafael Palacios, cuyo asesoramiento médico ha sido imprescindible. Rafita, gracias por estar siempre ahí y por explicarme cómo podría fingir mi propia muerte.

Me gustaría hacer una mención muy especial a Miguel Duro, cuya ayuda ha sido completamente imprescindible para mí. Gracias por responder a todas mis dudas, por compartir conmigo tus consejos y, sobre todo, por estar ahí para hablar conmigo todas las veces que he entrado en pánico (que han sido unas pocas). Por algún motivo, siempre te las apañas para dejarme más tranquila. Muchas gracias por elegirme para dedicarme tu tiempo.

Gracias a Marcus y a Marcos Church, por el principio.

Gracias a mi amiga María Baón, por hacer que mi vida sea mejor al formar parte de ella y por creer en mí más que yo misma. Y gracias a mi querida Julieta Victoria, mi prima argentina. Las dos han estado conmigo en cada capítulo de esta historia.

Gracias a mi tía Dawn, por ese viaje a Escocia tan precioso. Gracias por esperarme durante tanto tiempo y, cuando por fin fui a tu país, enseñármelo con tantísimo cariño; por aprovechar al

máximo esos tres días con viajes en coche con café caliente en los que vimos castillos, *highland cows* y recorrimos juntas, por fin, las calles de Edimburgo por las que se paseó J. K. Rowling cuando estaba escribiendo Harry Potter. Gracias por presentarme a Kevin y por esas conversaciones de las que, en cierto modo, nació este libro. Siempre tendré ganas de tomarme unos boquerones al limón contigo.

Gracias a Jesús, por su ayuda con las polillas y con todo lo demás.

Por último, gracias a mis padres. Es muy difícil, por no decir imposible, condensar en unas pocas palabras lo que hace por ti una familia, esa forma que tienen de estar siempre, de quererte siempre, incluso cuando menos te lo mereces (quizá especialmente entonces). He tenido la suerte de que mis padres me enseñen el significado de la palabra «incondicional», y también el de todas las demás. Papá, mamá, estáis en cada libro que escribo y seguiréis estando siempre. Gracias por las risas y las lágrimas, por las conversaciones y el silencio, por haberme dejado siempre claro que puedo ser yo con vosotros, porque resulta que soy quien soy gracias a eso.

Gracias a mi padre, Leopoldo, que es más bueno que el pan y el pobre es el único de la casa que no va en la dedicatoria. Mi padre, que se leyó el libro aunque no es de su estilo y Aria le ponía nervioso, que me ayudó a elegir un modelo de coche manual en el que cupiese el cadáver de una mujer, ideó conmigo una forma de extraer sangre y almacenarla fuera del cuerpo para luego fingir un traumatismo y me asesoró sobre la presencia de jabalíes en la sierra de Mijas. Mi padre, que se fue conmigo a las librerías de Málaga a contar cuántos libros había de cada editorial cuando tuve que tomar

una de las decisiones más importantes de mi vida. Mi padre, el que está siempre, invariablemente. Siempre. Te quiero.

Gracias a mi madre, Carmen, que, por si no tenía bastante con aguantarme, ahora se ha convertido en mi *beta reader* estrella y le toca leerse mis historias por quintuplicado. Gracias por ser la primera persona con la que hablo de lo real y de la ficción, mi acompañante favorita. Eres mucho más que una madre para mí, y tú lo sabes. Cualquier plan es bueno si es contigo (incluso ir a tirar la basura).

Y no, no se me olvida: mi hermano, Arturo, merece el lugar de honor, al final de todo. Cuando le pregunté qué había hecho para ir en los agradecimientos de este libro, me respondió: «¿Qué no he hecho?». Y con eso me despido.

Una historia íntima y feroz, escrita con la urgencia del reloj y el ritmo implacable del mejor *noir*.



Querido Caín:

Faltan 186 días para que nos juzguen por el homicidio de tu mujer. Antes soñaba con la muerte de Anabel. Sin embargo, cuando me llamaste para esconder su cuerpo, mi vida se convirtió en una pesadilla.

Fuiste una mala idea desde el principio: me doblabas la edad, eras mi jefe, no quería que nadie nos viera juntos...

Lo nuestro no podía salir bien, pero no quise verlo, y cuando lo hice fue demasiado tarde.

Nunca he contado la verdad sobre lo que sucedió y me está matando. Ya no puedo seguir guardando los secretos de aquella

noche.

¿Hay mayor demostración de amor que esconder un cadáver?

Yo pensaba que no, pero, a pesar de todo lo que hice por ti, nunca fui suficiente.

Yo sólo deseaba que me quisieras.

¿Tan difícil era?

Con cariño,

Aria

María Cuadrado utiliza con pericia los mecanismos del género negro y nos ofrece un thriller psicológico lleno de toxicidad y obsesión. Una reinterpretación contemporánea de Romeo y Julieta llena de crudeza e inquietud. La novela 186 días no es solo la confesión de una mujer que busca la comprensión del hombre por el que lo dio todo, es el último deseo de una protagonista que escribe para no borrarse a ella misma.

María Cuadrado, escritora y traductora bilingüe de Málaga, con tan solo veintiún años ya ha publicado cuatro libros y ha traducido dos. Ha centrado su producción en textos de género romántico y lírico, como *Todo y nada, nada y todo* (2023), su primera obra en español. Aunando este estilo sensible e intimista con el thriller psicológico, su nueva novela, *186 días*, revela un talento que promete tener un gran recorrido en el mundo literario.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, María Cuadrado
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87512-98-9

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: penguinebooks

X: @sumadeletras
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

186 días

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre María Cuadrado

Créditos